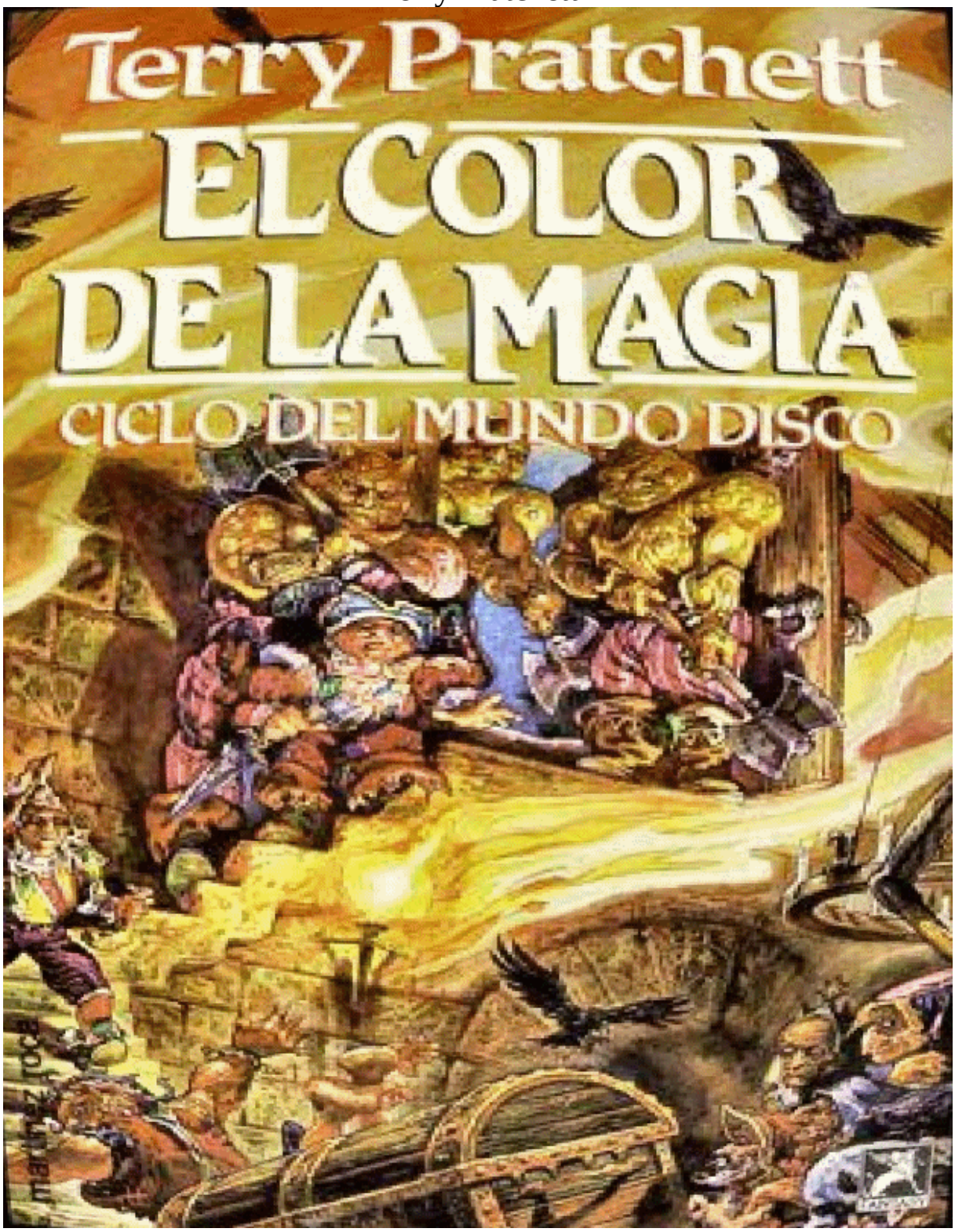
MUNDODISCO 1 - EL COLOR DE LA MAGIA

Terry Pratchett



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL COLOR DE LA MAGIA

En un lejano juego de dimensiones de segunda mano, en un plano astral ligeramente combado, las ondulantes nieblas estelares fluctúan y se separan

Vamos...

La Gran Tortuga A'Tuin se acerca, nadando lentamente por el golfo interestelar, con los pesados miembros llenos de hidrógeno congelado, la enorme y viejísima concha llena de cráteres de meteoros. Con unos ojos del tamaño de mares, encostrados de lágrimas reumáticas y polvo de asteroides, Él contempla fijamente el Destino.

En una mente más grande que una ciudad, con lentitud geológica, Él piensa sólo en el Peso.

Por supuesto, la mayor parte del peso se debe a Berilia, Tubul, Gran T'Phon y Jerakeen, los cuatro elefantes gigantes sobre cuyos lomos y amplios hombros bronceados por las estrellas descansa el disco del mundo, enguirnaldado por una enorme catarata a lo largo de toda su circunferencia, y cubierto por la bóveda azul pálido del cielo.

Hasta ahora, la astropsicología no ha sido capaz de averiguar en qué van pensando.

La Gran Tortuga era una simple hipótesis, hastaque el pequeño y reservado reino de Krull, cuyas montañas se alzan junto a la mismísima Periferia, construyó una grúa con poleas junto al risco más escarpado Sus habitantes hicieron bajar un receptáculo de latón con ventanas de cristal de cuarzo, para que algunos observadores echaran un vistazo a través de la cortina de niebla.

Cuando fueron izados de nuevo por grandes grupos de esclavos, los primeros astrozoólogos trajeron mucha información sobre la forma y naturaleza de A'Tuin y los elefantes, pero esto no resolvió las preguntas fundamentales sobre la naturaleza y propósito del Universo.

Por ejemplo, ¿cuál era en realidad el sexo de A'Tuin? Los astrozoólogos aseguraron, con apabullante autoridad, que no se obtendría respuesta para esta pregunta vital hasta que se construyera un sistema de grúas más potente para hacer bajar un receptáculo mayor al espacio profundo. Entretanto, sólo podían especular sobre el cosmos conocido.

Existía la teoría de que A'Tuin venía de la nada y seguiría arrastrándose a velocidad regular, con Paso Uniforme, hacia la nada, durante el resto de los tiempos. La mayoría de los intelectuales apoyaban esta teoría.

Una alternativa, sostenida sobre todo por los más religiosos, era que A'Tuin se arrastraba desde Lugar de Nacimiento hacia el Momento de la Cópula, al igual que todas las estrellas del cielo que, evidentemente, también viajaban a lomos de tortugas gigantes. Cuando llegaran, copularían breve y apasionadamente por primera y única vez, y de tan ardiente unión nacerían nuevas tortugas que transportarían nuevos mundos. Se conocía esta hipótesis como Teoría del Big Bang.

Así estaban las cosas en aquel memorable atardecer, cuando un joven cosmoqueloniólogo, de la facción del Paso Uniforme, probando un nuevo telescopio con el que esperaba medir con precisión el albedo del ojo derecho del Gran A'Tuin, fue el primer extranjero en ver el humo provocado por el incendio en la ciudad más antigua del mundo.

Más tarde, aquella noche, se concentró tanto en sus estudios que olvidó el tema por completo. Pero el caso es que fue el primero.

Hubo otros...

El fuego rugía en la ciudad dividida de Ankh-Morpork. Al lamer el Distrito de los Magos, las llamas se tornaban azules y verdes, salpicadas incluso con chispas del octavo color, el octarino. Cuando se abrían paso entre las cubas y tiendas de aceite, en la calle del Mercado, progresaban en una serie de explosiones y estallidos deslumbrantes. En las calles de los fabricantes de perfumes, el humo era dulce. Cuando el fuego tocaba manojos de extrañas hierbas secas, en los almacenes de los drogueros, volvía locos a los hombres y les hacía hablar de Dios.

Para entonces, todo el centro de Morpork estaba ilunnado. En la otra orilla del río, los ciudadanos de Ankh, más ricos y dignos, reaccionaban con valentía ante la situación demoliendo febrilmente los puentes. Pero las naves en los muelles de Morpork -cargadas de grano, algodón y madera, y cubiertas de alquitrán- ardían ya alegremente... y, una vez convertidas en cenizas las amarras, se acercaban decididamente a la otra orilla, empujados por la marea descendente, incendiando palacios y lujosas casitas, mientras pasaban como luciérnagas medio ahogadas en dirección al mar. En cualquier caso, las chispas cabalgaban a lomos del viento, para ir a posarse en la otra orilla, eligiendo preferentemente los jardines ocultos y patios remotos.

El humo del alegre incendio se elevaba a kilómetros de altura, en una columna negra esculpida por el viento, que se podía divisar desde todo el Mundodisco.

Desde luego resultaba impresionante desde la oscura y fría colina, a pocas leguas, donde los figuras contemplaban el incendio con auténtico interés.

El más alto de los dos mordía de cuando en cuando un muslo de pollo, y se apoyaba sobre una espada poco más baja que un hombre de estatura media. Sólo cierto aire de inteligencia cautelosa le salvaba de parecer un bárbaro de las heladas llanuras del Eje.

Su compañero era mucho más bajo, y se envolvía de la cabeza a los pies en una capa marrón. Más tarde, cuando tenga ocasión de caminar, veremos que sus movimientos son ligeramente felinos.

Ninguno de los los había pronunciado más allá de un par de palabras en los últimos veinte minutos, a excepción de una disputa breve e inconclusa sobre si determinada explosión, particularmente llamativa, había tenido lugar en el almacén de aceite o en el taller de Kerible el Hechicero. Incluso

apostaron dinero al respecto.

Ahora, el hombretón había terminado de roer el hueso, y ló tiró a la hierba con una sonrisa pesarosa.

- Se acabaron esos pequeños callejones -dijo-. La verdad, me gustaban.

- Y todos los tesoros... -comentó el pequeño-. Me pregunto si las piedras preciosas arderán. Dicen que son una especie de carbones -añadió pensativo.

- ¡Todo el oro fundido, deslizándose por las zanjas...! -siguió su compañero, ignorándole-. ¡Y todo ese vino hirviendo en los barriles...!

- Había ratas -señaló el de marrón.

- ¡Y qué ratas!

- En pleno verano, no se podía vivir ahí.

- Eso encima. Pero no se puede evitar sentir, aunque sea por un momento...

Se detuvo.

- Le debíamos ocho piezas de plata al viejo Fredor, el de La Sanguijuela Escarlata -siguió, ya más animado.

El hombrecillo asintió.

Guardaron silencio un rato, mientras toda una nueva serie de explosiones trazaba una línea roja a través de una hasta entonces oscura sección de lo que fuera la ciudad más grande del mundo. Luego, el más alto se movió, inquieto.

- ¿Comadreja?

- ¿Sí?

- ¿Quién lo habrá iniciado?

El espadachín menudo, al que llantaban Comadreja, no dijo nada. Observaba el camino bajo la luz rojiza. Muy pocos viajeros habían pasado por allí desde que la Puerta Deosil fuera una de las primeras en derrumbarse entre una lluvia de brasas al rojo blanco..

Pero, ahora, subían dos figuras. Los ojos de Comadreja, siempre más agudos en la penumbra o a media luz, distinguieron las formas de dos hombres a caballo, seguidos por una especie de animal más bajo. Se trataría sin duda de algún rico mercader, que huía con todos los tesoros sobre los que había conseguido poner sus manos frenéticas. Comadreja se lo dijo a su compañero, que suspiró.

- Lo de salteadores de caminos no nos pega -dijo el bárbaro-. Pero, como tú bien dices, corren tiempos duros, y esta noche no tendremos camas calientes.

Se cambió la espada de mano. Cuando el jinete más adelantado estuvo cerca, saltó a la carretera, alzó un brazo y compuso una sonrisa cuidadosamente calculada para resultar tranquilizante y amenazadora a la vez.

- Disculpe, señor... -empezó a decir.

El jinete tiró de las riendas y se echó hacia atrás la capucha. El hombretón pudo ver un rostro salpicado de quemaduras superficiales y restos de una barba chamuscada. Hasta las cejas habían desaparecido.

- Quita de en medio -dijo el rostro-. Eres Bravd el Ejeño,* ¿no?

Bravd comprendió que le habían quitado la iniciativa.

- ¿No me has oído? Aparta -insistió el jinete-. Ahora no puedo perder tiempo contigo, ¿entiendes?

Miró a su alrededor.

- Y eso va también por ese saco de pulgas que tienes por compañero, se esconda donde se esconda. Sí, por ese que adora la oscuridad.

Comadreja se acercó al caballo y observó atentamente la desaliñada figura.

- Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? Rincewind, el mago, ¿no? dijo como si estuviera encantado, mientras archivaba en la memoria la descripción que de él acababa de hacer el mago, para cuando llegara el momento de la venganza-. Me pareció reconocer tu voz.

Bravd escupió y guardó la espada en la vaina. Rara vez valía la pena atracar a un mago. No solían llevar ningún tesoro digno de tal nombre.

- Demasiado fanfarrón para ser un mago de tercera -murmuro.

- No me has comprendido bien -dijo el mago con voz fatigada-. En cualquier otro momento, me darías tanto miedo que me temblarían las rodillas, pero es que ahora tengo una

sobredosis de terror. No te preocupes; cuando lo supere, tendré tiempo de asustarme convenientemente de ti.

Comadreja señaló la ciudad en llamas.

- ¿Has pasado por ahí? -inquirió.

El mago se frotó los ojos con una mano enrojecida.

- Estaba ahí cuando empezó. ¿Veis a ése, al de atrás?

Señaló hacia detrás, más abajo, al tramo de camino por donde todavía se aproximaba su compañero. Éste había optado por un método de monta que implicaba caerse de la silla cada pocos segundos.

- ¿Y? -preguntó Comadreja.

- Él lo inició -respondió sencillamente Rincewind.

Bravd y Comadreja observaron la figura, que cabalgaba torpemente por el camino con un pie en un estribo.

- Un incendiario, ¿eh? -dijo al fin Bravd.

- No -respondió Rincewind-. No exactamente. Digamos sólo que, si se organizara el caos mas completo, este tipo se subiría a una colina bajo una tormenta de truenos, con una armadura de cobre empapada, gritando «¡Todos los dioses son unos bastardos!». ¿Tenéis algo de comer?

- Hay un poco de pollo -dijo Comadreja-. A cambio de la historia.

- ¿Cómo se llama? -preguntó Bravd, que tenía tendencia a quedarse atrás en las conversaciones.

- Dosflores.

- ¿Dosflores? -se extrañó Bravd-. ¡Que nombre tan raro!

- Y no sabes ni la mitad -replicó Rincewind, desmontando-. ¿Has dicho que hay pollo?

- Picante -asintió Comadreja.

El mago gimió.

- Eso me recuerda -añadió Comadreja, chasqueando los dedos- que hubo una explosión muy fuerte, hace una... bueno, pongamos una media hora...

- Fue cuando voló por los aires el viejo almacén de aceite -respondió Rincewind, estremeciéndose ante el recuerdo de la lluvia ardiente.

Comadreja se dio media vuelta y sonrió expectante a su compañero, que gruñó, sacó una moneda de la bolsa y se la tendió. Entonces, les llegó un grito desde el camino, un grito que se cortó bruscamente. Rincewind ni siquiera levantó la vista de su ración de pollo.

- Una de las muchas cosas que no sabe hacer es montar a caballo -dijo.

De repente, se puso rígido, como si acabara de recordar algo. Dejó escapar un breve chillido de pánico, se levantó bruscamente y se perdió en la oscuridad. Cuando volvió, llevaba al llamado Dosflores colgando inerte de un hombro. Era un tipo delgado y menudo. Vestía ropas extrañas: unos pantalones hasta la rodilla y una camisa de colores tan vivos y enfrentados, que los sensibles ojos de Comadreja se sintieron ofendidos incluso en aquella penumbra.

- Parece que no se ha roto nada -suspiró Rincewind.

El mago jadeaba. Con un leve gesto, Bravd indicó a Comadreja que fuera a investigar la forma que había supuesto era un animal de carga para los bultos.

- Será mejor que no lo intentes -dijo el mago, mientras examinaba al inconsciente Dosflores y sin levantar la vista-. Créeme. Lo protege un poder.

- ¿Un hechizo? -preguntó Comadreja, volviendo a sentarse y cruzando las piernas.

¡Nooo! Pero creo que es algún tipo de magia. No de la acostumbrada. Quiero decir, puede transformar el oro en cobre, al tiempo que sigue siendo oro; enriquece a los hombres destruyendo sus propiedades, permite que el débil camine sin temor entre ladrones, y traspasa las puertas más fuertes para apoderarse de los tesoros mas protegidos. Ahora mismo, me tiene esclavizado para que siga a este loco de buena o mala gana, y le proteja de todo daño. Es mas fuerte que tú, Bravd. Y creo que es más astuto incluso que tú, Comadreja.

- ¿Y cómo se llama esa poderosa magia?

Rincewind se encogió de hombros.

- En nuestro idioma la denominamos sonido-reflejado-de-espíritus-subterráneos. ¿Hay vino?

- Sabes que no me faltan mañas en los asuntos de magia -señaló Comadreja-. Sin ir más lejos, el año pasado, con la ayuda de mi amigo aquí presente, despojé al famoso Archimago de Ymitury de su cayado, su cinturón de joyas de luna y de su vida, más o menos en ese orden. No me da miedo ese sonido-reflejado-de-espíritus-subterráneos del que hablas. De todos modos -añadió-, has conseguido interesarme. ¿Por qué no me cuentas más?

Bravd miró la forma que se movía por el camino. Ya estaba más cerca, y se veía mejor con la luz previa al amanecer. Tenía un extraño parecido con...

- ¿Una caja con patas? -dijo.

- Os lo contaré todo al respecto -aseguró Rincewind-. Si tenéis vino, claro.

Abajo, en el valle, se oían rugidos y silbidos. Alguna persona más razonable que el resto había ordenado que se cerraran las grandes esclusas del río, en el punto donde el Ankh salía de la ciudad dividida. Privado de su cauce habitual, el río había inundado las orillas, y se vertía ahora por las calles asoladas por el fuego. Pronto el continente de llamas se convirtió en una serie de islas, que se empequeñecían a medida que avanzaba la oscura marea. Sobre la ciudad, el humo y el vapor se alzaban en una espesa nube que ocultaba las estrellas. Comadreja pensó que parecía un champiñón gigantesco, quizá un hongo.

La ciudad doble, con la orgullosa Ankh y la pestilente Morpork, de cuya forma preincendio son simple reflejo todas las demás ciudades del espacio y el tiempo, había soportado muchos asaltos en su larga y populosa historia, y siempre consiguió florecer de nuevo. Así que el incendio y la subsiguiente inundación, que destruyó todo lo que no era inflamable y añadió una corriente particularmente ruidosa a los problemas de los supervivientes, no señaló su fin. Más bien fue un ardiente punto y seguido, una carbonizada coma, o bien un punto y coma al rojo en su historia.

Muchos días antes de los acontecimientos que acabamos de relatar, un barco subió por el río Ankh con la marca del amanecer. Atracó entre muchos otros, en el laberinto de fondeaderos y muelles de la orilla dc Morpork. Llevaba un cargamento de perlas rosa, nueces de leche y piedra pómez, algunas cartas oficiales para el Patricio de Ankh... y un hombre.

Librodot

El hombre fue el que atrajo la atención de Hugh el Ciego, uno de los mendigos de guardia aquella mañana en Muelle Perla. Dio un codazo en las costillas de Wa el Tullido, y señaló al hombre sin decir palabra.

Ahora el extranjero estaba al lado del muelle, observando cómo varios marineros esforzados bajaban por la pasarela un gran cofre con cantos de latón. Junto a él había otro hombre: evidentemente, el capitán del barco. Los marineros tenían el aspecto del que espera un enriquecimiento inminente, y todos los nervios de Hugh el Ciego, que tendía a vibrar incluso ante la presencia de una diminuta cantidad del oro más impuro a cincuenta pasos, hicieron sonar una alarma mental.

Cierto; cuando el cofre quedó en el muelle, el extranjero rebuscó en su bolsa, y se divisó el brillo de una moneda. De muchas monedas. De oro. Hugh el Ciego, con el cuerpo temblando como la vara de un zahorí en presencia de agua, silbó para sí mismo. Dio otro codazo a Wa, y le hizo alejarse rápida y discretamente por un callejón cercano, en dirección al centro de la ciudad.

Cuando el capitán volvió al barco, dejando al extranjero con gesto despistado al lado del muelle, Hugh el Ciego sacó a relucir su taza de mendigo y echó a andar por la calle con una sonrisa congraciante. En cuanto le vio, el extranjero empezó a rebuscar rápidamente en su bolsa.

- Buenos días tengas, señor -empezó a decir Hugh el Ciego.

.... se encontró frente a frente con una cara que tenía cuatro ojos, en vez de dos. Se dio la vuelta para salir corriendo.

El extranjero soltó una exclamación, agarrándole por el brazo.

Hugh era consciente de que, junto a la barandilla del barco, los marineros se estaban riendo de él. Al mismo tiempo, sus sentidos superespecializados detectaron una superpoderosa impresión de dinero. Se detuvo en seco. El extranjero le soltó, para pasar rapidamente las páginas de un librito negro que se había sacado del cinturón.

- Hola -dijo tras un rato.

- ¿Qué? -se sorprendió Hugh.

El hombre le miró sin comprender.

- Hola -repitió, más alto de lo necesario, y tan cuidadosamente que Hugh casi pudo oír las letras encajando una a una en su sitio.

- Pues hola -respondió.

La sonrisa del extranjero se hizo aún más amplia, y rebuscó de nuevo en su bolsa. Esta vez, cuando sacó la mano, llevaba en ella una gran moneda de oro. De hecho, era un poco mayor que la corona ankhiana de ocho mil dólares. Aunque el diseño de la moneda no le resultaba familiar, hablaba un idioma que Hugh comprendía a la perfección. «Mi actual propietario -decía- necesita algo de ayuda. ¿Por qué no se la ofreces, para que tú y yo podamos irnos por ahí a pasarlo bien?»

Los sutiles cambios en la postura del mendigo tranquilizaron mucho al extranjero, que consultó de nuevo el librito.

- Deseo que me lleve a un hotel, casa de huéspedes, posada, hospedería, albergue -dijo.

- ¿A cuál de todos? -se sorprendió Hugh, al que había tomado desprevenido.

El extranjero hizo un gesto dubitativo.

Hugh era consciente de que una pequeña multitud de pescaderas, buscadores de conchas y curiosos les observaban con interés.

- Mire -dijo rápidamente-, conozco una buena taberna. ¿Le basta con eso?

Le recorrió un escalofrío ante la idea de que la moneda de oro escapara de su vida. Se quedaría con ésa, aunque Ymor confiscase todas las demás. Además, decidió Hugh, el gran cofre que transportaba el equipaje del recién llegado parecía también lleno de oro.

El hombre de cuatro ojos consultó el libro.

- Deseo que me lleve a un hotel, casa de huéspedes, posada, hospedería...

- Sí, vale, vale. Vamos. -se apresuró a responder Hugh.

Cogió uno de los bultos y echó a andar rápidamente. Tras un momento de duda, el extranjero le siguió.

Una riada de ideas se abrió camino por la mente de Hugh. Arrastrar tan fácilmente al extranjero hasta el Tambor Roto era sin duda un golpe de suerte, y probablemente, Ymor le recompensaría. Pero, pese al aspecto inofensivo de su nuevo conocido, algo intranquilizaba a Hugh, y ni por su vida podía imaginar qué era. Por muy raros que resultasen, no se trataba de los dos ojos de más. Era otra cosa. Echó un vistazo atrás.

El hombrecillo caminaba tranquilamente por el centro de la calle, mirando a su alrededor con una expresión de auténtico interés.

Y lo que Hugh vio tras él le hizo estremecerse.

El enorme cofre de madera que viera por última vez descansando sólidamente al lado del muelle, pisaba los talones de su amo con un suave trotecillo regular. Muy despacio, por si acaso un movimiento repentino le hacía perder el escaso control que le quedaba sobre sus propias piernas, Hugh se inclinó suavemente para echar un vistazo bajo el cofre.

Tenía cientos de patitas.

Lenta, muy lentamente, Hugh se dio la vuelta y siguió caminando hacia el Tambor Roto.

- ¡Qué extraño! -dijo Ymor.

- Y llevaba un gran cofre de madera -añadió Wa el Tullido.

- Tiene que ser un mercader, o un espía -aseguró Ymor.

Arrancó un trozo de carne de la chuleta que tenía en la mano, y lo lanzó al aire. No había alcanzado el cenit de su arco, antes de que una forma negra surgiera de las sombras de un rincón del techo y bajara en picado, atrapando la carne en el aire.

- Un mercader o un espía -repitió Ymor-. Preferiría que fuese un espía. Los espías valen el doble, porque luego, cuando los entregamos, suele haber una recompensa. ¿Tú qué opinas, Whitel?

Frente a Ymor, el segundo ladrón más importante de Ankh-Morpork entrecerró su único ojo y se encogió de hombros.

- He investigado la nave -dijo-. Es un barco mercante libre. A veces hace la travesía a las islas Marrones. Los habitantes de allí son salvajes. No saben lo que es un espía, y supongo que se comen a los mercaderes.

- Tiene un cierto aire de mercader -contribuyó Wa-. Pero no está gordo.

Se oyó un ruido de alas junto a la ventana. Ymor levantó su mole de la silla, cruzó la habitación y volvió con un gran cuervo. Cuando le quitó de la pata la cápsula con el mensaje, el animal voló para reunirse con sus compañeros entre las vigas. Whitel lo miró sin el menor afecto. Los cuervos de Ymor eran famosos por la lealtad hacia su amo, hasta el punto de que el intento de Whitel de obtener un ascenso y adquirir el rango de ladrón más importante de Ankh-Morpork le había costado la mano derecha y el ojo izquierdo. Pero no la vida; Ymor nunca culpaba a un hombre por ser ambicioso.

- B12 -comentó Ymor, echando a un lado el pequeño cilindro y desenrollando el menudo documento del interior.

- Gorrin el Gato -respondió automáticamente Whitel-. Está de guardia junto a la Torre del Gong, en el Templo de los Dioses Menores.

- Dice que Hugh ha llevado a nuestro extranjero al Tambor Roto. Bueno, no está mal. Broadman es... amigo nuestro, ¿verdad?

- Sí -asintió Whitel-. Si sabe lo que le conviene.

- Tu hombre, Gorrin, ha estado entre sus clientes -siguió Ymor con tono animado-, porque dice algo sobre una caja con patas, si estoy descifrando correctamente sus garabatos.

Miró a Whitel por encima del papel.

Whitel apartó la vista.

- Se le disciplinará -aseguró simplemente.

Wa observó al hombre que se inclinaba en su silla, vestido de negro, tan imperturbable como un puma de la Periferia en su rama de la selva, y supo que Gorrin, el encargado de la vigilancia desde el Templo de los Dioses Menores, se reuniría pronto con esas deidades en las múltiples dimensiones del Más Allá. Y le debía a Wa tres monedas de cobre.

Ymor arrugó la nota y la arrojó a un rincón.

- Creo que nos daremos una vuelta por el Tambor Roto algo más tarde, Whitel. Y quizá incluso probemos esa cerveza que tanto gusta a tus hombres.

Whitel no dijo nada. Ser la mano derecha de Ymor era como si te azotaran amablemente hasta la muerte con cordones perfumados de zapatos.

La ciudad dividida de Ankh-Morpork era la más importante de todas las que bordeaban el Mar Circular. También era hogar de un buen número de bandas, gremios de ladrones, sindicatos y otras organizaciones por el estilo. Esta era una de las razones de su prosperidad y riqueza. La mayoría de las personas humildes de la orilla Levo del río, en los laberínticos callejones de Morpork, complementaba sus magros ingresos desempeñando algún que otro puesto sin importancia para las diferentes bandas enfrentadas. Tanto era así que, cuando Hugh y Dosflores entraron en el patio del Tambor Roto, los jefes de buena parte de las bandas ya sabían que había llegado a la ciudad alguien que parecía tener un tesoro. Los informes de los espías más observadores incluían detalles sobre un libro que contaba al extranjero lo que tenía que decir, y de una caja que andaba sola. Estos hechos se descartaron inmediatamente. Ningún mago capaz de tales hechizos se acercaría a dos kilómetros de los muelles de Morpork.

Todavía era la hora en que la mayor parte de los ciudadanos se acababa de levantar o estaba a punto de meterse en la cama, así que había poca gente en el Tambor Roto para ver a

Dosflores bajar por la escalera. Cuando el Equipaje apareció tras él, y empezó a descender confiadamente peldaño a peldaño, los clientes sentados junto a las toscas mesas de madera clavaron miradas de sospecha en sus vasos como un solo hombre.

Broadman estaba echando una bronca al pequeño troll que barría el bar cuando el trío pasó junto a él.

- ¿Qué demonios es eso? -quiso saber.

- ¡No hagas ningún comentario! -siseó Hugh.

Dosflores ya estaba pasando las hojas del libro.

- ¿Qué hace éste con el libro? -preguntó Broadman, con los brazos en jarras.

- Le cuenta lo que tiene que decir. Ya sé que parece ridículo -murmuró Hugh.

- ¿Cómo puede un libro contar a un hombre lo que debe decir?

- Deseo alojamiento, habitación, hospedaje, casa de huéspedes, pensión completa, ¿están limpias las habitaciones, una habitación con vistas, cuál es la tarifa por noche? -dijo Dosflores, sin pararse a respirar ni una vez.

Broadman miró a Hugh. El mendigo se encogió de hombros.

- Tiene mucho dinero -aseguró.

- Entonces, dile que serán tres monedas de cobre. Y esa Cosa tendrá que quedarse en los establos.

El extranjero hizo un ademán dubitativo.

Broadman alzó tres gruesos dedos enrojecidos, y el rostro del hombrecillo se iluminó repentinamente con la luz de la comprensión. Rebuscó en su bolsa y puso tres grandes monedas de oro en la mano de Broadman.

Broadman las contempló. Representaban aproximadamente cuatro veces el valor del Tambor Roto, personal incluido. Miró a Hugh. No podía esperar ayuda de él. Miró al extranjero. Tragó saliva con dificultad.

- Sí -dijo con una voz extrañamente aguda-. Y luego están las comidas, claro. Eh... comprendes, ¿no? Comidas. Tú comer. ¿No?

Hizo los gestos apropiados.

- ¿Coer? -inquirió el hombrecillo.

- Algo así -respondió Broadman, que empezaba a sudar-. Anda, échale un vistazo al librito.

El extranjero abrió el libro y recorrió una página con el dedo. Broadman, que podía leer con cierto esfuerzo, atisbó la página por encima. Lo que vio no tenía sentido.

- Comeeer -dijo el hombrecillo-. Sí. Chuletas, salpicón, estofado, picadillo, ragú, fricandó, hamburguesa, tajada, souflé, pastel de fruta, manjar, sorbete, cereales, salsa, sin salsa, con guarnición, las alubias no me gustan, golosinas, mermelada, jamón. Menudillos de pollo.

Miró al tabernero.

- ¿Todo eso? -preguntó débilmente Broadman.

- Siempre habla así -afirmó Hugh-. No me preguntes por qué. Simplemente, lo hace.

Todos los ojos de la habitación estaban clavados en el extranjero..., excepto el par perteneciente a Rincewind el mago, que estaba sentado en el rincón más oscuro de la sala, con una pequeña jarra de cerveza entre las manos.

Estaba mirando el Equipaje.

Observad a Rincewind.

Observadle. Huesudo y larguirucho, como la mayoría de los magos, y envuelto en una túnica color rojo oscuro que lleva unos cuantos signos cabalísticos místicos bordados en lentejuelas oxidadas. Cualquiera le habría tomado por un simple aprendiz de hechicero que había escapado de su maestro por rebeldía, aburrimiento, miedo o un gusto persistente por la heterosexualidad. Pero lleva al cuello la cadena con el octágono de bronce que le señala como alumno de la Universidad Invisible, cuyo campus trascendía el espacio y el tiempo, y nunca estaba exactamente Aquí o Allá. Los graduados solían salir como auténticos magos, pero Rincewind -tras un desafortunado acontecimiento- abandonó las aulas sabiendo sólo un hechizo, y ahora sobrevive en la ciudad explotando su talento innato para los idiomas. Evita trabajar por cuestión de principios, pero tiene un ingenio rápido que deja las mentes de sus conocidos a la altura de la de un roedor avispado. Y reconoce la madera de peral sabio cuando la ve. Ahora la está viendo, y no acaba de creerlo.

Con grandes esfuerzos y mucho tiempo, un archimago podía eventualmente conseguir un pequeño cayado hecho con la madera de un peral sabio. Estos árboles sólo crecían en lugares mágicos antiguos. Probablemente, sólo había un par de cayados así en todas las ciudades que bordeaban el Mar Circular. Un enorme baúl de peral sabio... Rincewind trató de asimilar la idea, y decidió que aunque la caja estuviera llena de ópalos estelares y varas de auricolato, el contenido no valdría ni la décima parte que el contenedor. Una vena empezó a palpitarle en la frente.

Se levantó y avanzó hacia el trío.

- ¿Puedo ayudar en algo? -aventuró.

- Esfúmate, Rincewind -ladró Broadman.

- Sólo pensé que sería más útil dirigirse al caballero en su propio idioma -dijo amablemente el mago.

- Ya se las arregla muy bien solo -protestó el tabernero.

Pero retrocedió unos pasos.

Rincewind sonrió educadamente al extranjero e intentó unas palabras en chimero. Se enorgullecía de lo bien que hablaba aquel idioma, pero el extranjero se limitó a mirarle, perplejo.

- No servirá de nada -intervino Hugh, con tono de entendido-. Es el libro, ¿sabéis? Le cuenta lo que tiene que decir. Magia.

Rincewind probó el alto borograviano, el vanglemeshto, el sumtri e incluso el orugu negro, el idioma que no tiene nombres y sólo un adjetivo, que es obsceno. En cada caso, tropezó con una educada incomprensión. Ya desesperado, intentó el trob, y el rostro del hombrecillo se iluminó con una sonrisa encantada.

- ¡Por fin! -dijo-. ¡Mi buen amigo! ¡Esto es muy notable!

(Aunque, en trob, la última palabra significaba de hecho «una cosa que sólo puede suceder una vez en la vida útil de una piragua vaciada diligentemente con hacha y fuego del tronco del árbol diamante más alto que crece en los famosos bosques de estos árboles en las laderas más bajas del Monte Awayawa hogar de los dioses del fuego o al menos eso se dice».)

- ¿Qué ha sido eso? -inquirió Broadman, con tono sospechoso.

- ¿Qué dice el tabernero? -quiso saber el hombrecillo.

Rincewind tragó saliva.

- Broadman, dos jarras de tu mejor cerveza, por favor -pidió.

- ¿Le entiendes?

- Sí, claro.

- Dile... dile que es bienvenido. Dile que el desayuno cuesta... eh... una moneda de oro.

Por un momento, el rostro de Broadman reflejó la titánica pelea interna que estaba teniendo lugar.

- Eso incluye el tuyo -añadió luego, en un arranque de generosidad.

- Extranjero -dijo Rincewind en tono amigable-, si te quedas aquí, te habrán apuñalado o envenenado antes de la noche. Pero no dejes de sonreír, o lo mismo me pasara a mi.

- ¡Oh, vamos! -replicó el extranjero, mirando a su alrededor-. Parece un lugar encantador. Una auténtica taberna morporkiana. ¡He oído tantas historias sobre ellas...! ¡Qué maravilla de vigas, tan antiguas! Y además, el precio es muy razonable.

Rincewind miró rápidamente a su alrededor, por si algún escape de hechizos en el Distrito de los Magos, al otro lado del río, les hubiera transportado momentaneamente a otro lugar. Pero no, seguían en el interior del Tambor, con sus paredes manchadas de humo, su suelo, mezcla de manchas de sangre y cucarachas anónimas, su cerveza amarga, que no se compraba, sino que se alquilaba por un rato. Intentó asimilar todo aquello a la palabra «encantador», o mejor dicho, a su equivalente en trob, que era «ese diseño extraño pero agradable que se encuentra en las casitas coralinas de los pigmeos comedores de esponjas en la península de Orohai».

Su mente se resintió del esfuerzo, y abandonó.

- Me llamo Dosflores -siguió el visitante, y extendió la mano.

Instintivamente, los otros tres bajaron la vista por si llevaba en ella una moneda.

- Encantado de conocerte -respondió Rincewind-. Yo soy Rincewind. Mira, lo decía en serio. Este lugar es muy duro.

- ¡Perfecto! ¡Precisamente lo que quería!

- ¿Eh?

- ¿Qué es esto que hay en las jarras?

- ¿Esto? Cerveza. Gracias, Broadman. Si, cerveza. Ya sabes, cerveza.

- ¡Ah, esa bebida tan típica! Una momeda pequeña de oro será pago suficiente, ¿no crees? Quiero decir, ¿no se ofenderá el tabernero?

Ya la tenía medio fuera de la bolsa.

- Sssí -se atragantó Rincewind-. Quiero decir, no. No creo que se ofenda.

- Perfecto. Has dicho que éste es un lugar duro. ¿Te refieres a que lo frecuentan los héroes, los aventureros?

Rincewind calibró la pregunta.

- ¿Sí? -consiguió decir.

- Excelente. Me gustaría conocer a alguno.

Al mago se le ocurrió una explicación.

- ¡Ah! -dijo-, ¿has venido a contratar mercenarios, «guerreros que luchan para la tribu por un sustento de nueces de leche»?

- No, no, sólo quiero conocerlos. Para poder contarlo cuando vuelva a casa.

Rincewind pensó que, si se empeñaba en conocer a la mayor parte de la clientela del Tambor, Dosflores nunca volvería a casa. A menos que viviera río abajo y flotara por casualidad en esa direccion.

- ¿Dónde está tu casa? -inquirió.

Advirtió que Broadman se había escabullido hacia alguna habitación trasera. Hugh les contemplaba con gesto de sospecha desde una mesa cercana.

- ¿Has oído hablar de la ciudad Bes Palargic?

- Bueno, la verdad es que no estuve mucho tiempo en Trob. Iba de paso, ya sabes...

- ¡Oh, no está en Trob! Hablo trob porque hay muchos marineros betrobi en nuestro puertos. Bes Palargic es el principal puerto marítimo del Imperio Agata.

- Me temo que no he oído hablar de ese lugar.

Dosflores alzó las cejas.

- ¿No? Pues es bastante grande. Navegas en dirección dextro desde las Islas Marrones durante una semana, y ahí está. Eh, ¿te encuentras bien?

Rodeó apresuradamente la mesa y palmeó al mago en la espalda. Rincewind se había atragantado con la cerveza.

¡El Continente Contrapeso!

A tres calles de distancia, un anciano dejó caer una moneda en un recipiente con ácido, y lo removió suavemente. Broadman aguardaba impaciente, intranquilo, en una habitación ruidosa a causa de los murciélagos y las redomas burbujeantes, con hileras de estantes llenos de formas oscuras que sugerían cráneos y otras imposibilidades.

- ¿Y bien? -quiso saber.

- Estas cosas no se pueden hacer deprisa -respondió el anciano alquimista, quisquilloso-. El ensaye lleva tiempo. ¡Ah!

Sacudió el recipiente, donde la moneda yacía ahora en un remolino de color verde. Hizo algunos cálculos en un resto de pergamino.

- Excepcionalmente interesante -dijo al final.

- ¿Es auténtico?

El anciano frunció los labios.

- Depende de lo que entiendas por auténtico -respondió-. Si lo que me preguntas es si esta moneda equivale a una de... pongamos cincuenta dólares, la respuesta es no.

- ¡Lo sabía! -gimió el posadero. Echó a andar hacia la puerta.

- No estoy seguro de haberme explicado bien -le detuvo el alquimista.

Broadman se dio la vuelta, furioso.

- ¿Qué quieres decir?

- Bueno, verás. Entre una cosa y otra, nuestras monedas acuñadas se han aguado bastante con los años. El contenido en oro de nuestra moneda corriente apenas llega a cuatro partes de doce, y el resto es plata, cobre...

- ¿Y qué?

- He dicho que esta moneda no es como las nuestras. Es de oro puro.

Cuahdo Broadman se marchó corriendo, el alquimista se pasó un rato mirando al techo. Después, sacó un trozo pequeñísimo de pergamino muy delgado, rebuscó una pluma entre el caos que era su mesa de trabajo, y escribió un mensaje muy breve. Luego repasó sus jaulas de palomas blancas, gallos negros y otros animales de laboratorio. Sacó una rata de pelo lustroso de determinada jaula, enrolló el pergamino en un diminuto cilindro y lo ató a una pata trasera del animal, antes de soltarlo.

La rata olfateó el suelo un momento, antes de desaparecer por un agujero de la pared más lejana.

Aproximadamente al mismo tiempo, una adivina -hasta entonces poco afortunada- que vivía al otro lado de la manzana, miró por casualidad su bola de cristal, dejó escapar un gritito y, antes de una hora, había vendido todas sus joyas, varios instrumentos mágicos, la mayor parte de su ropa y casi todas las demás posesiones que no podía llevar convenientemente en el caballo más rápido que consiguió comprar. EL hecho de que más tarde, cuando su casa se derrumbó bajo las llamas, ella muriera en una extraña avalancha en las Montañas Morpork, demuestra que también la Muerte tiene sentido del humor.

También, casi al mismo tiempo que la rata mensajera desaparecía en el laberinto de túneles que socavaban la ciudad, obedeciendo diligentemente un instinto milenario, el Patricio de Ankh-Morpork recogía las cartas recibidas aquella mañana vía albatros. Volvió a mirar pensativamente la primera del montón, y mandó llamar a su jefe de espías.

Y, en el Tambor Roto, Rincewind escuchaba a Dosflores con la boca abierta.

- Así que decidí venir a verlo yo mismo -estaba diciendo el hombrecillo-. Me ha costado ocho años de ahorros, pero vale cada medio rhinu. Quiero decir, que estoy aquí. En Ankh-Morpork. O sea, en el lugar de las canciones y las leyendas. En las calles que han conocido la amenaza de Heric Espada-blanca, Hrun el Bárbaro, Bravd el Ejeño y Comadreja... ¿y sabes? Todo es igual a como lo había imaginado.

El rostro de Rincewind era una máscara de espanto y fascinación.

- No aguantaba un minuto más en Bes Palargic -siguió Dosflores alegremente-, sentado todo el día detrás de un escritorio, sumando y sumando columnas de cifras. Al final, lo único que me esperaba era una pensión de jubilación. ¡Y eso no tiene nada de romántico! Dosflores, pensé, es ahora o nunca. No tienes que limitarte a escuchar las historias. Puedes ir allí. Ahora es el momento de dejar de pasear por los muelles, escuchando los relatos de los marineros. Así que compilé un libro de frases y compré un pasaje para el siguiente barco que zarpaba hacia las Islas Marrones.

- ¿Sin guardias? -murmuró Rincewind.

- ¿Guardias? ¿Para qué los quiero? No tengo nada que valga la pena robar.

Rincewind carraspeó.

- Tienes, eh... oro -dijo.

- Apenas dos mil rhinus. Lo suficiente para que una persona sola viva durante un mes o dos. En casa, claro. Quizá aquí pueda estirar el dinero un poco mas.

- ¿Un rhinu es una de esas monedas grandes de oro? -preguntó Rincewind.

- Sí. -Dosflores miro al mago por encima de las extrañas lentes con gesto preocupado-. ¿Crees que tendré suficiente con dos mil?

- Síhí -se atragantó Rincewind-. Quiero decir... si. Tendrás suficiente.

- Perfecto.

- Hummm. ¿Todo el mundo es tan rico como tú en el Imperio Agata?

- ¿Yo? ¿Rico? Bendito seas, ¿quién te ha metido esa idea en la cabeza? ¡Si sólo soy un pobre oficinista! ¿Crees que le pagué demasiado al tabernero?

- Eh... se habría conformado con menos -concedió Rincewind.

- Vaya, ya lo sé para la próxima vez. Veo que tengo mucho que aprender. Se me ocurre una idea, Rincewind. ¿Aceptarías trabajar para mi como... no se... como guía? Parece que la palabra «guía» es la más apropiada para las circunstancias. Creo que podría pagarte un rhinu diario.

Rincewind abrió la boca para responder, pero sintió que las palabras se le agarraban a la garganta, negándose a salir a un mundo que enloquecía por momentos. Dosflores se sonrojó.

- Te he ofendido -dijo-. Ha sido una petición impertinente para un profesional como tú. Sin duda te aguardan muchos proyectos importantes... trabajos de magia elevada, seguramente...

- No -respondió débilmente Rincewind-. Ahora mismo, no ¿Has dicho un rhinu? ¿Uno al día? ¿Todos los días?

- Creo que, dadas las circunstancias, podría ofrecerte rhinu y medio diario. Los gastos corren de mi cuenta, claro.

Rincewind se recuperó magníficamente.

- Estará bien -dijo-. Muy bien.

Dosflores se metió la mano en la bolsa y sacó un objeto redondo de oro, lo miró un momento y volvió a guardarlo. Rincewind no tuvo ocasión de echarle un vistazo de cerca.

- Creo que me vendría bien descansar un poco -dijo el turista- Ha sido una travesía muy larga. ¿Serías tan amable de venir al mediodía, para que demos una vuelta por la ciudad?

- Claro.

- Entonces, por favor, ten la gentileza de pedir al tabernero que me muestre mi habitación.

Rincewind lo hizo, y observó al nervioso Broadman, que acababa de volver al galope de alguna habitación trasera, encabezar la marcha por la escalera de madera, detrás de la barra. Segundos más tarde, el Equipaje se levantó y trotó por el suelo, en pos de ellos.

Sólo entonces el mago bajó la vista para contemplar las seis enormes monedas que tenía en la mano. Dosflores había insistido en pagarle los cuatro primeros días por adelantado.

Hugh asintió y le sonrió, dándole ánimos. Rincewind nunca había obtenido buenas notas en precognición. Pero ahora, en su mente, unos oxidados circuitos funcionaban a toda velocidad, y a sus ojos, el futuro aparecía pintado en brillantes colores. Empezaba a picarle la espalda, justo entre los omóplatos. Sabía que lo más sensato que podía hacer era comprar un caballo. Tendría que ser un animal rápido, y caro; así, de pronto, a Rincewind no se le ocurría el nombre de ningún vendedor suficientemente rico como para darle el cambio de casi una onza de oro.

Y luego, por supuesto, las otras cinco monedas le servirían para instalar un útil consultorio a una distancia segura: por ejemplo, trescientos kilómetros. Eso sería lo más sensato.

Pero ¿qué le pasaría a Dosflores, solo, en una ciudad donde hasta las cucarachas tenían un olfato infalible para detectar el oro? Había que ser un auténtico infame para abandonarle.

El Patricio de Ankh-Morpork sonrió, pero sólo con los labios.

- ¿La Puerta Eje, dices? -murmuro.

El capitán de la guardia saludó rápidamente.

- Sí, señor. Tuvimos que matar al caballo para que se detuviera.

- Lo que te ha traído aquí por una ruta bastante directa -dijo el patricio, bajando la vista para mirar a Rincewind-. Bueno, ¿qué dices tú?

Se rumoreaba que toda un ala del palacio estaba ocupada por escribientes, que pasaban el día ordenando y actualizando toda la información recogida por el sistema de espías, exquisitamente organizado por su amo. Rincewind no lo dudaba. Echó un vistazo al balcón que recorría toda una pared de la sala de audiencias: una carrera repentina, un salto ágil... y el brusco silbido de las flechas al salir de las ballestas. Sintió un escalofrío.

El Patricio se acarició las barbillas con una mano llena de anillos, y contempló al mago con ojos tan pequeños y duros como abalorios.

- Veamos: violación de juramento, robo de caballo, falsificación de moneda... Sí, Rincewind, creo que de ésta acabas en el circo.

Aquello ya era demasiado.

- ¡No robé el caballo! ¡Lo pagué, y a buen precio!

- Pero con moneda falsa. Técnicamente, es un robo.

- ¡Pero esos rhinus son de oro puro!

- ¿Rhinus? -El Patricio hizo girar una de las monedas entre sus gruesos dedos-. ¿Así se llaman? ¡Qué interesante! Pero, como puedes ver, no se parecen demasiado a nuestros dólares.

- ¡Por supuesto que no!

- ¡Ah! Entonces, ¿lo admites?

Rincewind abrió la boca para decir algo, lo pensó mejor, y volvió a cerrarla.

- Más o menos. Y, por encima de todo eso está, desde luego, la infamia moral de traicionar cobardemente a un visitante recién llegado a nuestras playas. ¡Qué vergúenza, Rincewind!

El Patricio hizo un vago gesto con la mano. Tras el mago, los guardias retrocedieron unos metros, y su capitán dio unos pasos a la derecha. De repente, Rincewind se sintió muy solo.

Se dice que, cuando un mago está a punto de morir, la Muerte en persona se presenta a recogerle, en vez de dejar la tarea a un subordinado, como la Enfermedad o el Hambre, que es lo más corriente. Rincewind miró nerviosamente a su alrededor, esperando ver la alta figura de negro: los magos, incluso los magos fracasados, tienen en los ojos, además de bastoncillos y conos, unos pequeños octógonos que les permiten ver el octarino, el color básico del cual

todos los demás colores no son sino sombras pálidas en el espacio normal de cuatro dimensiones. Se dice que es una especie de púrpura verdeamarillento fosforescente.

Y... ¿no veía ahora una sombra en el rincón?

- Por supuesto -siguió el Patricio-, podría ser piadoso.

La sombra desapareció. Rincewind alzó la vista, con una expresión de esperanza loca en el rostro.

- ¿Sí? -dijo.

El Patricio hizo otro gesto con la mano. Rincewind vio que los guardias salían de la cámara. A solas con el señor supremo de las ciudades gemelas, casi deseó que volvieran.

- Acércate más, Rincewind -dijo el Patricio.

Le señaló un plato de golosinas que descansaba sobre una mesita baja de ónice, junto al trono.

- ¿Quieres una medusa transparente? ¿No?

- Hummm -dijo Rincewind-. No.

- Ahora quiero que escuches muy atentamente lo que te voy a decir -empezó el Patricio con tono amistoso-, si no, morirás. De una manera interesante. Durante mucho tiempo. Por favor, deja de temblar así.

»Como eres más o menos un mago, te supongo consciente de que vivimos en un mundo que tiene forma de disco. Y se dice que, en el borde más lejano, hay un continente. Es pequeño, pero su peso es igual al de todas las masas de tierra de este hemícírculo. También lo sabías, ¿no? ¿Y sabías que, según la leyenda, esto se debe a que está hecho en su mayor parte de oro?

Rincewind asintió. ¿Quién no había oído hablar del Continente Contrapeso? Algunos marineros incluso creían las historias de su niñez, y navegaban en su busca. Por supuesto, volvían con las manos vacías, y eso cuando volvían, que era lo menos habitual. Quizá morían devorados por tortugas gigantes, en opinión de marinos más serios. Porque, evidentemente, el Continente Contrapeso no era más que un mito solar.

- Existe, por supuesto -dijo el Patricio-. Aunque no está hecho de oro, sí es cierto que allí es un metal muy corriente. La mayor parte de la masa corresponde a los depósitos de octirón, a gran profundidad bajo la superficie. Supongo que, ahora, tu incisiva mente habrá deducido enseguida que la existencia del Continente Contrapeso es una amenaza mortífera para nuestra gente. -Hizo una pausa y vio la boca abierta de Rincewind. Suspiró y siguió hablándole-. ¿No me he explicado correctamente?

- Sssí... -respondió Rincewind. Tragó saliva y se lamió los labios-. Quiero decir, no. O sea... bueno, oro...

- Ya veo -le interrumpió dulcemente el Patricio-. Quizá piensas que ir al Continente Contrapeso y volver con un barco cargado de oro sería maravilloso, ¿verdad?

Rincewind tenía el presentimiento de que le estaban tendiendo una trampa.

- ¿Sí? -aventuro.

- ¿Y si todos los hombres que viven a las orillas del Mar Circular tuvieran una montaña de oro propia? ¿Crees que sería bueno? ¿Qué sucedería? Piénsalo con cuidado.

Rincewind frunció el ceño. Pensó.

Librodot

- ¿Que todos seríamos ricos?

El módo en que bajó la temperatura tras su observación, le demostró que no había sido correcta.

- Más valdrá que te lo diga, Rincewind. Según costumbre, hay ciertos contactos entre los Señores del Mar Circular y el Emperador del Imperio Ágata -siguió el Patricio-. Es un contacto muy ligero, porque tenemos pocas cosas en común. Nosotros no tenemos nada que ellos quieran, y ellos no tienen nada que nosotros podamos pagar. Es un imperio antiguo, Rincewind. Antiguo, astuto, cruel y muy, muy rico. Así que intercambiamos saludos fraternales por correo albatros. A intervalos poco frecuentes.

»Una de esas cartas llegó esta mañana. Parece que a un súbdito del Emperador se le ha metido en la cabeza visitar nuestra ciudad. Sólo porque quiere verla. Desde luego, sólo un loco se sometería a todas las privaciones de cruzar el Océano en dirección Dextro para ver algo, pero ése no es el tema.

»Llegó esta mañana. Podría haberse tropezado con un gran héroe, con el más astuto de los ladrones o con el más sabio de los sabios. Tropezó contigo. Ese tal Dosflores te ha contratado como guía, como su mirador, Rincewind. Te encargarás de que vuelva a su hogar con un buen informe sobre nuestras tierras. ¿Qué te parece?

- Eh... muchas gracias, señor -respondió Rincewind, deprimido.

- Hay otra cuestión, por supuesto. Sería una tragedia que le pasara algo desagradable a nuestro pequeño visitante. Por ejemplo, que muriese. Terríble para toda nuestra tierra, porque el Emperador de Agata cuida de los suyos... y puede hacernos desaparecer con un gesto. Un simple gesto. Y sería terrible para ti, Rincewind, porque en las semanas que transcurriesen hasta la llegada de la enorme flota mercenaria del Imperio, algunos de mis sirvientes se encargarían intensivamente de tu persona, con la esperanza de que, a su llegada, los capitanes vengadores cal-masen su ira al ver tu cuerpo todavía vivo. Hay ciertos hechizos que pueden evitar que la vida abandone un cuerpo, por mucho que se haya abusado de él, y... Ah, veo en tu rostro que por fin comprendes, ¿verdad?

- Sssí...

- ¿Cómo dices?

- Sí, señor. Yo me... eh... encargaré. O sea, que yo me encargaré de cuidarle y de que no le suceda nada malo.

«Y después me buscaré un trabajo de malabarista en el infierno, para hacer equilibrios con bolas de nieve», añadió amargamente para sus adentros.

- ¡Excelente! Doy por supuesto que las relaciones entre Dosflores y tú son ya muy buenas. Un buen comienzo. Cuando vuelva sano y salvo a su tierra, comprobarás que no soy desagradecido. Quizá incluso olvide los cargos presentados contra ti; Gracias, Rincewind. Puedes marcharte.

Rincewind decidió no pedir que le devolvieran los cinco rhinus restantes. Retrocedió cautelosamente.

- ¡Ah, una cosa más! -dijo el patricio, mientras el mago tanteaba en busca del pomo.

- ¿Sí, señor? -respondió, con el corazón en un puño.

- Estoy seguro de que no soñarás con intentar huir de la ciudad para eludir tus obligaciones. Creo que eres un urbanita de nacimiento. Y puedes estar seguro de que los señores de otras ciudades conocerán las condiciones de nuestro trato antes de que caiga la noche.

- Te aseguro que esa idea ni siquiera se me había pasado por la cabeza, señor.

- ¿No? Pues tienes un rostro que engaña. Yo que tú, lo controlaría.

Rincewind llegó al Tambor Roto a toda velocidad, justo a tiempo de chocar contra un hombre que salía rápidamente de espaldas. La prisa del desconocido se justificaba en parte por la lanza que llevaba clavada en el pecho. Dejó escapar un sonoro gorgoteo, y cayó muerto a los pies del mago.

Rincewind trató de echar un vistazo por la puerta, y retrocedió cuando una pesada hacha de combate silbó y pasó junto a él volando como una perdiz.

Un segundo vistazo le informó de que, probablemente, el hacha no tenía nada personal contra él. Sólo la casualidad. El oscuro interior del Tambor era escenario de una pelea. Buen número de los combatientes -según confirmó un tercer vistazo, más largo- yacían destrozados. Rincewind se echó a un lado para dejar paso a un taburete, que fue a estrellarse al otro lado de la calle. Luego, entró rápidamente.

Llevaba puesta una túnica oscura, oscurecida todavía más por el uso constante y los escasos lavados. En la penumbra, nadie pareció advertir la sombra que se arrastraba a gatas, deseperadamente, de mesa en mesa. En cierto momento un luchador, al retroceder, pisó algo que parecían dedos. Algo que parecían dientes le mordieron el tobillo. Dejó escapar un grito agudo, y bajó la guardia lo suficiente para que una espada, blandida por un asombrado adversario, le traspasara.

Rincewind llegó junto a la escalera, lamiéndose la mano herida y corriendo curiosamente encorvado. Una flecha se clavó en la madera, justo encima de él, y el mago dejó escapar un sollozo.

Subió la escalera de una carrera, esperando ser alcanzado de un momento a otro por un proyectil con más puntería.

Se irguió por fin en el pasillo superior, jadeando, y vio el suelo que se extendía ante él, repleto de cadáveres. Un hombretón de barba negra, con una espada ensangrentada en la mano, forcejeaba con el pestillo de una puerta.

- ¡Eh! -gritó Rincewind.

El hombre miró a su alrededor y luego, casi distraídamente, se sacó de la bandolera una especie de cuchillo arrojadizo, que salió disparado de su mano. Rincewind lo esquivó agachándose. Oyó un breve grito tras él, y el arquero que estaba a punto de disparar su arma la dejó caer, llevándose las manos a la garganta.

El hombretón ya estaba buscando otro cuchillo. Rincewind miró a su alrededor con ojos salvajes y entonces, improvisando, adoptó una pose mágica.

Echó la mano hacia atrás.

- ¡Asoniti! ¡Kyorucha! ¡Beazleblor!

El hombre titubeó, mirando nerviosamente a un lado y a otro, esperando el resultado de aquella magia. Llegó a la conclusión de que no había nada a punto de golpearle, al mismo tiempo que Rincewind, tras atravesar rápidamente el pasillo, le encajaba una buena patada en la entrepierna.

Mientras el hombre gritaba y se doblaba sobre sí mismo, el mago abrió la puerta, entró a toda velocidad, la cerró tras él y se apoyó en la madera, jadeante y sudoroso.

Allí, todo era silencio. Dosflores dormía pacíficamente en la cama baja. Y, al pie de la cama, se encontraba el Equipaje.

Rincewind aventuró unos pasos hacia adelante. La codicia le movía con tanta suavidad como si se transportase sobre ruedecitas. El baúl estaba abierto. Había bolsas dentro, y en una de ellas, se atisbaba el brillo del oro. Por un momento, la avaricia se impuso a la prudencia, y extendió una mano ansiosa... pero ¿para qué? No viviría suficiente para disfrutarlo. Retiró la mano de mala gana, y se sorprendió al ver un ligero temblor en la tapa abierta del baúl. ¿No se había movido ligeramente, como si la agitara el viento?

Rincewind se miró los dedos, y luego la tapa. Parecía pesada, y tenía agarraderas de latón. Ahora, estaba quieta.

¿Qué viento?

- ¿Rincewind?

Dosflores se incorporó en la cama. El mago saltó hacia atrás, componiendo una sonrisa.

- ¡Mi querido amigo, llegas justo a tiempo! ¡Tomaremos un almuerzo, y luego, estoy seguro de que habrás preparado un programa maravilloso para esta tarde!

- Estooo...

- ¡Estupendo!

Rincewind respiró profundamente.

- Mira -dijo desesperado-, comamos en otro lugar. Abajo hay una especie de lucha.

- ¿Una pelea de taberna? ¿Y por qué no me despertaste?

- Bueno, verás, yo... ¿cómo?

- Creí que me había explicado bien esta mañana, Rincewind. Quiero ver la auténtica vida morporkiana: el Mercado de Esclavos, los Pozos de Putas, el Templo de los Dioses Menores, el Gremio de Mendigos... y una Auténtica Pelea de Taberna. -Un leve tono de sospecha apareció en la voz de Dosflores-. Porque existen, ¿no? Ya sabes, gente colgándose de las lámparas del techo, peleas a espada sobre las mesas..., ese tipo de cosas en que siempre se meten Hrun el Bárbaro y Comadreja. ¡Emociones!

Rincewind se sentó pesadamente en la cama.

- ¿Quieres ver una pelea? -dijo.

- Sí. ¿Qué hay de malo en eso?

- Para empezar, la gente resulta herida.

- Bueno, tampoco sugería que participásemos. Sólo quiero ver una pelea, nada más. Y a algunos de vuestros famosos héroes. Tenéis héroes, ¿verdad? ¡¿No serán todo historias de marineros?!

Para sorpresa del mago, la voz de Dosflores era casi suplicante.

- Sí, claro que existen -se apresuró a responder Rincewind.

Los imaginó mentalmente, y la sola idea le dio escalofríos.

Todos los héroes del Mar Circular pasaban tarde o temprano por Ankh-Morpork. La mayoría venía de las tribus bárbaras, cerca de las heladas tundras del Eje, cuya economía se basaba en la exportación de héroes. Casi todos tenían burdas espadas mágicas, cuyos ecos incontrolados en el plano astral organizaban el caos en cualquier experimento delicado de brujería aplicada en kilómetros a la redonda, pero Rincewind no tenía nada que objetar en ese aspecto. Sabía que era un desertor de la magia, así que no le molestaba que la mera aparición de un héroe a las puertas de la ciudad hiciera explotar las retortas y materializarse demonios en todo el Distrito de los Magos. No, lo que no le gustaba de los héroes era que

resultaban suicidamente sombríos cuando estaban sobrios, y homicidamente locos cuando se emborrachaban. Además, había demasiados. En algunos de los territorios más importantes cerca de la ciudad se formaba un auténtico alboroto cuando llegaba la estación. Se hablaba de organizar una lista rotatoria.

Se frotó la nariz. Los únicos héroes con los que solía pasar algún tiempo eran Bravd y Comadreja, que estaban fuera de la ciudad en aquel momento, y Hrun el Bárbaro, que era prácticamente un intelectual según los estándares del Eje, ya que podía pensar sin mover los labios. Se decía que Hrun estaba pirateando en algún punto de la zona Dextro.

- Mira -dijo al fin-. ¿Has conocido alguna vez a un bárbaro?

Dosflores meneó la cabeza.

- Eso me temía -siguió Rincewind-. Bueno, son...

Desde fuera, de la calle, les llegó el ruido de pies corriendo, y se oyó un nuevo rugido en la planta baja. Le siguió una conmoción en la escalera. La puerta se abrió de golpe antes de que Rincewind reuniera valor para saltar por la ventana.

Pero, en vez del loco que esperaba, se encontró frente a frente con el rostro redondo y rojizo de un sargento de los Vigilantes. Recuperó la respiración. El peligro debía de haber pasado, porque los Vigilantes se cuidaban mucho de no intervenir en ninguna reyerta antes de que las oportunidades se inclinaran claramente a su favor. El trabajo ofrecía una pensión, y atraía a hombres prudentes, que pensaban antes de actuar.

El sargento echó un vistazo a Rincewind, y luego examinó a Dosflores con interés.

- ¿Todo va bien? -dijo.

- Sí, muy bien -respondió Rincewind-. Algo os retuvo, ¿eh?

El sargento le ignoró.

- Entonces, ¿éste es el extranjero?

- Ya nos íbamos -intervino rápidamente el mago. Empezó a hablar en trob-. Creo que deberíamos almorzar en otro sitio, Dosflores. Conozco algunos lugares.

Y salió hacia el pasillo con todo el aplomo que pudo reunir. Dosflores le siguió y, segundos más tarde, les llegó un quejido aterrado del sargento, cuando el Equipaje cerró su tapa de golpe, se levantó, se estiró y echó a andar tras ellos.

Los Vigilantes estaban sacando cadáveres del salón de la taberna. No había nadie vivo. Los Vigilantes se habían asegurado de que todo fuera así, dándoles tiempo más que suficiente para escapar por la puerta trasera; un bonito compromiso, a medio camino entre la precaución y la justicia, pero que beneficiaba a ambas partes.

- ¿Quiénes son esos hombres? -preguntó Dosflores.

- Bueno, ya sabes. Eso, hombres -respondió Rincewind.

Antes de que pudiera detenerse, cierta parte de su cerebro que no tenía nada que hacer allí, tomó el control de su boca.

- En realidad, son héroes -añadió.

- ¿De verdad?

Cuando uno ha metido un pie en las Miasmas Grises de H'rull, es mucho más sencillo meter el otro directamente y ahogarse, en vez de prolongar la lucha. Rincewind se dejó llevar.

- Sí. Aquel de allí es Erig Brazofuerte, el otro es Zenell el Negro...

- ¿Está aquí Hrun el Bárbaro? -quiso saber Dosflores, mirando ansiosamente a su alrededor.

Rincewind tomó aliento.

- Es ése, el que está detrás de nosotros.

La enormidad de esta mentira fue tal que sus repercusiones alcanzaron tanto a uno de los planos astrales más bajos, como al Distrito de los Magos, al otro lado del río, donde adquirieron una velocidad tremenda al atravesar la onda de poder que siempre pendía sobre esta zona, y cruzaron salvajemente el Mar Circular. Uno de los ecos llegó hasta el mismo Hrun, que en aquel momento luchaba contra un par de gnolls en una cornisa a punto de derrumbarse, en las Montañas Caderack. Le provocó una confusión momentánea.

Entretanto, Dosflores había abierto la tapa del Equipaje y sacaba apresuradamente un pesado objeto cúbico de color negro.

- ¡Es fantástico! -exclamó-. ¡En casa no se lo van a creer!

- ¿Qué pretende hacer? -inquirió el sargento, con tono dubitativo.

- Te da las gracias por habernos rescatado -respondió Rincewind.

Observó de soslayo la caja negra, casi esperando que estallara, o empezara a emitir extraños tonos musicales.

- Ah -dijo el sargento.

Él también observaba la caja negra. Dosflores les sonrió alegremente.

- Me gustaría tener un recuerdo de esto -dijo-. ¿Te importaría pedirles a todos que se pusieran allí, junto a la ventana? No tardaré nada. Eh... ¿ Rincewind?

- ¿Si?

Dosflores se puso de puntillas para susurrarle algo al oído.

- Supongo que sabéis lo que es esto, ¿no?

Rincewind bajó la vista para mirar la caja. Tenía un ojo redondo de cristal que salía del centro de una de las caras, y una palanquita detrás.

- Pues no del todo -respondió.

- Es un instrumento para hacer dibujos rápidamente -explicó Dosflores-. Un invento bastante reciente. Yo estoy muy orgulloso, pero espero... mira, supongo que estos caballeros no sentiran aprensiones, ¿verdad? Por supuesto, les pagaré por el tiempo que pierdan.

- Tiene una caja con un demonio que pinta cuadros -abrevió Rincewind-. Haced lo que dice este loco, y os dará oro.

Los Vigilantes sonrieron, un tanto nerviosos.

- Me gustaría que salieras en la pintura, Rincewind. Así, perfecto.

Dosflores sacó el disco dorado que Rincewind había visto antes, y escrutó un momento su superficie.

- Bastará con treinta segundos -dijo animado-. ¡Por favor, sonreíd!

- ¡Sonreíd! -ordenó Rincewind. En la caja sonó un zumbido.

- ¡Perfecto!

El segundo albatros volaba muy por encima del disco. En realidad, volaba tan alto que alcanzaba a ver con sus pequeños ojos anaranjados la totalidad del mundo, y el enorme y

brillante Mar Circular. Llevaba una cápsula amarilla con un mensaje atado a una pata. Mucho más abajo, oculto por las nubes, el pájaro que había llevado el primer mensaje al Patricio de Ankh-Morpork aleteaba suavemente de vuelta hacia el hogar.

Rincewind contempló atónito el pequeño cuadrado de cristal. Allí estaba él, desde luego: una diminuta figura, con todos sus colores, en pie delante de un grupo de Vigilantes, todos con las caras éongeladas en un rictus aterrado. Un zumbido de terror sin palabras recorrió a los hombres que le rodeaban, cuando se inclinaron sobre su hombro para echar un vistazo.

Con una sonrisa, Dosflores se sacó de la bolsa un puñado de monedas pequeñas, que ahora Rincewind reconocía: cuartos de rhinu. El extranjero guiñó un ojo al mago.

- Tuve un problema parecido cuando me detuve en las Islas Marrones -dijo-. Creen que el iconografo les roba un trozo del alma. Es divertido, ¿no?

- Sssí -dijo Rincewind.

Pero consideraba que estaba perdiendo su parte privilegiada en la conversacion.

- Aunque yo creo que no se me parece demasiado -añadió.

- Es muy fácil de manejar -dijo Dosflores, ignorándole-. Mira, lo único que tienes que hacer es apretar este botón. El iconógrafo hace el resto. Ahora, yo me pondré al lado de Hrun, y tú sacarás la pintura.

Las monedas tranquilizaron la inquietud de los hombres como sólo el oro puede hacerlo, y Rincewind se sorprendió al descubrir, medio minuto más tarde, que tenía en las manos un pequeño retrato en cristal de Dosflores. El turista agarraba una gran espada mellada, y sonreía como si todos sus sueños se hubieran hecho realidad.

Almorzaron en una pequeña casa de comidas, cerca del Puente de Latón, mientras el Equipaje descansaba bajo la mesa. Tanto la comida como el vino eran mucho mejores que la media a la que Rincewind estaba acostumbrado, y le relajaron. Decidió que las cosas no estaban tan mal. Sólo necesitaba un poco de inventiva y buenos reflejos.

Al igual que él, Dosflores parecía pensativo. Contemplaba reflexivamente su copa de vino.

- Las peleas de taberna son bastante corrientes por aquí, supongo -dijo.

- Sí, bastante.

- ¿Los locales y accesorios resultan dañados a menudo?

- ¿Acce...? ¡Ah, ya entiendo! ¿Te refieres a los bancos, las mesas y todo eso? Sí, es muy posible.

- Debe de ser terrible para los posaderos.

- Pues la verdad, nunca me había parado a pensarlo. Supongo que será uno de los riesgos del negocio.

Dosflores le miró, pensativo.

- Quizá podría ayudarles -dijo-. El riesgo es mi trabajo. Oye, esta comida es un poco grasienta, ¿no?

- Dijiste que querías probar platos típicos de Morpork -señaló Rincewind-. ¿Qué estabas diciendo del riesgo?

- Oh, lo sé todo sobre el riesgo. Es mi trabajo.

Librodot

- Eso me pareció oír. Pero la primera vez tampoco me lo creí.

- No, no es que me dedique a correr riesgos. Lo más emocionante que me ha sucedido es volcar un frasco de tinta. Yo valoro riesgos. Día tras día. ¿Sabes cuáles son las oportunidades de que una casa se incendie en el Distrito Triángulo Rojo de Bes Palargic? Quinientas treinta y ocho contra una. Lo he calculado -añadió, con cierto tono de orgullo.

- ¿Para...? -Rincewind intentó reprimir un eructo-. Disculpa. ¿Para qué?

Se sirvio mas vino.

- Para... -Dosflores se detuvo-. No sé decirlo en trob -sigui~. Es más, creo que no tiene traducción a ese idioma. En el mío, lo llamamos...

Pronuncio una retahíla de sílabas ininteligibles.

- ¿Canguros? -interpretó Rincewind-. Me parece que no te entiendo. ¿A qué te refieres?

- Bueno, imagina que tienes un barco con un cargamento de... supongamos, lingotes de oro. Puede que lo hundan las tormentas, o lo asalten los piratas. No quieres que suceda nada de eso, así que suscribes una palliza de canguros. Yo calculo las posibilidades de que el cargamento se pierda, basándome en los pronósticos meteorológicos y en los informes sobre piratería de los últimos veinte años, y le añado un pequeño tanto por ciento. Luego, tú me pagas una cierta cantidad de dinero basada en esas posibilidades, y...

- Y en el tanto por ciento -señaló Rincewind, moviendo solemnemente un dedo.

y luego, si se pierde el cargamento, te lo reembolso.

- ¿Rebolsar?

- Te pago el valor del cargamento -explicó Dosflores con paciencia.

- Ya comprendo. Es como una apuesta, ¿no?

- ¿Una apuesta? Bueno, quizá... en cierto modo.

- ¿Y se gana dinero con esos canguros?

- Al menos se recupera lo invertido, eso desde luego.

Envuelto en el cálido brillo amarillento del vino, Rincewind trató de pensar en los canguros en términos del Mar Circular.

- Me parece que no entiendo bien estos canguros -dijo con firmeza, contemplando atónito cómo el mundo se tambaleaba a su alrededor-. En cambio, la magia... la magia sí que la entiendo.

Dosflores sonrió.

- La magia es una cosa, y los sonzdos-reflejadosde-espíritus-subterráneos son otra -dijo.

- ¿Qué?

- ¿Que qué?

- Esa palabra rara que has usado -dijo Rincewind, impaciente.

- ¿Sonidos-reflejados-de-espíritus-subterráneos?

- Nunca la había oído.

Dosflores intentó explicarlo.

Rincewind intentó comprenderlo.

Durante las largas primeras horas de la tarde, visitaron la ciudad siguiendo una ruta en dirección Dextro, a partir del río, Dosflores abría el camino, con la extraña caja de dibujos colgada del cuello mediante una cinta. Rincewind le seguía de cerca, quejándose a intervalos y parándose de cuando en cuando para asegurarse de que aún llevaba la cabeza sobre los hombros.

Algunos más le seguían. En la ciudad donde las ejecuciones públicas, los duelos, las peleas y las luchas encarnizadas entre magos señalaban regular-

mente el transcurso de las horas, los habitantes habían hecho de la profesión de observador interesado un auténtico arte. Para ser hombres, resultaban aves de rapiña muy habilidosas. En cualquier caso, Dos-flores estaba encantado tomando pintura tras pintura de gente enzarzada en lo que él describía como «actividades típicas». Y como un cuarto de rhinu cambiaba de propietario «por las molestias», una cola de asombrados y felices nouveaux-riches le siguió pronto, por si aquel loco explotaba en una lluvia de oro.

En el Templo de Sek Siete Manos, una precipitada asamblea de sacerdotes y artesanos del trasplante ritual de corazón, estuvieron de acuerdo en que la enorme estatua -cien palmos- de Sek era demasiado sagrada como para ser plasmada en un cuadro mágico. Pero el pago de dos rhinus les hizo pensar rápidamente que quizá no fuera tan sagrada.

Una larga sesión en los Pozos de Putas dio como resultado buen número de pinturas, tan coloridas como instructivas. Rincewind se guardó discretamente unas cuantas, para estudiarlas más detalladamente en privado. Cuando los vapores se despejaron de su cerebro, empezó a preguntarse en serio cómo funcionaba el iconógrafo.

Hasta un mago fracasado sabía que algunas sustancias eran sensibles a la luz. Quizá aquellas placas de cristal estaban tratadas mediante algún proceso arcano, que congelaba la luz al atravesarlas. Tenía que ser algo por el estilo. Rincewind sospechaba a menudo que, en alguna parte, tenía que haber algo mejor que la magia. Y a menudo sufría decepciones.

De cualquier manera, aprovechó todas las oportunidades de manejar él mismo la caja. Dosflores accedió encantado, pues así, el hombrecillo podía salir en sus propias pinturas. Fue entonces cuando Rincewind advirtió algo extraño. La posesión de la caja confería al que la controlaba una especie de poder; cualquiera situado delante del ojo hipnótico de cristal obedecía las órdenes más perentorias sobre postura y expresión.

Así estaban las cosas cuando, en la Plaza de las Lunas Rotas, llegó el desastre.

Dosflores había posado junto a un asombrad¿ vendedor de hechizos. Su multitud de recientes admiradores le observaba con interés, por si hacía alguna locura graciosa.

Rincewind hincó una rodilla en el suelo, la mejor postura para tomar el cuadro, y apretó la palanca mágica.

- Es inútil. Me he quedado sin rosa -dijo la caja.

Una puertecita, hasta entonces ignorada, se abrió frente a sus ojos. Una figura humanoide, pequeña, verde y con horribles verrugas se asomó al exterior, mostrándole en una mano engarfiada una paleta de pintor con costras de colores, gritándole furioso.

- ¡No hay rosa! ¿Lo ves? -graznó el homúnculo-. Es inútil que sigas apretando la palanca si no queda rosa, ¿no crees? Si querías rosa, no debiste sacar todas aquellas pinturas de jovencitas, ¿verdad? De ahora en adelante, blanco y negro, o nada. ¿ Entendido?

- Muy bien. Claro. Cómo no -asintió Rincewind.

En un rincón oscuro de la caja, le pareció ver un caballete de pintor y una pequeña cama sin hacer. Deseó equivocarse.

- Pues que quede entendido -gruñó el duende, cerrando la puerta de golpe.

Rincewind creyó oír el sonido lejano de más gruñidos, y el ruido de un taburete al ser arrastrado por el suelo.

- Dosflores... -empezó a decir, levantando la vista.

Dosflores había desaparecido. Rincewind contempló la multitud, mientras el horror le cosquilleaba la columna vertebral. Junto con el horror, sintió un suave pinchazo en la base de la espalda.

- Date la vuelta muy despacio -dijo una voz que era como seda negra-, o despídete de tus riñones.

La multitud miraba con gran interés. Estaba siendo un buen día.

Rincewind se vólvió lentamente, notando cómo la punta de la espada le arañaba las costillas. Al otro lado de la espada, reconoció a Stren Whitel: ladrón, espadachín cruel y decidido aspirante al título de Peor Hombre del Mundo.

- Hola -saludó débilmente.

A pocos metros advirtió a una pareja de desaprensivos que alzaban la tapa del Equipaje y señalaban excitadamente las bolsas de oro. Whitel sonrío. Aquella sonrisa tenía un efecto desagradable al combinarse con la cicatriz que le cruzaba la cara.

- Yo te conozco -dijo-. Eres un mago de tercera. ¿Qué es esa cosa?

Rincewind vio que la tapa del Equipaje temblaba ligeramente, aunque no había viento. Y aún tenía en las manos la caja de cuadros.

- ¿Esto? Hace dibujos -dijo, animado- ¡Eh, no dejes de sonreír, por favor!

Retrocedió rápidamente y enfocó la caja.

Por un momento Withel titubeó.

- ¿Qué? -exclamó.

- Perfecto, así, no te muevas... -dijo Rincewind.

El ladrón se detuvo. Luego rugió, y alzó la espada.

Sonó un chasquido de madera, seguido por un par de gritos horrísonos. Rincewind no miró a su alrededor por miedo a las cosas terribles que podría ver. Y para cuando Whitel le buscó de nuevo, ya estaba al otro lado de la plaza y seguía acelerando.

El albatros descendió trazando círculos lentos y amplios, que terminaron en un muy poco elegante borrón de plumas y en un golpe brusco, cuando aterrizó pesadamente sobre su plataforma, en el jardín para pájaros del Patricio.

El guardián de los pájaros, que sesteaba al sol y de ninguna manera esperaba un mensaje de larga distancia tan pronto después del de aquella mañana, se puso en pie de un salto y levantó la vista.

Momentos más tarde, corría por los pasillos del palacio sosteniendo la cápsula del mensaje y -debido al descuido que le provocó la sorpresa- lamiéndose una fea herida en el dorso de la mano, producida por un picotazo.

Rincewind corría a trompicones callejón abajo, sin prestar atención a los gritos airados que surgían de la caja de cuadros. Saltó un alto muro, con su túnica raída flotando a su alrededor, como las plumas de un grajo desaliñado. Aterrizó en el patio trasero de una tienda de alfombras, dispersando tanto la mercancía como a los clientes, salió a toda velocidad por la puerta trasera, patinó bajando por otro callejón y se

detuvo, con los dientes castañeteándole peligrosamente, justo cuando estaba a punto de caer al Ankh.

Se dice que una sola gota de ciertos ríos místicos puede robar la vida a un hombre. Tras su turbio paso por la ciudad dividida, el Ankh podría ser uno de tales ríos.

A lo lejos, los gritos de rabia adquirieron un escalofriante tono de terror, Rincewind miró a su alrededor desesperadamente, en busca de un bote o asidero que le permitiera escalar los pulidos muros que tenía a derecha e izquierda. No vio nada.

Estaba atrapado.

Espontáneamente, el Hechizo brotó en su mente. No se podía decir que lo hubiera aprendido. Más bien el Hechizo le había aprendido a él. El episodio había terminado con su expulsión de la Universidad Invisible porque, por una apuesta, se había atrevido a abrir las páginas del último ejemplar éxistente del grimorio del propio Creador, el Octavo, mientras el encargado de la biblioteca universitaria estaba distraído. El Hechizo había saltado de la página para enterrarse instantánea y profundamente en su cerebro, de donde no fueron capaces de sacarlo ni los talentos combinados de toda la Facultad de Medicina. Tampoco podían estar seguros de cuál era concretamente, aunque sabían que se trataba de uno de los Ocho Hechizos Básicos, que estaban intrincadamente entrelazados con el tejido del espacio y el tiempo.

Desde entonces, cada vez que Rincewind se veía perseguido o amenazado, el Hechizo mostraba una preocupante tendencia a intentar ser pronunciado.

El mago apretó los dientes, pero la primera sílaba se abrió camino por una comisura de su boca. La mano izquierda se le levantó involuntariamente y, cuando la fuerza mágica le envolvió, empezó a despedir chispas octarinas...

El Equipaje dobló la esquina, con sus cientos de rodillas moviéndose como pistones.

Rincewind se atragantó. El Hechizo murió sin ser pronunciado.

La caja no parecía molesta en absoluto por la alfombra ornamental que la cubría torpemente, ni por el ladrón que arrastraba, atrapado por un brazo bajo la tapa. Este último era un peso muerto, en todo el sentido de la palabra. En otro punto de la tapa se veían los restos de dos dedos, de propietario desconocido.

El Equipaje se detuvo a escasos metros del mago y, por un momento, contrajo las patas. Rincewind no le veía los ojos por ningún lado, pero estaba seguro de que el baúl le estaba mirando. Expectante.

- Largo de aquí -dijo débilmente.

No funcionó, pero la tapa se abrió con un chasquido, liberando al ladrón muerto.

Rincewind recordó el oro. Seguramente, la caja necesitaba un dueño. ¿Le había adoptado a él, en ausencia de Dosflores?

La marea estaba subiendo, y empezaban a verse desperdicios flotando corriente abajo en el amarillento atardecer, en dirección a la Puerta del Río, a cien metros escasos. Sólo le costó un momento mandar al difunto ladrón a reunirse con ellos. Aunque lo encontraran más tarde, no habría comentarios. Y los tiburones del estuario estaban acostumbrados a comidas abundantes y regulares.

Rincewind observó cómo se alejaba el cadáver, mientras calculaba su próximo movimiento. Probablemente, el Equipaje flotaba. Sólo tenía que esperar hasta el ocaso, y partir con la marea. Había muchos lugares solitarios río abajo, donde podría saltar a la orilla, y... bueno, si el Patricio había enviado de verdad el mensaje sobre él, un cambio de ropa y un afeitado acabarían con el problema. En cualquier caso, había otras tierras, y él tenía facilidad para los idiomas. Si llegaba a Quimera, Gonim o Escalpón, ni media docena de ejércitos podría traerle de vuelta. Y luego..., riqueza, comodidades, seguridad...

Quedaba el problema de Dosflores, por supuesto. Rincewind se permitió un momento de tristeza.

- Podía haber sido peor -dijo, a modo de despedida-. Podía haber sido yo.

Pero, cuando intentó moverse, descubrió que la túnica se le había quedado atrapada en algún obstáculo.

Miró hacia abajo y vio que la tapa del Equipaje la tenía firmemente agarrada por el borde.

- ¡Ah, Gorphal! -dijo el Patricio con voz agradable-. Entra, siéntate. ¿Puedo ofrecerte una estrella de mar confitada?

- Estoy a tu entera disposición, señor -respondió tranquilamente el anciano-. Excepto, quizá, en el asunto de los equinodermos confitados.

El Patricio se encogió de hombros y le señaló el rollo de pergamino que se encontraba sobre la mesa.

- Léelo -indicó.

Gorphal tomó el documento y alzó una ceja a la vista de los familiares ideogramas del Imperio Dorado. Leyó en silencio durante cosa de un minuto, y luego volvió el pergamino para estudiar minuciosamente el sello del reverso.

- Tienes fama de experto en los asuntos del Imperio -dijo el Patricio-. ¿Puedes explicarme esto?

- Para conocer al Imperio, no es tan importante centrarse en hechos concretos como tratar de comprender cierta manera de pensar -señaló el anciano, diplomático-. El mensaje es curioso, sí, pero no sorprendente.

- Esta mañana el Emperador me ordenó -el Patricio se permitió el lujo de un gesto malhumorado-, me ordenó, Gorphal, proteger a ese tal Dos Flores. Ahora, parece que debo matarle. ¿No crees que es sorprendente?

- No. El Emperador no es más que un nino. Es... idealista. Agudo. Un dios para su pueblo. Por tanto, la carta de esta tarde procede, si mucho no me equivoco, de Nueve Espejos Girantes, el Gran Visir. Ha envejecido al servicio de muchos emperadores. Los considera un ingrediente necesario, aunque agotador, para el buen funcionamiento del Imperio. No le gustan las cosas fuera de su lugar. El Imperio no se construyó dejando que las cosas se salieran de su sitio. Ese es su punto de vista.

- Empiezo a comprender... -asintió el Patricio.

- Ya. -Gorphal sonrió para sí mismo-. Este turista es una cosa fuera de su sitio. Tras acceder a los deseos de su señor, estoy casi seguro de que Nueve Espejos Girantes haría sus propios acuerdos, destinados a asegurarse que no se permite volver a casa a un vagabundo; quizá llevaría consigo enfermedades, o insatisfacciones. Al Imperio le gusta que la gente se

quede allí donde la ponen. Así que lo mejor es que ese Dosflores desaparezca en tierras bárbaras. O sea, aquí señor.

- ¿Y qué me aconsejas? -preguntó el Patricio.

Gorphal se encogió de hombros.

- Creo que no debes hacer nada. Sin duda, las cosas se resolverán por sí mismas. -Se rascó la oreja, pensativo-. Aunque quizá el Gremio de Asesinos...

- ¡Ah, sí! -recordó el Patricio~. El Gremio de Asesinos. ¿Quién es el presidente ahora?

- Zlorf Flannelfoot, señor.

- ¿Te importaría charlar con él?

- Cómo no, señor.

El Patricio asintió. Era un gran alivio. Estaba de acuerdo con Nueve Espejos Girantes, la vida ya era bastante complicada. La gente debería quedarse donde la ponían.

Brillantes constelaciones resplandecieron sobre el Mundodisco. Uno a uno, los comerciantes cerraron sus establecimientos. Uno a uno, los atracadores, ladrones, estranguladores, putas, ilusionistas, ?eincidentes y revientapisos, despertaron y desayunaron. Los magos se dedicaron a sus asuntos polidimensionales. Aquella noche entraban en conjunción dos planetas poderosos, y el aire sóbre el Distrito de los Magos ya chispeaba con los primeros hechizos.

- Mira -dijo Rincewind-, así no llegaremos a ninguna parte.

Se desplazó unos centímetros hacia un lado. El Equipaje le siguió fielmente, con la tapa entreabierta, amenazadora. Por un momento, Rincewind consideró la desesperada idea de saltar para ponerse a salvo. La tapa chasqueó de anticipación.

En cualquier caso, se dijo a si mismo con el corazón en un puño, el maldito cacharro le seguiría otra vez. Tenía cara de eso. Aunque consiguiera un caba-lío, tenía la desagradable sospecha de que le seguiría a su propio paso. Interminablemente. Cruzando a nado ríos y océanos. Ganando un poco de terreno cada noche, mientras él tenía que detenerse a dormir. Y llegaría el día, años más tarde, en alguna ciudad exótica, en que oiría el sonido de cientos de pies diminutos corriendo camino abajo en dirección a él...

- ¡Te has equivocado de hombre! -gimió-. ¡No es culpa mía! ¡Yo no le he secuestrado!

La caja se movió ligeramente hacia adelante. Ahora sólo quedaba una estrecha franja de espigón grasiento entre los talones de Rincewind y el río. Un relámpago de precognición le informó de que la ¿aja podría nadar más deprisa que él. Intentó no imaginar cómo sería ahogarse en el Ankh.

- Supongo que sabes que no se detendrá hasta que te rindas -dijo en tono coloquial una vocecilla.

Rincewind bajó la vista hacia el iconógrafo, que aún llevaba colgado del cuello. La trampilla estaba abierta, y el bomúnculo se asomaba por el marco, fumando en pipa y observando los acontecimientos con gesto divertido.

- Al menos caerás al agua conmigo -dijo Rincewind entre dientes.

El duende se saco la pipa de la boca.

- ¿Qué has dicho? preguntó.

- ¡He dicho que caerás conmigo, maldita sea!

- Como quieras. -El duende tamborileó los dedos contra un lado de la caja, en un gesto preñado de sentido-. Veremos quién se hunde primero.

El Equipaje bostezó, y se adelantó una fracción de centímetro mas.

- ¡De acuerdo, de acuerdo! -exclamó Rincewind, irritado-. Pero tendrás que darme tiempo para pensar.

El Equipaje retrocedió lentamente. Rincewind se situó a una distancia razonablemente segura de la orilla, y se sentó con la espalda apoyada en un muro.

Al otro lado del río brillaban las luces de la ciudad de Ankh.

- Eres un mago -comentó el duende de las pinturas-. Se te ocurrirá alguna manera de rescatarle.

- Me temo que, como mago, no soy gran cosa.

- Puedes dejarte caer sobre cada uno de ellos y transformarles en gusanos -siguió el duende, alentador, ignorando la última frase.

- No. Convertir En Animales es un hechizo de Octavo Nivel. Yo ni siquiera terminé el entrenamiento. Sólo conozco un hechizo.

- Bueno, con eso bastará.

- Lo dudo -dijo Rincewind sin esperanzas.

- ¿Para qué sirve?

- No podría decirlo. La verdad, prefiero no hablar del tema. Pero, con franqueza -suspiró, ningún hechizo sirve de gran cosa. Tardas tres meses en memorizar hasta el más sencillo, y luego, una vez lo usas, ¡puf!, desaparece. Eso es lo estúpido de la magia, ¿sabes? Te pasas veinte años aprendiendo el hechizo que hace aparecer vírgenes desnudas en tu dormitorio y, cuando lo consigues, estás tan envenenado por los vapores de mercurio, tan ciego de leer grimorios viejos, que no te acuerdas de lo que viene después.

- Nunca lo había imaginado así -dijo el duende.

- Oye, mira, todo esto es un error. Cuando Dosflores dijo que tenían una magia mejor en el Imperio, pensé... pensé...

El duende le miró, expectante. Rincewind se maldijo.

- Bueno, si quieres que te diga la verdad, no creo que dijera «magia». No exactamente.

- Entonces, ¿qué hay allí?

Rincewind empezaba a sentirse verdaderamente desdichado.

- No sé -respondió-. Un sistema mejor para hacer las cosas, supongo. Algo con un poco de sentido. Domar... domar los relámpagos, o algo así.

El duende le dedicó una mirada amable pero compasiva.

- Los relámpagos son las lanzas que arrojan los gigantes del trueno cuando pelean -dijo suavemente-. Un hecho meteorológico establecido. No se pueden domar.

- Ya lo sé -asintió Rincewind, deprimido-. Supongo que ahí está el fallo del argumento.

Librodot

El duende asintió y desapareció en las profundidades del iconógrafo. Momentos más tarde, Rincewind percibió el olor del beicon al freírse. Aguardó hasta que su estómago no pudo soportar más tiempo la tensión, y llamó con un dedo en la caja. El duende reaparecio.

- He estado pensando en lo que has dicho -le espetó, antes de que Rincewind tuviera ocasión de abrir la boca-. Y, aunque lo pudieras domar y ponerle un arnés, ¿cómo consiguirías que tirase de un carro?

- ¿De qué demonios hablas?

- Del relámpago. Sube y baja. Tú quieres que vaya hacia adelante, no de arriba abajo. Y además, seguro que quemaría el ames.

- ¡Me importan un rábano los relámpagos! ¿Cómo voy a pensar con el estómago vacio?

- Come algo. Es lo más lógico.

- ¿Cómo? ¡Cada vez que me muevo, esta maldita caja me enseña las bisagras!

Como si le hubiera dado pie, el Equipaje abrió bien las mandíbulas.

- ¿Lo ves?

- No intenta morderte -señaló el duende-. Lleva comida ahí dentro. Muerto de hambre, no le servirías de nada.

Rincewind atisbó en los oscuros rincones del Equipaje. Cierto: entre el caos de cajas y bolsas de oro había varias botellas y paquetes envueltos en papel grasiento. Dejó escapar una carcajada cínica, caminó por los alrededores del espigón hasta que encontró un trozo de madera del largo adecuado, lo introdujo con toda la educación posible en la rendija entre la tapa y la caja, y sacó uno de los paquetes planos.

Contenía galletas, unas galletas tan duras como la madera diamante.

- Aldita ea -murmuró, acariciándose los dientes doloridos.

- Son Digestivos para Viajes del Capitán Ocho-panteras -dijo el duende desde el umbral de su caja-. Han salyado más de una vida en el mar, sí señor.

- Seguro, seguro. ¿Hacéis balsas con ellas, o se las tiráis a los tiburones para ver cómo se hunden? ¿Qué hay en las botellas? ¿Veneno?

- Agua.

- ¡Pero si hay agua en todas partes! ¿Para qué ha traído agua?

- Confianza.

- ¿Confianza?

- Exacto. No la tenía en el agua de aquí.

Rincewind abrió una botella. El líquido que contenía podía ser agua. Tenía un aroma vacío, sin rastro de vida.

- No sabe ni huele a nada -refunfuñó.

El Equipaje crujió ligeramente, llamándole la atención. Con un gesto amenazador, perezoso y calculado, cerré lentamente su tapa, aplastando la improvisada palanca de Rincewind como si fuera una hoja seca.

- Vale, vale -dijo el mago-. Estoy pensando.

Librodot

El cuartel de Ymor estaba en la Torre Inclinada, en la esquina de la calle Escarcha con el callejón Helado. A medianoche, el guardia solitario, semioculto en las sombras, alzó la vista para observar la conjunción de planetas, y se preguntó vagamente qué cambios conllevaría para su suerte.

Se oyó un ruido ligerísimo, como el de un mosquito bostezando.

El guardia bajó la vista hacia la calle desierta, y ahora vio el brillo de la luna sobre algo que yacía en el lodo, a pocos metros de distancia. Lo recogió. La luz lunar arrancó un nuevo destello del oro, y el guardia contuvo el aliento, tan estentóreamente que el eco resoné en todo el callejón.

Volvió a oír el ligero ruido, y otra moneda rodó por la gravilla, al otro lado de la calle.

Para cuando la recogió, ya había otra, poco más adelante, todavía rodando. Recordaba lo que se decía, que el oro se formaba con la luz cristalizada de las estrellas. Hasta entonces, nunca había creído que fuera cierto que algo tan pesado como el oro pudiera caer naturalmente del cielo.

Cuando llegó a la entrada del callejón, cayó más oro. Lamentablemente, iba todavía en la bolsa. Y había demasiado cuando Rincewind lo dejó caer pesadamente sobre su cabeza.

Al volver en sí, el guardia se encontró mirando los ojos enloquecidos de un mago que le amenazaba

la garganta con una espada. Además, en la oscuridad, algo le agarraba la pierna.

Era uno de esos agarrones desconcertantes, de los que sugieren que el agarrador podría hacerlo mucho más fuerte si quisiera.

- ¿Dónde está el extranjero rico? -siseó el mago-. ¡Deprisa!

- ¿Qué me tiene cogido por la pierna? -preguntó el hombre, con un matiz de pánico en la voz.

Intentó liberarse. La presión se incrementé.

- No querrías saberlo -aseguró Rincewind

Presta atención, por favor. ¿Dónde está el extranjero?

- ¡Aquí, no! ¡Lo tienen en la taberna de Broadman! ¡Todo el mundo le está buscando! Tú eres Rincewind, ¿no? La caja... la caja que muerde a la gente... oh, no... por favoooor...

Rincewind ya se había marchado. El guardia sintió que el agarrapiernas invisible le liberaba de su presión. Luego, mientras intentaba ponerse en pie, algo grande, pesado y cúbico salió corriendo en la oscuridad, tras el mago. Algo con cientos de patitas.

Con la única ayuda de su libro de frases, compilado por él mismo, Dosflores trataba de explicar los misterios de los canguros a Broadman. El grueso tabernero le escuchaba atentamente, con un extraño brillo en sus ojillos negros.

Al otro lado de la mesa, Ymor les observaba con cierta diversión. De cuando en cuando, alimentaba con los restos de su plato a uno de los cuervos. Junto a él, Whitel recorría la habitación a largas zancadas una y otra vez.

- Te preocupas demasiado -dijo Ymor, sin apartar la vista de los dos hombres que tenía frente a él-. Estoy seguro, Stren. ¿Quién se atrevería a atacarnos aquí? Y el mago de tercera

vendrá. Es demasiado cobarde para no venir. E intentará hacer un trato. Y nos apoderaremos de él. Y del oro. Y del cofre.

El único ojo de Withel brilló, y, formando un puño cerró la mano enguantada de negro.

- ¿Quién habría imaginado que hay tanto peral sabio en todo el disco? -dijo-. ¿Cómo íbamos a saberlo?

- Te preocupas demasiado, Stren. Estoy seguro de que, esta vez, puedes hacerlo mejor -respondié Ymor con tono agradable.

Su lugarteniente gruñó, disgustado, y salió a zancadas de la habitación para intimidar un rato a sus hombres.

Era extraño, pero el hombrecillo no parecía comprender la gravedad de su situación. En varias ocasiones, Ymor le había visto mirar la habitacion que le rodeaba con un gesto de gran satisfacción. Además, llevaba siglos hablando con Broadman, e Ymor había observado que un pedazo de papel cambiaba de manos. Y Broadman había entregado al extranjero algunas monedas. Desde luego, era extraño.

Cuando Broadman se levantó y pasó caminando como un pato junto a la silla de Ymor, el brazo del jefe de los ladrones salió disparado como un muelle de acero, atrapando al gordo por el delantal.

- ¿De qué estabais hablando, amigo? -pregunté tranquilamente Ymor.

- D-de nada, Ymor. Sólo negocios privados.

- Entre los amigos no hay secretos, Broadman.

- Sí... bueno, la verdad es que ni yo mismo estoy seguro. Se trata de una especie de apuesta, ¿sabes? -respondió el tabernero, nervioso-. Algo llamado «canguros». Es una apuesta a que el Tambor Roto no se incendiará.

Ymor sostuvo la mirada del hombre hasta que Broadman bajó la vista, temeroso y avergonzado. Entonces, el jefe de los ladrones se echó a reír.

- ¿Este viejo montón de madera carcomida? -dijo-. ¡Ese tipo debe de estar loco!

- Sí, loco, pero con dinero. Dice que ahora ya tiene la... no me acuerdo de cómo se llama, empieza por «p», es lo que podríamos decir el dinero de la apyesta... y la gente para quien trabaja en el Imperio Agata, pagará. Si el Tambor Roto se incendia. No es que espere que suceda eso, claro. Incendiarse el Tambor Roto, quiero decir. O sea, que para mí, es como un hogar, el Tambor, sí...

- No eres del todo idiota, ¿eh? -dijo Ymor, alejando al tabernero de un empujón.

La puerta se abrió de golpe sobre sus bisagras, y chocó fuertemente contra la pared.

- ¡Eh, que esa puerta es mía! -grité Broadman.

Entonces advirtió quién estaba en la cima de la escalera, y se agaché tras una mesa justo a tiempo para evitar un pequeño dardo negro, que cruzó la habitación y fue a clavarse en la madera que le protegía.

Ymor movió cautelosamente la mano para servirse de otra botella de cerveza.

- ¿No quieres beber conmigo, Zlorf? -dijo en tono conversacional-. Y deja esa espada, Stren. Zlorf Flannelfoot es amigo nuestro.

El presidente del Gremio de los Asesinos hizo girar hábilmente su cerbatana corta, y la guardé en la sobaquera con un rápido movimiento.

- ¡Stren! -ordenó Ymor.

El ladrón de la garra negra siseó y guardó la espada en su funda. Pero mantuvo la mano en la empuñadura, y los ojos fijos en el asesino. Lo que no era fácil. En el Gremio de Asesinos, la promoción se efectuaba mediante examen competitivo, y la práctica era la asignatura mas importante. Para ser exactos, la única. Así que la ancha y sincera cara de Zlorf era un laberinto de cicatrices, resultado de muchas confrontaciones directas. De no ser así, probablemente tampoco habría resultado demasiado atractivo. Se decía que Zlorf había elegido una profesión llena de capuchas oscuras, capas y andanzas nocturnas, porque en su árbol genealógico había algún trolí temeroso de la luz del día. La gente que comentaba esto al alcance del oído de Zlorf, solía llevarse sus propias orejas a casa guardadas en el sombrero.

Bajó la escalera a zancadas, seguido por varios asesinos.

- He venido a por el turista -dijo cuando estuvo justo delante de Ymor.

- ¿Es asunto tuyo, Zlorf?

- Sí. Grinjo, Urmond, cogedle.

Dos de los asesinos dieron un paso hacia adelante. Una décima de segundo más tarde, Stern estaba frente a ellos. Su espada pareció materializarse a un centímetro de sus gargantas, sin necesidad de atravesar el aire intermedio.

- Posiblemente, sólo podría matar a uno de vosotros dos -murmuro-. Pero os recomiendo que os preguntéis... ¿a cuál?

- Mira hacia arriba, Zlorf -sugirió Ymor.

Una fila de ojos amarillentos, ominosos, les observaban entre la oscuridad, desde las alfardas.

- Un paso más y saldréis de aquí con menos ojos de los que trajisteis -dijo el jefe de los ladrones-. Así que siéntate y bebe algo, Zlorf. Discutamos esto con sensatez. Creí que teníamos un acuerdo; tú no robas, yo no mato. Al menos, no por dinero -anadió tras una pausa.

Zlorf tomó la cerveza que le ofrecían.

- ¿Y qué? -dijo-. Yo le mato, y luego tú le robas. ¿Es ese tipo raro de allí?

- Sí.

Zlorf miró a Dósflores, que le sonrió. El asesino rara vez se preguntaba por qué algunas personas querían matar a otras. Sencillamente, era su trabajo.

- ¿Puedo preguntar quién es tu cliente? -inquirió Ymor.

Zlorf alzó una mano.

- ¡Por favor! -protestó-. Secreto profesional. Claro, claro. Por cierto...

- ¿Sí?

- Creo que tengo un par de guardias fuera...

- Tenias.

- Y algunos más en el portal, al otro lado de la calle. Son buenos chicos...

- Eran buenos chicos.

- Y dos arqueros en el tejado.

La sombra de una duda atravesé el rostro de Zlorf, como el último rayo de sol sobre un campo mal arado.

La puerta se abrió de golpe, aplastando al asesino que se encontraba a un lado.

- Dejad de hacer eso! -grité Broadman desde debajo~ de su mesa.

Zlorf e Ymor miraron la figura que se alzaba en el umbral. Era un hombre bajo, grueso y lujosamente vestido. Muy lujosamente vestido. Tras él, en la oscuridad, había varias formas altas y grandes. Muy grandes. Muy amenazadoras.

- ¿Quién es ése? -preguntó Zlorf.

- Le conozco -dijo Ymor-. Se llama Rerpf. Es el propietario de Ja taberna La Fuente Gruñona, junto al Puente de Latón. Elimínale, Stren.

Rerpf alzó una mano llena de anillos. Stren Withel, ya a medio camino hacia la puerta, titubeé al ver a un buen número de gigantescos trolís que se agachaban para pasar bajo el marco de la puerta y situarse a ambos lados del hombre grueso, parpadeando bajo la luz. Músculos del tamaño de melones destacaban en antebrazos grandes como sacos de harina. Cada trolí llevaba una enorme hacha de doble filo. Entre el índice y el pulgar.

Broadman salté de su escondrijo, con el rostro enrojecido por la ira.

- ¡Fuera! -gritó-. ¡Sacad de aquí a esos trolís!

Nadie se movió. La habitación se había sumido en un silencio repentino. Broadman miró rápidamente a su alrededor. Empezó a comprender lo que acababa de decir, y a quién. Un gemido escapé de sus labios, contento de verse libre.

Llegó junto a la puerta de la bodega en el momento que uno de los trolís, con un perezoso movimiento de una mano del tamaño de un jamón, lanzaba su hacha girando hacia el otro extremo de la habitación. El golpe de la puerta al cerrarse y el consiguiente chasquido del hacha al clavarse en la madera, se fundieron en un solo sonido.

- ¡Maldita sea! -exclamé Zlorf Flannelfoot.

- ¿Qué quieres? -pregunté Ymor.

- Estoy aquí en nombre del Gremio de Mercaderes y Comerciantes -respondió tranquilamente Rerpf-. Para proteger nuestros intereses, si quieres decirlo así. O sea, al hombrecillo.

Ymor arqueé las cejas.

- Disculpa -siguió-, me pareció oírte decir «Gremio de Mercaderes».

- Y Comerciantes -asintió Rerpf.

Ahora, tras e'l, aparte de más trolís, había varios humanos que Ymor reconoció vagamente. Quizá los había visto detrás de barras y mostradores. Generalmente, figuras borrosas, fácilmente ignorables, fácilmente olvidables. En lo más profundo de su mente, un mal presentimiento empezaba a cobrar forma. Por ejemplo, imaginé cómo se sentiría un zorro enfrentado a un rebaño de ovejas furiosas. Unas ovejas que, además, podían contratar a lobos.

- ¿Puedo preguntar cuánto hace que existe este... Gremio? -dijo.

- Desde esta tarde -respondió Rerpf-. Soy el vicepresidente, encargado de los asuntos de turismo.

- ¿Qué es eso del turismo?

- Eh... no estamos muy seguros -titubeé Rerpf.

Un anciano con barba asomé la cabeza por encima del hombro del vicepresidente, y carraspeé.

- Hablo en nombre de los vendedores de vino de Morpork. Turismo quiere decir negocio, ¿entiendes?

- ¿Y bien? -inquirió friamente Ymor.

- Y bien -siguió Rerpf-, como dije antes, estamos protegiendo nuestros intereses.

- ¡Ladrones fuera! ¡Ladrones fuera! -cacareé su anciano compañero.

Muchos otros se unieron a la cantinela. Zlorf sonrío.

- ¡Y asesinos! -exclamó el viejo.

Zlorf gruñó.

- Seamos razonables -dijo Rerpf-. Con gente robando y asesinando por todas partes, ¿qué impresión se van a llevar de nosotros los visitantes? Vienen de muy lejos para ver nuestra hermosa ciudad, con sus muchos lugares de interés histórico y cívico, nuestras costumbres pintorescas, y se despiertan despojados de todo en cualquier callejón oscuro, o flotando Ankh abajo. Así, ¿cómo van a decir a sus amigos lo bien que se lo han pasado? Asumidlo, tenéis que moveros con los tiempos.

Zlorf e Ymor se miraron.

- Tenemos que hacerlo, ¿verdad? -dijo Ymor.

- Entonces, hermano, movámonos -asintió Zlorf.

Se llevó rápidamente la cerbatana a la boca, y un dardo silbé hacia el troil más cercano. El monstruo lo esquivé mientras blandía el hacha, que silbé sobre la cabeza de un asesino y fue a enterrarse en el ladrón más desafortunado.

Rerpf se agaché para permitir que el trolí que tenía detrás tensara un enorme arco de hierro y disparase una flecha del tamaño de una lanza hacia el asesino más cercano. Y eso fue el principio...

Muchas veces se ha dicho que, aquellos que son sensibles a la radiación del octarino -el octavo color, el Pigmento de la Imaginación- pueden ver cosas que resultan invisibles para los demás.

Así fue como Rincewind, que corría -con el Equipaje trotando tras él- por los populosos bazares de Morpork, iluminados por bengalas al anochecer, tropezó con una figura alta y sombría, se volvió para dedicarle unas cuantas maldiciones, y se encontró frente a frente con la Muerte.

Tenía que ser la Muerte. Nadie más iría por ahí con las cuencas de los ojos vacías, claro. Y la guadaña que llevaba al hombro era otra pista. Mientras Rincewind la miraba horrorizado, una pareja de amantes, riéndose de algún chiste privado, atravesaron la aparición sin darse cuenta de nada.

La Muerte parecía sorprendida, al menos hasta donde puede parecerlo un rostro sin rasgos móviles.

- ¿Rincewind? -dijo la Muerte, en tonos tan profundos y pesados como puertas de plomo cerrándose en una cavidad subterránea.

- Hummm -respondió Rincewind, intentando apartarse de la mirada sin ojos.

- Pero ¿qué haces tú aquí?

(Bum, bum, lápidas de criptas en sólidas montanas antiguas, comidas por los gusanos...)

- Hummm... ¿por qué no iba a estar aquí? -se las arregló para responder Rincewind-. Además, estoy seguro de que tienes mucho que hacer, así que te dejo...

- Me sorprende que hayas tropezado conmigo, Rincewind, porque tengo una cita contigo esta misma noche.

- Oh, no, no...

- Pero, claro, lo jodido del asunto es que esperaba encontrarte en Psephopololis.

- ¡Pero eso está casi a ochocientos kilómetros!

- No hace falta que me lo recuerdes. Ya veo que se me ha vuelto a descuajaringar todo el sistema. Oye, mira, ¿no te importaría...?

Rincewind retrocedió, extendiendo las manos frente a él como para protegerse. En una caseta cercana, el vendedor de pescado seco contemplé a aquel loco con interes.

- ¡Ni pensarlo!

- Puedo prestarte un caballo muy rápido -ofreció la Muerte.

- ¡No!

- No dolerá nada.

- ¡No!

Rincewind se dio la vuelta y echó a correr. La Muerte le miró alejarse, y se encogió de hombros con gesto de fastidio.

- Pues que te den por culo -dijo la Muerte.

Se dio la vuelta, y vio al vendedor de pescado. Con un gruñido, la Muerte extendió un dedo literalmente huesudo, y detuvo el corazón del hombre. Pero no le sirvió de consuelo.

Entonces, la Muerte recordó lo que iba a suceder aquella misma noche. No sería correcto decir que sonrió, ya que, en cualquier caso, sus rasgos estaban perpetuamente congelados en una sonrisa calcárea. Pero empezó a tararear una tonadilla, tan alegre como el entierro de un apestado, y -deteniéndose sólo para robarle la vida a una mosca de mayo, y una de sus nueve vidas a un gato que se escondía cobardemente bajo la caseta de pescado (todos los gatos ven el octarino)-, la Muerte giré sobre sus talones y echó a andar hacia el Tambor Roto.

La calle Corta de Morpork es, de hecho, una de las más largas de la ciudad. La calle Filigrana cruza su extremo dextro como el palo de una t, y el Tambor Roto está situado de manera que domina toda la longitud de la calle.

En el extremo más lejano de la calle Corta, un objeto oscuro y oblongo se alzó sobre sus centenares de patitas y echó a correr. Al principio, su paso no era más que un trote suave. Pero, al llegar al centro de la calle, se movía con la velocidad de una flecha...

Una forma más oscura avanzó centímetro a centímetro, junto a uno de los muros del Tambor, a pocos metros de los dos trolís que vigilaban la puerta. Rincewind sudaba. Si oían el leve tintineo de las bolsas especialmente preparadas que llevaba colgadas del cinturon...

Uno de los trolís palmeé a su colega en el hombro, provocando un ruido como el de dos guijarros al entrechocar. A la escasa luz de las estrellas, señaló calle abajo... salió disparado de su escondrijo, se volvió y arrojó su carga por la ventana más cercana del Tambor.

Whitel la vio llegar. La bolsa trazó un arco al cruzar la habitación, girando lentamente en el aire, y se rompió contra el canto de una mesa. Un momento más tarde, monedas de oro rodaban por el suelo, tintineantes, refulgentes.

De repente, la habitación había quedado en silencio, a excepción del tintineo del oro y los gemidos de los moribundos. Con una maldición, Whitel despaché al asesino con el que había estado peleando.

- ¡Es un truco! -gritó-. ¡Qué nadie se mueva! Tres hombres y una docena de trolís se congelaron, ya en posición de tantear el suelo.

Entonces, por tercera vez, la puerta se abrió de golpe. Dos trolís entraron apresuradamente, cerraron tras ellos, colocaron la pesada barra y huyeron escalera abajo.

Fuera, cada vez más cerca, se oyó el ruido de pies corriendo. Y, por última vez, la puerta se abrió. Más correctamente, exploté. La enorme barra de madera salió despedida hacia el otro extremo de la habitación, y hasta el marco cedió.

Puerta y marco aterrizaron sobre una mesa, que se hizo astillas. Fue entonces cuando los inmóviles combatientes advirtieron que había algo más en el montón de madera: era una caja, que se sacudía salvajemente para liberarse de las astillas que la rodeaban.

Rincewind apareció en el destrozado umbral, haciendo girar otra de sus granadas de oro. Fue a estrellarse contra una pared, dejando escapar una lluvia de monedas.

Abajo, en el sótano, Broadman levantó la vista, murmurando para sí mismo, y siguió con su trabajo. Ya había amontonado en el suelo toda su provisión de velas para el Invierno Eje, junto con la leña. Ahora estaba moviendo un barril de aceite para las lámparas.

- Canguros -murmuro.

El aceite se derramé en el suelo, a sus pies.

Whitel atravesé la habitación. Su rostro se había convertido en una máscara de rabia. Rincewind apuntó cuidadosamente y acertó de lleno al ladrón en el pecho con una bolsa de oro.

Pero ahora, Ymor gritaba y señalaba con un dedo acusador. Un cuervo bajó en picado desde su percha en las vigas, y se precipité sobre el mago, con las brillantes garras preparadas.

No llegó. Cuando estaba aproximadamente a medio camino, el Equipaje saltó de su lecho de astillas, se abrió un momento en el aire y se cerró de golpe.

Aterrizó con suavidad. Rincewind vio que la tapa volvía a abrirse ligeramente, lo justo para que una lengua tan larga como una hoja de palma y tan roja como la caoba lamiera unas cuantas plumas errantes.

Al mismo tiempo, el gigantesco candelabro cayó del techo, dejando en tinieblas la habitacién. Rincewind se flexioné como un muelle, salté y se agarré a una viga, balanceándose para refugiarse en la relativa seguridad del techo con una fuerza que a él mismo le sorprendió.

¡Qué emocionante! ¿Verdad? -dijo una voz junto a su oído.

Abajo, ladrones, asesinos, trolís y comerciantes comprendieron aproximadamente en el mismo instante que estaban en una habitación traicionera, convertida en una trampa por monedas de oro que hacían resbalar. Y que, además, entre las formas repentinamente amenazadoras de la semioscuridad, había una absolutamente terrible. Se dirigieron hacia la puerta como un solo hombre, pero tenían dos docenas de ideas diferentes acerca de su localización exacta.

Por encima del caos, Rincewind miró a Dos-flores.

- ¿Has cortado tú la lámpara? -siseé el mago.

- Sí.

- ¿Y cómo has llegado aquí arriba?

- Pensé que sería mejor que no estorbara a nadie.

Rincewind medité la frase. Desde luego, no había muchas réplicas posibles.

- ¡Una auténtica pelea! -añadió Dosflores-. ¡Es mejor que todo lo que había imaginado! ¿Crees que debería darles las gracias? ¿O lo has prepara-do tú?

Rincewind le miré inexpresivo.

- Creo que deberíamos bajar ya -dijo con voz hueca-. Todo el mundo se ha ido.

Arrastró a Dosflores por el suelo lleno de astillas, y le obligó a subir la escalera. Salieron a última hora de la noche. Todavía quedaban algunas estrellas, pero la luna ya había desaparecido, y en la peri-feria se divisaba un leve brillo grisáceo. Lo mas importante de todo era que la calle estaba desierta.

Rincewind olfateé el aire.

- ¿No hueles a aceite? -pregunto.

En aquel momento, Whitel salió de entre las sombras y le agarró por los pies.

En la cima de la escalera del sótano, Broadman se arrodillé y hurgó en su bolsa de yescas. Resulté que todas estaban húmedas.

- Mataré a ese jodido gato -murmuré, mientras iba a buscar la otra caja que solía tener junto a la puerta.

Había desaparecido. Broadman solté un taco.

- Ten, toma esta.

- Gracias -respondió Broadman.

- No hay de qué.

Broadman fue a tirar la cerilla escalera abajo. Se detuvo con la mano en el aire. Miró la cerilla con el ceño fruncido. Luego, se dio la vuelta y alzó la llama para observar la escena. No daba mucha luz, pero basté para distinguir una forma en la oscuridad...

- Oh, no -jadeé.

- Oh, sí -dijo la Muerte.

Rincewind rodó sobre sí mismo. Por un momento, pensó que Whitel le iba a escupir mientras estaba en el suelo. Pero fue mucho peor. Esperaba a que se levantara.

- Veo que tienes una espada, mago -dijo sin alzar la voz-. Te sugiero que la desenvaines y veamos qué tal la manejas.

Rincewind se puso en pie todo lo lentamente que se atrevió, y se sacó del cinturón la espada corta que había quitado al guardia unas horas y cientos de años antes. Era una cosa pequeña y obtusa, comparada con el afilado estoque de Whitel.

- ¡Pero si no sé manejar una espada! -gimió.

- Bien.

- ¿Sabes que no se puede matar a un mago con un arma de filo? -intentó desesperadamente Rincewind.

Whitel sonrió con frialdad.

- Eso he oído -replicó-. Estaba deseando comprobarlo.

Lanzó una estocada.

Rincewind la bloqueé por pura suerte. El golpe le hizo apartar la mano, así que detuvo el segundo golpe de casualidad. El tercero le atravesé la túnica a la altura del corazón.

Se oyó un sonido metálico.

El rugido triunfal de Whitel se le murió en la garganta. Sacó la espada y pinché de nuevo al mago, que estaba rígido de horror y culpabilidad. Soné otro tintineo, y monedas de oro empezaron a caer del dobladillo de la túnica.

- Sangras oro, ¿eh? -siseé Whitel-. Pero ¿llevas también oro escondido en esa sucia barba, maldito...?

Cuando alzaba la espada para la estocada definitiva, el leve brillo que había ido aumentando en el desaparecido umbral del Tambor Roto titilé, se oscureció y estalló en una rugiente bola de fuego que hizo reventar las paredes hacia afuera y levantó el tejado treinta metros en el aire antes de salir por el agujero que quedó, esparciendo tejas al rojo vivo.

Whitel contemplé las llamas, incapaz de mover-se. Y Rincewind saltó. Se agaché bajo el brazo derecho del ladrón, y alzó su espada en un arco calculado con tal incompetencia que golpeó al hombre de plano. La espada saltó de la mano del mago. Llovían chispas y gotas de aceite ardiendo cuando Whitel agarré a Rincewind por el cuello y le obligó a agacharse.

- ¡Tú has hecho esto! -grité-. ¡Tú y tu caja de trucos!

Encontré el gaznate de Rincewind con el pulgar. Se acabé, pensé el mago. Vaya adonde vaya, no puede ser peor que esto...

- Disculpa -dijo Dosflores.

Rincewind sintió que la presión disminuía. Y ahora Whitel se levantaba poco a poco, con una expresión de odio terrible en su rostro.

Una brasa ardiendo aterrizó sobre el mago. Se la sacudió rápidamente y se puso en pie como pudo.

Dosflores estaba detrás de Whitel, con el agudo estoque del ladrón en la mano. Lo tenía apoyado de punta contra la base de su espalda. Rincewind entrecerré los ojos. Buscó algo entre los pliegues de su túnica, y sacó la mano cerrada en un puño.

- No te muevas -ordenó.

- ¿Lo estoy haciendo bien? -pregunté Dosflores con ansiedad.

- Dice que te hará rebanadas el hígado si te mueves -tradujo libremente Rincewind.

- Lo dudo -dijo Whitel.

- ¿Quieres apostar algo?

- No.

Mientras Whitel se tensaba para volverse contra el turista, Rincewind descargó el puño contra la mandíbula del ladrón. Whitel le miró asombrado un instante, antes de derrumbarse silenciosamente sobre el lodo.

El mago abrió el dolorido puño, y el paquete de monedas de oro cayó de entre sus magullados dedos. Bajó la vista para mirar al ladrón caído.

- ¡Dioses! -jadeé.

Alzó la cabeza, y grité cuando otra brasa le aterrizó en el cuello. Las llamas se propagaban por los tejados, a ambos lados de la calle. Por todas partes, la gente sacaba sus posesiones por las ventanas, e intentaba arrastrar a los caballos fuera de los establos humeantes. Otra explosión en el volcán al rojo que había sido el Tambor, despidió volando toda una repisa de mármol, que giraba en el aire a la altura de las cabezas como una peligrosa guadaña.

- ¡La Puerta Levo es la más cercana! -grité Rincewind, entre el crujido de las vigas al derrumbarse-. ¡Vamos!

Agarró a Dosflores por el brazo y le arrastré ca-líe abajo. El turista se resistía.

- Mi Equipaje...

- ¡A la mierda con tu Equipaje! ¡Quédate aquí un rato más e irás a un lugar donde no te hará falta equipaje! ¡Vamos!

Se abrieron paso entre la multitud de gente aterrada que abandonaba la zona, mientras el mago respiraba a grandes bocanadas el aire fresco del amanecer. Algo le tenía asombrado.

- Estoy seguro de que se apagaron todas las velas del candelabro -dij~. Entonces, ¿cómo se ha incendiado el Tambor?

- No lo sé -gimió Dosflores-. Es terrible, Rincewind. ¡Con lo bien que nos lo estábamos pasando...!

Rincewind se detuvo, atónito, de manera que alguien que también huía chocó contra él y le apartó con una maldición.

- ¿¡Que lo estabais pasando bien...!?

- Sí, me parecieron unos tipos estupendos. El idioma era un problema, claro, pero estaban tan ansiosos de que me uniera a su fiesta..., no aceptaban un no por respuesta. Me pareció que era una gente muy amistosa...

Rincewind empezó a decir algo para desengañarle, sólo para descubrir que no sabía por dónde empezar.

- Será un golpe duro para el viejo Broadman -siguió Dosflores-. Pero fue inteligente. Todavía tengo el rhinu que me pagó como primera prima.

Rincewind no sabía qué significaba la palabra «prima», pero estaba pensando a toda velocidad.

- ¿Has encangurado el Tambor? -pregunto-. ¿Apostaste con Broadman a que no se incendiaría?

- ¡Oh, sí! Una valoración estándar. Doscientos rhinus. ¿Por qué lo dices?

Rincewind se volvió para contemplar las llamas que corrían hacia ellos, y se preguntó cuánto de Ankh-Morpork podría comprarse con doscientos rhinus. Decidió que una buena parte. Pero no en ese momento, y menos a la velocidad con que se extendían las llamas...

Bajó la vista para mirar a Dosflores.

- Tú... -empezó a decir.

Rebuscó en su memoria la peor palabra en idioma trob. Pero la verdad, los felices betrobi no tenían juramentos adecuados.

Librodot

- Tú... -repitio.

Otra figura apresurada chocó con él. Por poco no le hirió con la afilada hoja que llevaba al hombro. El atormentado genio de Rincewind estalló por fin.

- ¡Tú, repugnante (aquel que llevando un anillo de cobre en la nariz proclama sobre el Monte Raruariiaha durante una terrible tormenta de truenos y alaridos que Alhoura Diosa del Relámpago tiene los rasgos faciales de las raíces de un uloruaha enfermo)!

- Sólo hago mi trabajo -dijo la Muerte, alejándose.

Cada palabra cayó tan pesadamente como una losa de mármol. De todos modos, Rincewind estaba seguro de que sólo él las había oído.

Agarró de nuevo a Dosflores.

- ¡Vámonos de aquí! -sugirió.

Un interesante efecto secundario del incendio en Ankh-Morpork tiene que ver con la palliza de canguros, que salió de la ciudad a través del destrozado tejado del Tambor Roto. El viento la arrastré a la atmósfera del Mundodisco, consecuentemente cálida. Bajó a tierra muchos días y miles de kilómetros más tarde,.sobre un arbusto de uloruaha, en las islas beTrobi. Los sencillos y simpáticos isleños la adoraron como a un dios, para regocijo de sus vecinos más sofisticados. Pero, extrañamente, las lluvias y cosechas de los siguientes años fueron sobrenaturalmente abundantes. Esto hizo que la facultad de Religiones Menores de la Universidad Invisible enviara a la isla un equipo de investigación. Su veredicto fue que se trataba de un fraude.

El fuego, propagado por el viento, se extendió desde el Tambor a más velocidad de la que podía alcanzar un hombre caminando. La madera de la Puerta Levo ya estaba en llamas cuando Rincewind, con el rostro tiznado y enrojecido por el fuego, llegó allí. Para entonces, tanto Dosflores como él iban a caballo. No les había costado mucho obtener los animales: un vendedor avispado les pidió cincuenta veces su valor, y se quedó sin aliento cuando le pusieron en la mano un millar de veces lo que había pedido.

Cruzaron la puerta un segundo antes de que uno de los enormes maderos se derrumbara, entre una lluvia de chispas. Morpork era ya un caldero en llamas.

Mientras ascendían por el camino iluminado de rojo, Rincewind miré a su compañero de viaje, que en aquel momento intentaba aprender a montar a caballo.

«¡Por todos los diablos! -pensó-. ¡Está vivo! ¡Y yo también! ¿Quién lo habría imaginado? Quizá tenga algo que ver ese sonido-reflejado-de-espíritus-subterráneos.» Era una frase difícil. Rincewind trató de forzar su lengua para que pronunciara las gruesas silabas que componían la palabra en la lengua de Dosflores.

- ¿Ecogmina? -intentó-. ¿Ecognoía? ¿Ecognomía?

Con eso bastaría. Sonaba casi igual.

Muchos metros río abajo, lejos ya del último suburbio humeante de la ciudad, un extraño objeto rectangular, aparentemente a prueba de agua, llegó al lodo de la orilla izquierda. Inmediatamente, proyectó cientos de patas y echó a correr, buscando algo.

Mientras subía a la orilla, el Equipaje -manchado de tizne, empapado de agua y muy, muy furioso- se sacudió y recuperó su porte y prestancia.

Luego, echó a andar con un trote vivo. El pequeño e increiblemente feo duende se agarraba a su tapa y contemplaba todo con interés.

Bravd miró a Comadreja y alzó las cejas.

- Y eso es todo -terminó Rincewind-. El Equipaje nos alcanzó, no me preguntéis cómo. ¿Queda vino?

Comadreja alzó el pellejo vacío.

- Me parece que ya has tomado suficiente vino por esta noche -dijo.

Bravd frunció el ceño.

- El oro es el oro -dijo por fin-. ¿Cómo puede considerarse pobre un hombre que tiene tanto oro? O eres pobre, o eres rico. Es lógico.

Rincewind dejó escapar un hipido. La lógica le estaba empezando a resultar muy escurridiza.

- Bueno -dijo-. Yo lo que creo es que..., o sea, que la cosa está en que... ¿conocéis el octhierro?

Los dos aventureros asintieron con la cabeza. El extraño metal iridiscente se valoraba en las tierras que rodeaban el Mar Circular casi tanto como el peral sabio, y era igual de escaso. El hombre que poseía una aguja hecha de octhierro nunca se perdía, porque siempre apuntaba hacia el eje del Mundodisco, ya que era sensible al campo mágico del disco. Además, le zurcía milagrosamente los calcetines.

- Lo que quiero decir es que..., veréis, quizá el otro tenga también una especie de campo mágico. Algún tipo de brujería financiera. Ecognomía.

Rincewind rió tontamente.

Comadreja se levantó y se estiró. El sol ya estaba bien alto en el cielo y, bajo ellos, la ciudad aparecía envuelta en jirones de niebla y vapores fétidos. Decidió que también habría oro. En última instancia, hasta un ciudadano de Morpork abandonaría sus tesoros para salvar la piel.

El hombrecillo llamado Dosflores parecía dormido. Comadreja bajó la vista para mirarle, y meneó la cabeza.

- Esté como esté, la ciudad aguarda. Gracias por tu interesante historia, mago. ¿Qué piensas hacer ahora?

Miró al Equipaje, que inmediatamente retrocedió y chasqueé la tapa.

- No sé, ya no hay barcos que salgan de la ciudad. -Rincewind rió entre dientes-. Supongo que tomaremos el camino de la costa hacia Chirm. Ya sabéis, tengo que cuidarle. Pero mirad, no lo hice por...

- Claro, claro -le interrumpió Comadreja.

Se dio la vuelta y subió de un salto a la silla del caballo que le sostenía Bravd. Poco más tarde, los dos héroes eran sólo motas bajo una nube de polvo que se dirigía hacia los restos calcinados de la ciudad.

Los ojos turbios de Rincewind se volvieron hacia el turista dormido. Hacia los dos turistas dormidos. En su estado semiindefenso, una idea que vagaba por las dimensiones, en busca de una mente donde echar anclas, se deslizó en su cerebro.

- ¡Ya me he metido en otro buen lío! -gimió, antes de dejarse caer de espaldas.

- Loco -dijo Comadreja.

Bravd, que galopaba a pocos metros, asintió.

- Todos los magos acaban así -comento-. Son los vapores de mercurio. Les fríen el cerebro. Y los champiñones también les afectan, claro.

- De todos modos... -dijo el que iba vestido de marrón.

Se metió la mano entre los pliegues de la túnica, y sacó un disco dorado que pendía de una cadena corta. Bravd arqueó las cejas.

- El mago dijo que el hombrecillo tenía una especie de disco dorado que le decía la hora -señaló Comadreja.

- ¿Y despertó tu codicia, amiguito? Siempre has sido un gran ladrón, Comadreja.

- Cierto -asintió Comadreja con modestia.

Rozó la palanquita en el borde del disco, y se abrió una tapa.

El diminuto demonio aprisionado en el interior levantó la vista del microscópico ábaco y gruñó.

- Sólo faltan diez minutos para las ocho -refunfuñó.

La tapa se cerró de golpe, y casi pilló los dedos a Comadreja.

Con una maldición, Comadreja lanzó el informador horario contra los brezos, donde, probablemente, golpeó contra una piedra. De cualquier manera, el caso es que el disco se rompió. Hubo una brillante chispa de octarino y una explosión de azufre, cuando la criatura del tiempo desapareció para volver a la dimensión demoníaca que llamaba hogar.

- ¿Por qué has hecho eso? -quiso saber Bravd, que no había estado suficientemente cerca para oír las palabras.

- ¿El qué? -respondió Comadreja-. No he hecho nada. No ha pasado absolutamente nada. ¡Vamos, estamos perdiendo oportunidades!

Bravd asintió. Juntos hicieron dar la vuelta a sus caballos y galoparon hacia la antigua Ankh, con sus hechizos honrados.

---

[*]Quizá convenga explicar en este momento la forma y cosmología del sistema disco.

Por supuesto, hay dos orientaciones importantes en el disco: el Eje y la Periferia. Pero, dado que el disco gira sobre sí mismo cada ochocientos días (para distribuir equitativamente el peso sobre los paquidermos de apoyo, según Reforgule de Krull), hay también dos orientaciones secundarias, que son Dextro y Levo, izquierda y derecha, en el sentido de las agujas del reloj y en sentido inverso al de las agujas del reloj. Como se prefiera.

Dado que el pequeño sol orbital del disco mantiene una órbita fija mientras el majestuoso disco gira lentamente bajo él, se deduce rapidamente que, en este lugar, un año no consta de cuatro estaciones, sino de ocho, Los veranos son aquellas épocas en las que el sol sale o se pone por el punto más cercano a la Periferia, y los inviernos cuando sale o se pone a unos noventa grados de distancia.

Así, en las tierras que rodean el Mar Circular, el año empieza en la Noche de la Vigilia de los Cerdos, sigue toda la Primavera Prima hacia el Primer Verano (Noche de los Dioses Menores). Le sigue el Otoño Primo y, tras salvar el punto llamado Atroz, el ecuador del año,

llega el Invierno Segundo (también denominado Invierno Eje, puesto que en esta época el sol sale y se alza siguiendo la dirección del Eje). Luego viene la Primavera Segunda, con el Verano Dos pisándoLe los talones. Las tres cuartas partes del año vienen señaladas por la noche del Barbecho: según la leyenda, es la única noche del año en que las brujas y los magos se quedan en la cama. Luego, las hojas arrastradas por el viento y las noches gélidas llevan a un Segundo Invierno Eje, que trae albergada en su interior como una joya, otra Noche de la Vigilia de los Cerdos.

Como el centro, el Eje, nunca recibe calor Cercano del débil sol, esas tierras están eternamente ocultas bajo el hielo. Por el contrario, la Periferia es una zona de islas soleadas y días suaves.

Por supuesto, las semanas duran ocho días en el disco, y el espectro lumínico consta de ocho colores. El ocho es un número de gran significado arcano en el disco, y jamás, jamás, debe ser pronunciado por un mago.

No están muy claras las razones concretas de todo lo anteriormente expuesto, pero en cierto modo explica por qué en el disco los dioses no son tan adorados como maldecidos.

Librodot

LA EMISIÓN DE OCHO

El Mundodisco ofrece vistas mucho más impresionantes que cualquiera de las que se pueden encontrar en otros universos, construidos por Creadores con menos imaginación, pero más aptitudes mecanicas.

Aunque el sol del disco no es más que una luneta orbital, y sus prominencias no destacan más que aros de croquet, este ligero inconveniente debe compararse con la enormidad del espectáculo de la Gran Tortuga A'Tuin, sobre cuya concha mellada por miles de meteoritos descansa en última instancia el disco. A veces, en Su lento viaje por las orillas del Infinito, Él mueve Su cabeza -del tamaño de un país- para espantar algún cometa.

Pero la vista más impresionante de todas -al menos por la razón de que la mayoría de los cerebros enfrentados a la enormidad galáctica de A'Tuin se niegan a creerla- es la interminable Catarata Periférica, donde los mares del disco se vierten incesantemente por Borde, hacia el espacio. O quizá sea el Arco Periferiris, ese deslumbrante puente de ocho colores que pende en el aire, entre las nieblas de la Catarata. El octavo color es el octarino,

provocado por los rayos más fuertes del sol al atravesar un intenso campo mágico.

U, otra vez quizá, la vista más magnífica sea el Eje, una espiral de hielo verde de quince kilómetros de altura que se alza entre las nubes y soporta en su cima el reino de Dunmanifestin, donde residen los dioses del disco. Estos dioses del disco, pese al esplendor del mundo que se extiende bajo ellos, rara vez están satisfechos. Es bastante embarazoso saber que uno es dios de un mundo que sólo existe porque cada curva de improbabilidad debe tener su cenit. Sobre todo, si uno puede echar un vistazo a otras dimensiones, a otros mundos cuyos Creadores tenían más aptitudes mecánicas que imaginación. Por tanto, no es de extrañar que los dioses del disco pasen mas tiempo discutiendo que enterándose de todo.

En este día concreto, Ío el Ciego, jefe de los dioses a fuerza de vigilar constantemente, estaba sentado, con la barbilla apoyada en una mano y miraba el tablero de juego sobre la mesa de mármol rojo que tenía delante. Ío el Ciego se había ganado su nombre porque, donde debería tener las cuencas de los ojos, sólo había dos zonas de piel blanca. Sus ojos, que tenía en un número más que respetable, llevaban una vida semiindependiente. En aquel momento, muchos de ellos planeaban sobre el tablero.

El tablero de juego era un mapa cuidadosamente tallado del Mundodisco, con casillas sobreimpresas. Varias piezas de juego, delicadamente modeladas, ocupaban algunas de las casillas. Por ejemplo, un observador humano habría reconocido en dos de ellas los rasgos de Bravd y de Comadreja. Otras representaban a más héroes y campeones, de los cuales el disco estaba más que suficientemente abastecido.

Los jugadores todavía en juego eran Ío, Offler el Dios Cocodrilo, Céfiro -dios de las brisas suaves-, Sino y la Dama. Había una atmósfera de concentración en torno al tablero, ahora que los participantes menores habían quedado fuera del juego. Casualidad fue una de las primeras bajas, cuando metió a su héroe en una casa llena de gnolls blindados (resultado de una afortunada tirada de dados de Offler) y, poco después, Noche cambió por efectivo sus fichas, suplicando una cita con Destino. Muchas deidades menores tuvieron que retirarse, y cotilleaban ahora por encima de los hombros de los jugadores.

Según las apuestas, Dama sería la siguiente en dejar el tablero. Su último campeón de cierta importancia era ahora un montoncito de potasio entre las ruinas todavía humeantes de Ankh-Morpork, y apenas le quedaba ninguna pieza que pudiera promover a primer rango.

Ío el Ciego levantó la caja de dados -un cráneo cuyos diversos orificios habían sido taponados con rubíes- y, con muchos de sus ojos fijos en la Dama, sacó tres cincos.

Ella sonrió. Tal era la naturaleza de los ojos de Dama: eran de un verde brillante, no tenían iris ni pupila, y resplandecían desde dentro.

La habitación quedó en silencio mientras rebuscaba en su caja de piezas y, del mismo fondo, sacó dos que depositó sobre el tablero con sendos chasquidos decididos. El resto de los jugadores, como un solo dios, se inclinaron hacia adelante para examinarlas.

- Un mago guenegado y una egpecie de oficinigta -dijo Offler el Dios Cocodrilo, al que sus colmilíos impedían pronunciar mejor-. ¡Mirá qué cogag!

Con una garra, empujó un montoncito de fichas color blanco hueso hacia el centro del tablero.

La Dama asintió ligeramente. Tomó el recipiente de los dados y lo sostuvo con la firmeza de una roca. Pero, aun así, todos los dioses pudieron oír los tres cubos saltando en el interior. Luego, los arrojó rebotando sobre el tablero.

Un seis. Un tres. Un cinco.

Pero algo le sucedía al cinco. Golpeado por la colisión al azar de varios billones de moléculas, el dado se tambaleó suavemente hacia un lado, rodó con delicadeza, y acabó siendo un siete.

Ío el Ciego recogió el cubo y contó las caras.

- ¡Vamos, por favor! -dijo con tono cansado-. ¡Juego limpio!

El camino de Ankh-Morpork a Chirm es empinado, blanco y azotado por los vientos: treinta leguas de agujeros y rocas medio enterradas. Caracolea alrededor de montañas y se precipita en valles verdes de árboles cítricos, cruza desfiladeros en entretejidos de lianas que quieren parecer puentes y, generalmente, se le considera más pintoresco que útil.

Pintoresco. Era una palabra nueva para Rincewind, el mago (Mg. por la Universidad Invisible [suspenso]). Una de las muchas que había aprendido desde que dejaran las ruinas humeantes de Ankh-Morpork. Otra era «típico». Tras un examen cuidadoso de los paisajes que inducían a Dosflores a utilizar la palabra pintoresco, Rincewind dedujo que significaba que el panorama era espantosamente abrupto. Típico, cuando la usaba para describir los escasos pueblos que atravesaban, quería decir ruinoso y destartalado.

Dosflores era un turista, el primero del Mundodisco. Según decidió Rincewind, turista significaba «imbécil».

Mientras cabalgaban pausadamente bajo una brisa con olor a tomillo, que les llevaba el zumbido de las abejas, Rincewind repasó las experiencias de los últimos días. El pequeño extranjero estaba loco, sin duda, pero también era generoso, y mucho menos mortífero que la mitad de la gente con la que solía mezclarse el mago en la ciudad. Rincewind casi le apreciaba. Odiar a Dosflores sería como patear a un cachorrillo.

Últimamente Dosflores mostraba un gran interés en la teoría y práctica de la magia.

- Pues la verdad, me parece bastante inútil -dijo-. Siempre había imaginado... bueno, ya sabes, que un mago dice las palabras mágicas y ya está. No sabía nada de eso tan aburrido de memorizarlas.

Rincewind asintió, malhumorado. Intentó explicarle que, en otros tiempos, la magia sí había sido salvaje, sin leyes. Pero, en el principio más remoto, los Antiguos la habían domesticado para que obedeciera la Ley de Conservación de la Realidad, entre otras cosas. Ésta exigía que el esfuerzo necesario para alcanzar un objetivo fuera siempre el mismo, se

Librodot

usara el método que se usara. En términos prácticos, esto quería decir que, por ejemplo, crear la ilusión de un vaso de vino era relativamente sencillo, puesto que sólo implicaba un ligero cambio en las pautas lumínicas. Por el contrario, elevar un auténtico vaso de vino a un par de metros en el aire por fuerza bruta mental, requería varias horas de preparativos sistemáticos, si el mago quería evitar que el sencillo principio de palanca le sacara el cerebro por las orejas.

Siguió añadiendo que aún se podía encontrar magia antigua en estado puro. El iniciado podía reconocerla por el pliegue octogonal que imprimía en la estructura cristalina del espaciotiempo. Por ejempío, estaba el metal octhierro, y el gas octógeno.

Ambos irradiaban peligrosas cantidades de encantamiento puro.

- Todo es muy deprimente -terminó.

- ¿Deprimente?

Rincewind se volvió en la silla y echó un vistazo al Equipaje de Dosflores, que trotaba sobre sus pequeñas patas y, de cuando en cuando, cerraba la tapa sobre una mariposa. El mago suspiró.

- Rincewind cree que debería ser posible domar al relámpago -dijo el duende de las pinturas, que iba observando el paisaje desde la diminuta puerta de su caja, colgada del cuello de Dosflores.

Se había pasado la mañana pintando paisajes pintorescos y escenas típicas para su amo, y se le había permitido salir a fumar un rato.

- Cuando dije domar, no quería decir exactamente domar -le espetó Rincewind-. Me refería a... bueno, sólo que... no sé, no encuentro las palabras adecuadas. Simplemente, creo que el mundo debería estar un poco organizado.

- Eso es una fantasía -señaló Patricio.

- Ya lo sé, ahí está el problema.

Rincewind suspiró de nuevo. Estaba muy bien apoyarse en la lógica pura, decir que el universo estaba regido por la lógica y la armonía de los números, pero lo obvio era que el disco atravesaba el espacio a lomos de una tortuga gigante, y que los dioses tenían la costumbre de rondar por las casas de los ateos para destrozarles las ventanas.

Se oyó un ruido ligero, apenas más alto que el zumbido de las abejas entre el romero que bordeaba el camino. El sonido tenía un curioso matiz óseo, como de cráneos rodando, o dados agitándose en su cubilete. Rincewind miró a su alrededor. No había nadie cerca.

Por algún motivo, esto le preocupó.

Entonces llegó una ligera brisa, que se mantuvo y aumentó durante el tiempo que tarda el corazón en latir unas pocas veces. Dejó el mundo exactamente igual que como estaba, a excepción de algunos detalles interesantes.

Por ejemplo, ahora había un troll montañés de cinco metros en medio del camino. Estaba excepcionalmente furioso. En parte se debía a que los trolls siempre suelen estarlo, pero más aún al hecho de que le acababan de teleportar, repentina e instantáneamente, desde su guarida en las Montañas Rammerorck, que distaba mil metros de la Periferia, a casi cinco mil kilómetros de allí. La teleportación había elevado su temperatura interna hasta un nivel peligroso, según las leyes de la conservación de la energía. Así que enseñó los colmillos y atacó.

- ¡Qué criatura tan extraña! -se admiró Dosflores-. ¿Es peligrosa?

- ¡Sólo para la gente! -gritó Rincewind.

Librodot

Desenvainó la espada y, con un rápido y ágil movimiento, cortó el aire, a una respetable distancia del troll. La espada se le escapó de las manos y fue a caer entre el brezo que bordeaba el sendero.

Se oyó el más ligero de los sonidos, como el rechinar de dientes viejos.

La espada golpeó contra un pedrusco oculto en el brezo. Tan bien oculto, según habría advertido cualquier observador, que un segundo antes no parecía estar allí. El arma saltó como un salmón contracorriente y, en la trayectoria del rebote, se hundió profundamente en la nuca gris del troll.

La criatura rugió y, con un zarpazo, hirió profundamente al caballo de Dosflores en el flanco. El animal relinchó y se lanzó hacia los árboles que flanqueaban el camino. El troll se dio la vuelta e intentó atrapar a Rincewind.

En aquel momento, su torpe sistema nervioso le llevó el mensaje de que estaba muerto. Por un segundo, pareció sorprendido. Luego se derrumbó hacia adelante y se hizo añicos contra la gravilla (los trolls son formas de vida silíceas, y sus cuerpos se convierten en piedra instantáneamente cuando mueren).

Rincewind maldijo cuando su caballo se encabritó, aterrorizado. Se agarró desesperadamente mientras el animal se alzaba sobre dos patas en el camino, antes de relinchar y lanzarse al galope hacia el bosque.

El ruido de los cascos murió en la distancia, dejando el aire para el zumbido de las abejas y el susurro ocasional de las alas de las mariposas. También había otro sonido, un ruido extraño para aquella luminosa hora del mediodía.

Parecían dados.

- ¿Rincewind?

Los grandes grupos de árboles llevaron la voz de Dosflores de lado a lado, y se la devolvieron poco más tarde, pero sin respuesta que la acompañase. El turista se sentó en una roca e intentó pensar.

En primer lugar, se había perdido. Eso era humillante, pero no le preocupaba en exceso. El bosque parecía interesante, quizá hubiera elfos o gnomos. Tal vez las dos cosas. De hecho, en un par de ocasiones, le pareció ver extraños rostros verdosos espiándole desde las ramas. Dosflores siempre había deseado ver a un elfo. En realidad, lo que más deseaba era ver un dragón, pero se conformaría con un elfo. O un auténtico trasgo.

Su Equipaje había desaparecido, y eso ya era bastante molesto. Además, empezaba a llover. Se removió incomodo sobre la piedra húmeda, e intentó ver el lado bueno del asunto. Por ejemplo, durante aquel loco galope su caballo se había precipitado sobre unos arbustos, molestando a una osa con sus cachorros..., pero el animal siguió corriendo antes de que la furiosa madre tuviera tiempo de reaccionar. Luego, repentinamente, saltó sobre los cuerpos dormidos de una gran manada de lobos. Otra vez les salvó la velocidad, y los furiosos animales quedaron aullando muy atrás. De cualquier manera, el día tocaba a su fin, y Dosflores pensó que no seria buena idea quedarse toda la noche al aire libre. Quizá hubiera... - se exprimió el cerebro, intentando recordar qué clase de alojamiento solían ofrecer tradicionalmente los bosques- ...quizá hubiera una casita de chocolate, o algo así.

La piedra resultaba verdaderamente incómoda. Dosflores bajó la vista y, por primera vez, advirtió los extraños signos tallados en ella.

Parecía una araña. ¿O era un calamar? El musgo y los líquenes emborronaban los detalles, pero no las runas talladas bajo el dibujo. Dosflores pudo leerlas sin problemas. Decían así: «Viajero, el templo hospitalario de Bel-Shamharoth está a mil pasos en dirección al Eje». Dosflores se dio cuenta de que aquello era muy extraño; aunque podía leer el mensaje, las letras le resultaban desconocidas por completo. De alguna manera, el mensaje llegaba a su cerebro sin la tediosa necesidad de pasar por sus ojos.

Se levantó y desató a su ahora dócil caballo de un árbol joven. No estaba seguro de en qué dirección quedaba el Eje, pero había un antiguo camino que discurría entre los árboles. El tal Bel-Shamharoth parecía un tipo dispuesto a ayudar a los viajeros extraviados. En cualquier caso, la elección era fácil:

eso, o los lobos. Dosflores asintió con decision.

Es interesante señalar que, muchas horas más tarde, una pareja de lobos famélicos que seguían el rastro de Dosflores llegaron a ese mismo claro. Sus ojos verdosos se posaron sobre las ocho patas de la extraña figura tallada en la roca -que, ciertamente, podía ser una araña, un pulpo, o quizá algo todavía más extraño- y, de inmediato, decidieron que en realidad no tenían tanta hambre.

A unos cinco kilómetros, un mago fracasado colgaba de las manos, agarrándose con todas sus fuerzas a una de las ramas más altas de un haya.

Era el resultado final de cinco minutos de actividad muy intensa. En primer lugar, una osa enfurecida había salido de entre los arbustos para desgarrarle la garganta a su caballo de un solo zarpazo. Luego, mientras Rincewind huía de la carnicería, entró en un claro donde se agrupaba un buen número de lobos iracundos. Sus profesores de la Universidad Invisible, a quienes desesperaba la incapacidad de Rincewind para dominar la levitación, se habrían asombrado al verle trepar por el árbol más cercano, al parecer sin tocarlo.

Ahora sólo quedaba el asunto de la serpiente.

Era grande y verde, y se enroscaba al árbol con paciencia de reptil. Rincewind se preguntó si sería venenosa, y luego se reprendió a sí mismo por formularse una cuestión tan estúpida. Claro que seria venenosa.

- ¿De qué te ríes? -preguntó a la figura sentada en la rama contigua.

- No puedo evitarlo -respondió la Muerte-. Oye, ¿te importaría dejarte caer de una vez? No puedo quedarme aquí arriba todo el día.

- Yo sí -replicó Rincewind, desafiante.

Los lobos que se agrupaban alrededor de la base del árbol levantaron la vista con interés. Nunca habían visto al menú del día hablar solo.

- No dolerá -prometió la Muerte.

Si las palabras tuvieran peso, una simple frase de la Muerte habría bastado para anclar un barco.

Los brazos de Rincewind gritaban de dolor. Miró de reojo a la figura en forma de buitre, algo transparente.

- ¿Que no dolerá? -casi gritó-. ¿Ser hecho pedazos por los lobos no dolerá?

Advirtió que otra rama se cruzaba con la suya, peligrosamente frágil, a menos de un metro. Si pudiera alcanzarla...

Se balanceó hacia adelante con una mano extendida.

La rama, que ya se inclinaba, no se rompió, no: sencillamente, hizo un ligero sonido húmedo y se dobló sobre si misma.

Rincewind descubrió que ahora colgaba del extremo de una lengua de corteza y fibras, que se alargaba a medida que se desgarraba del árbol. Bajó la vista y, con una especie de satisfacción fatalista, comprendió que aterrizaría directamente encima del lobo más grande.

Ahora se movía lentamente, mientras la corteza se separaba del árbol en una tira cada vez más larga. La serpiente le observaba pensativa.

Pero la corteza, de creciente longitud, resistió. Rincewind empezaba a felicitarse a sí mismo cuando, al alzar los ojos, advirtió algo que le había pasado inadvertido hasta entonces: el avispero más grande que jamás hubiera visto. Y colgaba exactamente en su camino.

Cerró los ojos con fuerza.

«¿Por qué el troll? -se preguntó a sí mismo-. Todo lo demás es mi suerte de costumbre, pero... ¿por qué el troll? ¿Qué demonios pasa aquí?»

Clic. Podía ser el chasquido de una rama, pero el sonido parecía tener su fuente dentro de la cabeza del mago. Clic, clic. Y sopló una brisa que no movio ni una hoja.

Cuando la tira de corteza pasó junto al avispero, éste cayó de la rama. Pasó junto a la cabeza de Rincewind, que lo vio alejarse mientras caía hacia el círculo de hocicos alzados.

De pronto, el círculo se cerró.

De pronto, el círculo se abrió.

Un aullido de dolor surgió al unísono de la manada y resonó entre los árboles cuando los lobos lucharon por escapar de la furiosa nube de insectos. Rincewind sonrió estúpidamente.

El codo de Rincewind chocó con algo. Era el tronco del árbol. La tira le llevó directamente hacia el extremo de la rama. Pero no había más ramas. Junto a él, la suave corteza no ofrecía agarraderos.

En cambio, sí ofrecía garras. Más que garras, eran manos esbeltas y verdes como hojas jóvenes, que ahora se tendían por la musgosa corteza, junto a él. Las siguió un brazo bien formado... y la hamadríada se inclinó hacia afuera para agarrar firmemente al atónito mago. Con esa fuerza vegetal, capaz de hacer que unas raíces perforen la roca, le arrastró hacia el interior del árbol. La corteza sólida que se había abierto antes como una niebla, se cerró como una almeja.

La Muerte lo observó todo, impasible.

Contempló la nube de moscas de mayo que bailaban en alegres zigzags cerca de su cráneo, y chasqueó los dedos. Los insectos cayeron en el acto. Pero, claro, no era lo mismo.

Ío el Ciego apartó su montón de fichas del tablero. Aquellos de sus ojos que se encontraban en la habitación brillaron airados. Luego, salió a zancadas. Algunos semidioses temblaron. Al menos, Offler se había tomado la pérdida de su excelente ejemplar de troll con una elegancia escrupulosa, aunque quizá algo reptilesca.

El último adversario de la Dama se cambió de sitio para quedar frente a ella, con el tablero en medio.

- Caballero -saludó ella educadamente.

- Dama -replicó él en el mismo tono.

Sus ojos se encontraron.

Era un dios taciturno. Se decía que había llegado a Mundodisco tras algunos incidentes terribles y misteriosos en otra Contingencia. Por supuesto, los dioses tienen el privilegio de poder ocultar su apariencia exterior, incluso a otros dioses. En aquellos momentos, el Sino de Mundodisco era un hombre de rostro bondadoso, maduro sin ser anciano, con el cabello gris pulcramente peinado, enmarcando unos rasgos a los que una doncella no dudaría en ofrecer un vaso de cerveza ligera si aparecieran en su puerta trasera. Unos rasgos a los que un joven amable ayudaría a subir la escalera. Excepto por los ojos, claro.

Ninguna deidad puede disimular el aspecto y naturaleza de sus ojos. La de los dos ojos del Sino de Mundodisco era la siguiente: a simple vista, parecían sencillamente oscuros, pero un examen más atento revelaría -¡demasiado tarde!- que sólo eran agujeros abiertos a una oscuridad tan remota, tan profunda, que el observador se sentiría arrastrado inexorablemente hacia esos pozos gemelos de noche infinita, con sus terribles estrellas gigantes...

La Dama carraspeó con educación, y depositó ventiuna fichas blancas sobre la mesa. Luego, de entre los pliegues de su túnica, extrajo otra pieza, plateada y translúcida, el doble de grande que las demás. El alma de un Auténtico Héroe siempre tiene un mejor precio de intercambio, y los dioses la valoran enormemente.

Sino alzó las cejas.

- Sin trampas, Dama -dijo.

- ¿Quién podría hacer trampas al Sino? -inquirió ella. Él se encogió de hombros.

- Nadie. Pero todo el mundo lo intenta.

- En cualquier caso, me pareció sentir que me ayudabas un poco contra los demás, ¿no?

- Por supuesto. Así, el final del juego será más dulce, Dama. Y ahora...

Rebuscó en su caja de fichas, sacó una pieza y la situó sobre el tablero con gesto satisfecho. Las deidades que observaban dejaron escapar un suspiro colectivo. Incluso la Dama se sobresaltó por un momento.

Desde luego, era algo feo. La talla era insegura, como si las manos del artista temblaran de espanto ante la cosa que tomaba forma entre sus manos reluctantes. Parecía ser todo tentáculos y ventosas. Y mandíbulas, según observó la Dama. Y un gran ojo.

- Creí que todos habían muerto al principio de los tiempos -dijo.

- Quizá ni nuestra gangrenosa amiga quiso acercarse a éste -rió Sino.

Se lo estaba pasando en grande.

- El huevo del que salió nunca debió ser incubado.

- Es lo mismo -replicó Sino poéticamente.

Metió los dados en su extraña caja y levantó la vista para mirarla.

- A menos que quieras retirarte -añadió.

Ella meneó la cabeza.

- Juega -pidió.

- ¿Puedes igualar mi apuesta?

- Juega.

Rincewind sabía lo que solía haber dentro de los árboles: madera, savia, quizá ardillas. No palacios.

Pero los cojines que tenía debajo eran, decididamente, mucho más blandos que la madera, y el vino de la copa que tenía al lado resultaba mucho más sabroso que la savia. Y no había comparación posible entre una ardilla y la chica sentada frente a él, que se agarraba las rodillas y le observaba pensativa. El único parecido con la ardilla eran ciertos rastros de vello.

La habitación era alta, amplia, e iluminada con una suave luz amarillenta que no venía de ninguna fuente concreta que Rincewind pudiera identificar. A través de unos arcos retorcidos y nudosos, divisó otras salas, y algo que parecía una gran escalera de caracol. Pero desde fuera tenía el aspecto de un árbol completamente normal.

La chica era verde. Carne verde. Rincewind estaba del todo seguro, porque lo único que llevaba puesto era un medallón alrededor del cuello. Su largo cabello tenía una apariencia ligeramente musgosa. Sus ojos carecían de pupilas, y eran de un verde luminoso. Rincewind se arrepintió de no haber prestado más atención a las clases de antropología en la Universidad.

La chica no había dicho nada. Aparte de señalarle el sofá y ofrecerle el vino, no hizo otra cosa que sentarse y mirarle. De cuando en cuando, se frotaba un profundo arañazo que tenía en el brazo.

Rincewind recordó a toda velocidad que una dríada está tan identificada con su árbol que sufre sus mismas heridas en simpatía con él...

- Siento eso -dijo rápidamente-. Fue un accidente. Es que esos lobos estaban abajo, y...

- Tuviste que encaramarte a mi árbol, y yo te rescaté -terminó con suavidad la dríada-. Por suerte para ti. Y quizá también para tu amigo.

- ¿Amigo?

- El hombrecillo de la caja mágica -aclaró la dríada.

- ¡Ah, claro, él! -asintió vagamente Rincewind-. Sí. Espero que esté bien.

- Necesita tu ayuda.

- Como siempre. ¿También consiguió llegar a un árbol?

- Consiguió llegar al Templo de Bel-Shamharoth.

Rincewind se atragantó con el vino. Sus orejas trataron de enterrarse en su cabeza, horrorizadas por las sílabas que acababan de escuchar. ¡El Devorador de Almas! Antes de que pudiera evitarlo, los recuerdos llegaron al galope. Una vez, mientras estudiaba Magia Práctica en la Universidad Invisible, entró por una apuesta en una pequeña habitación de la biblioteca principal: en la habitación cuyas paredes estaban cubiertas de pentagramas protectores, en la habitación donde nadie podía estar más de cuatro minutos y treinta y dos segundos, tiempo calculado tras doscientos años de cuidadosa experimentacion...

Había abierto cautelosamente el Libro, que estaba encadenado a un pedestal de octhierro en el centro de un suelo plagado de runas; no para evitar que lo robaran, sino por miedo a que escapara. Porque era el Octavo, tan lleno de magia que tenía una vaga inteligencia propia. Y un hechizo saltó de sus páginas crujientes para refugiarse en el rincón más oscuro y recóndito del cerebro de Rincewind. Aparte de saber que se trataba de uno de los Ocho Grandes Hechizos, nadie podría averiguar cuál era hasta que no lo pronunciara. Incluso Rincewind lo ignoraba. Pero a veces lo sentía, ocultándose de la vista tras su Ego, esperando su momento...

En la cubierta del Octavo había una representación de Bel-Shamharoth. No era malvado, porque hasta el Mal tiene una cierta entidad. Bel-Shamharoth era el reverso de una moneda en la que Bien y Mal ocupaban la misma cara.

- El Devorador de Almas. Su número está entre el siete y el nueve; es dos veces cuatro -citó Rincewind, con la mente congelada por el miedo-. ¡Oh, no! ¿Dónde está el Templo?

- En el centro del bosque, en dirección al Eje -respondió la dríada-. Es muy antiguo.

- Pero ¿quién sería tan idiota como para adorar a Bel... a ése? Que se adore a un demonio, bueno, pase. ¡Pero es el Devorador de Almas...!

- Había... ciertas ventajas. Y la raza que solía vivir por esta zona tenía ideas extrañas.

- ¿Y qué les pasó?

- He dicho que solían vivir por esta zona.

La dríada se levantó y le tendió una mano.

- Ven. Soy Druellae. Ven conmigo, veamos el destino de tu amigo. Será interesante.

- Me parece que no quiero... -empezó Rincewind.

La dríada volvió sus ojos verdes hacia él.

- ¿Crees que tienes elección? -preguntó.

Una escalera de caracol era el camino principal del árbol. Grandes habitaciones salían de cada rellano. La luz amarilla sin fuente definida se difundía por todas partes. También había un sonido como... Rincewind se concentró, tratando de identificarlo. Parecía un trueno lejano, o una catarata distante.

- Es el árbol -explicó brevemente la dríada.

- ¿Qué hace? -quiso saber Rincewind.

- Vivir.

- Es lo que me estaba preguntando. O sea, ¿nos encontramos de verdad en un árbol? ¿Me he reducido de tamaño? Desde fuera, parecía tan estrecho que habría podido rodearlo con los brazos.

- Lo es.

- Si, pero... ¿estoy dentro?

- Lo estás.

- Ah, ya.

Druellae se echó a reír.

- ¡Puedo leer tu mente, falso mago! ¿No soy una dríada? ¿No sabes que lo que tú llamas árbol es sólo la analogía en cuatro dimensiones de todo un universo multidimensional en el que...? No, ya veo que no lo sabes. Debí comprender que no eras un mago de verdad cuando vi que no tenias cayado.

- Se me perdió en un incendio -mintió automáticamente Rincewind.

- Ni espíritu protector.

- Se me murío. Mira, gracias por rescatarme.

Pero si no te importa, tengo que irme. Si haces el favor de enseñarme la salida...

Algo en la expresión de la chica le hizo darse la vuelta. Había tres dríadas macho tras él. Estaban tan desnudos como ella, y desarmados. Pero, de cualquier manera, esto último no tenía demasiada importancia. Por su aspecto, no necesitarían armas para luchar contra

Rincewind. Parecía que podían abrirse paso a empujones a través de la roca sólida, y de paso derrotar a un regimiento de trolls. Los tres guapos gigantes bajaron la vista para mirarle con una expresión amenazadora de palo rígido. Tenían la piel del color de una cáscara de nuez y, bajo ella, los músculos destacaban como sacos de melones.

Se dio la vuelta de nuevo y sonrió débilmente a Druellae. La vida empezaba a recobrar su forma habitual.

- No me has rescatado, ¿verdad? -dijo-. Me has capturado, ¿no?

- Por supuesto.

- ¿Y no vas a dejarme ir?

En realidad no era una pregunta, sino una afirmacion.

Druellae meneó la cabeza.

- Has herido al árbol, pero tienes suerte. Tu amigo se encontrará con Bel-Shamharoth. Tú, sólo moriras.

Desde detrás, dos manos le agarraron por los hombros, igual que las raíces de un árbol viejo se cerrarían despiadadamente en torno a un guijarro.

- Con cierta ceremonia, claro -siguió la dríada-. Cuando el Emisor de Ocho haya acabado con tu amigo.

Nunca imaginé que hubiera dríadas macho -fue todo lo que consiguió decir Rincewind-. Ni siquiera en un roble.

Uno de los gigantes le sonrió.

Druellae gruñó.

- ¡Imbécil! Entonces, ¿de dónde crees que vienen las bellotas?

Había un gran espacio vacío, como un salón. El techo se perdía en un brillo dorado. La interminable escalera discurría directamente hacia arriba, atravesándolo.

Varios cientos de dríadas se agrupaban al otro lado del salón. Se separaron respetuosamente cuando se acercó Druellae, y observaron cómo Rincewind era arrastrado con firmeza.

La mayoría eran hembras, aunque también había unos cuantos gigantes. Parecían estatuas de dioses entre las menudas e inteligentes mujeres. Insectos, pensó Rincewind. El árbol es como una colmena.

Pero ¿por qué había dríadas, fueran del sexo que fuesen? Por lo que recordaba, el Pueblo de los Árboles había muerto siglos antes. Los humanos los habían sobrepasado en la evolución, así como a la mayoría de los Pueblos del Crepúsculo. Sólo los elfos y los trolls sobrevivieron a la llegada del hombre a Mundodisco. Los elfos porque ya eran inteligentes de sobra, y el pueblo troll porque tenía al menos la misma habilidad que el hombre para ser malvado, desagradable y codicioso. Se suponía que las dríadas habían muerto junto con los gnomos y las hadas.

El sonido de fondo se oía ahora con más claridad. De cuando en cuando, un palpitante brillo dorado recorría los muros translúcidos para perderse en el techo iluminado. Algún tipo de energía en el aire hacia vibrar la luz.

- ¡Oh, mago incompetente! -exclamó Druellae-, aprende ahora lo que es magia. No tu magia domesticada de comadreja, sino magia de raíces y ramas, la magia antigua. La magia salvaje. Observa.

Librodot

Unas cincuenta de las hembras formaron un grupo más apretado, unieron sus manos y caminaron hacia atrás, hasta formar un gran círculo. El resto de las dríadas empezó a cantar con gravedad. Entonces, a un gesto de Druellae, el círculo comenzó a girar hacia la izquierda.

Cuando empezaron a apresurar el paso y los versos del cántico se complicaron y subieron de tono, Rincewind descubrió que estaba fascinado. No podía apartar la vista. Había oído hablar de la Magia Antigua en la Universidad, aunque a los magos les estaba vedada. Sabía que, cuando el círculo girase a suficiente velocidad contra el campo mágico estático del Mundodisco, la fricción astral resultante provocaría un enorme potencial que concluiría en una terrible descarga de la Energía Mágica Elemental.

Ahora, el circulo era sólo una mancha borrosa, y los muros del árbol resonaban con los ecos del cántico...

Rincewind sintió el familiar cosquilleo pegajoso en el cuero cabelludo, que indicaba la aparición y crecimiento de una gran carga de hechizo puro en las proximidades. Así que no se sorprendió cuando, segundos más tarde, un vívido rayo de luz octarina surgió del invisible techo, se enfocó y crepitó en el centro del círculo.

Allí, formó la imagen de una colina azotada por la tormenta y rodeada de árboles. En la cima había un templo. La forma de éste comunicaba sensaciones desagradables al ojo. Rincewind sabía que, si era el templo de Bel-Shamharoth, tendría ocho lados. (El ocho era también el Número de Bel-Shamharoth. Por eso, ningún mago sensato lo mencionaría jamás si podía evitarlo. «O tu vida no valdrá un ochavo», como solían advertir jocosamente a los aprendices. Bel-Shamharoth sentía una atracción especial hacia los magos superficiales que, al ser simples bañistas en la orilla del mar de lo sobrenatural, ya estaban medio metidos en sus redes. En el colegio mayor de la Universidad, la habitación de Rincewind tenía el número 7 bis. No le sorprendió.)

La lluvia azotaba los muros negros del Templo. El único rastro de vida era el caballo atado en el exterior, y no pertenecía a Dosflores. Para empezar, tenía un tamaño más que considerable. Era un caballo de batalla blanco, con pezuñas como platos y arneses de cuero con ostentosos ornamentos de oro. En aquel momento, disfrutaba de un morral con cebada.

Lo conocía de algo. Rincewind trató de recordar dónde lo había visto antes.

De cualquier manera, parecía capaz de alcanzar una velocidad respetable. Y, una vez alcanzada, mantenerla durante mucho tiempo. Rincewind sólo tenía que escapar de sus guardianes, abrirse camino luchando para salir del árbol, encontrar el templo y robar el caballo de debajo de lo que Bel-Shamharoth, utilizara como nariz.

- Parece que el Emisor de Ocho tiene doble cena -comentó Druellae, dedicando una dura mirada a Rincewind-. ¿A quién pertenece ese caballo, falso mago?

- Ni idea.

- ¿No lo sabes? Bueno, tampoco importa. Pronto lo averiguaremos.

Hizo un gesto con la mano. El encuadre de la imagen se movió hacia el interior, cruzó un gran arco octogonal y siguió por el pasillo.

Allí había una figura que se deslizaba con seguridad, la espalda apoyada contra una pared. Rincewind advirtió el brillo del oro y el bronce.

La forma era inconfundible. La había visto muchas veces. El amplio pecho, el cuello como un tronco de árbol, y una cabeza sorprendentemente pequeña bajo la mata salvaje de pelo negro, una cabeza que parecía un tomate en un ataúd. Podía poner nombre a aquella figura furtiva, y ese nombre era Hrun el Bárbaro.

Hrun era uno de los héroes más duraderos del Mar Circular: matador de dragones, saqueador de templos, mercenario y punto de referencia en cualquier pelea callejera. Al contrario que muchos héroes conocidos por Rincewind, era capaz de usar palabras de más de dos sílabas y, si le daban tiempo, de decir alguna que otra agudeza.

Rincewind oyó algo de fondo. Algo que sonaba como muchos cráneos rebotando escalera abajo en alguna mazmorra lejana. Miró de reojo a sus guardianes, para ver si ellos también lo oían.

Tenían su limitada capacidad de atención concentrada en Hrun, cuyos rasgos físicos eran muy parecidos a los suyos. Sus manos descansaban suavemente sobre los hombros del mago.

Rincewind se agachó, rodó hacia atrás como un acróbata, se levantó y echó a correr. Oyó tras él el grito de Druellae, y redobló la velocidad.

Algo le agarró por la capucha de la túnica, que se desgarró. Un dríada macho que esperaba en la escalera abrió los brazos y sonrió con la rigidez de un tronco a la figura que se precipitaba hacia él. Sin dejar de correr, Rincewind se agachó de nuevo, tanto que la barbilla le quedó a la altura de las rodillas, mientras un puño del tamaño de un leño machacaba el aire a un centímetro de su oreja.

Más adelante, le aguardaba todo un grupo de hombres del árbol. Así que dio media vuelta, esquivó otro puñetazo del asombrado guardia y corrió otra vez hacia el círculo, cruzándose con las dríadas que le perseguían y dispersándolas como si fueran lobos.

Pero todavía quedaban más: machos que se abrían camino entre la multitud de hembras, golpeándose con los puños en las palmas nudosas de sus manos, relamiéndose de anticipación.

- ¡Alto ahí, falso mago! -exclamó Druellae mientras daba un paso al frente.

Tras ella, las bailarinas hechiceras seguían girando. El centro del círculo quedaba ahora en un pasillo iluminado por luz violácea.

Rincewind se hartó.

- ¿Quieres dejar de decir eso? -casi gritó-. Aclaremos las cosas, ¿vale? ¡Soy un auténtico mago!

Pegó una patada en el suelo, con muy mal genio.

- Ah, ¿si? -dijo la dríada-. Entonces, muéstranos algún hechizo.

- Eh... -empezó Rincewind.

Lo malo era que, desde que el antiguo y misterioso hechizo se instalara sin permiso en su mente, había sido incapaz de recordar hasta la fórmula más sencilla. Ni siquiera podía matar cucarachas, o rascarse la base de la espalda sin usar las manos. Los magos de la Universidad Invisible trataron de explicar el fenómeno sugiriendo que la memorización involuntaria del hechizo había ocupado todas sus células de retención de encantamientos. Pero, en sus momentos más pesimistas, Rincewind se inclinaba por otra explicación al motivo de que incluso los hechizos menores se negasen a permanecer en su cabeza unos miseros segundos.

Decidió que tenían miedo.

- Eh... -repitió.

- Nos conformaremos con uno pequeñito -concedió Druellae, mientras le observaba fruncir los labios en una mueca de ira y vergüenza a la vez.

Hizo una señal, y dos dríadas macho se acercaron a Rincewind.

El Hechizo eligió aquel momento para montar en la silla temporalmente abandonada que era la consciencia del mago. Lo notó allí sentado, mirándole de reojo con socarronería.

- Conozco un hechizo -dijo débilmente.

- ¿Si? Pronúncialo, por favor -pidió Druellae.

Rincewind no estaba nada seguro de atreverse. Aunque el Hechizo intentaba controlar su lengua, lo combatió.

- Dijizte que podíaz leerme la mente -dijo con dificultad-. Hazlo.

Ella dio un paso al frente, mirándole burlona a los ojos.

Se le congeló la sonrisa. Alzó las manos para protegerse, y retrocedió tambaleándose. De su garganta surgió un sonido de terror puro.

Rincewind miró a su alrededor. El resto de las dríadas también retrocedían. ¿Qué había hecho? Al parecer, algo terrible.

Pero, como bien sabía por experiencia, sólo era cuestión de tiempo que el equilibrio del universo volviera a sus cauces normales y empezaran a sucederle las cosas terribles de siempre. Retrocedió alejándose, se agachó entre las dríadas que aún giraban en su circulo mágico y esperó para ver qué hacía Druellae.

- ¡Cogedle! -gritó la dríada-. ¡Llevadle lejos del árbol y matadle!

Rincewind dio la vuelta y se lanzó.

Hacia el centro del círculo.

Hubo un relámpago brillante.

Hubo una repentina oscuridad.

Hubo una vaga sombra violeta, con la forma de Rincewind, que disminuyó hasta convertirse en un punto para luego desaparecer.

Hubo... nada.

Hrun el Bárbaro se arrastraba, sin hacer el menor ruido, por pasillos iluminados con una luz tan violácea que era casi negra. La confusión del primer momento había desaparecido. Evidentemente, estaba en un templo mágico. Eso lo explicaba todo.

Explicaba por qué, a primera hora de la tarde, mientras cabalgaba por este bosque sumido en la oscuridad del anochecer, había visto un cofre a un lado del camino. Tenía la tapa invitadoramente abierta, mostrando mucho oro. Pero, cuando saltó de su caballo para acercarse a él, al cofre le crecieron patas y se adentró trotando en el bosque, sólo para detenerse a unos cientos de metros.

Ahora, tras muchas horas de agotadora búsqueda, se había perdido en unos túneles infernales. En realidad, las desagradables tallas y los ocasionales esqueletos descoyuntados no inspiraban el menor temor a Hrun. Esto se debía en parte a que no era especialmente listo, al tiempo que tenía una excepcional carencia de imaginación; pero, sobre todo, a que las figuras extrañas y los túneles peligrosos eran elementos cotidianos en su trabajo. Se pasaba la mayor parte del tiempo en situaciones similares, buscando oro, demonios o vírgenes en apuros, para aliviarles respectivamente de sus propietarios, sus vidas y al menos uno de sus apuros.

Observemos a Hrun mientras salta ágilmente hacia la sospechosa entrada de un túnel. Incluso bajo esta luz violácea, su piel tiene destellos cobrizos. También lleva mucho oro

encima, en forma de muñequeras y tobilleras... pero, por lo demás, está casi desnudo: sólo viste un taparrabos de piel de leopardo. Lo consiguió en los humeantes bosques de Howondaland, tras matar a mordiscos a su legítimo propietario.

En la mano derecha lleva la mágica espada negra llamada Kring. Fue forjada a partir de un trueno, y tiene alma, pero no soporta las vainas. Hrun la robó hace tan sólo tres días en el inexpugnable palacio del Archimandrita de B'Ituni, y ya empieza a lamentarlo. Le está consumiendo los nervios.

- Te dije que debíamos tomar ese último pasillo de la derecha -siseó Kring con una voz que era como el arañar de una cuchilla sobre la piedra.

- ¡Silencio!

- Si sólo decía que...

- ¡¡Cállate!!

Y Dosflores...

Se había extraviado otra vez, de eso estaba seguro. O el edificio era mucho más grande de lo que parecía, o se encontraba en algún inmenso subterráneo sin haber bajado ninguna escalera, o -como ya empezaba a sospechar- las dimensiones internas del lugar ignoraban de manera flagrante la regla básica de la arquitectura, y eran más grandes que las externas. ¿Y a qué venían aquellas luces tan extrañas? En las paredes y el techo había cristales de ocho caras a intervalos regulares, que arrojaban una luz bastante desagradable: más que iluminar, perfilaban la oscuridad.

Además, pensó Dosflores caritativamente, quienquiera que hubiera hecho aquellas tallas en la pared, probablemente había bebido demasiado. Durante años.

Minucias aparte, era un edificio fascinante. Sus constructores estuvieron obsesionados con el número ocho. El suelo era un mosaico interminable de losetas de ocho lados, los muros de los pasillos formaban un ángulo para que los corredores tuvieran ocho lados -contando techo y suelo, claro- y, en los lugares donde había desaparecido la mampostería, Dosflores advirtió que hasta los ladrillos tenían ocho caras.

- Esto no me gusta -dijo el duende de los cuadros desde su caja, alrededor del cuello de Dosflores.

- ¿Por qué no?

- Aquí hay algo maligno.

- Pero tú eres un demonio. Los demonios no pueden decir que algo es maligno. ¿Qué le resulta maligno a un demonio?

- Bueno, ya sabes -dijo cautelosamente el demonio, mirando nervioso a su alrededor y cambiando su peso de garra a garra-. Cosas.

Dosflores le miró, testarudo.

- ¿Qué cosas?

El demonio tosió, inquieto (los demonios no respiran. Pero cualquier ser inteligente, respire o no, tose inquieto en algún momento de su vida. Y, por lo que veía el demonio, éste era uno más que adecuado).

- ¡Oh, cosas! -dijo retorcidamente-. Cosas malas. Cosas de las que no hablamos. Ahí es donde intentaba llegar, amo.

Librodot

Dosflores meneó la cabeza, cansado.

- Ojalá estuviera aquí Rincewind -dijo-. Él sabría qué hacer.

- ¿Ése? -bufó el demonio-. No me imagino a un mago aquí. No pueden ni acercarse al número ocho.

Se llevó la mano a la boca, arrepentido.

Dosflores alzó la vista y miró el techo.

- ¿Qué ha sido eso? -preguntó-. ¿No has oído algo?

- ¿Yo? ¿Oír? ¡No! ¡Nada! -negó repetidamente el demonio.

Se metió en su caja y cerró la puerta de golpe. Dosflores llamó con una uña. La puerta apenas se abrió.

- Parecía una piedra moviéndose... -explicó.

La puerta se cerró de golpe otra vez. Dosflores se encogió de hombros.

Seguramente este lugar se está derrumbando poco a poco, se dijo a si mismo.

Se detuvo.

- ¡Eh! -gritó-. ¿Hay alguien ahí?

AHÍ, AHí, ahí, repitieron los túneles oscuros.

- ¿Hola? -probó de nuevo.

HOLA, HOLa, hola.

- ¡Sé que hay alguien ahí, te acabo de oír jugar a los dados!

ADOS, ADos, ados.

- Mira, sólo quiero...

Dosflores se detuvo. La razón era el brillante punto de luz que acababa de aparecer a pocos metros de sus ojos. Creció rápidamente y, segundos más tarde, tomó la forma luminosa de un hombre. En ese momento comenzó a hacer ruido, o mejor dicho, Dosflores comenzó a oir el ruido que había estado haciendo desde el principio. Parecía la astilla de un grito atrapada en un largo espacio de tiempo.

El hombre iridiscente ya tenía el tamaño de un muñeco: una forma atormentada que se movía lentamente, mientras flotaba en el aire. Dosflores se preguntó por qué se le había ocurrido la expresión «la astilla de un grito»... y empezó a desear que nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

La forma se parecía cada vez más a Rincewind. El mago tenía la boca abierta, y su rostro brillaba bajo la luz de... ¿de qué? Soles extraños, pensó repentinamente Dosflores. Soles que los hombres no suelen ver. Sintió un escalofrío. Ahora el mago tenía la mitad de la altura normal. En esta frase, el crecimiento era más rápido: de pronto, hubo un intenso momento, con una ráfaga de aire y una explosión de ruido. Rincewind se agitó en el aire al tiempo que gritaba. Cayó duramente al suelo, jadeó y rodó sobre sí mismo, cubriéndose la cabeza con las manos y con el cuerpo encogido.

Cuando el polvo se posó, Dosflores se adelantó afectuosamente y palmeó al mago en el hombro. La bola humana se encogió todavía mas.

- Soy yo -explicó Dosflores, alentador.

El mago se destensó un poco.

- ¿Qué?

- Yo.

En un solo movimiento, Rincewind se estiró y se levantó de un salto ante el hombrecillo. Le agarró desesperadamente por los hombros. Tenía los ojos enloquecidos, abiertos de par en par.

- ¡No lo digas! -siseó-. ¡No lo digas y quizá saldremos con vida!

- ¿Salir? ¿Y cómo entraste? ¿No sabes...?

Dosflores empezo a retroceder para alejarse de aquel loco.

- ¡No lo digas!

- ¿Que no diga qué?

- ¡El número!

- ¿El número? -se asombró Dosflores-. Oye, Rincewind...

- ¡Sí, el número! Entre el siete y el nueve. ¡Cuatro más cuatro!

- ¿Cuál, och...?

Rincewind le tapó la boca con la mano.

- ¡Dilo y estaremos perdidos! ¡Ni lo pienses, por favor! ¡Confía en mí!

- ¡No entiendo nada! -aulló Dosflores.

Rincewind se relajó un poco, con lo cual todavía hacía que una cuerda de violín pareciera en comparación una ración de gelatina.

- Vamos -dijo-. Intentaremos salir de aquí. Y yo intentaré explicártelo.

Tras la primera Era Mágica, librarse de los grimorios empezó a convertirse en un grave problema para el Mundodisco. Un hechizo sigue siendo un hechizo aunque se encuentre aprisionado temporalmente en pergamino y tinta. Tiene potencial. Esto no representa ningún problema mientras vive el propietario del libro. Pero, a su muerte, el libro de hechizos se convierte en una fuente de poder incontrolado que no se puede aislar.

En resumen: los libros de hechizos tienen escapes de magia. Se han probado varias soluciones. Los países cercanos a la Periferia no tienen más que tomar los libros de los magos muertos, ponerles pesas de plomo en forma de pentalfas y tirarlos por el Borde. Cerca del Eje, las alternativas disponibles no eran tan satisfactorias. Una de ellas consistía en meter los libros peligrosos en recipientes de octhierro con polaridad negativa y hundirlos en las profundidades insondables del mar -antes se enterraban en cuevas profundas, pero la práctica se abandonó cuando algunos pueblos empezaron a quejarse de árboles andantes y gatos de cinco cabezas- pero, al poco tiempo, la magia encontraba una manera de escapar, y los pescadores empezaron a quejarse de bancos de peces invisibles y de almejas psíquicas.

Una solución temporal fue la construcción, en importantes centros de la ciencia mágica, de grandes salas de octhierro desnaturalizado, metal impermeable a casi todo tipo de magia. Así se podían almacenar los grimorios más críticos hasta que su potencial se atenuara.

Y así fue como llegó a la Universidad Invisible el Octavo, el grimorio más importante, cuyo propietario fue el Creador del Universo. Ese libro es el que abrió Rincewind por una apuesta. Sólo tuvo un segundo para mirar una página antes de disparar diversos hechizos de

Librodot

alarma, pero ese tiempo le bastó a un hechizo para saltar del libro y aposentarse en su memoria como un sapo en una piedra.

- ¿Y luego? -quiso saber Dosflores.

- Oh, me sacaron de allí a rastras. Y me expulsaron, por supuesto.

- ¿Y nadie sabe qué hace ese hechizo?

Rincewind meneó la cabeza.

- Desapareció de la página. Nadie lo sabrá hasta que yo lo pronuncie. O hasta que muera, claro. En ese momento, se pronunciará a sí mismo, por decirlo de alguna manera. Por lo que yo sé, lo mismo puede acabar con el universo como detener el tiempo. O cualquier otra cosa.

Dosflores le dio una palmadita en el hombro.

- No hay por qué ser pesimista -dijo alegremente-. Vamos, sigamos buscando la salida.

Rincewind negó con la cabeza. Ya había perdido toda capacidad para asustarse. Quizá había roto la barrera del terror, y ahora se encontraba en el estado mental mortalmente tranquilo que hay al otro lado. En cualquiera de los casos, ya no temblaba.

- Estamos perdidos -afirmó-. Llevamos toda la noche andando. Te lo digo yo, este lugar es una telaraña. No importa qué camino tomemos, siempre acabaremos en el centro.

- De todos modos, fue muy amable por tu parte venir a buscarme -dijo Dosflores-. ¿Cómo lo hiciste exactamente? Fue muy impresionante.

- Oh, bueno -empezó a mentir el mago-, simplemente pensé: No puedo dejar ahí al bueno de Dosflores, y...

- En fin, ahora sólo tenemos que encontrar a ese tal Bel-Shamharoth y explicarle las cosas. Seguro que nos dejará marchar -sugirió Dosflores.

Rincewind se metió un dedo en la oreja.

- ¡Qué eco tan raro hay aquí! -comentó-. Imagínate, me ha parecido oír que utilizabas las palabras «encontrar» y «explicar».

- Cierto.

Rincewind le miró bajo aquel infernal brillo púrpura.

- ¿Encontrar a Bel-Shamharoth? -quiso asegurarse.

- Si. No tenemos por qué meternos en sus asuntos.

- ¿Encontrar al Devorador de Almas y no meternos en sus asuntos? ¿Quieres que le saludemos y le preguntemos dónde está la salida? ¿Explicar las cosas al Emisor de Och...? -Rincewind se tragó el final de la palabra justo a tiempo-. ¡Tú estás loco! ¡Eh! ¡Vuelve aquí!

Se lanzó pasillo abajo en pos de Dosflores y, segundos más tarde, se detuvo con un gemido.

La luz violácea era más intensa allí, y dotaba a todo de colores nuevos y desagradables. No se encontraban en un pasillo, sino en una habitación amplia con un número de paredes que Rincewind no se atrevió a contemplar. De allí salían och... siete bis pasillos.

Cerca de él, Rincewind advirtió la existencia de un altar bajo, con tantos lados como cuatro veces dos. Pero no estaba en el centro exacto de la sala: el centro estaba ocupado por una enorme losa de piedra con el doble de lados que un cuadrado. Y parecía pesadísima. Bajo

la extraña luz, estaba ligeramente ladeada: uno de los bordes destacaba sobre las demás losas que la rodeaban.

Dosflores estaba de pie sobre ella.

- ¡Eh, Rincewind! ¡Mira lo que hay aquí!

El Equipaje se acercaba trotando por uno de los pasillos que salían de la habitación.

- Estupendo -asintió Rincewind-. Muy bien. Ahora, podrá guiamos para salir de aquí.

Dosflores ya estaba rebuscando algo en el cofre.

- Si concedió-, en cuanto saque unos cuantos cuadros. Deja que ponga los accesorios...

- ¡He dicho que ahora...!

Rincewind se detuvo en seco. Hrun el Bárbaro estaba en la entrada del pasillo que el mago tenía enfrente. Llevaba una enorme espada negra, en un puño del tamaño de un jamón.

- ¿Tú? -dijo Hrun, inseguro.

- Ajajá. Sí -respondió Rincewind-. Hrun, ¿verdad? ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué te trae por aquí?

Hrun señaló el Equipaje.

- Eso -dijo.

El esfuerzo mental de mantener tal conversación pareció agotar a Hrun.

- Mío -añadió luego en un tono que combinaba afirmación, reclamación, amenaza y ultimátum.

- Pertenece a Dosflores, aquí presente -dijo Rincewind-. Habrá propina. No lo toques.

De repente, se dio cuenta de que aquello era lo último que debía decir, pero Hrun ya había empujado a Dosflores y se acercaba al Equipaje...

...al que de repente le salieron las patas, retrocedió y abrió la tapa en gesto amenazador. Bajo la incierta luz, Rincewind creyó ver hileras de dientes enormes, tan blancos como la madera de haya.

- Hrun -dijo rápidamente-, hay algo que debes saber.

Hrun volvió hacia él un rostro asombrado.

- ¿Qué? -preguntó.

- Es algo sobre números. Mira, ya sabes que si sumas siete y uno, o cinco y tres, o si restas dos de diez, te sale un número. Mientras estemos aquí, no lo pronuncies, y quizá tengamos una oportunidad de salir vivos. O sólo muertos.

- ¿Quién es éste? -preguntó Dosflores.

Tenía en las manos una jaula que acababa de sacar de las profundidades más recónditas del Equipaje. Parecía llena de lagartos rosa, bastante enfurruñados.

- Soy Hrun -dijo, orgulloso.

Luego, miró a Rincewind.

- ¿Qué? -repitió.

- Simplemente, no lo digas, ¿vale? -pidió el mago.

Contempló la espada que Hrun llevaba en la mano. Era negra, pero de esa clase de negro que no es tanto un color como un cementerio de colores, y tenía un ornamento de

Librodot

inscripciones rúnicas por toda la hoja. Pero lo más llamativo era el ligero brillo octarino que la envolvía. La espada también debió de verle, porque habló repentinamente con una voz que era como una garra al arañar el cristal.

- Qué raro -dijo-. ¿Por qué no puede decir ocho?

OCHO, ocho, ocho, repitieron los ecos.

En lo más profundo de la tierra, se oyó un leve chirrido.

Y los ecos, aunque fueron bajando de volumen, se negaron a morir. Rebotaban de pared a pared, cruzándose y volviéndose a cruzar. La luz violeta fluctuaba al ritmo del sonido.

- ¡Lo has hecho! -gritó Rincewind-. ¡Te dije que no dijeras ocho!

Se detuvo y se llevó las manos a la boca. Pero la palabra ya estaba en el aire, reuniéndose con sus compañeras en el susurro general.

Rincewind dio media vuelta para huir, pero de repente el aire parecía más espeso que la melaza. La descarga de magia más poderosa que había sentido en su vida se intensificaba por momentos. Cuando se movió, con dolorosa lentitud, sus miembros dejaron un rastro de chispas doradas al dibujar su silueta en el aire.

Tras él, se oyó un crujido cuando la gran losa octagonal se alzó en el aire y se mantuvo un instante sobre un canto antes de estrellarse contra el suelo.

Algo delgado y negro reptó fuera del agujero y se le enroscó al tobillo. Gritó al caer pesadamente contra las vibrantes baldosas. El tentáculo empezó a tirar de él, arrastrándole por el suelo.

Luego vio frente a él a Dosflores, que le tendía las manos. Se agarró desesperado a los brazos del hombrecillo, y los dos quedaron tendidos en el suelo, cara contra cara. Aun así, Rincewind siguió deslizándose.

- ¿A qué te has agarrado? -jadeó.

- ¡An-nada! -respondió Dosflores-. ¿Qué pasa?

- ¿¡A ti qué te parece!? ¡Algo tira de mí hacia ese agujero!

- Oh, Rincewind, lo siento...

- ¡Pues si tú lo sientes, imagínate yo!

Se oyó un ruido como el de una sierra, y la presión sobre las piernas de Rincewind cesó bruscamente. El mago volvió la cabeza y vio a Hrun acuclillado junto al agujero. Su espada no era más que una mancha borrosa mientras cortaba los tentáculos que se precipitaban contra él.

Dosflores ayudó a Rincewind a ponerse de pie y los dos se agazaparon tras la losa del altar, observando la maníaca figura que luchaba contra los inquisitivos miembros.

- No servirá de nada -dijo Rincewind-. El Emisor puede materializar tentáculos. Eh, ¿qué haces?

Dosflores acoplaba febrilmente la jaula con los lagartos a la caja de dibujos, ya montada sobre un trípode.

- ¡Quiero tener un recuerdo de esto! -murmuraba-. ¡Es estupendo! ¿Me oyes, duende?

El duende de las pinturas abrió la pequeña escotilla, echó un breve vistazo a la escena que se desarrollaba junto al agujero y desapareció hacia el interior de la caja. Rincewind saltó cuando algo le rozó la pierna, y pisoteó con el talón un tentáculo atrevido.

- Vamos -dijo-, es momento de largarnos.

Cogió a Dosflores por el brazo, pero el turista se resistió.

- ¿Huir y dejar a Hrun con esa cosa?

Rincewind le miró, sin comprender.

- ¿Por qué no? -preguntó-. Es su trabajo.

- ¡Pero le matará!

- Podría ser peor -señaló el mago.

- ¿Cómo?

- Podría matarnos a nosotros. -La lógica de Rincewind era aplastante-. ¡Vamos!

Dosflores se sobresaltó.

- ¡Eh! -exclamó-. ¡Ha cogido a mi Equipaje!

Antes de que Rincewind pudiera deternerle, Dosflores rodeó el agujero a toda velocidad y corrió hacia la caja, que intentaba infructuosamente morder con su tapa el tentáculo que la tenía prisionera. El hombrecillo empezó a patear el tentáculo con furia.

Otro apéndice escapó de la escabechina organizada por Hrun, y le rodeó la cintura. El mismo Hrun era ya una forma imposible de distinguir entre las largas cintas que le estrujaban. Mientras Rincewind miraba horrorizado, la espada fue arrancada de la mano del héroe y se precipitó contra la pared.

- ¡Tu hechizo! -gritó Dosflores.

Rincewind no se movió. Estaba viendo la Cosa que salía del agujero: era un ojo enorme que le miraba directamente. Pegó un salto cuando un tentáculo le rodeó la cintura.

Las palabras del hechizo subieron imparables por su garganta. Abrió la boca como en sueños, y dio forma a la primera sílaba bárbara.

Otro tentáculo salió disparado como un látigo y se le enroscó al cuello, ahogándole. Un Rincewind atragantado y tambaleante fue arrastrado por el suelo.

Un brazo tembloroso agarró la caja de cuadros de Dosflores, que trataba de huir sobre su trípode. La blandió por puro instinto, como sus antepasados habrían blandido una piedra contra un tigre merodeador. ¡Si tuviera espacio suficiente para lanzarla contra el Ojo...!

El Ojo llenaba todo el universo frente a él. Rincewind sintió que la voluntad se le escapaba como el agua por un colador.

Delante de él, los entumecidos lagartos se removieron en su jaula, adosada a la caja de cuadros. Irracionalmente, igual que un hombre a punto de ser decapitado se fija en las manchas y tajos en el tocón del verdugo, Rincewind advirtió que tenían unas colas muy largas, de color azul blanquecino, y se dio cuenta de que palpitaban en señal de alarma.

Mientras era arrastrado hacia el Ojo, el aterrado Rincewind alzó la caja para protegerse. En aquel momento, oyó la voz del duende de los cuadros.

- Están casi a punto, no puedo contenerlas más. Sonreíd todos, por favor.

Hubo un...

...rayo de luz tan blanca, tan brillante...

...que no parecía luz en absoluto.

Bel-Shamharoth gritó. Fue un sonido que empezó en el punto más lejano de la escala ultrasónica y terminó en algún lugar de los intestinos de Rincewind. Por un momento, los tentáculos se quedaron tan rígidos como palos, y después dispersaron sus diversas cargas por toda la habitación, antes de agruparse, protectores, en torno al maltratado Ojo. Toda la masa cayó en el agujero y, un segundo más tarde, varias docenas de tentáculos resurgieron para volver a colocar la losa en su sitio. Dejaron buen número de miembros atrapados alrededor del borde.

Hrun cayó rodando, chocó contra una pared, y se puso en pie de un salto. Encontró su espada y comenzó a masacrar metódicamente los brazos atrapados. Rincewind siguió tendido en el suelo y se concentró para no volverse loco. Un sonido a madera hueca le hizo volver la cabeza.

El Equipaje había aterrizado sobre su tapa curva. Ahora se removía furioso e impotente, y agitaba al aire sus patitas.

Casi sin fuerzas, Rincewind miró a su alrededor en busca de Dosflores. El hombrecillo se había estampado contra una pared, pero al menos gemía.

El mago se arrastró dolorosamente por el suelo.

- ¿Qué demonios ha sido eso? -susurró.

- ¿Por qué eran tan brillantes? -murmuró Dosflores-. ¡Dioses, mi cabeza...!

- ¿Demasiado brillantes? -se asombró Rincewind.

Miró al otro lado de la habitación, hacia la jaula adosada a la caja de cuadros. Los lagartos prisioneros, ahora mucho más delgados, le miraban con interés.

- Las salamandras -gimió Dosflores-. El cuadro saldrá sobreexpuesto, seguro...

- ¿Son salamandras? -preguntó Rincewind, incrédulo.

- Claro. Un accesorio de lo más corriente.

Rincewind se tambaleó hacia la caja y la recogió.

Había visto salamandras en otras ocasiones, claro, pero eran especímenes pequeños. Además, las que vio, flotaban en un recipiente en escabeche, en el Museo de Curiosidades Biológicas instalado en los sótanos de la Universidad Invisible, ya que las salamandras eran una especie extinta alrededor del Mar circular.

Intentó recordar lo poco que sabía sobre ellas. Eran criaturas mágicas. Además, carecían de boca, pues se alimentaban únicamente de las radiaciones de octarino emitidas por el sol del Mundodisco, que absorbían a través de la piel. También absorbían el resto de la luz solar, por supuesto, y la almacenaban en un saco interno especial hasta que la excretaban de manera normal. Un desierto habitado por salamandras de Mundodisco estaría tan iluminado de noche como de día.

Rincewind las dejó en el suelo y asintió con gesto sombrío. Con toda la luz octarina que había en aquel lugar mágico, las criaturas se habían atracado a modo. Luego, la naturaleza siguió su curso.

La caja de cuadros se apartó sobre su trípode. Rincewind tomó puntería y le lanzó una patada, pero falló. Empezaba a detestar la madera de peral sabio.

Algo diminuto le aguijoneó la mejilla. Lo apartó, irritado.

Se volvió bruscamente al oír de pronto un sonido chirriante, y escuchó una voz que era como un cuchillo cortando seda.

- Esto es muy poco digno.

- Cállate -ordenó Hrun.

Estaba usando a Kring para alzar la cubierta del altar. Miró a Rincewind y sonrió. Al menos, Rincewind prefirió creer que aquella mueca era una sonrisa.

- Magia poderosa -comentó el bárbaro, mientras presionaba fuertemente con la quejumbrosa espada, sostenida en una mano del tamaño de un jamón-. Ahora compartimos el tesoro, ¿eh?

Rincewind gruñó cuando algo pequeño y duro le golpeó la oreja. Había una ráfaga de viento, aunque apenas se notaba.

- ¿Cómo sabes que hay un tesoro aquí? -preguntó.

Hrun hizo presión y consiguió meter los dedos bajo la losa.

- Bajo un manzano, encuentras manzanas -dijo-. Bajo un altar, encuentras tesoros. Lógica.

Apretó los dientes. La piedra se tambaleó y cayó pesadamente hacia un lado.

Esta vez, algo golpeó con fuerza la mano de Rincewind. El mago lanzó un zarpazo al aire y miró lo que había atrapado. Era una piedrecita con cinco más tres lados. Alzó la vista hacia el techo. ¿Debía temblar así? Hrun tarareaba una melodía mientras sacaba cuero desmenuzado del altar profanado.

El aire crepitaba, brillaba y susurraba. Brisas intangibles ciñeron la túnica del mago, la agitaron y le arrancaron remolinos de chispas azules y verdes. Alrededor de la enloquecida cabeza de Rincewind, espíritus a medio formar aullaban y temblaban mientras algo los absorbía.

Intentó alzar una mano. Inmediatamente, la vio rodeada de una brillante corona octarina. El creciente viento mágico rugía al pasar. El vendaval azotó la habitación sin levantar una mota de polvo, pero a Rincewind le estaba volviendo los párpados del revés. Gemía por los túneles, con un aullido que rebotaba enloquecido de piedra en piedra.

Dosflores se tambaleaba, doblado por las garras del viento astral.

- ¿Qué demonios es esto? -gritó.

Rincewind se volvió a medias. Inmediatamente, el viento aullante le dio de lleno y estuvo a punto de arrancarle del suelo. Remolinos de fenómenos sobrenaturales giraban en el aire y se le agarraban a los pies.

El brazo de Hrun salió disparado y sujetó al mago. Un momento más tarde, Dosflores y él volvían a estar junto al altar destrozado, y yacían jadeantes en el suelo. Cerca de ellos, la espada parlante Kríng brillaba. La tempestad sacudía su campo mágico.

- ¡Agárrate! -gritó Rincewind.

- ¡Ese viento! -chilló Dosflores-. ¿De dónde viene? ¿Hacia dónde sopla?

Miró el rostro de Rincewind, una máscara de terror puro. Esto le hizo redoblar sus fuerzas para agarrarse a la piedra.

- Estamos perdidos -murmuró Rincewind, al oír que el techo crujía y se tambaleaba-. ¿De dónde vienen las sombras? ¡Hacia allí es hacia donde sopla el viento!

Lo que sucedía exactamente, como bien sabía el mago, era que el insultado espíritu de Bel-Shamharoth se hundía en los más profundos planos astrales de los muertos. Su misma esencia se arrancaba de las piedras y se precipitaba hacia la región que, según los sacerdotes más fidedignos de Mundodisco, se encontraba a la vez en el subsuelo y en Otro Lugar. Por tanto, su templo quedaba a merced del Tiempo, quien durante vergonzosos milenios se había

negado a pasar por allí. Ahora, el peso acumulado de todos aquellos segundos reprimidos, liberados bruscamente, caía sin piedad sobre las piedras indefensas.

Hrun vio en el techo las fisuras cada vez más anchas, y suspiró. Se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido.

Por extraño que pareciera, el sonido auténtico resonó por encima del falso, provocado por el creciente torbellino astral que se formaba en medio de la gran losa octogonal. Le siguió un eco vacío que sonaba como huesos rebotando. Y luego les llegó otro ruido que no tenía nada de extraño: los cascos de un caballo al galope.

El caballo de batalla de Hrun entró, cruzando un arco que se derrumbaba por momentos, y se detuvo junto a su amo, con las crines azotadas por el vendaval. El bárbaro consiguió ponerse en pie y metió las bolsas del tesoro en una saca que colgaba de la silla. Luego, de un salto, montó sobre la bestia. Agarró a Dosflores por el cogote y le cruzó sobre el arzón. Cuando el caballo dio media vuelta, Rincewind saltó a la desesperada y aterrizó detrás de Hrun, que no puso ninguna objeción.

El caballo trotó con paso seguro por los túneles, saltando sobre repentinos montones de escombros y esquivando hábilmente las enormes piedras que caían del techo. Mientras se agarraba con todas sus fuerzas, Rincewind miró a su espalda.

No era de extrañar que el caballo se moviera con tanta rapidez. Muy cerca, trotando bajo la fluctuante luz violeta, le seguían un gran cofre de aspecto ominoso y una caja de dibujos que corría peligrosamente sobre sus tres patas. La madera de peral sabio era tan hábil para seguir a su amo dondequiera que fuese que con ella se fabricaban tradicionalmente los tesoros funerarios de los emperadores muertos...

Llegaron al exterior un momento antes de que el arco octogonal se derrumbara sobre sí mismo.

El sol brillaba ya en el cielo. Tras ellos, una columna de polvo se alzaba mientras el templo se hundía sobre sí mismo, pero no volvieron la vista atrás. Fue una pena, porque Dosflores podría haber obtenido pinturas poco comunes hasta para los estándares de Mundodisco.

Había movimiento entre las ruinas humeantes. Una alfombra verde parecía crecer sobre ellas. Luego brotó un roble: las ramas estallaron como un cohete verdoso, y alcanzó una edad venerable incluso antes de que las yemas terminaran de vibrar. Un haya estalló como una seta madura y podrida, y cayó formando un polvillo de madera entre sus agresivos retoños. El templo estaba ya medio enterrado entre piedras musgosas.

Pero el Tiempo, que en un principio se lanzara a lo bestia, hacía ahora un trabajo más concienzudo. La hirviente interacción entre magia decadente y entropía en ascenso rugió colina abajo y sobrepasó al veloz caballo, cuyos jinetes, criaturas del Tiempo, no notaron nada en absoluto. Pero azotó el bosque encantado con el látigo de los siglos.

- Impresionante, ¿eh? -señaló una voz junto a la rodilla de Rincewind, cuando el caballo saltó un montón de madera putrefacta y hojas caídas.

La voz tenía un tono metálico escalofriante. Rincewind bajó la vista hacia la espada Kring. Había dos rubíes incrustados en el pomo. Al mago le dio la impresión de que le miraban.

Desde la periferia pantanosa del bosque, observaron la batalla entre los árboles y el Tiempo, batalla que sólo podía tener un final. Era una especie de espectáculo telonero: el número principal se desarrollaba ante ellos, y consistía en la muerte de un oso que se había acercado incautamente hasta quedar al alcance del arco de Hrun.

Librodot

Rincewind observó a Hrun por encima de su ración de carne grasienta. Comprendió que el Hrun que ejercía como héroe era muy diferente del Hrun bebedor y pendenciero que se pasaba de cuando en cuando por Ankh-Morpork. Era cauteloso como un gato, ágil como una pantera, y parecía estar mucho más en su elemento.

«Y he sobrevivido a Bel-Shamharoth -pensó Rincewind-. ¡Es fantástico!»

Dosflores ayudaba al héroe a examinar los tesoros robados del templo. Consistían sobre todo en plata, en la que se habían engarzado desagradables piedras color púrpura. En el montón destacaban muchas representaciones de arañas, pulpos y del octario trepador de las llanuras del Eje.

Rincewind trató de ignorar la voz chirriante que hablaba junto a él. Fue inútil.

- ...luego pertenecí al Bajá de Redurat, y representé un importante papel en la batalla del Gran Nef, donde recibí esa pequeña melladura que quizá hayas advertido en mi hoja, cerca del pomo -decía Kring desde su hogar temporal entre la hierba-. Algún infiel llevaba un collar de octhierro, algo muy poco deportivo, aunque yo era más afilada en aquellos tiempos, claro: mi amo me utilizaba para cortar pañuelos de seda en el aire y..., ¿te aburro?

- ¿Eh? ¡Oh, no, en absoluto! Es muy interesante -respondió Rincewind, con los ojos fijos en Hrun.

¿Hasta qué punto se podría confiar en él? Allí estaban, en bosques salvajes, rodeados de trolls...

- Enseguida noté que eras una persona instruida -siguió Kring-. Raramente conozco a gente interesante y menos desde hace algún tiempo. Lo que de verdad me gustaría es colgar sobre una bonita repisa de chimenea, algún lugar hermoso y tranquilo. En cierta ocasión, me pasé dos siglos en el fondo de un lago.

- Eso debió de ser divertido -comentó Rincewind, con tono ausente.

- Pues la verdad, no -replicó Kring.

- No, supongo que no.

- Lo que de verdad me gustaría es ser reja de arado. No sé exactamente en qué consiste, pero parece una existencia con objetivo.

Dosflores corrió hacia el mago.

- He tenido una idea genial -balbuceó.

- Ya -asintió Rincewind débilmente-. ¿Por qué no pedimos a Hrun que nos acompañe a Chirm?

Dosflores se sorprendió.

- ¿Cómo lo sabes? -pregunto.

- Pensé que se te ocurriría -dijo el mago.

Hrun paró un momento de acumular objetos de plata en las alforjas del caballo, y les sonrió alentador. Luego, fijó los ojos en el Equipaje.

- Si viene con nosotros, ¿quién nos atacará? -preguntó convencido Dosflores.

Rincewind se rascó la barbilla.

- ¿Hrun? -sugirió.

- ¡Pero si le salvamos la vida en el Templo!

Librodot

- Bueno, si por «atacar» quieres decir «matar», no creo que lo haga -respondió Rincewind-. No es su estilo. Se limitará a robarnos, nos atará y nos dejará para los lobos. Supongo.

- ¡Venga, vamos!

- Mira, esto es la vida real -saltó Rincewind-. Quiero decir, tú vas por ahí con una caja llena de oro. ¿No crees que cualquiera en su sano juicio se agarraría a la oportunidad de quitártelo?

«Yo, por ejemplo -añadió mentalmente-. Si no hubiera visto lo que hace el Equipaje con los dedos codiciosos.»

De pronto, se le ocurrió la respuesta. Miró a Hrun, y luego a la caja de dibujos. El duende de los cuadros estaba haciendo la colada en una pequeña tina, mientras las salamandras dormitaban en su jaula.

- Tengo una idea -dijo-. ¿Qué es lo que más les gusta a los héroes?

- ¿El oro?

- No. Quiero decir, de verdad.

Dosflores frunció el ceño.

- No acabo de comprenderte -dijo.

Rincewind recogió la caja de dibujos.

- Hrun -llamó-, ¿te importa venir un momento?

Los días transcurrieron en paz y tranquilidad. Cierto, una pequeña banda de trolls intentó tenderles una emboscada en determinada ocasión, y una partida de bandoleros casi les cogió desprevenidos cierta noche (pero, con una grave falta de criterio, trataron de revisar el Equipaje antes de asesinar a los durmientes). En ambas ocasiones, Hrun exigió y obtuvo doble paga.

- Si nos sucede algo malo -le advirtió Rincewind-, no quedará nadie para manejar la caja mágica. No habrá más retratos de Hrun, ¿comprendes?

Hrun asintió, con los ojos fijos en el último dibujo. Mostraba a Hrun en una pose heroica, con un pie sobre un montón de trolls muertos.

- Tú y yo y el amiguito Dosflores nos llevamos okey -le respondió-. Quizá mañana podamos sacar un perfil mejor, ¿okey?

Envolvió cuidadosamente el dibujo en una piel de trolí, y la metió en sus alforjas, con los otros.

- Parece que tu sistema funciona -se admiró Dosflores cuando Hrun se adelantó a caballo para examinar el camino.

- Claro -asintió Rincewind-. Lo que más les gusta a los héroes son ellos mismos.

- Se te da muy bien utilizar la caja de dibujos, ¿sabes?

- Sí.

- Entonces, quizá te guste conservar esto.

Dosflores le tendió un cuadro.

- ¿Qué es? -quiso saber Rincewind.

- ¡Oh, nada! El dibujo que sacaste en el templo.

Rincewind lo miró horrorizado. Allí se veía algo bordeado por unos atisbos de tentáculo. Algo enorme, calloso, verticilado, con manchas de pócimas y mal enfocado: un pulgar.

- Es la historia de mi vida -dijo con cansancio.

- Tú ganas -dijo Sino, empujando el montón de almas hacia el otro lado del tablero de juego.

Los dioses reunidos se relajaron.

- Habrá otras partidas -añadió.

La Dama sonrió a los dos ojos que eran como agujeros en el universo.

Y entonces, sólo quedaron los restos de un bosque y una nube de polvo en el horizonte, que la brisa dispersó. Y, sentada en un hito musgoso del camino, una figura negra y andrajosa. Tenía el aspecto de alguien a quien se ha dejado de lado injustamente, de quien es temido y odiado pese a ser el único amigo del pobre y el mejor médico para el mortalmente herido.

Aunque la Muerte carecía por completo de ojos, vio alejarse a Rincewind con lo que en un rostro de rasgos móviles habría sido un ceño fruncido. La Muerte, aunque siempre y en todos los tiempos estaba excepcionalmente ocupada, decidió que ahora tenía un pasatiempo. Aquel mago la molestaba demasiado. Para empezar, no acudía a sus citas.

- Ya te atraparé, incauto -dijo la Muerte con una voz que sonaba como la tapa de los ataúdes de plomo al cerrarse de golpe-. ¡Que me zurzan si no te atrapo!

Librodot

EL SEÑUELO DEL WYRM

La llamaban Wyrmberg, y se alzaba casi ochocientos metros por encima de un valle verde: era una montaña enorme, gris y puesta del revés.

En la base sólo medía unos metros de diámetro, pero luego se alzaba hacia las nubes rizadas, curvándose suavemente hacia afuera como una trompeta invertida, hasta truncarse en una meseta de casi cuatrocientos metros de diámetro. Allí arriba había un pequeño bosque, y la maleza caía en cascada por el borde. También había edificios, e incluso un riachuelo que caía en una catarata tan azotada por el viento que llegaba al suelo en forma de lluvia.

Pocos metros por debajo de la plataforma, se divisaban también las entradas de muchas cuevas. Todas tenían un aspecto regular, como abiertas groseramente a mano, de manera que en aquella clara mañana otoñal, el Wyrmberg se alzaba entre las nubes como un palomar gigantesco.

Pero eso significaría que las «palomas» tenían una envergadura de alas de unos cuarenta metros.

- Lo sabía -dijo Rincewind-. Estamos en un campo de gran fuerza mágica.

Dosflores y Hrun miraron a su alrededor a la pequeña hondonada donde se habían detenido para almorzar. Luego, se miraron el uno al otro.

Los caballos pastaban tranquilamente la sabrosa hierba junto al arroyo. Mariposas amarillas revoloteaban entre los arbustos. Olía a romero, y el aire se llenaba con el zumbido de las abejas. En el asador, los jabalíes se tostaban poco a poco.

Hrun se encogió de hombros y siguió ungiéndose los bíceps. Ya le brillaban.

- Por mí... -respondió.

- Tira una moneda al aire -pidió Rincewind.

- ¿Qué?

- Venga, tira una moneda.

- Okey -accedió Hrun-. Si con eso te conformas...

Se metió la mano en la bolsa y sacó un puñado de cambio, saqueado en una docena de reinos. Con cierta cautela, eligió un cuarto de ioto plúmbeo de Zchloty, y se lo puso sobre la purpúrea uña del pulgar.

- Elige -dijo-. Cara o... -Inspeccionó el reverso con un gesto de concentración intensa- una especie de pescado con patas.

- Cuando esté en el aire -respondió Rincewind.

Hrun sonrió y movió el pulgar.

El ioto se elevó, girando.

- Canto -eligió Rincewind, sin mirar.

La magia nunca muere, sólo desaparece.

En ningún lugar de la amplia extensión azul del Mundodisco era esto más evidente que en aquellas zonas donde se desarrollaron las grandes batallas de las Guerras Mágicas, muy poco después de la Creación. En aquellos días, la magia en estado puro estaba al alcance de cualquiera, y los Primeros Hombres no tuvieron ningún inconveniente en utilizarla en su guerra contra los Dioses.

Los orígenes concretos de las Guerras Mágicas se pierden en las nieblas del Tiempo. Pero los filósofos del disco creen que, comprensiblemente, los Primeros Hombres perdieron la cabeza poco después de su creación. Las batallas ulteriores fueron gigantescas y pirotécnicas: el sol giró por el cielo, los mares hirvieron, extrañas tormentas azotaron la tierra, palomitas blancas aparecieron en la ropa de la gente, y la estabilidad del disco (que, recordemos, viajaba por el espacio sobre los lomos de cuatro elefantes montados en una tortuga gigante) se vio en peligro. Los Altos Antiguos, ante quienes hasta los dioses tenían que responder, tomaron drásticas cartas en el asunto. Los dioses se vieron relegados a las zonas superiores, los hombres fueron recreados bastante más pequeños, y buena parte de la vieja magia fue arrancada de la tierra.

Esto no resolvió el problema de aquellas zonas del disco que, durante las guerras, habían sufrido el impacto directo de un hechizo. La magia fue desvaneciéndose lentamente, a lo largo de los milenios. Y, al descomponerse, liberó miríadas de partículas subastrales que distorsionaron gravemente la realidad circundante...

Rincewind, Dosflores y Hrun contemplaron la moneda.

- Sí, ha caído de canto -dijo Hrun-. Bueno, eres un mago. ¿Y qué?

- No hago... esa clase de hechizos.

- Quieres decir que no puedes hacerlos.

Rincewind le ignoró, porque era verdad.

- Inténtalo otra vez -sugirió.

Hrun sacó un puñado de monedas.

Las dos primeras cayeron de la manera habitual. Igual que la cuarta. La tercera aterrizó de canto y se mantuvo en equilibrio. La quinta se transformó en un pequeño escarabajo amarillo, que huyó enseguida. La sexta, antes de alcanzar el cenit, desapareció con un sonido agudo. Un momento después, se oyó un trueno.

- ¡Eh, que ésa era la plata! -exclamó Hrun, poniéndose de pie y alzando la vista-. ¡Haz que vuelva!

- No sé dónde ha ido -dijo débilmente Rincewind-. Lo más probable es que todavía siga acelerando. Las que tiré al aire esta mañana aún no han bajado.

Hrun seguía mirando al cielo.

- ¿Cómo? -preguntó Dosflores.

Rincewind suspiró. Era lo que se temía.

- Hemos entrado en una zona con un alto índice de magia. No me preguntes cómo. Había una vez un campo mágico verdaderamente poderoso que debió de generarse aquí, y estamos notando los efectos secundarios.

- Exacto -dijo un arbusto al pasar.

Hrun bajó la cabeza bruscamente.

- ¿Quieres decir que estamos en uno de «esos» lugares? -le preguntó-. ¡Vámonos de aquí!

- Seguro -asintió Rincewind-. Si volvemos sobre nuestras huellas, quizá lo consigamos. Podemos detenernos cada kilómetro, más o menos, para lanzar una moneda.

Se levantó rápidamente y empezó a guardarlo todo en las alforjas.

Librodot

- ¿Qué? -preguntó Dosflores.

Rincewind se detuvo.

- Mira -saltó, al límite de su paciencia-. No discutas. Vámonos.

- Este lugar no está mal -dijo Dosflores-. Un poco despoblado, nada mas...

- Sí -asintió Rincewind-, ¿no es extraño? ¡Vámonos!

Hubo un ruido muy por encima de sus cabezas, como un látigo de cuero contra una roca húmeda. Algo cristalino y confuso pasó por encima de Rincewind, levantando una nube de cenizas del fuego. La carcasa del jabalí salió disparada del asador y subió como un cohete hacia el cielo.

Se desvió para evitar un grupo de árboles, enderezó el rumbo, describió un circulo cerrado y se precipitó hacia el Eje, dejando un rastro de gotas de

grasa.

- ¿Qué hacen ahora? -preguntó el anciano. La joven miraba el cristal de adivinación.

- Van hacia la periferia a toda velocidad -informó-. Por cierto, todavía llevan esa caja con patas.

El anciano dejó escapar una risita: un sonido extraño y turbador en la cripta oscura y polvorienta.

- Peral sabio -dijo-. Muy notable. Sí, creo que nos lo quedaremos. Por favor, querida, encárgate de ello... antes de que salgan del alcance de tu poder.

- ¡Silencio o...!

- ¿O qué, Liessa? -rió el anciano (en aquella penumbra, su manera de sentarse en la silla de piedra, desmadejado, tenía algo de raro)-. Ya me has matado una vez, ¿recuerdas?

La chica gruñó, se levantó y se sacudió el pelo, furiosa. Tenía la cabellera rojiza con destellos dorados. De pie, Liessa Wyrmbidder era un espectáculo magnifico. Estaba casi desnuda, a excepción de un par de retales de ligerísima cota de mallas y las botas de montar, de piel iridiscente de dragón. En una bota, llevaba prendida la fusta: de lo más normal, si se tenía en cuenta que medía tanto como una lanza, y llevaba pequeñas láminas de acero en la punta.

- Mi poder será más que suficiente -dijo con frialdad.

La figura borrosa pareció asentir, o al menos mover la cabeza.

- Eso me dices siempre -señaló.

Liessa gruñó de nuevo y salió de la habitación a zancadas.

Su padre no se molestó en mirar cómo se alejaba. Una de las razones era que; como llevaba tres meses muerto, sus ojos no estaban en el mejor estado posíble. La otra era que, como mago -aun siendo un mago muerto de nivel quince-, sus nervios ópticos llevaban mucho tiempo sintonizados para ver niveles y dimensiones muy lejanas de la realidad corriente, y no servían de mucho para observar lo mundanal. (Durante su vida, los demás los vieron con ocho facetas, y extrañamente insectibles.) Además, como ahora estaba suspendido en el estrecho espacio entre el mundo de los vivos y el mundo sombrío y oscuro de la Muerte, podía ver la Causalidad entera. Por eso, aparte de albergar una ligera esperanza de que esta vez muriera su retorcida hija, no dedicó sus considerables poderes a averiguar más cosas sobre los tres viajeros que se alejaban al galope, desesperadamente, de su reino.

A muchos cientos de metros, Liessa, que estaba de un humor extraño, bajaba a zancadas los gastados escalones que llevaban al corazón hueco del Wyrmberg, seguida por una docena de Jinetes. ¿Sería ésta la oportunidad? Quizá allí estaba la llave para abrir la cerradura, la llave del trono del Wyrmberg. Por supuesto, era suya por derecho, pero la tradición decía que sólo un hombre podía regir el Wyrmberg. Eso enfurecía a Liessa. Y, cuando estaba furiosa, sus dragones salían especialmente grandes y espantosos.

Si tuviera un hombre, las cosas serían diferentes. Un hombre que, preferentemente, fuera un tipo grande, sin fondos y de escasa inteligencia. Alguien que hiciera lo que ella dijese...

El más corpulento de los tres que ahora huían de las tierras dragón podría servirle. Y, si no era así, los dragones siempre estaban hambrientos y había que alimentarles con regularidad. Ella se encargaría de que los dragones fueran espantosos.

Bueno, más espantosos que de costumbre.

La escalera atravesaba un arco de piedra, y terminaba en una estrecha cornisa, cerca del techo de la gran caverna donde los Wyrms descansaban en sus perchas.

Desde la minada de entradas situadas en las paredes, los rayos del sol cruzaban la sala polvorienta como varas de ámbar en las que se conservaran un millar de insectos dorados. Abajo, no revelaban nada más que una ligera niebla. Arriba...

Las anillas de caminar empezaron a acercarse a la cabeza de Liessa hasta que, alzando la mano, pudo agarrar una. Habían hecho falta un buen número de albañiles durante un buen número de años para clavar los pitones de todos, y usaban su propio trabajo para seguir progresando. Pero, aun así, no eran nada comparados con las ochenta y ocho anillas grandes que se arracimaban cerca de la cima de la cúpula. Otras cincuenta se perdieron en los viejos tiempos, cuando cientos de esclavos sudorosos (había esclavos de sobra en los primeros días del Poder) los alzaron hasta su lugar, y las grandes anillas se estrellaron contra las profundidades, arrastrando con ellos a sus desdichados manipuladores.

Pero consiguieron instalar ochenta y ocho, grandes como arcos iris, oxidados como la sangre. De ellos...

Los dragones sienten la presencia de Liessa. Una brisa recorre la caverna cuando ochenta y ocho pares de alas se despliegan como un complicado rompecabezas. Grandes cabezas con ojos verdes multifacetados se inclinan hacia ella.

Las bestias son todavía ligeramente transparentes. Mientras los hombres que la rodean cogen sus botas-gancho de las estanterías, Liessa se concentra en una visualización plena. Sobre ella, en el aire que huele a moho, los dragones se hacen visibles por completo, y las escamas de bronce reflejan los rayos del sol. La mente de Liessa palpita, pero ahora que el poder fluye en toda su intensidad, puede permitirse pensar en otras cosas con apenas un esfuerzo de concentración.

Ella también se sujeta las botas-gancho, y da una grácil voltereta para sujetar sus ganchos en un par de anillas de andar por el techo, con un ligero chasquido.

Sólo que, ahora, está en el suelo. El mundo ha cambiado. Se encuentra de pie, al borde de un foso profundo o un cráter sembrado de pequeñas anillas por las que los jinetes dragón se mueven con un paso oscilante. En el centro del enorme foso, sus grandes monturas aguardan entre la manada. Mucho más arriba quedan las lejanas rocas del suelo de la caverna, descoloridas por siglos de deposiciones de dragón.

Liessa se mueve con esa facilidad armoniosa que es su segunda naturaleza, y camina hacia su propio dragón, Laolith, que gira su gran cabeza equina hacia ella. Tiene las fauces manchadas de grasa de cerdo.

«Estaba delicioso», dice mentalmente a Liessa.

- ¡Creí haberte dicho que nada de luchas en solitario! -le espeta ella.

«Tenía hambre, Liessa.»

- Aguántate, pronto podrás comer caballos.

«Las riendas se nos meten entre los dientes. ¿No hay guerreros? Nos gustan los guerreros.»

Liessa coloca la escalera de montar, y cierra las piernas en torno al cuello correoso de Laolith.

- El guerrero es mío. Hay otros dos, ésos puedes quedártelos. Uno parece ser una especie de mago -añade Liessa como para darle ánimos.

«Bueno, tú ya sabes lo que pasa con los magos. A la media hora de comerte uno, ya te apetece otro», gruñe el dragón.

Extiende las alas y se deja caer.

- ¡Nos alcanzan! -chilló Rincewind.

Se agachó todavía más sobre el cuello del caballo, y gimió. Dosflores trataba de mantenerse a su altura, mientras giraba la cabeza para contemplar a las bestias voladoras.

- ¡No lo entiendes! -exclamó el turista, por encima del temible batir de las alas-. ¡Toda mi vida he deseado ver un dragón!

- ¿Desde dentro? -le gritó Rincewind-. ¡Cabalga y calla!

Azotó a su caballo con las riendas y se concentró en el bosque al que se dirigían, tratando de acercarlo a base de fuerza de voluntad. Bajo los árboles, estarían a salvo. Bajo los árboles, los dragones no podían volar...

Oyó el batir de las alas antes de que las sombras se cerraran a su alrededor. Se pegó a la silla por puro instinto, y sintió el aguijón del dolor cuando algo agudo le trazó una raya entre los hombros.

Tras él, Hrun gritó, pero más parecía un aullido de rabia que de dolor. El bárbaro se había dejado caer entre los arbustos, y desenfundaba la espada negra, Kring. La blandió mientras otro de los dragones se disponía a hacer una segunda pasada rasante.

- ¡Ningún jodido lagarto me hace eso! -rugió.

Rincewind se inclinó y agarró las riendas de Dosflores.

- ¡Vamos! -siseo.

- Pero los dragones... -respondió Dosflores, en una especie de trance.

- ¡A la mierda con...! -empezó a decir el mago. Se detuvo en seco. Otro dragón se había apartado del círculo de puntos que sobrevolaba sus cabezas, y planeaba hacia ellos. Rincewind soltó el caballo de Dosflores, maldijo amargamente y espoleó a su montura hacia los árboles, en solitario. No volvió la vista atrás al oír la repentina conmoción y, cuando una sombra pasó sobre él, no hizo más que estremecerse débilmente y agarrarse más aún a las crines del caballo.

Luego, en vez del dolor desgarrador que esperaba, sintió una serie de golpes cuando el aterrado animal pasó bajo las ramas de los árboles. El mago intentó sujetarse, pero otra rama baja, más testaruda que las otras, le derribó de la silla. Lo último que oyó antes de que las destellantes luces azules de la inconsciencia se cerraran sobre él fue un agudo grito reptilesco de frustración, y el paso de unas zarpas sobre las copas de los árboles.

Cuando despertó, un dragón le miraba; al menos, miraba en su dirección. Rincewind gimió, trató de abrirse camino en el musgo con los omóplatos, y jadeó cuando le llegó el latigazo de dolor.

Entre las nieblas del dolor y el miedo, miró de nuevo al dragón.

La criatura estaba posada en la rama de un gran roble seco, a algunos cientos de metros. Tenía las alas de un color entre el bronce y el oro, firmemente envueltas alrededor del cuerpo, pero la gran cabeza equina giraba de un lado a otro sobre un cuello asombrosamente prensil. Estaba escudriñando el bosque.

También era semitransparente. Aunque el sol le arrancaba destellos de las escamas, Rincewind distinguía con claridad las siluetas de las ramas que había tras él.

En una de ellas se sentaba un hombre, empequeñecido por el reptil. Parecía estar desnudo, a excepción de un par de botas altas, una bolsa de piel junto a la ingle y un casco de cresta alta. Mecía perezosamente una espada corta, y contemplaba las copas de los árboles como alguien que lleva a cabo una misión tan aburrida como poco atractiva.

Un escarabajo empezó a trepar laboriosamente por la pierna de Rincewind.

El mago se preguntó cuánto daño podía hacer un dragón medio sólido. Quizá no hiciera más que medio matarle. Decidió no quedarse para averiguarlo.

Moviendo los talones, las puntas de los dedos y los músculos de los hombros, Rincewind se deslizó hacia un lado, hasta que el follaje ocultó el roble y a sus ocupantes. Luego, se puso en pie y corrió entre los árboles.

No tenía un destino concreto en mente, al igual que no tenía provisiones ni caballo. Pero, mientras tuviera piernas, podía huir. Los helechos y las zarzas le azotaron, pero ni siquiera los sintió.

Cuando hubo puesto cosa de kilómetro y medio entre el dragón y él, se detuvo y se dejó caer contra un árbol, que le habló.

- Eh -le dijo.

Temeroso de lo que podía ver, Rincewind dejó que su mirada se deslizase hacia arriba. Intentó concentrarse en algunos trozos inocuos de corteza y hojas, pero el aguijón de la curiosidad le obligó por fin a dejarlos atrás. Por último, fijó los ojos en una espada negra, clavada en una rama que colgaba sobre su cabeza.

- No te quedes ahí mirando -dijo la espada (con una voz que era como el sonido de un dedo al pasar por el borde de una gran copa de vino vacía). Sácame de aquí.

- ¿Qué? -respondió Rincewind, con el corazón todavía al galope.

- Que me saques de aquí -insistió Kring-. O lo haces, o me pasaré el próximo millón de años en un yacimiento de carbón. ¿Te he hablado alguna vez sobre aquella ocasión en que me lanzaron a un lago, allá por...?

- ¿Qué les ha pasado a los demás? -preguntó Rincewind, que aún se agarraba desesperadamente al árbol.

Librodot

- Oh, les han cogido los dragones. Igual que a los caballos. Y a esa caja con patas. A mí también me llevaban, pero Hrun me dejó caer. Has tenido suerte, ¿eh?

- Bueno... -empezó Rincewind.

Kring le ignoró.

- Supongo que tienes prisa por rescatarles -añadió.

- Bueno...

- Pues en cuanto me saques de aquí, podemos empezar.

Rincewind miró de soslayo a la espada. Hasta aquel momento, un intento de rescate había estado tan en último lugar de su mente que, si algunas especulaciones avanzadas sobre la naturaleza y forma de la multiplicidad dimensional del universo eran correctas, estaba exactamente en primer lugar. Pero una espada mágica era un objeto muy valioso...

Y le quedaba un largo camino de vuelta a casa, dondequiera que estuviese eso...

Se encaramó al árbol y estiró el brazo por la rama. Kring estaba firmemente enterrada en la madera. Rincewind agarró el pomo y tiró, hasta que unas lucecitas brillaron ante sus ojos.

- Inténtalo otra vez -le animó la espada.

Rincewind gimió y apretó los dientes.

- Podría haber sido peor -le consoló Kring-. Podría estar clavada en un yunque.

El mago gruñó, pensando en posibles hernias.

- Tengo una existencia multidimensional -le explicó la espada.

- ¿Eh?

- He tenido muchos nombres, ¿sabes?

- Asombroso -respondió Rincewind entre dientes.

Tiró hacia atrás, y la espada quedó libre. Parecía sorprendentemente ligera.

Cuando estuvo otrá vez en el suelo, decidió informarla adecuadamente.

- Yo no creo que sea buena idea intentar rescatarles -dijo- Quizá sea mejor que volvamos a la ciudad y organicemos una partida de salvamento.

- Los dragones se fueron en dirección Eje -señaló Kring-. De todos modos, sugiero que empecemos por el que se quedó en los árboles.

- Lo siento, pero...

- ¡No puedes abandonarles a su destino!

Rincewind se sorprendió.

- ¿No?

- No, no puedes. Mira, seré sincera contigo. He trabajado con materiales mejores que tú, pero es eso o... ¿has pasado alguna vez un millón de años en un yacimiento de carbón?

- Mira, yo...

- Pues si no dejas de discutir, te cortaré la cabeza.

Rincewind vio que su propio brazo se doblaba, hasta que la resplandeciente hoja de la espada estuvo a un centímetro de su garganta. Intentó abrir los dedos para dejarla caer. No le obedecieron.

- ¡No sé hacer de héroe! -gritó.

- Yo te enseñaré.

Bronce Psepha dejó escapar un gruñido gutural. K!sdra, el jinete dragón, se inclinó hacia adelante y miró de reojo hacia el claro.

- Ya le veo -dijo.

Se balanceó con facilidad de rama en rama, y aterrizó suavemente sobre la hierba. Sacó la espada.

Contempló detenidamente al hombre que se acercaba. Era evidente que el intruso no tenía muchas ganas de abandonar su refugio entre los árboles. Estaba armado, pero el jinete dragón observó con cierto interés la extraña manera en que sostenía la espada frente a él, estirando el brazo para tenerla lo más lejos posible, como si le avergonzara que le vieran en semejante compañía.

K!sdra blandió su propia espada y compuso una amplia sonrisa cuando el mago se precipitó hacia él. Luego saltó.

Más tarde, sólo recordaría dos cosas de la pelea. Rememoraría la manera imposible en que la espada del mago describió una curva hacia arriba, golpeando a su propia arma con tal fuerza que se la arrancó de la mano. La segunda cosa -y estaba seguro de que fue eso lo que le llevó a la derrota- fue que el mago se tapaba los ojos con una mano.

K!sdra saltó hacia atrás para evitar otro golpe, y cayó cuan largo era sobre la hierba. Con un rugido, Psepha desplegó las enormes alas y se lanzó desde el árbol.

Un momento más tarde, el mago estaba de pie sobre el jinete.

- ¡Dile que, si me quema, soltaré la espada! -le chillaba-. ¡Y lo haré! ¡Díselo! ¡La soltaré! ¡Díselo!

La punta de la espada negra pendía sobre la garganta de K!sdra. Lo extraño del caso era que, obviamente, el mago luchaba contra ella, y el arma parecía canturrear para si misma.

- ¡Psepha! -gritó K!sdra.

El dragón dejó escapar un rugido de desafío, pero interrumpió el picado que habría arrancado la cabeza a Rincewind, y aleteó de vuelta al árbol.

- ¡Habla! -chilló Rincewind.

K!sdra le miró de reojo a lo largo de la espada.

- ¿Qué quieres que diga? -preguntó.

- ¿Cómo?

- Digo que qué quieres que diga.

- ¿Dónde están mis amigos? ¡Me refiero al bárbaro y al hombrecillo!

- Supongo que se los han llevado al Wyrmberg.

Rincewind combatió desesperadamente el tirón de la espada, tratando de cerrar su cerebro al murmullo sediento de sangre que le cantaba Kring.

- ¿Qué es un Wyrmberg?

- El Wyrmberg. Sólo hay uno. Es Hogar Dragón.

- Y supongo que tú esperabas para llevarme allí también a mí, ¿no?

Librodot

K!sdra dejó escapar un grito involuntario cuando la punta de la espada le arrancó una gota de sangre de la nuez.

- No queréis que la gente sepa que tenéis dragones, ¿eh? -rugió Rincewind.

El jinete dragón se distrajo lo suficiente como para asentir, y el resultado fue un corte de medio centímetro en la garganta.

Rincewind miró, desesperado, a su alrededor, y comprendió que iba a tener que seguir adelante con aquello.

- Entonces, perfecto -dijo con todo el aplomo del que fue capaz-. Lo mejor para ti será que me lleves a ese Wyrmberg del que hablas, ¿no?

- Se supone que tengo que llevarte, pero muerto -murmuró K!sdra de mal humor.

Rincewind bajó la vista para mirarle y, poco a poco, sonrió. Era un rictus amplio, maníaco y nada humorístico. Era la clase de sonrisa que suele ir acompañada de pequeños pájaros que van de un lugar a otro quitando porquería de entre los dientes a otros animales.

- Tendrá que ser vivo -dijo Rincewind-. Y si quieres que muera alguien, recuerda quién tiene la espada por el mango.

- ¡Si me matas, nada impedirá que Psepha acabe contigo! -gritó el postrado jinete dragón.

- En ese caso, lo que haré será ir cortándote en trocitos, poco a poco -accedió el mago.

Ensayó de nuevo el efecto de la sonrisa.

- De acuerdo, de acuerdo -asintió K!sdra de mala gana-. ¿Crees que no tengo imaginación?

Salió de debajo de la espada, e hizo una señal al dragón, que planeó hacia ellos. Rincewind tragó saliva.

- ¿Quieres decir que tenemos que ir montados en ese bicho? -quiso saber.

K!sdra le miró desdeñoso. La punta de Kring seguía dirigida hacia su cuello.

- ¿Cómo si no podríamos llegar al Wyrmberg?

- Ni idea -respondió Rincewind-. ¿Cómo si no?

- Lo que quiero decir es que no hay otra manera. O vamos volando, o no vamos.

Rincewind miró otra vez al dragón que tenía delante. A través del animal, veía claramente la hierba sobre la que estaba tendido. Pero cuando tocó con cautela una escama que era un simple reflejo de oro en el aire, le pareció sólida de sobra. En opinión del mago, los dragones debían existir del todo o no existir en absoluto. Un dragón que sólo existía a medias era peor que cualquiera de los dos extremos.

- No sabía que los dragones pudieran ser transparentes -comentó.

K!sdra se encogió de hombros.

- Pues ya lo sabes.

Se subió al dragón con dificultad, ya que llevaba a Rincewind colgado del cinturón. Una vez incómodamente a horcajadas, el mago trasladó los blancos nudillos a un trozo de arnés muy conveniente, y espoleó con suavidad a K!sdra con la punta de la espada.

- ¿Has volado alguna vez? -le preguntó el jinete dragón sin volver la vista.

- Así, no.

Librodot

- ¿Quieres algo para chupar?

Rincewind clavó los ojos en la nuca del hombre, y luego los bajó hacia la bolsa de dulces rojos y amarillos que le estaba ofreciendo.

- ¿Es necesario? -preguntó.

- Es tradicional -respondió K!sdra-. Pero haz lo que quieras, claro.

El dragón se levantó, caminó pesadamente por el prado y echó a correr.

A veces, Rincewind tenía pesadillas en las que se tambaleaba sobre un lugar intangible, pero espantosamente alto, y veía el paisaje bajo él, muy lejos, a través de las nubes. En estas ocasiones, solía despertarse con los tobillos sudorosos. Se habría preocupado todavía más de saber que la pesadilla no era el vértigo habitual en el Mundodisco, como él creía, sino el recuerdo retroactivo de un suceso de su futuro. Un suceso tan aterrador que había generado ecos de miedo a lo largo de toda su existencia.

Éste no era el suceso en cuestión, pero le servía admirablemente de práctica.

Psepha se abría camino hacia el aire con una serie de saltos que desencajarían los huesos a cualquiera. En el cenit del último salto, desplegó las alas con un chasquido y las batió con una fuerza que hizo temblar los árboles.

Entonces, el suelo desapareció. Se alejó a suaves impulsos. Y, de pronto, Psepha se elevaba con una elegancia increíble. La luz del sol arrancaba destellos de unas alas que seguían siendo poco más que películas doradas. Rincewind cometió el error de mirar hacia abajo, y se descubrió a sí mismo atravesando el dragón con la vista para atisbar las copas de los árboles abajo. Mucho más abajo. Se le encogió el estómago.

Cerrar los ojos no servía de gran cosa, porque así dejaba rienda suelta a la imaginación. Llegó a un término medio fijando la vista en una distancia concreta, y se dedicó a contemplar con algo parecido a la indiferencia los pantanos y los bosques que pasaban bajo él.

El viento le azotó. K!sdra se volvió un poco hacia él para gritarle al oído:

- ¡Contempla el Wyrmberg!

Rincewind volvió poco a poco la cabeza, cuidando de mantener a Kring ligeramente apoyada sobre el lomo del dragón. Sus ojos deslumbrados vieron la imposible montaña invertida que surgía del valle cubierto de bosques, como una trompeta en una bañera cubierta de moho. Pese a la distancia, alcanzó a distinguir el leve brillo octarino en el aire, indicador de un aura mágica estable o, al menos -la idea le hizo atragantarse-... ¿muchos milpiés? ¡Eso, al menos!

- Oh, no -gimió.

Hasta mirar hacia el suelo era mejor que aquello. Bajó la vista rápidamente, y descubrió que ya no veía la tierra a través del dragón. Mientras planeaban en un amplio círculo hacia el Wyrmberg, el animal iba adquiriendo una forma decididamente más sólida, como si una niebla dorada estuviera inflando su cuerpo. Para cuando tuvieron el Wyrmberg delante, meciéndose suavemente contra el cielo, el dragón era tan sólido como una roca.

A Rincewind le pareció ver un ligero rayo en el aire, como si algo procedente de la montaña estuviera enlazando a la bestia. Tenía la extraña sensación de que alguna fuerza estaba haciendo al dragón más sólido, más genuino.

Ante él, el Wyrmberg dejó de ser un juguete lejano y se convirtió en varias toneladas de roca, en equilibrio entre el cielo y la tierra. Alcanzó a ver pequeños campos, bosques y un lago en la plataforma. Del lago manaba un río, que corría hasta derramarse por el borde...

Librodot

Cometió el error de seguir el hilillo de agua con los ojos, y se agarró justo a tiempo.

En la montaña del revés, la superficie de la meseta ascendió hacia ellos. El maldito dragón ni siquiera se molestó en aminorar la marcha.

Cuando la montaña se abalanzó sobre Rincewind, como si fuera el matamoscas más grande del universo, el mago vio la entrada de una cueva. Psepha flexionó los enormes músculos de los hombros, y se dirigió hacia ella.

Rincewind gritó cuando la oscuridad se extendió y le envolvió. Por un instante, vio la mancha borrosa de la roca pasando a toda velocidad junto a él. Luego, el dragón volvió a estar al descubierto.

Se encontraban dentro de una cueva, pero una cueva mucho más grande de lo que cueva alguna tenía derecho a ser. El dragón, que planeaba por el enorme espacio vacío, no era más que una mosca dorada en una sala de banquetes.

Había otros dragones -dorados, plateados, negros, blancos- aleteando a placer por el aire surcado de rayos solares, o posados sobre los salientes de las rocas. Arriba, en el techo cupular de la caverna, otros muchos se posaban en enormes anillas, con las alas recogidas al estilo de los murciélagos, alrededor de los cuerpos. Además, allí arriba había hombres. Al verlos, Rincewind tragó saliva dolorosamente, porque caminaban por aquella gran extensión de techo como si fueran moscas.

Luego descubrió los millares de pequeñas anillas que colgaban del techo. Gran número de hombres cabeza abajo observaban con interés el vuelo de Psepha. Rincewind tragó saliva de nuevo. Ni por su vida podía imaginar qué haría a continuación.

- ¿Y bien? -preguntó en un susurro-. ¿Alguna sugerencia?

- Evidentemente, atacar -respondió desdeñosa Kring.

- ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? -replicó Rincewind-. ¿Quizá porque todos llevan arcos?

- Eres un derrotista.

- ¡Un derrotista! ¡Sí, claro, porque me van a derrotar!

- Tú mismo eres tu peor enemigo, Rincewind -señaló filosóficamente la espada.

Rincewind levantó la vista hacia los hombres sonrientes.

- ¿Apuestas algo? -dijo con voz débil.

Antes de que Kring pudiera responder, Psepha giró en el aire y se posó en una de las anillas grandes, que se movió de manera alarmante.

- ¿Qué prefieres, rendirte o morir directamente? -preguntó K!sdra con tranquilidad.

Los hombres convergían hacia la anilla desde todas las direcciones. Caminaban con un movimiento balanceante, al tiempo que enganchaban sus botas en las anillas del techo.

Había más botas en un estante que colgaba de una pequeña plataforma, construida a un lado de las anillas. Antes de que Rincewind pudiera impedirlo, el jinete dragón había saltado del lomo de la criatura hacia la plataforma, desde donde contemplaba con una sonrisa la inquietud del mago.

Se oyó un sonido leve pero expresivo, provocado por un buen número de arcos al tensarse. Rincewind levantó la vista para contemplar otro buen número de caras situadas al revés. El gusto del pueblo dragón en cuestión de ropa no incluía nada mucho más imaginativo

que unos arneses de piel, llenos de ornamentos de bronce. Llevaban invertidas las fundas de los cuchillos y las vainas de las espadas. Los que no usaban cascos, dejaban que el pelo les cayera suelto, de manera que se moviera como algas marinas cuando les llegaba la brisa de los agujeros ventiladores del techo. También había bastantes mujeres. La inversión hacía cosas raras con su anatomía. Rincewind siguió mirando.

- Rindete -sugirió de nuevo K!sdra.

Rincewind abrió la boca para hacerlo, pero Kring vibró, y una oleada de dolor insoportable le subió por el brazo.

- ¡Jamás! -consiguió graznar.

El dolor cesó.

- ¡Claro que no se rendirá! -restalló una voz efusiva tras él-. Es un héroe, ¿no?

Rincewind se dio la vuelta para encontrarse frente a frente con un par de fosas nasales bien peludas. Pertenecían a un joven de constitución cuadrada, que colgaba indiferente del techo por las botas.

- ¿Cómo te llamas, héroe? -preguntó el hombre-. Es para que sepamos quién eres.

La agonía recorrió de nuevo el brazo de Rincewind.

- S-soy Rincewind de Ankh -jadeó rápidamente.

- Yo soy Lio!rt Señor Dragón -dijo el hombre colgante, pronunciando el primer nombre con una especie de chasquido recio desde el fondo de la garganta, que Rincewind sólo podía interpretar como un signo de exclamación-. Has venido a desafiarme en combate a muerte.

- Pues la verdad, no...

- Estás equivocado. K!sdra, ayuda a nuestro héroe a ponerse un par de botas-gancho. Seguro que está impaciente por empezar.

- No, mira, sólo venía a buscar a mis amigos. Estoy seguro de que no hace falta... -empezó Rincewind, mientras el jinete dragón le guiaba con firmeza hacia la plataforma, le empujaba a un asiento y le sujetaba las botas a los pies.

- Deprisa, K!sdra, no debemos impedir que nuestro héroe encuentre su destino -dijo Lio!rt.

- Oye, supongo que mis amigos estarán muy bien aquí, así que si pudierais dejarme en alguna parte...

- Verás a tus amigos muy pronto -dijo el señor dragón con frivolidad-. Si eres religioso, claro. Nadie que entre en Wyrmberg vuelve a salir..., excepto

si hablamos metafóricamente. ¡Enséñale a utilizar las anillas, K!sdra!

- ¡En menudo lío me has metido! -siseó Rincewind.

Kring vibró en su mano.

- Recuerda que soy una espada mágica canturreo.

- ¿Cómo quieres que lo olvide?

- Sube por la escalera de mano y agarra una anílla -le explicó el jinete dragón-. Luego, levanta los pies hasta que los ganchos encajen.

Ayudó al renuente mago hasta que Rincewind estuvo colgando cabeza abajo, con la túnica enrollada en torno a los riñones, y Kring sujeta en una mano. Desde aquel ángulo, el pueblo dragón parecía más o menos soportable, pero los dragones en sí, posados sobre sus

perchas, espiaban los acontecimientos como inmensas gárgolas. Los ojos de los bichos brillaban de interés.

- Atención, por favor -exclamó Lio!rt.

Un jinete dragón le tendió una forma alargada, envuelta en seda roja.

- Luchamos a muerte -dijo-. La tuya.

- Supongo que, si venzo, gano mi libertad -comentó Rincewind sin demasiada esperanza.

Lio!rt señaló con un movimiento de cabeza a los jinetes dragón reunidos.

- No seas ingenuo -replicó.

Rincewind tomó aliento.

- Supongo que es mi deber advertirte -dijo con una voz que casi no temblaba- que ésta es una espada mágica.

Lio!rt dejó que el envoltorio de seda roja cayera hacia la oscuridad, y esgrimió una espada negra. Las runas resplandecían en toda su superficie.

- ¡Qué coincidencia! -dijo.

Y lanzó una estocada.

Rincewind se quedó rígido de terror, pero el brazo con que sostenía a Kring salió disparado hacia adelante. Las espadas chocaron con una explosión de luz octarina.

Lio!rt saltó hacia atrás, y entrecerró los ojos. Rincewind consiguió traspasar su guardia, y aunque el hombre elevó la espada para detener la peor parte del impacto, una fina línea roja surcó el dorso de su mano.

Con un gruñido, se lanzó contra el mago. Sus botas dejaron escapar sonidos metálicos al deslizarse de anilla en anilla. Las espadas chocaron de nuevo en otra violenta descarga de magia y, al mismo tiempo, Lio!rt golpeó a Rincewind en la cabeza con la otra mano. El mago se tambaleó de tal manera que uno de sus pies perdió asidero en las anillas. Rincewind se agitó, desesperado.

Rincewind se conocía bien, y sabía que era, casi con toda seguridad, el peor mago del Mundodisco: sólo sabía un hechizo. Pero, pese a todo, seguía siendo un mago, y según las inexorables leyes de la magia esto significaba, que, cuando falleciera, sería la misma Muerte quien apareciera para recogerle (en vez de enviar a cualquiera de sus numerosos siervos, como solía suceder).

Por eso, cuando un sonriente Lio!rt blandió la espada y trazó con ella un perezoso arco, el tiempo pareció aminorar su velocidad, como si discurriera entre melaza.

A los ojos de Rincewind, el mundo se iluminó de pronto con una fluctuante luz octarina, que se teñía de violeta cuando los fotones se estrellaban contra la repentina aura mágica. Dentro de ella, el señor dragón era una estatua de horrible color, y su espada se movía a paso de caracol en el brillo.

Además de Lio!rt, había una figura más, visible sólo para aquellos que pueden ver en la cuarta dimensión de la magia. Era alta, oscura y delgada. Y, destacando en la repentina noche de estrellas gélidas, blandía con las dos manos una guadaña de renombrado filo...

Rincewind se agachó y esquivó. La hoja silbó friamente a través del aire, sobre su cabeza, y penetró en el techo rocoso de la caverna sin detenerse. La Muerte gritó una

maldición con su voz de cripta helada. La imagen desapareció. Lo que en el Mundodisco se consideraba «realidad» volvió a su lugar con un brusco chasquido. Lio!rt abrió la boca, incrédulo, ante la repentina velocidad con que el mago había esquivado su golpe mortal: seguramente, debía su vida a esa clase de desesperación sólo disponible para los verdaderamente aterrados. El caso es que Rincewind se desenroscó como una serpiente y cruzó de un salto el espacio que los separaba. Cerró ambas manos en torno al brazo con que el señor dragón blandía la espada, y se lo retorció.

Fue en ese momento cuandó la anilla que le quedaba a Rincewind, ya sobrecargada, se desprendió de la roca con un desagradable sonido metálico.

Cayó, se agitó salvajemente en el aire y terminó colgando sobre una muerte de huesos rotos, agarrado con ambas manos al brazo del señor dragón. Le asía con tanta fuerza que el hombre dejó escapar un grito.

Lio!rt levantó la vista hacia sus pies. Pequeños fragmentos de roca caían del techo, de alrededor de los pitones que sujetaban las anillas.

- ¡Maldito seas, suéltame! -gritó-. ¡Si no, moriremos los dos!

Rincewind no dijo nada. Se concentraba en mantener su presa y cerrar su imaginación a las insistentes imágenes del destino que le aguardaría abajo, entre las rocas.

- ¡Disparadle! -ordenó Lio!rt.

Por el rabillo del ojo, Rincewind vio cómo muchos arcos apuntaban hacia él. Lio!rt eligió ese momento para dar un golpe con la mano libre, y un puno lleno de anillos laceró los dedos del mago.

Se dejó caer.

Dosflores se agarró a los barrotes y se dio impulso hacia arriba.

- ¿Ves algo? -preguntó Hrun desde sus pies.

- Sólo nubes.

Hrun le bajó de nuevo, y se sentó al borde de una de las camas de madera que representaban todo el mobiliario de la celda.

- ¡Maldita sea! -exclamó.

- No desesperes -le animó Dosflores.

- No desespero.

- Supongo que todo esto es una especie de malentendido. Supongo que nos liberarán pronto. Parecen personas civilizadas.

Hrun le miró desde debajo de unas cejas superpobladas. Empezó a decir algo, pero pareció pensárselo mejor y, en vez de hacerlo, suspiró.

- ¡Y cuando volvamos a casa, podremos decir que hemos visto dragones! -siguió Dosflores-. ¿Qué te parece?

- Los dragones no existen -se limitó a decir Hrun-. Codice de Chimeria mató al último hace doscientos años. No sé qué hemos visto, pero no son dragones.

- ¡Pero si nos llevaron por el aire! En aquella cueva debía de haber cientos...

- Supongo que era sólo magia -respondió Hrun vagamente.

Librodot

- Bueno, pues parecían dragones -afirmó Dosflores con cierto aire desafiante-. Siempre he querido ver dragones, desde que era un chiquillo. Dragones volando por el cielo, con aliento de fuego...

- Los dragones solían arrastrarse por los pantanos y cosas así, y lo único que tenía de especial su aliento era que apestaba -dijo Hrun mientras se tendía en el camastro-. Además, tampoco eran demasiado grandes. Solían recoger madera.

- Yo he oído que solían recoger tesoros -señaló Dosflores.

- Y madera. Oye -añadió Hrun, algo más animado-, ¿has visto todas esas habitaciones por las que nos trajeron? Eran impresionantes, ¿eh? Había un montón de cosas buenas, y algunos de aquellos tapices deben de valer una fortuna.

Se rascó la barbilla con gesto pensativo, haciendo un ruido que era como el de un puerco espín abriéndose paso a embestidas entre la aulaga.

- ¿Qué pasará ahora? -quiso saber Dosflores.

Hrun se metió un dedo en la oreja y se la inspeccionó con aire ausente.

- Oh, poca cosa -dijo-. Supongo que, de un momento a otro, la puerta se abrirá de golpe y seré arrastrado a alguna especie de circo ritual, donde quizá lucharé contra un par de arañas gigantes y un esclavo de ocho piernas procedente de las selvas de Klatch, y luego rescataré a una especie de princesa del altar, mataré a unos cuantos guardias o algo por el estilo, y la chica me enseñará un pasadizo secreto para salir de este lugar, liberaré a un par de caballos y escaparé con el tesoro.

Hrun apoyó la nuca en las manos y contempló el techo, silbando algo sin melodía.

- ¿Todo eso? -se asombró Dosflores.

- Es lo habitual.

El turista se sentó en su camastro e intentó pensar. No le resultaba nada fácil, pues tenía la mente llena de dragones.

¡Dragones!

Desde que tenía dos años, le habían cautivado las imágenes de aquellas bestias que aparecían en El Libro Octarino de las Hadas. Su hermana le había dicho que no existían en realidad, y él recordaba la amarga decepción que sufrió. Decidió que, si en el mundo no se encontraban aquellas hermosas criaturas, el mundo no era ni la mitad de bueno de lo que podría ser. Y más tarde, cuando empezó a trabajar como aprendiz con Ninereeds, el Maestro Contable, cuya mentalidad gris era todo lo que no eran los dragones, ya no le quedó tiempo para sonar.

Pero aquellos dragones no estaban del todo bien. Comparados con los que había imaginado, eran demasiado pequeños y zalameros. Los dragones deberían ser grandes, verdes, exóticos, deberían tener garras y respirar fuego. Grandes y verdes, con colas largas y afiladas...

Por el rabillo del ojo vio un movimiento en el rincón más lejano y oscuro de la mazmorra. Cuando volvió la cabeza, desapareció, aunque también creyó oír un ligerísimo ruido: algo como unas garras arañando la piedra...

- ¿Hrun? -llamó.

Del otro camastro le llegó un ronquido.

Dosflores se dirigió hacia el rincón, y rozó suavemente las piedras por si había un pasadizo secreto. En aquel momento, la puerta se abrió de golpe, y chocó contra la pared.

Media docena de guardias entraron rápidamente, se repartieron por la celda e hincaron una rodilla en tierra. Apuntaban sus armas exclusivamente a Hrun. Cuando lo recordó más tarde, Dosflores se sintió bastante ofendido.

Hrun ronco.

Una mujer entró a zancadas en la habitación. No hay muchas mujeres que puedan dar una zancada convincente, pero ella lo consiguió. Miró un instante a Dosflores, con la misma expresión con que se miraría un elemento del mobiliario, y luego bajó la vista hacia el hombre tendido en el camastro.

Llevaba el mismo modelo de arnés de piel que usaban los jinetes dragón, sólo que el suyo era mucho más breve. Eso y la magnífica melena color rojizo nogal que le caía suelta hasta la cintura, eran su única concesión a lo que incluso en Mundodisco se consideraba decencia. Tenía una expresión pensativa.

Hrun dejó escapar un sonido gorgoteante, se dio media vuelta y siguió durmiendo.

Con un movimiento cuidadoso, como si manejara un instrumento de gran delicadeza, la mujer se sacó una pequeña daga negra del cinturón, y lanzó una puñalada hacia abajo.

Antes de que hubiera recorrido la mitad de su arco, la mano derecha de Hrun se movió tan deprisa que pareció viajar entre dos puntos del espacio sin que el tiempo transcurriera mientras atravesaba el aire intermedio. Se cerró en torno a la muñeca de la mujer con un ruido sordo. Su otra mano buscó febrilmente una espada que no estaba allí...

Hrun se despertó.

Emitió un gruñido alzando la vista para mirar a la mujer, con el entrecejo fruncido por el asombro.

Entonces vio a los arqueros.

- Suéltame -dijo la mujer, con una voz que era modulada, tranquila e incrustada de diamantes.

Hrun liberó lentamente su presa.

Ella dio un paso atrás, al tiempo que se masajeaba la muñeca. Miraba a Hrun como un gato miraría la guarida de los ratones.

- Bien -dijo por fin-, has pasado la primera prueba. ¿Cuál es tu nombre, bárbaro?

- ¿A quién llamas bárbaro?

- Eso es lo que quiero saber.

Hrun contó el número de arqueros muy despacio, e hizo un breve cálculo. Relajó los hombros.

- Soy Hrun de Chimeria. ¿Y tú?

- Liessa Dama Dragón.

- ¿Eres la que manda en este lugar?

- Eso esta por ver. Parece que eres un mercenarios, Hrun de Chimeria. Puede que te contrate... si superas las pruebas, claro. Hay tres. Ya has pasado la primera.

- ¿Cómo son las otras... -Hrun hizo una pausa, movió los labios sin sonido y aventuró un final para la frase- ...dos?

- Peligrosas.

- ¿Y la paga?

- Excelente.

- Disculpad -intervino Dosflores.

- ¿Y si fracaso en las pruebas? -siguió Hrun, ignorándole.

El aire entre Hrun y Liessa chispeó con pequeñas explosiones de carisma cuando sus miradas se buscaron, en busca de asidero.

- Si hubieras fallado la primera, ahora estarías muerto. Puedes considerarlo la penalización típica.

- ¡Ejem! Escuchad... -empezó Dosflores.

Liessa desperdició una breve mirada en él, y pareció verle por primera vez.

- Llevaos eso de aquí -dijo con tranquilidad.

Se volvió hacia Hrun.

Dos de los guardias se colgaron los arcos del hombro, agarraron a Dosflores por los codos y le levantaron del suelo. Luego, salieron por la puerta con un trotecillo rápido.

- ¡Eh! -exclamó Dosflores mientras corrían por el pasillo exterior-. ¿Dónde... -se detuvieron frente a otra puerta- está mi... -abrieron la puerta- equipaje?

Aterrizó sobre un montón de lo que en tiempos pasados pudo ser paja. La puerta se cerró de golpe, y los ecos enmarcaron el ruido de pestillos al encajar en su sitio.

En la otra celda, Hrun apenas había parpadeado.

- De acuerdo -dijo-, ¿cuál es la segunda prueba?

- Tienes que matar a mis dos hermanos.

Hrun se paró a considerar la idea.

- ¿A los dos al mismo tiempo, o uno detrás de otro? -preguntó.

- Consecutiva o concurrentemente -le tranquilizó ella.

- ¿Qué?

- Tú limítate a matarlos -replicó ésta con sequedad.

- ¿Son buenos luchadores?

- Renombrados.

- ¿Y a cambio de todo eso?

- Te casarás conmigo y te convertirás en el Señor del Wyrmberg.

Hubo una larga pausa. Las cejas de Hrun se fruncieron cuando su dueño se concentró en cálculos desacostumbrados.

- ¿Me quedo contigo y con esa montaña? -dijo al fin.

- Sí. -La chica le miró directamente a los ojos, y torció los labios-. La paga merece la pena, te lo aseguro.

Hrun dejó caer la vista hacia los anillos que Liessa llevaba en la mano. Las piedras eran grandes, y muy reconocibles: diamantes de un azul lechoso, procedentes de las cuencas arcillosas de Mithos. Cuando al fin consiguió apartar los ojos de las joyas, descubrió que Liessa le miraba airada.

- ¡Qué calculador! -le espetó-. ¿Y tú eres Hrun el Bárbaro, que caminaría tranquilamente hasta las fauces de la misma Muerte?

Hrun se encogió de hombros.

- Claro -replicó-. Pero la única razón para caminar hasta las fauces de la Muerte es para poder robarle sus dientes de oro.

Describió un amplio arco con una mano, en la que llevaba el camastro de madera. El trasto se estrelló contra los arqueros, seguido alegremente por Hrun, que derribó a un hombre de un golpe y le robó el arma al otro. Un segundo más tarde, todo había terminado.

Liessa no se había movido.

- ¿Y bien? -dijo.

- ¿Y bien, qué? -replicó Hrun, sin abandonar su lugar entre la masacre.

- ¿Quieres matarme?

- ¿Cómo? ¡oh, no! No, esto es una especie de costumbre, ya sabes. Para no perder práctica. A ver, ¿dónde están esos hermanos tuyos?

Sonrió.

Dosflores se sentó en la paja y contempló la oscuridad. Se preguntó cuánto tiempo llevaba allí. Como mínimo, horas. Quizá días. Jugó con la idea de que habían sido años, y que sencillamente los había olvidado.

No, esa manera de pensar no le llevaría a ninguna parte. Trató de pensar en otra cosa: hierba, árboles, aire fresco, dragones. Dragones...

Hubo un ligerísimo movimiento en la oscuridad. Dosflores sintió que el sudor le cosquilleaba en la frente.

En aquella celda había algo, además de él. Algo que hacía ruidos leves, pero que, incluso en la oscuridad insondable, daba la impresión de ser descomunal. Sintió que el aire se movía.

Cuando levantó el brazo, notó una sensación pegajosa, y vio una ligera lluvia de chispas que delataban la existencia de un campo mágico localizado. Dosflores descubrió que, en aquel momento, daría cualquier cosa por un poco de luz.

Una ráfaga de llamas le pasó por encima de la cabeza, y fue a estrellarse contra el muro. Cuando las rocas brillaron con el calor de una caldera, alzó la vista y vio al dragón que ahora ocupaba más de la mitad de la celda.

«Te obedezco señor», dijo una voz dentro de su cabeza.

Al brillo de las piedras chisporreantes, Dosflores vio su propio reflejo en dos ojos verdes enormes. Tras ellos, el dragón era multicolor y flexible, con cuernos y púas, como los que siempre había imaginado: un dragón de verdad. Aunque tenía las alas plegadas, rozaba ambos muros de la celda. Dosflores estaba entre sus garras.

- ¿Me obedeces?

La voz le temblaba entre el miedo y el entusiasmo.

«Por supuesto, señor.»

El brillo se fue desvaneciendo. Con un dedo tembloroso, Dosflores señaló el lugar donde recordaba la puerta.

- ¡Ábrela! -exclamó.

Librodot

El dragón alzó su enorme cabeza. Otra vez surgió la bola de llamas. Pero, en esta ocasión, los músculos del cuello del dragón se contrajeron, y su color cambió del naranja al amarillo, del amarillo al blanco y, por último, al azul más claro imaginable. Para entonces, la llama era ya muy delgada, y allí donde tocaba la pared, la roca estallaba y se fundía. Cuando alcanzó la puerta, el metal explotó en una lluvia de gotas ardientes.

Sombras negras se combaban y danzaban en las paredes. Durante un momento en que a Dosflores le dolieron los ojos, el metal burbujeó, y luego la puerta cayó en dos pedazos al pasillo exterior. La llama desapareció con una rapidez casi tan sorprendente como su aparición.

Dosflores pasó con cautela sobre la puerta, que se enfriaba, y examino toda la longitud del pasillo. Estaba vacío.

El dragón le siguió. El recio marco de la puerta le puso algunas dificultades, que el animal superó con un meneo de hombros que arrancó la madera y la lanzó hacia un lado. La criatura miró expectante a Dosflores. Su piel se contraía y se retorcía mientras luchaba por extender las alas en los estrechos confines del pasillo.

- ¿Cómo llegaste ahí dentro? -preguntó Dosflores.

«Tú me llamaste, amo.»

- No recuerdo haberlo hecho.

«Con tu mente. Me llamaste con tu mente», pensó con paciencia el dragón.

- ¿Quieres decir que apareciste porque pensé en ti?

«Si.»

- ¿Fue cosa de magia?

«Si.»

- ¡Pero si me he pasado toda la vida pensando en dragones!

«Probablemente en ese lugar la frontera entre el pensamiento y la realidad es un poco confusa. Sólo sé que antes no existía, que pensaste en mi y existí. Por tanto estoy a tu entera disposición, claro.»

- ¡Cielo santo!

Media docena de guardias eligieron aquel momento para aparecer por un recodo del pasillo. Se detuvieron boquiabiertos. Luego, uno recobró la compostura suficiente para levantar el arco y disparar.

El pecho del dragón se alzó. La flecha estalló en el aire, en fragmentos llameantes. Los guardias se perdieron de vista a toda velocidad. Una fracción de segundo más tarde, una ráfaga de llamas barrió las piedras sobre las que habían estado.

Dosflores le contempló admirado.

- ¿También puedes volar?

«Por supuesto.»

Dosflores examinó el pasillo de arriba abajo, y decidió no seguir a los guardias. Como sabia que estaba extraviado por completo, cualquier dirección sería mejor que aquélla. Pasó junto al dragón y echó a correr. La enorme bestia se volvió con dificultad para seguirle.

Atravesaron una serie de pasillos que se entrecruzaban como un laberinto. En determinado momento, Dosflores creyó oír gritos mucho más atrás, pero pronto se perdieron en la distancia. En ocasiones, pasaban junto a arcos y puertas. Una tenue luz se filtraba por

Librodot

varios ventanucos y, en algunos tramos, se reflejaban en enormes espejos, encajados en el mismo muro del pasillo. También les llegó a veces una luz más brillante, procedente de una fuente lejana.

Pero lo que más extraño le pareció a Dosflores mientras bajaba a toda velocidad un tramo de escalones anchos, levantando nubes de polvo plateado al pasar, fue qua allí los túneles eran mucho mas amplios. Y además, estaban mejor construidos. En los nichos de las paredes había estatuas, y de cuando en cuando colgaban tapices descoloridos, pero interesantes. Mostraban en su mayoría dragones; cientos de dragones, volando o posados en sus anillas, dragones con hombres sobre sus lomos, cazando ciervos o, en algunos casos, a otros hombres. Dosflores tocó suavemente uno de los tapices. El tejido se desintegró de inmediato en el aire cálido y seco, y sólo quedaron algunas hebras allí donde había sido bordado con finos hilos de oro.

- ¿Por qué dejarían aquí todo esto? -se pregunto.

«No lo sé», respondió una voz educada sobre su cabeza.

Se volvió y miró hacia arriba, hacia la cabeza equina que pendía sobre él.

- ¿Cómo te llamas, dragón? -preguntó Dosflores.

«No lo sé.»

- Creo que te llamaré Ninereeds.

«Entonces, así me llamo.»

Avanzaron entre el polvo sempiterno por una serie de enormes salas con columnas oscuras. Las salas habían sido talladas en la roca sólida. Y con cierta gracia: del suelo al techo, las habitaciones eran una masa de estatuas, gárgolas, bajorrelieves y columnas estriadas que proyectaron extrañas sombras móviles cuando el dragón, a petición de Dosflores, proporcionó algo de luz. Cruzaron largos pasillos y grandes cavernas en forma de anfiteatro, todas llenas de un espeso polvo suave y deshabitadas por completo. Hacía siglos que nadie pasaba por aquellas cuevas.

Entonces vio el camino, que se perdía en otra oscura entrada del túnel. Alguien lo había usado regularmente, y no hacía mucho tiempo. Era un rastro profundo y estrecho en la alfombra gris.

Dosflores lo siguió. Discurría por salas todavía más polvorientas y pasillos ventosos por los que cabría un dragón (y dragones habían pasado por allí en otros tiempos, al parecer: dio con una habitación llena de arneses corroídos, y en otra encontró petos y cadenas de mallas que podía usar un elefante). Terminaban en un par de puertas verdes de bronce. Cada una era tan alta que desaparecía en la penumbra. Delante de Dosflores, a la altura del pecho, había un pequeño pestillo de latón en forma de dragón.

Cuando lo tocó, las puertas se abrieron al momento, con un silencio desconcertante.

Instantáneamente, unas chispas crepitaron en el pelo de Dosflores. Hubo una repentina ráfaga de viento cálido y seco que no afectó al polvo como habría hecho un viento cualquiera, sino que le hizo cobrar desagradables formas medio vivas antes de que se posara de nuevo. A los oídos de Dosflores llegaron los extraños chirridos gorjeantes de Cosas encerradas en lejanas mazmorras dimensionales, muy lejos de la frágil celosía espaciotemporal. Aparecieron sombras donde no había nada para causarlas. El aire zumbó como una colmena.

Casi al momento, hubo una gran descarga de magia a su alrededor.

La cámara que había tras la puerta estaba iluminada por un brillo verdoso claro. Y apiladas a lo largo de las paredes, cada una en su estante de mármol, había hileras e hileras de

Librodot

ataúdes. En el centro de la sala se encontraba un sillón de piedra, sobre un estrado. Contenía una figura desmadejada, que no se movía, pero sí hablaba con una voz cascada y vieja.

- Pasa, jovencito.

Dosflores entró. La figura del asiento era humana, al menos por lo que podía distinguir a tan escasa luz, pero había algo en la extraña manera de reposar en la silla que le hacía alegrarse de no ver nada más claro.

- Estoy muerto, ¿sabes? -le llegó una voz en tono coloquial, desde lo que Dosflores esperaba fervorosamente fuera una cabeza-. Supongo que ya lo has notado.

- Hummm -fue la respuesta de Dosflores.

Empezó a retroceder.

- Es obvio, ¿verdad? -asintió la voz-. Tú debes de ser Dosflores, ¿no? ¿O eso viene después?

- ¿Después? -se sorprendió Dosflores-. ¿Después de qué?

Se detuvo.

- Bueno -explicó la voz-, verás, una de las desventajas de estar muerto es que uno queda libre de las ligaduras del tiempo. Por tanto, puedo ver lo

que ha sucedido y sucederá, todo al mismo tiempo. Aunque claro, ahora sé que, a efectos prácticos, el Tiempo no existe en absoluto.

- Eso no parece una desventaja -señaló Dosflores.

- ¿Tú crees? Imagina que cada momento sea uno, que resulte a la vez un recuerdo lejano y una sorpresa desagradable, y ya verás. ¿Comprendes ahora a qué me refiero? De todos modos, ahora recuerdo lo que estaba a punto de decirte. ¿O ya lo he hecho? Por cierto, bonito dragón. ¿O no he dicho eso todavía?

- Es bastante bueno. Simplemente, apareció -explicó Dosflores.

- ¿Apareció? -se sorprendió la voz-. ¿Tú lo invocaste?

- Si, bueno, lo único que hice fue...

- ¡Tienes el Poder!

- Lo único que hice fue pensar en él.

- ¡En eso consiste el Poder! ¿Te he dicho ya que yo soy Greicha Primero? ¿O eso viene luego? Lo siento, pero no tengo mucha experiencia en esto de trascender. De todos modos, sí... el Poder. Invoca dragones, ¿sabes?

- Creo que eso ya me lo has dicho -señaló Dosflores.

- ¿Ya? Sí, la verdad es que pensaba hacerlo -aseguró el hombre muerto.

- Pero ¿cómo funciona? Llevo toda la vida pensando en dragones, pero ésta es la primera vez que aparece uno.

- Bueno, verás, la verdad del asunto es que los dragones nunca han existido tal como entiendes la existencia tú (o tal como la entendía yo, hasta que fui envenenado hace unos tres meses). Hablo del auténtico dragón, del draconis nobilis, ya sabes. El dragón de pantano, draconis vulgaris, es una criatura muy básica, indigna de nuestra atención. Por otra parte, el auténtico dragón es una criatura de espíritu tan refinado que sólo puede tomar forma en este mundo si lo concibe una imaginación bien entrenada. E incluso entonces, la imaginación tiene que estar perfectamente impregnada de magia: esto ayuda a debilitar los muros entre el mundo de lo visible y el de lo invisible. Entonces llegan los dragones tal como eran, e

Librodot

imprimen su forma en la matriz de posibilidades de este mundo. A mí se me daba muy bien cuando estaba vivo. Podía imaginar más de... bueno, casi quinientos dragones a la vez. Ahora Liessa, la más hábil de entre todos mis hijos, apenas alcanza a imaginar cincuenta criaturas originales. Para que luego hablen de la educación progresista. En realidad, no cree en ellos. Por eso sus dragones resultan bastante aburridos, mientras que el tuyo... -la voz de Greicha tenía ahora un matiz de admiración- ...es casi tan bueno como solían ser los míos. Una agradable visión para estos ojos maltratados. Aunque ya no tengo ojos, claro.

- Has repetido varias veces que estás muerto -intervino rápidamente Dosflores.

- ¿Y?

- Y los muertos... esto..., pues ya sabes, no suelen hablar demasiado. Por norma general.

- Yo era un mago muy, pero que muy poderoso. Mi hija me envenenó, claro. El método de sucesión unánimemente admitido en nuestra familia. Pero -suspiró el cadáver. Al menos el suspiro surgió del aire, a unos decímetros por encima de él-, pronto resultó obvio que ninguno de mis hijos tenía suficiente poder para arrebatar el señorío sobre el Wyrmberg a los otros dos. Un resultado altamente insatisfactorio. Un reino como el nuestro debe tener un único gobernante. Así que decidí seguir vivo sin efectos oficiales, cosa que les molesta mucho a todos, por supuesto. No daré a mis hijos la satisfacción de enterrarme, hasta que sólo quede uno para dirigir la ceremonia.

Se oyó un desagradable sonido chirriante. Dosflores supuso que pretendía ser una carcajada.

- Liessa -siguió la voz del mago muerto-. Mi hija. Su poder es el más fuerte, ¿sabes? Los dragones de mis hijos son incapaces de volar más de unos pocos kilómetros antes de desaparecer.

- ¿Desaparecer? Ya noté que el dragón que nos trajo aquí era transparente -intervino Dosflores-. Admito que me pareció un poco extraño.

- Claro -dijo Greicha-. El poder sólo funciona cerca del Wyrmberg. Es la ley del cuadrado a la inversa, ¿sabes? Al menos, eso creo yo. Cuando los dragones vuelan más allá, empiezan a «consumirse». Si no fuera así, mi pequeña Liessa ya estaría dominando el mundo, que me lo digan a mí. Pero, bueno no debo retenerte más. Supongo que estarás deseando rescatar a tu amigo.

Dosflores se quedó con la boca abierta.

- ¿A Hrun? -dijo.

- No, a ése no. Al mago flaco. Mi hijo Lio!rt está intentando hacerle pedazos. Me gustó mucho la manera en que le rescataste. Bueno, en que le rescatarás.

Dosflores hinchó el pecho y se irguió en toda su altura, un trabajo muy sencillo.

- ¿Dónde está? -preguntó, al tiempo que se dirigía hacia la puerta con lo que él esperaba que fueran zancadas heroicas.

- No tienes más que seguir el camino en el polvo -explicó la voz-. Liessa viene a verme de vez en cuando. Todavía viene a ver a su viejo padre, mi nenita. Fue la única con suficiente carácter para asesinarme. De tal palo, tal astilla. Por cierto, buena suerte. Creo recordar que ya te lo dije. Quiero decir, que te lo diré ahora.

La voz temblorosa se perdió en un laberinto de tiempos verbales, mientras el turista corría por los pasillos vacíos, y el dragón trotaba ágilmente tras él. Pero pronto se detuvo para

apoyarse contra una columna, sin aliento. Le parecía que habían pasado siglos desde que comiera por última vez.

«Por qué no vuelas», le sugirió Ninereeds mentalmente.

El dragón extendió las alas y dio un aleteo experimental, que le levantó por un momento del suelo. Dosflores le miro un instante, luego corrió hacia él y subió rápidamente al cuello de la bestia. Pronto estuvieron en el aire. El dragón volaba con facilidad a un metro por encima del suelo, y dejaba atrás una nube de polvo.

Dosflores se agarró lo mejor que pudo cuando Ninereeds maniobró por una serie de cavernas y se remontó rodeando una escalera de espiral, en la que se podría haber instalado fácilmente todo un ejército en retirada. Al llegar a la cima, salieron a zonas concurridas más habitualmente. En todos los pasillos, los espejos brillaban pulidos, y reflejaban una luz tenue.

«Huelo a otros dragones.»

Las alas se convirtieron en una mancha borrosa, y Dosflores se vio lanzado hacia atrás cuando el dragón giró y se precipitó hacia un pasillo lateral, como una golondrina ansiosa de mosquitos. Otro giro brusco les envió a toda velocidad por la entrada de un túnel, hasta un lateral de una gran cueva. Había rocas mucho más abajo, y arriba, desde grandes agujeros del techo, salían amplios rayos de luz. Además, había mucha actividad en la parte superior. Cuando Ninereeds planeó, azotando el aire con las alas. Dosflores vio en el techo las sombras de las bestias posadas en sus perchas, y también puntos en forma de hombres que, por alguna extraña razón, caminaban cabeza abajo.

«Esto es una cueva cuadra», dijo el dragón con voz satisfecha.

Mientras Dosflores miraba todo, una de las sombras en forma de hombre se desprendió del techo y empezó a agrandarse...

Rincewind observó el rostro blanco de Lio!rt mientras se alejaba. Qué cosa más rara, rió una pequeña parte de su mente, ¿por qué me estaré elevando?

Entonces empezó a perder el equilibrio en el aire, y la realidad se impuso. Caía hacia unas rocas, lejanas y manchadas de guano.

Su cerebro se rebeló ante la idea. Las palabras del Hechizo eligieron ese preciso momento para resurgir de las profundidades de su mente, como hacían siempre en momentos de crisis. «¿Por qué no nos pronuncias? -parecían apremiarle-. ¿Qué tienes que perder?»

Mientras caía, Rincewind movió una mano.

- Ashonai -declamó.

La palabra se formó frente a él en una fría llama azul, que se meció al viento.

Movió la otra mano, ebrio de terror y magia.

- Ebiris -entonó.

El sonido se congeló en una fluctuante palabra anaranjada, que flotó junto a su compañera.

- Urshoring. Kvanti. Pythan. N'gurad. Feringomalee.

Mientras las palabras exhibían sus colores de arco iris a su alrededor, maniobró con las manos y se dispuso a pronunciar la octava y última palabra, que aparecería en un chispeante octano y sellaría el Hechizo. Hasta olvidó las inminentes rocas.

De pronto, se quedó sin aliento. El Hechizo se dispersó y desapareció. Un par de brazos se cerraron en torno a su cintura, y el mundo pareció tambalearse hacia un lado cuando el dragón salió de su largo picado. Sus garras arañaron por un momento la superficie de la roca del ahora ruidoso suelo del Wyrmberg. Dosflores dejó escapar una carcajada triunfal.

- ¡Le tengo!

Y el dragón se curvó con elegancia en la cúspide del vuelo, aleteó suave, casi perezosamente, y atravesó la entrada de la cueva hacia el aire de la mañana.

Al mediodía, en una amplia pradera verde sobre la superficie del Wyrmberg, con su equilibrio imposible, los dragones y sus jinetes formaron un ancho círculo. Tras ellos quedaba sitio de sobra para una multitud de siervos, esclavos y otros que arañaban una forma de vida allí, en el techo del mundo. Todos contemplaban las figuras agrupadas en el centro del circo de hierba.

El grupo se componía de una serie de señores dragón, entre los que se encontraban Lio!rt y su hermano. El primero se frotaba todavía las piernas, con una mueca de dolor. Un poco apartados estaban Liessa y Hrun, con algunos partidarios de la mujer.

Entre las dos facciones se encontraba el Maestro Tentador hereditario del Wyrmberg.

- Como ya sabéis -empezó, inseguro-, el no del todo difunto Señor del Wyrmberg, Greicha Primero, ha estipulado que no habrá sucesión hasta que uno de sus hijos -o su hija, que todo puede ser- se sienta con poder suficiente para desafiar y derrotar a sus hermanos, o hermano y hermana, en combate a muerte.

- Sí, si, todos lo sabemos. Sigue con lo demás -exigió una voz quisquillosa, que surgía del aire junto a él.

El Maestro Tentador tragó saliva. Nunca había terminado de encajar la negativa de su antiguo señor a expirar decentemente. ¿Está muerto el viejo buitre, o no?, se preguntaba.

- No está del todo claro -siguió- si se permite lanzar un desafío por delegación...

- Se permite, se permite -restalló la voz desencarnada de Greicha-. Es una muestra de inteligencia. Y sigue, que nos vamos a pasar aquí todo el día.

- Os desafio -intervinó Hrun, mirando a los hermanos-. A los dos a la vez.

Lio!rt y Liartes se miraron.

- ¿Quieres luchar contra nosotros dos a la vez?

- preguntó Liartes, un hombre alto y delgado, con larga cabellera negra.

- SL

- ¿Crees que es justo?

- Sí. Os supero en proporción de uno contra dos.

Lio!rt se enfureció.

- ¡Bárbaro arrogante...!

- ¡Eso ya es el colmo! -rugió Hrun-. ¡Te...!

El Maestro Tentador extendió una mano surcada de venillas azules, para contenerle.

- Está prohibido pelear en el Campo de Matanza -comentó.

Se detuvo, e hizo una pausa para considerar el sentido de lo que había dicho.

- Bueno, ya sabéis a qué me refiero -aventuró. Intentó dar más explicaciones, pero se rindió-. Como parte desafiada, mis señores Lio!rt y Liartes pueden elegir armas -añadió.

- ¡Dragones! -exclamaron a la vez.

Liessa bufó.

- Los dragones se pueden usar en una ofensiva, así que son armas -dijo Lio!rt con firmeza-. Si no estás de acuerdo, podemos luchar por eso.

- Eso -asintió su hermano, mientras señalaba a Hrun con un movimiento de cabeza.

El Maestro Tentador sintió que un dedo fantasmal le golpeaba el pecho.

- No te quedes ahí con la boca abierta -dijo la voz sepulcral de Greicha-. ¿Quieres darte prisa?

Hrun dio un paso atrás y meneó la cabeza.

- Oh, no -negó-. Con una vez, he tenido de sobra. Prefiero morir a luchar sobre una de esas cosas.

- Entonces, muere -dijo el Maestro Tentador, con toda la amabilidad que le fue posible.

Lio!rt y Liartes ya se dirigían a zancadas hacia el otro lado de la pradera, donde sus sirvientes aguardaban con las monturas. Hrun se volvió a Liessa. La chica se encogió de hombros.

- ¿No tendré ni una espada? -suplicó-. ¿Ni siquiera un cuchillo?

- No -respondió ella-. No esperaba esto.

De repente, la chica parecía más menuda, y todo su aire desafiante había desaparecido.

- Lo siento.

- ¿Que tú lo sientes? -se enfadó Hrun.

- Sí, lo siento.

- Eso me pareció oír, que lo sentías.

- ¡Oye, no me mires así! Puedo imaginarte el mejor dragón para cabalgar...

- ¡No!

El Maestro Tentador se secó la nariz con un pañuelo, sostuvo ante él un momento el pequeño cuadrado de seda, y luego lo dejó caer.

Un repentino batir de alas hizo girar en redondo a Hrun. El dragón de Lio!rt ya estaba en el aire, y se dirigía hacia ellos. Mientras sobrevolaba a poca altura el prado, una ráfaga de llamas surgió de su boca, trazando una línea negra en la hierba. Y la línea se dirigía hacia Hrun.

En el último momento, el bárbaro empujó a Liessa a un lado, y sintió el salvaje dolor del fuego en el brazo mientras se lanzaba al suelo, en busca de refugio. Al caer, rodó sobre si mismo, y se puso en pie de un salto, buscando frenéticamente al otro dragón. El animal se acercó por un lado, y Hrun se vio obligado a saltar a ciegas para esquivar las llamas. La cola del dragón le azotó al pasar, y le encajó un doloroso golpe en la frente. Consiguió ponerse en pie, y sacudió la cabeza para librarse de aquellas estrellitas bailarinas que tenía ante los ojos. Su maltratada espalda gritaba de dolor.

Lio!rt se aproximaba en una segunda pasada, pero esta vez volaba más despacio, para compensar la inesperada agilidad del hombretón. Cuando el suelo ascendió hacia él, vio al

bárbaro de pie, inmóvil como una roca, con el pecho subiendo y bajando, y los brazos caídos a los costados. Un blanco sencillo.

Cuando su dragón sobrepasó al bárbaro, Lio!rt volvió la cabeza. Esperaba ver un enorme montón de cenizas.

Allí no había nada. Sorprendido, Lio!rt se enderezó en el dragón.

Entonces, le vio.

Hrun se había colgado de las escamas en el hombro del dragón con una mano, y con la otra se apagaba las llamas del cabello. La mano de Lio!rt voló hacia su daga, pero el dolor había agudizado los ya excelentes reflejos de Hrun hasta hacerlos afilados como agujas. El canto de una mano golpeó como un martillo la muñeca del señor dragón, y la daga salió despedida hacia el suelo. La otra mano, en forma de puño, alcanzó al hombre de lleno en la barbilla.

El dragón que soportaba el peso de ambos combatientes estaba a tan sólo unos metros de la hierba. Resultó ser una circunstancia afortunada, porque en el momento en que Lio!rt perdió el sentido, el animal dejó de existir.

Liessa corrió por el césped y ayudó a Hrun a ponerse en pie.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? -preguntó, confuso.

- ¡Ha sido fantástico! -exclamó ella-. ¡Qué salto pegaste en el aire! ¡Increíble!

- Sí, pero... ¿qué ha pasado?

- Es un poco difícil de explicar.

Hrun examinó el cielo. Liartes, que era con mucho el más cauteloso de los dos hermanos, trazaba círculos muy por encima de ellos.

- Bueno, tienes unos diez segundos para intentarlo -respondió Hrun.

- Los dragones...

- ¿Sí?

- ...son imaginarios.

- ¿Quieres decir tan imaginarios como estas quemaduras que tengo en el brazo?

- Sí. ¡No! -La chica sacudió violentamente la cabeza-. ¡Ya te lo explicaré luego!

- Perfecto, si encuentras un médium verdaderamente bueno -le espetó Hrun.

Levantó la vista hacia Liartes, que empezaba a descender trazando amplios círculos.

- Oye, limítate a escuchar. A menos que mi hermano esté consciente, su dragón no puede existir, no tiene ningún medio para llegar a...

- ¡Corre! -gritó Hrun.

La empujó lejos de él y se lanzó de bruces al suelo cuando el dragón de Liartes se precipitó, mientras dejaba otra cicatriz humeante en el césped.

La criatura tomó altura para hacer otra pasada, y Hrun se puso en pie como pudo antes de echar a correr hacia los bosques que bordeaban la zona de combate. Eran muy claros, poco más que unos matorrales crecidos, pero al menos ningún dragón podría volar por allí.

El bicho ni siquiera lo intentó. Liartes llevó a tierra su montura, que se posó en el césped a pocos metros del bárbaro. Su jinete desmontó sin prisa. El dragón dobló las alas y agachó la cabeza hasta la hierba, mientras su amo se apoyaba contra un árbol y silbaba alegremente.

- Puedo achicharrarte hasta que salgas -comentó Liartes al rato.

Nada se movió entre los arbustos.

- ¿Estás quizá tras aquel arbusto de acebo?

El arbusto de acebo se transformó en una bola de llamas.

- Seguro que he visto un movimiento en esos helechos.

Los helechos se convirtieron en simples esqueletos de cenizas blancas.

- No haces más que prolongar tu agonía, bárbaro. ¿Por qué no te rindes ya? He abrasado a mucha gente. No duele nada -prometió Liartes, mirando de soslayo a los arbustos.

El dragón siguió trazando su espiral, incinerando cada arbusto sospechoso y cada matorral de helechos. Liartes esgrimió la espada y aguardó.

Hrun saltó de un árbol, y aterrizó ya corriendo. Tras él, el dragón rugió y aplastó arbustos mientras intentaba girar en redondo, pero Hrun corría, corría con la vista fija en Liartes y una rama seca en las manos.

Hay un hecho poco conocido, pero cierto: una criatura de dos patas vence casi siempre a otra de cuatro en distancias cortas, porque un cuadrúpedo tarda más tiempo en ordenar y acompasar sus extremidades. Hrun oyó el roce de las garras tras él, y luego un sonido ominoso: el dragón tenía las alas medio desplegadas, y trataba de volar.

Cuando Hrun se lanzó sobre el señor dragón, la espada de Liartes trazó un arco malintencionado, sólo para verse incrustada contra la rama. Entonces, Hrun se precipitó contra él y los dos hombres lucharon en el suelo.

El dragón rugió.

Liartes gritó cuando Hrun levantó una rodilla con precisión anatómica, pero consiguió lanzar un golpe a ciegas que acertó en la nariz del bárbaro.

Hrun se separó de un salto y se puso en pie, sólo para encontrarse frente a frente con un rostro equino salvaje, el del dragón, con las fosas nasales distendidas.

Lanzó una patada, y acertó en plena sien a Liartes, que en ese momento trataba de levantarse. El hombre se derrumbó.

El dragón desapareció. La bola de fuego que se precipitaba hacia Hrun fue desvaneciéndose hasta que, cuando llegó a él, no era más que una brisa de aire cálido. Luego no se oyó nada más que el crepitar de los arbustos en llamas.

Hrun se echó al hombro al señor dragón inconsciente, y trotó hacia el circo. A medio camino, encontró a Lio!rt tirado en el suelo, con una pierna doblada en un ángulo extraño. Se detuvo con un gruñido, y se echó al segundo señor sobre el hombro libre.

Liessa y el Maestro Tentador le aguardaban sobre un estrado, en un extremo del prado. La dama dragón ya había recuperado su compostura, y ahora miraba directamente a Hrun, mientras el bárbaro soltaba a los dos hombres en un escalón, ante ella. La gente que la rodeaba mantenía una pose deferente, como si fueran su corte.

- Mátalos -dijo Liessa.

- Los mataré cuando yo decida -replicó-. En cualquier caso, no está bien matar a gente inconsciente.

- Pues no se me ocurre un momento más adecuado -dijo el Maestro Tentador.

Liessa bufó.

- Entonces, los desterraré -afirmó-. Cuando estén fuera del alcance de la magia del Wyrmberg, no tendrán Poder. Serán simples bandoleros. ¿Te das por satisfecho con eso?

- Sí.

- Me sorprende que seas tan misericordioso, bár... Hrun.

Hrun se encogió de hombros.

- Un hombre de mi posición no puede permitirse no serlo. Hay que pensar en la imagen. -Miró a su alrededor-. Bien, ¿cuál es la siguiente prueba?

- Te advierto que es algo peligroso. Si quieres, puedes marcharte ahora. Pero, si superas la prueba, te convertirás en el Señor del Wyrmberg y, por supuesto, en mi esposo legítimo.

Hrun la miró a los ojos. Pensó en cómo había sido su vida hasta la fecha. De repente, le pareció llena de largas noches húmedas durmiendo bajo las estrellas, de luchas desesperadas con trolls, guardias de ciudades, innumerables bandidos, sacerdotes malvados y, al menos en tres ocasiones, con auténticos semidioses. Y todo eso, ¿para qué? Bueno, para conseguir un tesoro respetable, tenía que admitirlo. Pero ya lo había gastado todo. Rescatar doncellas en apuros tenía su recompensa temporal, sí, pero luego siempre acababa situándolas en cualquier ciudad con una buena dote. Porque, tras una temporada, hasta la ex doncella más complaciente se volvía posesiva, y no simpatizaba demasiado con los esfuerzos de Hrun por rescatar a sus hermanas en sufrimientos. En resumen, la vida no le había dejado mucho más que una reputación y toda una red de cicatrices. Ser señor resultaría divertido. Hrun sonrió. Con una base como aquélla, con todos aquellos dragones y un buen puñado de luchadores, un hombre podía labrarse una posición.

Además, la moza no era nada desdeñable.

- ¿La tercera prueba? -preguntó ella.

- ¿Volveré a estar desarmado? -quiso saber Hrun.

Liessa subió un brazo y se quitó el casco, de manera que los rizos de pelo rojizo se le desparramaron por la espalda. Luego se quitó el broche de la túnica. No llevaba nada bajo ella.

Cuando Hrun la miró de arriba abajo, dos maquinas de cálculos especulativos empezaron a funcionar en su mente. Una calibraba el oro de sus ajorcas, los rubíes engarzados en los anillos de oro que llevaba en los dedos de los pies, el diamante que le adornaba el ombligo, y las dos filigranas de plata. La otra máquina conectaba directamente con su libido. Las dos arrojaron resultados que le complacieron mucho.

Liessa alzó una mano y le ofreció sonriente una copa de vino.

- Creo que no -respondió.

- Él no intentó rescatarte a ti -señaló Rincewind como último recurso.

Se agarró desesperado a la cintura de Dosflores cuando el dragón trazó un pausado círculo, mientras se inclinaba sobre el mundo en un ángulo peligroso. El recién adquirido conocimiento de que el lomo escamoso sobre el que se encontraba sólo existía como una especie de ensoñación tridimensional no eliminaba nada en absoluto, como pronto comprendió, aquella desagradable sensación en el estómago. Su mente no hacia más que desviarse hacia las posibles consecuencias que tendría una pérdida de concentración por parte de Dosflores.

- Ni siquiera Hrun habría derrotado a todos esos arqueros -insistió un testarudo Dosflores.

Librodot

Cuando el dragón se elevó todavía más sobre el bosque, donde los tres habían echado un sueño tan húmedo como incómodo, el sol ya salía por el borde del disco. Al momento, los tenebrosos azules y grises del preamanecer se transformaron en un deslumbrante río de bronce que fluía por todo el mundo, transformando en oro a su paso el hielo, el agua o los embalses de luz. (Debido a la densidad del campo mágico que rodeaba el disco, la luz se movía a velocidades subsónicas. Esta interesante propiedad se podía aprovechar: por ejemplo, el pueblo Sorca del Gran Nef se había pasado siglos construyendo intrincados y sutiles embalses de sílice pulido para atrapar la lenta luz solar y «almacenarla», por llamarlo de alguna manera. Las chispeantes reservas del Nef, sobrecargadas tras muchas semanas de luz solar ininterrumpida, resultaban sin duda un espectáculo magnífico desde el aire, y fue una pena que Rincewind y Dosflores no mirasen en aquella dirección.)

Frente a ellos, los mil millones de toneladas de la imposibilidad que era el mágico Wyrmberg se alzaban contra el cielo. Esto no era tan grave, al menos hasta que Wyrmberg volvió la cabeza y vio la sombra de la montaña deslizándose poco a poco por las nubes del mundo...

- ¿Qué ves? -preguntó Dosflores al dragón.

«Veo una pelea en la cima de la montaña», fue la amable respuesta que le llegó.

- ¿Has oído? -exclamó Dosflores-. Probablemente, Hrun está luchando por su vida en este momento.

Rincewind no respondió. Tras una pausa, Dosflores miró tras él. El mago miraba fijamente hacia nada en concreto, y movía los labios sin emitir sonido alguno.

- ¿Rincewind?

El mago dejó escapar un sonido tembloroso.

- Perdona -se disculpó Dosflores-, ¿cómo has dicho?

La distancia..., qué caída... -murmuró Rincewind.

Sus ojos concentrados ofrecieron por un momento una expresión de sorpresa, y luego se abrieron despavoridos. Cometió el error de mirar hacia abajo.

Soltó un grito de horror. Y empezó a caerse. Dosflores le agarro.

- ¿Qué pasa?

Rincewind trató de cerrar los ojos, pero la imaginación tenía párpados, y la muy maldita siguió mirando fijamente.

- ¿No te dan miedo las alturas? -consiguió preguntar.

Dosflores bajó la vista hacia el diminuto paisaje, moteado por las sombras de las nubes. La idea del temor no se le había ocurrido nunca.

- No -respondió-. ¿Por qué van a darme miedo? Te matas igual si caes desde doce metros que desde mil brazas. Es lo que siempre digo yo.

Rincewind trató de considerar la idea fríamente, pero no consiguió verle la lógica. No se trataba de la caída en si, sino del golpe...

Dosflores le sujetó rápidamente.

- Aguanta -dijo con animación-. Ya casi hemos llegado.

- Ojalá estuviera de vuelta en la ciudad -gimió Rincewind-. ¡Ojalá estuviera de vuelta en el suelo!

Librodot

- ¿Crees que los dragones podrían volar hasta las estrellas? -soñó Dosflores-. Eso si que sería impresionante...

- Estás loco -se limitó a puntualizar Rincewind.

El turista no respondió nada, y cuando el mago consiguió enfocar los ojos, se horrorizó al ver que Dosflores contemplaba las estrellas ya pálidas con una extraña sonrisa en los labios.

- ¡Ni lo pienses! -añadió Rincewind con tono amenazador.

«El hombre que buscas está hablando con la dama dragón», intervino el animal sobre el que cabalgaban.

- ¿Hummm? -respondió Dosflores, todavía concentrado en las estrellas.

- ¿Qué? -le apremió Rincewind.

- Ah, sí, Hrun -despertó Dosflores-. Espero que lleguemos a tiempo. ¡En picado! ¡Baja!

Rincewind abrió los ojos cuando el viento aceleró hasta transformarse en un vendaval. Quizá por eso se le habían abierto. Desde luego, ahora el viento le impedía cerrarlos.

La superficie plana del Wyrmberg subió hacia ellos, bandeándose de manera alarmante, y luego se convirtió en un borrón verde que les rodeaba por ambos costados. Los pequeños bosques y campos se transformaron en un montón de retazos acelerados. El breve rayo plateado que vieron podía ser el pequeño río que caía en cascada por el borde de la plataforma. Rincewind intentó expulsar el recuerdo de su mente, pero el recuerdo estaba muy a gusto allí, y se dedicaba a aterrar al resto de los ocupantes y a destrozar el mobiliario.

- Creo que no -respondió Liessa.

Hrun cogió la copa de vino con un movimiento pausado. Sonrió como una calabaza.

Alrededor de todo el circo, los dragones empezaron a aullar. Sus jinetes miraron hacia arriba.

Y algo que parecía un borrón verde pasó sobre el circo, y Hrun desapareció.

La copa de vino se quedó un momento en el aire, y luego se estrelló contra el escalón. Sólo entonces se derramó una única gota.

Esto fue porque, en el momento de atrapar suavemente a Hrun entre sus garras, el dragón Ninereeds había sincronizado por un momento los ritmos de sus cuerpos. Dado que la dimensión de la imaginación es mucho más compleja que las del espacio y el tiempo, que a efectos prácticos son dimensiones bastante pobretonas, la consecuencia de esto fue la transformación instantánea de un Hrun estacionario y fálico en un Hrun que se desplazaba de costado a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, sin otro efecto secundario que unas cuantas gotas de vino derramadas de su boca. Otro de los efectos fue que Liessa gritó de rabia, y materializó a su dragón. Cuando la bestia dorada apareció frente a ella, la joven saltó a su lomo, todavía desnuda, y arrebató el arco a uno de los guardias. Alzó el vuelo mientras los demás jinetes dragón no habían hecho todavía más que dirigirse hacia sus monturas.

El Maestro Tentador, que lo observaba todo desde la columna tras la que se había deslizado prudentemente al empezar el loco alboroto, captó en aquel momento el eco transdimensional de una teoría que acababa de surgir en la mente de uno de los primeros psiquiatras de un universo adyacente. La gotera dimensional debía de ser de ida y vuelta, porque el psiquiatra vio entonces a la chica sobre el dragón. El Maestro Tentador sonrió.

- ¿Apuestas algo a que no le atrapa? -dijo junto a su oído la voz de Greicha, toda gusanos y sepulcros.

El Maestro Tentador cerró los ojos y tragó saliva con dificultad.

- Creí que, a estas alturas, mi señor ya estaría residiendo plenamente en la Tierra Temible -consiguió decir.

- Soy un mago -señaló Greicha-. La Muerte en persona tiene que recoger a un mago. Y, ajá, parece que hoy no está por estos alrededores...

- ¿Nos vamos? -preguntó la Muerte.

Iba a lomos de un caballo blanco, un caballo de carne y hueso, pero de ojos rojos y fosas nasales distendidas. Extendió su mano huesuda, recogió el alma de Greicha del aire y la enrolló hasta que no fue más que un punto dolorosamente luminoso. Luego, se la tragó.

Picó espuelas a su corcel y el animal salió disparado, arrancando chispas con los cascos.

- ¡Señor Greicha! -susurró el viejo Maestro Tentador cuando el universo fluctuó a su alrededor.

- Ha sido un truco sucio -le llegó la voz del mago, una simple molécula de sonido alejándose entre las infinitas dimensiones negras.

- Mi señor..., ¿cómo es la muerte? -preguntó con voz trémula el anciano.

- Te lo haré saber en cuanto lo haya investigado a fondo -le respondió la más ligera modulación de la brisa.

- Sí -murmuró el Maestro Tentador. Se le ocurrió una idea terrible.

- Que sea de día, por favor -añadió.

- ¡Payasos! -rugió Hrun desde su asidero entre las garras delanteras de Nínereeds.

- ¿Qué dice? -gritó Rincewind mientras el dragón batía estruendosamente sus alas en el aire, en un intento de ganar más altura.

- ¡No le oigo! -respondió Dosflores, también a gritos.

Pero el viento se llevó su voz. Cuando el dragón se escoró ligeramente, bajó la vista hacia el juguete que era la cima del poderoso Wyrmberg, y vio la oleada de criaturas que alzaban el vuelo para perseguirles. Las alas de Ninereeds batían el aire con algo parecido a la satisfacción. El aire... el aire era cada vez más tenue. A Dosflores se le taponaron los oídos por tercera vez.

Advirtió que, al frente de la bandada persecutoria, había un dragón dorado. Con su jinete incluido.

- Oye, ¿estás bien? -preguntó un asustado Rincewind.

Tuvo que aspirar varias bocanadas de aquel extraño aire destilado para poder formular las palabras.

- Podía haberme convertido en Señor, pero vosotros, payasos, tuvisteis que... -jadeó Hrun, mientras el tenue aire gélido arrancaba la vida hasta de su poderoso pecho.

- ¿Qué le pasa al aire? -murmuró Rincewind.

Unas lucecitas azules aparecieron ante sus ojos.

Dosflores emitió un gemido, y se desmayó.

El dragón desapareció.

Durante unos segundos, los dos hombres siguieron ascendiendo. Dosflores y el mago ofrecían una extraña imagen, el uno sentado ante el otro, a horcajadas sobre algo que no

estaba allí. Luego, lo que recibía el nombre de gravedad en el Mundodisco se recuperó de la sorpresa, y los reclamó.

En ese momento, el dragón de Liessa pasó como un rayo, y Hrun aterrizó pesadamente sobre el cuello de la bestia. Liessa se inclinó hacia adelante y le besó.

Rincewind se perdió este detalle mientras caía, con los brazos todavía engarfiados en torno a la cintura de Dosflores. El disco era un diminuto mapa redondo clavado contra el cielo. No parecía moverse, pero Rincewind sabía que lo hacía. El mundo entero se acercaba a él como un gigantesco plato de natillas.

- ¡Despierta! -gritó, tratando de imponer su voz sobre el rugido del viento-. ¡Dragones! ¡Piensa en dragones!

Atisbó un montón de alas borrosas cuando cayeron en picado entre la bandada de criaturas que les perseguían, que pronto quedaron mucho más arriba. Los dragones graznaban y trazaban círculos en el cielo.

Dosflores no respondió. La túnica de Rincewind le azotaba, pero el turista no despertó.

«Dragones», pensó un aterrado Rincewind. Intentó concentrar toda su mente, visualizar un dragón auténtico. «Si él puede hacerlo, yo también», se decía. Pero no sucedió nada.

El disco era mucho más grande ahora, un círculo entre las nubes, que se acercaba hacia ellos.

Rincewind lo intentó de nuevo, giró los ojos y tensó hasta el último nervio de su cuerpo. Un dragón. Su imaginación, que generalmente iba sobrecargada de trabajo, buscaba desesperadamente un dragón, cualquier dragón.

- No lo conseguirás -rió la voz de la Muerte que era como el monótono repicar de campanas funerarias-. No crees en ellos.

Rincewind miró la terrible aparición a caballo que le sonreía y el terror se apoderó de su mente.

Hubo un relámpago brillante.

Hubo una repentina oscuridad.

Hubo un suelo suave bajo los pies de Rincewind. Se vio rodeado por una luz rosada, y por los repentinos gritos angustiados de muchas personas.

Miró espantado a su alrededor. Estaba de pie en una especie de túnel, lleno casi por completo de asientos, sobre los que había atadas muchas personas con ropas muy extrañas. Todos le gritaban a él.

- ¡Despierta! -siseó-. ¡Ayúdame!

Arrastró al turista todavía inconsciente, e intentó alejarse de la gente. Su mano libre encontró el extraño pestillo de una puerta. Lo giró y se agachó para cruzarla, antes de cerrar de golpe.

Contempló la nueva habitación en que se hallaba, y se encontró con la mirada aterrorizada de una joven, que dejó caer la bandeja que sostenía, y gritó.

Parecía la clase de grito que suele atraer ayuda muscular. Rincewind, con un miedo que destilaba cantidades ingentes de adrenalina, pasó corriendo junto a ella. Allí había más asientos, y la gente que los ocupaba se agachó cuando el mago pasó junto a ellos, arrastrando a Dosflores por el corredor central. Más allá de las filas de asientos había pequeñas ventanas. Y más allá de las ventanas, contra un fondo de nubes algodonosas, vio el ala de un dragón. Era plateada.

«Un dragón me ha devorado -pensó-. Eso es ridículo -se replicó a sí mismo-, los dragones no tienen ventanas.» Entonces, tropezó con un hombro contra el otro extremo del túnel, y entró en una habitación cónica todavía más extraña que la anterior.

Estaba llena de lucecitas parpadeantes. Entre las luces, sentados en sillas giratorias, había cuatro hombres que le miraban boquiabiertos. Cuando echó un vistazo a su espalda, vio que la mirada de los cuatro hombres se desviaba hacia un lado.

Rincewind se volvió lentamente. Junto a él se encontraba un quinto hombre, joven, barbudo, y tan moreno como el pueblo nómada del Gran Nef.

- ¿Dónde estoy? -preguntó el mago-. ¿Es el vientre de un dragón?

El joven dio un paso hacia atrás y exhibió ante el rostro del mago una pequeña caja negra. Los hombres de los asientos se encogieron.

- ¿Qué es esto? -preguntó Rincewind-. ¿Una caja de dibujos?

Extendió la mano y la cogió: este movimiento pareció sorprender al hombre moreno, que gritó y trató de recuperarla. Se oyó otro grito, esta vez procedente de uno de los hombres sentados. Sólo que ahora ya no estaba sentado. Se había puesto en pie, y apuntaba al joven con un pequeño objeto metálico.

Su actitud tuvo un efecto sorprendente. El hombre se inclinó, y levantó las manos.

- Por favor, señor, déme la bomba -dijo el hombre del objeto metálico-. Con cuidado, por favor.

- ¿Esta cosa? -preguntó el mago-. ¡Toda tuya! ¡No la quiero para nada!

El hombre la recogió con mucho cuidado y la depositó en el suelo. Los que seguían sentados se relajaron, y uno de ellos empezó a hablar urgentemente con la pared. El mago le miró, asombrado.

- ¡No se mueva! -gritó el hombre del objeto metálico.

«Un amuleto -decidió Rincewind-. Debe de ser un amuleto.»

El hombre moreno retrocedió hasta un rincon.

- Ha sido usted muy valiente -dijo a Rincewind el Portador del Amuleto-. ¿Lo sabe?

- ¿El qué?

- ¿Qué le pasa a su amigo?

- ¿Amigo?

Rincewind bajó la vista hacia Dosflores, que seguía durmiendo con toda tranquilidad. Esto no le sorprendió. Lo que le sorprendió de verdad fue que el turista llevaba ropa nueva. Ropa extraña. Ahora, los calzones le llegaban justo por encima de las rodillas. En el torso llevaba una especie de chaleco de un tejido brillante. Tenía en la cabeza un ridículo sombrero de paja. Con una pluma y todo.

Una sensación extraña en las piernas hizo que Rincewind bajara la vista. Sus propias ropas también habían cambiado. En vez de la vieja túnica, tan comoda, tan maravillosamente bien adaptada para la velocidad en cualquier contingencia posible, ahora tenía las piernas apresadas en tubos de tela. Además, llevaba una chaqueta de un tejido gris...

Hasta entonces, nunca había oído el idioma que estaba usando el hombre del amuleto. Era grosero, y con un ligero acento ejeño. Entonces, ¿por que entendía cada palabra?

A ver, habían aparecido de repente en el interior de este dragón, se habían materializado, se habían, se habían..., se habían conocido charlando en el aeropuerto y claro, decidieron

Librodot

sentarse juntos en el avión, y él le había prometido a Jack Zweiblumen acompañarle cuando volvieran a Estados Unidos. Sí, eso era. Y entonces Jack se había puesto enfermo, y él se asustó, y entró allí, y sorprendió al secuestrador aereo. Claro. ¿Qué demonios quería decir «ejeño»?

El doctor Rjinswand se restregó la frente. Le vendría bien una copa.

Las ondas concéntricas de la paradoja se extendieron por el mar de la causalidad.

Lo más urgente es aclarar a cualquiera que no comprenda la totalidad del multiverso que, aunque el mago y el turista acababan de aparecer en el avión, al mismo tiempo ya habían estado a bordo desde el comienzo del vuelo, siguiendo el curso normal de los hechos. O sea: aunque es cierto que acababan de aparecer en este juego concreto de dimensiones, no es menos cierto que llevaban toda la vida en ellas. En este punto de la explicación es cuando el lenguaje se rinde y se va a tomar un trago.

El hecho es que varios quintillones de átomos acababan de materializarse (aunque no exactamente, véase lo antes expuesto) en un universo donde no tenían derecho a estar. El resultado habitual de estas cosas suele ser una gran explosión. Pero como los universos son unas cosas bastante resistentes, este universo concreto se había salvado a sí mismo deshilando su continuum espaciotemporal hasta un punto donde los átomos sobrantes pudieran acomodarse sin peligro, y tejiéndose luego a toda velocidad hasta alcanzar de nuevo ese círculo de fuego al que buena parte de sus habitantes gustan de llamar El Presente. Por supuesto, esto cambia la historia -hubo unas cuantas guerras de menos, unos cuantos dinosaurios de más, cosas por el estilo-, pero en resumen, el episodio completo transcurrió con una tranquilidad muy notable.

De todos modos, fuera de este universo concreto, las repercusiones de la repentina aparición doble rebortaron de un lado a otro bajo las mismas narices del Total de las Cosas, retorciendo dimensiones enteras y borrando galaxias que no dejaron ni rastro.

Pero todo esto pasó inadvertido para el doctor Rjinswand, treinta y tres años, soltero, nacido en Suecia, educado en Nueva Jersey, especialista en los fenómenos de oxidación y fugas en ciertos reactores nucleares. De cualquier manera, lo más seguro es que no lo hubiera creído.

Zweiblumen seguía inconsciente. La azafata, que había ayudado a Rjinswand a llegar a su asiento, entre los aplausos del resto de los pasajeros, se inclinaba preocupada sobre él.

- Hemos enviado un mensaje por radio -dijo a Rjinswand-, cuando aterricemos, la ambulancia ya estará esperando. Eh... en la lista de pasajeros dice que usted es doctor...

- No sé qué le pasa -respondió rápidamente Rjinswand-. Lo mío son los reactores Magnox, y esas cosas. ¿Es alguna especie de conmoción?

- Nunca he...

La frase se vio interrumpida por un terrible golpe en la parte trasera del avión. Muchos pasajeros gritaron. Una brusca ráfaga de viento barrió todos los periódicos y revistas sueltas hacia el torbellino aullante que azotaba el pasillo.

Algo más recorría el pasillo. Algo grande, oblongo, de madera y con remaches de latón. Si era lo que parecía -un cofre andante, como los que suelen aparecer en las historias de piratas, llenos de oro manchado de sangre y de piedras preciosas-, entonces lo que se abrió bruscamente era la tapa.

Allí no había piedras preciosas. Pero sí muchos, muchos dientes enormes, blancos como el sicomoro, y una lengua palpitante, roja como la caoba.

Librodot

Una vieja maleta pretendía devorarle.

Rjinswand se aferró al inconsciente Zweiblumen, que poco consuelo podía proporcionarle, y empezó a temblar como una hoja. Deseaba con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar...

Hubo una repentina oscuridad.

Hubo un relámpago brillante.

La desaparición brusca de varios quintillones de átomos, de un universo en el que de todos modos no tenían derecho a estar, provocó al instante un desequilibrio en la armonía de la totalidad, que ésta intentó compensar a la desesperada, aunque acabó con unas cuantas subrealidades en el proceso. Grandes oleadas de magia pura hirvieron incontrolables bajo los mismos fundamentos del multiverso, y escaparon por cada ranura posible hacia dimensiones más tranquilas. A su paso, provocaron novas, supernovas, colisiones estelares, la emigración de bandadas de gansos y el hundimiento de continentes imaginarios. Al otro extremo del tiempo, algunos mundos presenciaron puestas de sol de un crepitante color octarino, cuando partículas con una fuerte carga mágica atravesaron rugientes la atmósfera. En el halo cometario que rodea el Sistema Gélido de Zeret, un noble cometa murió como un príncipe, atravesando en llamas el cielo.

Pero Rincewind no vio nada de todo esto. Agarraba al inerte Dosflores por la cintura, y se precipitaba hacia el mar del Mundodisco, a pocos cientos de metros bajo él. Ni siquiera los movimientos convulsivos de todas las dimensiones consiguieron quebrar la férrea Ley de la Conservación de la Energía: el breve viaje de Rjinswand en el avión había bastado para trasladarle muchos cientos de kilómetros en horizontal, y un par de miles de metros en vertical.

La palabra «avión» ardió un momento en la mente de Rincewind, antes de desaparecer.

¿Era un barco aquello que se divisaba abajo?

Las frías aguas del Mar Circular rugieron hacia él, y le recibieron en su abrazo verde y asfixiante. Un momento más tarde, otro objeto se estrelló contra el agua: era el Equipaje, que todavía portaba la poderosa runa del hechizo de transporte TWA.

Rincewind y Dosflores lo utilizaron como balsa.

Librodot

CERCA DEL BORDE

Se había invertido gran cantidad de tiempo en la fabricación. Ahora estaba casi terminada, y los esclavos limpiaron los últimos restos de barro que quedaban en el casco exterior.

Otros esclavos se dedicaban diligentemente a frotar los flancos metálicos con arena de plata, y el bronce nuevo adquiría un brillo sedoso. Seguía caliente, pese a llevar ya una semana enfriándose en el foso de fundición.

El Archiastrónomo de Krull hizo un leve gesto con la mano, y sus porteadores depositaron el trono a la sombra del casco.

Parece un pez, pensó. Un gran pez volador. Pero... ¿de qué mares?

- Desde luego, es algo magnífico -susurro-. Una auténtica obra de arte.

- La nave -respondió el fornido hombre que le acompañaba.

El Archiastrónomo se volvió poco a poco y levantó la vista hacia el rostro impasible del hombre. A ningún rostro le cuesta demasiado parecer impasible cuando tiene dos esferas doradas en lugar de ojos. Además, las esferas brillaban de una manera desconcertante.

- La nave, si. Arte puro -dijo el astrónomo con una sonrisa-. Supongo que eres el mejor artesano de naves de todo el Mundodisco, Ojosdorados. ¿Estoy en lo cierto?

El artesano tardó un momento en contestar. Su cuerpo desnudo -desnudo, esto es, a excepción de un cinturón de herramientas, un ábaco de pulsera y un bronceado intenso- se tensó al considerar las implicaciones de esta última frase. Los ojos dorados parecían mirar hacia algún otro mundo.

- La respuesta es a la vez si y no -contestó al fin.

Algunos de los astrónomos menores, de pie tras el trono, se sobresaltaron ante tamaña falta contra la etiqueta, pero el Archiastrónomo no pareció advertirla.

- Sigue -pidió.

- Carezco de algunas habilidades fundamentales. Pero soy Ojosdorados Manodeplata Dáctilos -continuó el artesano-. Y construí los Guerreros Metálicos que guardan la Tumba de Pitchiu, diseñé los Embalses de Luz del Gran Nef, y construí el Palacio de los Siete Desiertos. Pero... -Se rozó uno de los ojos, que dejó escapar un ligero tintineo-, cuando construí el ejército gólem para Pitchiu, éste me cubrió de oro y luego hizo que me sacaran los ojos, para que no pudiera crear ninguna otra obra que rivalizara con la que hice para él.

- Sabio, pero cruel -señaló compasivo el Archiastrónomo.

- Cierto. Así que aprendí a escuchar el temple de los metales, y a ver con los dedos. Aprendí a distinguir las menas por el sabor y el olor. Fabriqué estos ojos, pero no me sirven para ver. Más tarde, se me llamó para construir el Palacio de los Siete Desiertos, tras lo cual el Emir me cubrió de plata antes de cortarme la mano derecha, cosa que no me sorprendió del todo.

- Un grave inconveniente, considerando tu trabajo -asintió el Archiastrónomo.

- Utilicé parte de la plata para hacerme esta nueva mano, y apliqué en su fabricación mi insuperable conocimiento sobre palancas y fulcros. Con eso me basta. Después, creé el primer gran Embalse de Luz, con una capacidad de 50.000 horas de luz diarias. Los consejos tribales del Gran Nef me cubrieron de sedas finas, antes de encerrarme para que no escapara jamás. Me tomé la molestia de utilizar la seda y algo de bambú para construir una máquina voladora, con la que me lancé desde la torreta más alta de mi prision.

- Tras lo cual, y tras varios incidentes, llegaste a Krull -terminó el Archiastrónomo-. Cualquiera pensaría que otro tipo de trabajo (el cultivo de lechugas, por ejemplo) conllevaría menos riesgo de morir por partes. ¿Por qué insistes en practicar tu profesión?

Ojosdorados Dáctilos se encogió de hombros.

- Se me da bien -respondió.

El Archiastrónomo contempló de nuevo el pez de bronce, que brillaba como un gong bajo el sol del mediodía.

- Qué belleza -musitó-. Y es algo único. Acércate, Dáctilos. Recuérdame qué te prometí como recompensa.

- Me pediste que diseñara un pez para nadar por los mares espaciales que se extienden entre los mundos -entonó el maestro artesano-. A cambio de eso..., a cambio...

- ¿Sí? Mi memoria ya no es lo que era -ronroneó el Archiastrónomo, mientras tocaba el bronce cálido.

- A cambio -siguió Dáctilos, al parecer sin demasiadas esperanzas-, me dejarías libre y te abstendrías de cortar ninguno de mis apéndices. No quiero ningún tesoro.

- Ah, sí, ya lo recuerdo. -El anciano alzó una mano surcada de venas azules-. Mentí -añadió.

Sólo se oyó un ligero silbido, y el hombre de ojos dorados se tambaleó. Luego, bajó el rostro hacia la punta de flecha que le sobresalía del pecho. Una gota de sangre le floreció entre los labios.

En toda la plaza no se oyó un ruido (aparte del bordoneo de algunas moscas expectantes) cuando alzó muy despacio su mano de plata y tocó la punta de la flecha.

Dáctilos gruñó.

- Un trabajo chapucero -dijo, y se derrumbó hacia atrás.

El Archiastrónomo empujó el cadáver con la punta del pie, y suspiró.

- Habrá un breve período de duelo y luto, como corresponde a un maestro artesano -anunció.

Observó cómo un moscardón azul se posaba sobre uno de los ojos dorados, antes de levantar el vuelo, sorprendido.

- Ya es suficiente -dijo el Archiastrónomo.

Llamó a un par de esclavos para que se llevaran el cadáver.

- ¿Están preparados los quelonautas? -preguntó.

El maestro controlador de lanzamientos dio un paso al frente.

- Por supuesto, su prominencia -respondió.

- ¿Se han entonado las plegarias adecuadas?

- Más o menos, su prominencia.

- ¿Cuánto falta para la partida?

- Para el lanzamiento -le corrigió con cautela el maestro de lanzamientos-. Tres días, su prominencia. La cola del Gran A'Tuin estará en una posición inmejorable.

- Entonces, lo único que falta -concluyó el Archiastrónomo-, es averiguar cuáles serán los sacrificios más apropiados.

El maesto lanzador hizo una reverencia.

- El océano proveerá -dijo.

El anciano sonrió.

- Como siempre -señaló.

- ¡Si supieras navegar...

- ¡Si supieras manejar el timón...!

Una ola barrió la cubierta. Rincewind y Dosflores se miraron el uno al otro.

- ¡Sigue achicando! -gritaron al unísono, al tiempo que cogían los cubos.

Tras un rato, la voz quisquillosa le llegó desde la cabina inundada.

- No sé por qué tiene que ser culpa mía -dijo.

Tendió otro cubo hacia arriba, y el mago lo vació por la borda.

- ¡Porque se suponía que estabas vigilando! -le espetó Rincewind.

- ¡Yo fui el que nos salvó a los dos de los tratantes de esclavos! -exclamó Dosflores.

- Preferiría ser un esclavo antes que un cadáver -replicó el mago.

Se irguió y miró el mar. Parecía asombrado. Era un Rincewind muy diferente del que escapara del incendio de Ankh-Morpork, unos seis meses antes. Por ejemplo, tenía muchas más cicatrices, y muchos más viajes a sus espaldas. Había visitado las tundras del Eje, había observado las curiosas costumbres de muchos pueblos pintorescos -obteniendo invariablemente más cicatrices por el camino- y, durante unos días que jamás olvidaría, había viajado por el legendario Océano Deshidratado, en el corazón de ese desierto tan increiblemente seco que es el Gran Nef. También llegó a ver montañas flotantes de hielo, en un mar mucho más frío y húmedo. Había cabalgado a lomos de un dragón imaginario. Había estado a punto de pronunciar el hechizo más poderoso del disco. Había...

Desde luego, el horizonte era mucho más pequeño de lo que debería ser.

- ¿Hummm? -dijo Rincewind distraído.

- He dicho que no hay nada peor que la esclavitud -repitió Dosflores.

Se quedó boquiabierto cuando el mago lanzó el cubo al mar, lo más lejos posible. El rostro de Rincewind era una máscara gris.

- Mira, siento haber hecho que nos estrelláramos contra los arrecifes, pero parece que este bote no quiere hundirse, y tarde o temprano llegaremos a tierra -le tranquilizó Dosflores-. Esta corriente debe de dirigirse a alguna parte.

- Echa un vistazo al horizonte -dijo Rincewind con voz átona.

Dosflores miró de reojo.

- Yo creo que está bien -respondió tras un momento-. Admito que parece un poco más corto que de costumbre, pero...

- Es por la Catarata Periférica -señaló Rincewind-. La corriente nos arrastra hacia el borde del mundo.

Hubo un largo silencio, roto sólo por el batir de las olas cuando la corriente hizo girar un poco el barco zozobrante. Ya era bastante fuerte.

- Seguramente, por eso chocamos contra los arrecifes -añadió Rincewind-. Nos salimos del rumbo durante la noche.

- ¿Quieres comer algo? -preguntó Dosflores.

Empezó a hurgar en el paquete que había atado a la barandilla, a salvo de la humedad.

- ¿Es que no lo entiendes? -ladró Rincewind-. ¡Maldita sea, vamos a caer por el Borde!

- ¿No podemos hacer nada para evitarlo?

- ¡No!

- Entonces, no tiene sentido que nos pongamos nerviosos -replicó Dosflores con tranquilidad.

- ¡Sabía que no debíamos navegar tanto tiempo en dirección al Borde! -se quejó Rincewind, mirando al cielo-. Ojalá...

- Ojalá tuviera mi caja de dibujos -suspiró Dosflores-. Pero se quedó en el barco de los tratantes de esclavos, con el resto del Equipaje y...

- Allí donde vamos, no necesitarás equipaje -afirmó Rincewind.

Se dejó caer y observó con tristeza a una ballena lejana, que se había aventurado por descuido en la corriente de la Periferia, y ahora luchaba contra ella.

Una línea blanca señalaba el horizonte, y al mago le pareció oír un rugido distante.

- ¿Qué pasa cuando un barco cae por la Catarata Periférica? -le preguntó Dosflores.

- ¿Quién sabe?

- Bueno, en ese caso, quizá naveguemos por el espacio hasta aterrizar en otro mundo. -Una mirada soñadora iluminó los ojos del hombrecillo-. Eso me gustaría -añadió.

Rincewind bufó.

El sol se alzó en el cielo. Allí, cerca del Borde, era considerablemente más grande. Los dos se quedaron de pie, con la espalda apoyada en el mástil, inmersos en sus propios pensamientos. De vez en cuando, por alguna razón no demasiado concreta, uno de los dos cogía un cubo e intentaba achicar algo de agua.

El mar que les rodeaba estaba cada vez más atestado. Rincewind vio varios troncos de árboles que viajaban a la misma velocidad que ellos. Bajo la superficie del agua, se encontraban toda clase de peces. Claro, la corriente debía de estar repleta de comida arrancada a los continentes cercanos al Eje. Se preguntó qué clase de vida se desarrollaría allí, teniendo que nadar constantemente para seguir en el mismo lugar. Decidió que se parecería bastante a la suya. Vio una ranita verde, que luchaba desesperada contra la garra de la corriente inexorable. Para diversión de Dosflores, Rincewind tomó un remo y lo extendió cuidadosamente hacia el pequeño anfibio. La rana subió, agradecida. Un momento más tarde, un par de mandíbulas surgieron del agua y se cerraron impotentes sobre el punto donde un momento antes nadaba el animalito.

Entre las manos de Rincewind, la rana alzó la vista para mirarle, y le mordió el pulgar con gesto pensativo. Dosflores dejó escapar una risita tonta. Rincewind se guardó la rana en un bolsillo y fingió que no le había oído.

- Muy humanitario, sí, pero... ¿para qué? -preguntó el turista-. Dentro de una hora, le dará igual.

- Mira -respondió vagamente Rincewind.

Y se dedicó un momento a achicar agua. Ahora, las olas provocaban una fina lluvia al batir contra su barca, y la rápida corriente hacía que aquéllas fueran cada vez más fuertes. El ambiente parecía cálido, antinaturalmente cálido. Una neblina caliente y dorada se elevaba del mar.

Ahora el rugido se escuchaba con claridad. El pulpo más grande que Rincewind había visto en su vida salió a la superficie a unos metros de ellos y agitó desesperado sus tentáculos antes de hundirse de nuevo. Otra cosa, mucho más grande, y por suerte inidentificable, aulló entre la niebla. Todo un escuadrón de peces voladores saltó entre gotas teñidas de arco iris, y consiguieron adelantar unos metros antes de caer de nuevo y ser barridos por el remolino.

Se estaban saliendo del mundo. Rincewind dejó caer el cubo y se agarró al mástil cuando el final rugiente y definitivo de todo se acercó rápidamente a él.

- Tengo que verlo -decía Dosflores, medio caído y medio apoyado sobre la proa.

Algo duro y rígido golpeó el casco, que giro noventa grados hasta ponerse de lado contra el obstáculo invisible. Luego, el barco se detuvo bruscamente, y una ola de fría espuma marina cayó en cascada sobre la cubierta, de manera que, durante unos segundos, Rincewind se vio sepultado bajo un metro de aguas verdosas burbujeantes. Empezó a gritar, y el mundo submarino adquirió el color púrpura brillante de la inconsciencia. Porque fue en ese momento cuando Rincewind empezó a ahogarse.

Despertó con la boca llena de un líquido ardiente y, cuando lo tragó, un dolor agudo en la garganta le hizo recuperar la consciencia por completo.

La borda del bote le presionaba la espalda, y Dosflores le miraba con una expresión preocupada. Rincewind dejó escapar un gemido y se sentó.

Cometió un error: el Borde del mundo estaba a muy pocos metros.

Más allá, muy poco más abajo del principio de la interminable Catarata Periférica, había algo mágico.

A unos cien kilómetros, fuera del alcance de la corriente Periférica, una embarcación de un solo mástil con velas rojas, típica de los traficantes de esclavos, vagaba sin rumbo en el ocaso aterciopelado. La tripulación, o los que quedaban de ella, se amontonaban en la cubierta superior, alrededor de los hombres que preparaban febrilmente una almadía.

El capitán, un hombre fornido que llevaba el turbante típico en las tribus del Gran Nef, había viajado mucho, y conocía muchos pueblos extraños y muchos objetos curiosos, buen número de los cuales había esclavizado y robado, respectivainente. Empezó su carrera como marinero en el Océano Deshidratado, en el centro del desierto más seco del disco. (En este mundo, el agua se encontraba a veces en un cuarto estado poco común, provocado por un calor intenso combinado con los extraños efectos desecantes de la luz octarina. El liquido se deshidrata, y deja un residuo plateado que fluye como una arena finísima por la cual el casco de una nave bien diseñada puede deslizarse con facilidad. El Océano Deshidratado es un lugar extraño, pero no tanto como los peces que lo habitan). El capitán no había tenido miedo nunca. Ahora, estaba aterrado.

- No oigo nada -murmuró al primer maestre. El maestre escudriñó la oscuridad.

- Quizá haya caído por la borda -sugirió, esperanzado.

La respuesta le llegó en forma de un furioso golpe, procedente de la cubierta de remeros, bajo sus pies. Le siguió el sonido de la madera al hacerse astillas. Los tripulantes se apiñaron aún más, temerosos, mientras blandían las hachas y las antorchas.

Lo más probable era que no se atrevieran a usarlas ni aunque el Monstruo cargara contra ellos. Antes de que comprendieran plenamente su terrible naturaleza, varios hombres le habían atacado con hachas. El resultado fue que abandonó unos instantes su obsesivo registro del barco para arrojarlos por la borda... o devorarlos. El capitán no estaba seguro. La Cosa parecía un cofre, quizá algo más grande de lo corriente, aunque no tanto como para resultar sospechoso. Pero, aunque a veces parecía contener calcetines viejos y demás cosas corrientes en cualquier equipaje, en otras ocasiones -se estremecio con sólo recordarlo- parecía ser... parecía ser... parecía tener... Intentó no pensarlo. Pero tenía la sensación de que los hombres que cayeron por la borda y se ahogaron habían tenido más suerte que los que quedaron atrapados. Intentó no pensarlo. Había dientes, dientes blancos como lápidas mortuorias, y una lengua tan roja como la caoba...

Intentó no pensarlo. No lo consiguió.

Pero lo que sí pensó con amargura fue otra cosa: era la última vez que rescataba a unos desagradecidos a punto de ahogarse en misteriosas circunstancias. La esclavitud era mejor que los tiburones, ¿no? Y luego los hombres escaparon, y cuando sus marineros investigaron el gran cofre -por cierto, ¿cómo demonios habían aparecido en el océano en calma, sentados dentro de un gran cofre?-, éste mordió... Otra vez intentó no pensarlo, pero no pudo evitar preguntarse qué pasaría cuando aquel maldito trasto comprendiera que su propietario ya no estaba a bordo.

- La almadía está preparada, señor -le comunicó el primer maestre.

- Pues al agua con ella -ordenó el capitán-. ¡Todos a bordo! ¡Prended fuego al barco!

Después de todo, pensó con filosofía, no le resultaría tan difícil conseguir otro barco. Y un hombre tenía que pasar mucho tiempo en el Paraíso del que hablaban los mullahs, antes de tener derecho a otra vida. Que la caja mágica comiera langostas.

Algunos piratas conseguían la inmortalidad por sus grandes crueldades o proezas. Otros conseguían la inmortalidad gracias a la gran riqueza amasada. Pero el capitán había decidido mucho tiempo antes que quería alcanzar la inmortalidad por no haber muerto.

- ¿Qué demonios es eso? -exigió saber Rincewind.

- Es hermoso -respondió Dosflores, embelesado.

- Opinaré al respecto cuando sepa qué es -insistió el mago.

- Es el Arco Periferiris -dijo una voz, justo detrás de su oreja izquierda-. Y tienes mucha suerte por estarlo viendo... desde arriba.

La voz venia acompañada de una ráfaga de aliento húmedo, con olor a pescado. Rincewind se sentó, muy rígido.

- ¿Dosflores? -llamó.

- ¿Sí?

- Si me doy la vuelta, ¿qué veré?

- Se llama Tetis. Dice que es un troll marino. Estamos en su bote. Él nos rescató -le explicó Dosflores-. ¿Quieres darte la vuelta ya?

- Por ahora no, muchas gracias. Dime, ¿por que no caemos por el Borde? -inquirió Rincewind con una fragilísima calma.

- Porque vuestro bote chocó contra la Circunferencia -dijo la voz tras él, en tonos que sugirieron a Rincewind imágenes de abismos submarinos y Cosas arrastrándose en arrecifes de coral.

- ¿La Circunferencia? -repitió.

- Sí. Discurre por todo el Borde del mundo -explicó el troll, invisible para él.

Por encima del rugido de la catarata, Rincewind creyó distinguir el chapoteo de unos remos. Al menos, esperaba que fueran remos.

- Ah, la Circunferencia -dijo el mago-. Una circunferencia marca el límite de las cosas.

- Eso hace la Circunferencia -asintió el troll.

- Se refiere a esto -explicó Dosflores, al tiempo que señalaba hacia abajo.

Los ojos de Rincewind siguieron el dedo, temerosos de lo que podían ver...

En el eje del bote había una cuerda, suspendida un metro por encima de la superficie de las blancas aguas. El bote estaba atado a ella, sujeto pero móvil, mediante un complejo mecanismo de poleas y ruedecillas de madera. Iban recorriendo la longitud de la cuerda, mientras el remero invisible impulsaba el bote junto a la mismísima Catarata Periférica. Eso explicaba el misterio, pero... ¿cómo se sostenía la cuerda?

Rincewind la siguió con los ojos, y descubrió un recio poste de madera que surgía de las aguas, pocos metros más adelante. Mientras miraba, el bote se acercó a él y lo sobrepasó. Las pequeñas ruedas encajaban con limpieza en una ranura, hecha evidentemente para ese propósito.

Rincewind advirtió también que unas cuerdas más finas colgaban de la principal, a intervalos de más o menos un metro.

Se volvió hacia Dosflores.

- Ya veo lo que es -dijo-, pero... ¿qué es?

Dosflores se encogió de hombros.

- Poco más adelante, está mi casa -dijo tras Rincewind el troll marino-. Ya hablaremos cuando estemos allí. Ahora, tengo que remar.

Rincewind descubrió que darse la vuelta para mirar «poco más adelante» implicaría descubrir el aspecto del troll marino, y no estaba seguro de querer hacerlo todavía. En vez de eso, contempló el Arco Periferiris.

Colgaba entre las nieblas, por encima del Borde del mundo. Sólo aparecía por la mañana y por la noche, cuando la luz del pequeño sol orbital brillaba sobre la enorme masa de Gran A'Tuin, la Tortuga del Mundo, y alcanzaba el campo mágico del Mundodisco desde el ángulo preciso.

Un doble arco iris empezaba a aparecer. Cerca del inicio de la Catarata Periférica estaban los siete colores menores, que chispeaban y bailaban entre la espuma de los mares moribundos.

Pero palidecían en comparación con la franja más ancha que flotaba tras ellos, sin dignarse a compartir el mismo espectro.

Era el Color Rey, del cual todos los colores menores eran simples reflejos parciales e insulsos. Era el octarino, el color de la magia. Estaba vivo, brillante y vibrante. Y era, sin discusiones, el pigmento de la imaginación: porque, allí donde aparecía, indicaba que la simple materia estaba al servicio de los poderes de la mente mágica. Era la esencia misma del encantamiento.

Pero a Rincewind siempre le parecía una especie de púrpura verdoso.

Tras un rato, un pequeño punto casi al borde del mundo resultó ser un diminuto acantilado, tan peligrosamente suspendido que las aguas de la catarata giraban a su alrededor antes de empezar la gran caída. Allí se había construido una chabola, con maderos arrastrados por la corriente, y Rincewind advirtió que la cuerda superior de la Circunferencia subía por el islote rocoso gracias a varias estacas de hierro, y que atravesaba la chabola entrando por una ventanita redonda. Más trade, descubrió que así era como el troll se enteraba de la llegada de cualquier cosa salvable a su segmento de la Circunferencia, gracias a varios juegos de campanillas de bronce que colgaban de la cuerda en un equilibrio delicado.

Alguien había construido una empalizada flotante con maderos bastos, en el lado Eje de la isla. Se componía de un par de cascos de barcos, y de una buena cantidad de madera en forma de planchas, maderos, e incluso troncos enteros de árboles, algunos de los cuales todavía ostentaban hojas verdes. A tan escasa distancia del Borde, el campo mágico del Mundodisco era tan intenso que todo aparecía rodeado de un aura brillante, producto de la descarga espontánea de ilusión pura.

Con unos pocos trompicones más, el bote quedó bien encajado contra un espigón de madera. En cuanto estuvo allí, Rincewind advirtió todas las sensaciones familiares que delatan la presencia de una gran aura oculta: un sabor aceitoso, azulado, y un olor como a lata. Alrededor de ellos, la magia desenfocada reptaba sin ruido por el mundo.

El mago y Dosflores saltaron a las planchas de madera, y Rincewind vio por primera vez al troll.

No era ni la mitad de temible de como lo había imaginado.

Hummm, titubeó su imaginación al poco rato.

No era que el troll resultase aterrador. En vez de la monstruosidad putrefacta y llena de tentáculos que esperaba, Rincewind se encontró mirando a un anciano regordete, pero no particularmente feo, que podría pasar por normal en las calles de la ciudad. Siempre, claro está, que el resto de los transeúntes estuvieran acostumbrados a ver ancianos aparentemente compuestos de agua y muy poca cosa mas. Era como si el océano hubiera decidido crear vida sin pasar por todo el tedioso proceso de la evolución, limitándose a formar un bípedo con parte de sí mismo, y enviarlo a chapotear por la playa. El troll era de un agradable color azul transparente. Mientras Rincewind le contemplaba, un banco de peces plateados le pasó por el pecho.

- Es de mala educación mirar fijamente -dijo el troll.

Al abrir la boca, se le veía una pequeña cresta de espuma, y la cerraba igual que las aguas se cierran sobre una piedra.

- ¿Sí? ¿Por qué? -preguntó Rincewind.

¿Cómo se conserva unido?, le gritaba su mente. ¿Por qué no se desparrama?

- Si venís a mi casa, os conseguiré comida y ropa seca -prometió el troll con solemnidad.

Echó a andar por las rocas sin volverse para asegurarse de que le seguían. Después de todo, ¿adónde más podían ir? Estaba oscureciendo, y una brisa húmeda y gélida soplaba por el Borde del mundo. El Arco Periferiris ya había desaparecido, y las nieblas que cubrían la catarata comenzaban a disiparse.

- Vamos -dijo Rincewind, tomando a Dosflores por el codo.

Pero, al parecer, el turista no quería moverse.

Librodot

- Vamos -repitió el mago.

- Cuando oscurezca del todo, ¿crees que, si miramos hacia abajo, podríamos ver a Gran A'Tuin, la Tortuga del Mundo? -preguntó Dosflores, contemplando las nubes.

- Espero que no -afirmó Rincewind-. Vaya si lo espero. Venga, vamos.

Dosflores le siguió de mala gana hacia el interior de la cabaña. El troll había encendido un par de lámparas, y estaba cómodamente sentado en una mecedora. Cuando entraron, se puso en pie, tomó una jarra alta y sirvió dos copas de un líquido verdoso. Bajo aquella luz escasa, el troll era fosforescente, igual que los mares cálidos en las aterciopeladas noches veraniegas. Y, sólo para añadir un toque grotesco al terror sordo de Rincewind, parecía unos cuantos centímetros más alto.

La mayor parte del mobiliario de la habitación estaba constituida por cajas.

- Eh... tienes una casa muy bonita -comentó Rincewind-. Étnica.

Cogió una copa y contempló el líquido verde que brillaba en el interior. «Más vale que sea bebible -pensó-. Porque me lo voy a beber.» Lo tragó de golpe.

Era lo mismo que le hiciera tomar Dosflores en el bote de remos. Pero, en aquel momento, su mente lo había ignorado porque había asuntos más urgentes. Ahora, tuvo tiempo de saborearlo.

Rincewind frunció los labios. Sintió un escalofrío. Una de sus piernas se flexionó, ascendió compulsivamente y le alcanzó de lleno en el pecho.

Dosflores paladeó el contenido de su copa con gesto pensativo, mientras consideraba el sabor.

- Ghlen cárdeno -dijo por fin-. La bebida de nueces vul fermentadas que congelan-destilan en mi país natal. Cierto regusto ahumado, picante. De las plantaciones altas en... eh... la Provincia de Rehigreed, ¿no? Cosecha del año que viene, deduzco por el color. ¿Puedo preguntar cómo lo has conseguido?

(En el Mundodisco las plantas se dividen en las siguientes categorías: anuales -que se plantan a principios de un año para cosecharlas a finales-, bienales -que se plantan un año para cosecharlas al siguiente- y perennes que se plantan una vez y siguen creciendo hasta más noticias. Pero también existen unas especies muy escasas, las retroanuales, que gracias a un extraño giro cuatridimensional en su código genético, se pueden plantar un año para que crezcan el anterior. Las cepas de nuez vul son un caso todavía más extraño, puesto que pueden crecer hasta ocho años antes de que se plante su semilla. Se dice que el vino de nuez vul proporciona a los que lo beben ciertas visiones del futuro. Un futuro que, desde el punto de vista de la nuez, es el pasado. Increíble, pero cierto.)

- Con el tiempo, todas las cosas acaban en la Circunferencia -respondió el troll poéticamente, mientras se mecía con suavidad en su silla-. Mi trabajo es recoger todo lo que flote. Madera y barcos, claro. Barriles de vino. Fardos de tejidos. Vosotros.

La luz se hizo en la mente de Rincewind.

- Es una red, ¿no? ¡Tienes una red al borde del mar!

- La Circunferencia -asintió el troll.

Unas olas diminutas le recorrieron el pecho.

Rincewind observó la oscuridad fosforescente que rodeaba la isla, y en su rostro se dibujó una sonrisa estúpida.

- ¡Claro! -exclamó-. ¡Es asombroso! Se pueden hundir estacas, clavarlas a los arrecifes y... ¡dioses! ¡La red debe de ser muy fuerte!

- Lo es -asintió Tetis.

- ¡Si tienes suficientes rocas y arrecifes, se puede extender tres o cuatro kilómetros! -se sorprendió el mago.

- Quince mil kilómetros. Yo sólo patrullo esta zona.

- ¡Eso es un tercio del perímetro del disco!

Tetis les salpicó un poco al asentir de nuevo. Mientras los dos hombres se servían otras copas del vino verde, les habló de la Circunferencia, del gran trabajo que había costado construirla, del Reino de Krull, tan antiguo como sabio, que la había hecho muchos siglos antes, y de los siete navíos que la patrullaban constantemente para mantenerla en condiciones y llevar lo que encontraban en ella a Krull, y el modo en que Krull se había convertido en una tierra de aprendizaje, regida por los más sabios buscadores de conocimientos, de todas las maneras posibles, comprender todas las maravillosas complejidades del universo, y de cómo los marineros que llegaban a la Circunferencia eran convertidos en esclavos, después de que les cortaran las lenguas. Tras algunos comentarios subidos de tono que siguieron a esta afirmación, les habló en tono amistoso de la inutilidad de la fuerza, de la imposibilidad de escapar de la isla excepto en bote y hacia otra de las trescientas ochenta islas que había entre aquella en que estaban y Krull, o saltando por el Borde, y de las ventajas de la mudez por encima de, digamos, la muerte.

Hubo una pausa. El lejano rugido nocturno de la Catarata Periférica sólo servía para dar una consistencia más pesada a aquel silencio.

Luego, la mecedora empezó a crujir de nuevo. Tetis parecía haber crecido de modo alarmante durante su monólogo.

- Esto no es nada personal -añadió-. Yo también soy un esclavo. Si intentáis hacerme algo, tendré que mataros, claro, pero os garantizo que no me proporcionará ningún placer.

Rincewind echó un vistazo a los brillantes puños que descansaban sobre el regazo del troll. Sospechó que podían golpear con toda la fuerza de un tsunami.

- Creo que no lo entiendes -explicó Dosflores-. Soy ciudadano del Imperio Dorado. Estoy seguro de que Krull no desea disgustar al Emperador.

- ¿Y cómo va a enterarse el Emperador? -preguntó el troll-. ¿ Crees que eres el primer súbdito del Imperio que acaba en la Circunferencia?

- ¡No seré un esclavo! -gritó Rincewind-. Antes que eso... ¡antes que eso, saltaré por el Borde!

Le sorprendieron aquellas palabras en su propia voz.

- ¿De verdad lo harías? -preguntó el troll.

La mecedora quedó apoyada contra la pared, y un brazo azul agarró al mago por la cintura. Un momento más tarde, el troll salía de la cabaña a zancadas, con Rincewind atrapado sin esfuerzo en un puño.

No se detuvo hasta llevar a Rincewind a un extremo de la isla. Éste chilló.

- Cállate o te tiraré por el Borde de verdad -le espetó el troll-. Te tengo agarrado, ¿no? Ahora, mira.

Rincewind miró.

Ante él se extendía una suave noche negra, cuyas estrellas, difuminadas por la niebla, brillaban pacíficamente. Pero sus ojos se vieron arrastrados hacia abajo, impulsados por una fascinación irresistible.

Era medianoche en el Mundodisco y, por tanto, el sol estaba mucho, mucho más abajo, deslizándose lentamente bajo la enorme coraza helada de Gran A'Tuin. Rincewind hizo una última intentona de fijar la vista en las puntas de sus botas, que sobresalían por el borde de la roca, pero la enorme distancia se salió con la suya.

A cada lado de él, dos brillantes cortinas de agua se precipitaban hacia el infinito, cuando el mar rodeaba la isla en su camino hacia la gran cascada. Unos cien metros por debajo del mago, el salmón más grande que había visto surgió entre la espuma, en un último salto tan salvaje como desesperado e inútil. Luego, cayó definitivamente hacia la luz dorada.

Enormes sombras destacaron contra la luz, como columnas que soportaran el techo del universo. A cientos de kilómetros bajo él, el mago atisbó la forma de algo, el extremo de algo...

Como en esos curiosos dibujos en que la silueta de una copa ornamentada se transforma de repente en el perfil de dos rostros, la escena que estaba viendo cobró una perspectiva más completa, diferente y aterradora. Porque allí abajo estaba la cabeza de un elefante, tan grande como un continente de buen tamaño. Un poderoso colmillo destacó como una montaña contra la luz dorada, arrojando su amplia sombra hacia las estrellas. La cabeza se movió ligeramente y vio un enorme ojo de rubí, que habría sido grande como un sol de brillar al mediodía.

Bajo el elefante...

Rincewind tragó saliva e intentó no pensar...

Bajo el elefante no había nada salvo el disco distante y doloroso del sol. Y moviéndose poco a poco sobre él había algo que, pese a su tamaño de ciudad, los agujeros de cráteres y el polvo estelar, era sin duda una aleta.

- ¿Te suelto? -sugirió el troll.

- ¡Nooo! -gimió Rincewind mientras trataba de retroceder.

- Llevo cinco años viviendo aquí, en el Borde, y no he tenido valor -retumbó la voz de Tetis-. Y tú tampoco lo tendrás, si sé juzgar a las personas.

Dio un paso atrás para permitir que Rincewind apoyara los pies en el suelo.

Dosflores se acercó hasta la periferia y echó un vistazo.

- ¡Fantástico! -exclamó-. Ojalá tuviera mi caja de dibujos. ¿Qué más hay ahí abajo? Quiero decir, si saltaras, ¿qué más verías?

Tetis se sentó en un saliente.

Muy por encima del disco, la Luna salió de detrás de una nube, y le hizo parecer una estatua de hielo.

- Quizá mi hogar esté ahí abajo -dijo lentamente-. Más allá de vuestros estúpidos elefantes y de esa ridícula tortuga. Es un mundo de verdad. A veces vengo aquí a mirar, pero nunca me animo a dar ese paso aselante... Un mundo de verdad, con gente de verdad. Ahí abajo, en alguna parte, tengo esposa e hijos... -Se detuvo para sonarse la nariz-. Pronto descubriréis de qué pasta estáis hechos aquí en el Borde.

- Por favor, no repitas eso -suplicó Rincewind.

Se volvió y vio a Dosflores, de pie al borde mismo de la roca, con gesto despreocupado.

- Unngh -gimió, mientras trataba de enterrarse en la piedra.

Librodot

- ¿Hay otro mundo ahí abajo? -dijo Dosflores, sin dejar de mirar-. ¿Dónde, exactamente?

El troll movió el brazo en un gesto vago.

- En alguna parte -respondió-. Eso es todo lo que sé. Un mundo pequeño y tranquilo, muy azul.

- Entonces, ¿qué haces aquí? -preguntó Dosflores.

- ¿No es obvio? -estalló el troll-. ¡Me caí por el Borde!

Les habló del mundo de Bathys, que estaba en algún punto entre las estrellas, donde el pueblo marino había construido gran número de civilizaciones sorprendentes en los tres grandes océanos que cubrían su disco. Él había sido carnicero, miembro de la casta que se ganaba peligrosamente la vida en grandes barcos terrestres impulsados por velas. Estos navíos se aventuraban tierra adentro, y cazaban los bancos de ciervos y búfalos, tan abundantes en los continentes azotados por tormentas. Un vendaval había arrastrado su barco hacia tierras inexploradas. El resto de la tripulación consiguió acomodarse en una carreta de remos y ponerse a salvo en un lago desierto, pero Tetis, como capitán, decidió quedarse en el barco. La tormenta le arrastró hasta la periferia rocosa del mundo, y lo redujo a astillas.

- Al principio, caí -dijo Tetis-. Pero la caída no es tan mala, ¿sabéis? Lo que duele es el aterrizaje, y debajo de mí no había nada. En la caída, vi cómo mi mundo se alejaba girando en el espacio, hasta perderse entre las estrellas.

- ¿Y qué sucedió después? -preguntó Dosflores, que contenía el aliento mientras contemplaba las nieblas del universo.

- Me congelé hasta quedar sólido -se limitó a responder Tetis-. Por suerte, mi raza puede sobrevivir en ese estado. Pero de cuando en cuando, al pasar junto a otros mundos, me licuaba. Había uno, el que tenía algo que me pareció un extraño anillo de montañas alrededor, que resultó ser el dragón más grande que podáis imaginar. Estaba cubierto de nieve y glaciares, y se mordía la cola con la boca... Bueno, pues pasé a poquísima distancia de él, de hecho crucé su atmósfera como un cometa, y luego volví al espacio. Entonces, una vez que desperté, vi que vuestro mundo se acercaba a mí, como un pastel que me hubiera tirado el Creador..., y mira, caí al mar cerca del fragmento de Circunferencia más cercano a Krull. Había toda clase de criaturas agarradas a la Valla, y en aquel momento buscaban esclavos para vigilar las diferentes zonas. Así acabé aquí. -Se detuvo y miró atentamente a Rincewind-. Todas las noches vengo y miro hacia abajo -terminó-, pero nunca salto. El valor suele escasear aquí, en el Borde.

Rincewind comenzó a gatear decidido en dirección a la cabaña. Dejó escapar un breve grito cuando el troll le levantó, y con una fuerza no exenta de amabilidad, le puso en pie.

- Sorprendente -comentó Dosflores, mientras se inclinaba todavía más sobre el Borde-. ¿Hay muchos mundos ahí abajo?

- Supongo que bastantes, sí -asintió el troll.

- Quizá se podría fabricar una especie de... no se, algo que te protegiera del frío -dijo el hombrecillo, pensativo-. Una especie de barco que pudiera navegar sobre el Borde, hacia otros mundos lejanos. Me pregunto...

- ¡Ni siquiera lo pienses! -gimió Rincewind-. deja de hablar así, ¿me oyes?

- En Krull, todos hablan así -señaló Tetis-. Los que tienen lengua, claro -añadió.

Librodot

- ¿Estás despierto?

Dosflores siguió roncando. Rincewind le pegó un codazo cruel en las costillas.

- ¡He dicho que si estás despierto!

- Sc rdfngh...

- ¡Tenemos que largarnos de aquí antes de que llegue esa flota a recogernos!

La tímida luz del amanecer entraba por la única ventana de la cabaña, demorándose sobre los montones de cajas y bultos rescatados esparcidos por el interior. Dosflores gruñó de nuevo y trató de enterrarse entre las pieles y mantas que Tetis les había dejado.

- Mira, aquí hay toda clase de armas y cosas -siguió Rincewind-. Ese tipo se ha ido a no sé dónde. Cuando vuelva, podríamos dejarle sin sentido y... y... bueno, ya pensaremos el resto. ¿Qué te parece?

- No creo que sea buena idea -respondió Dos-flores-. De cualquier manera, ¿no te parece una actitud bastante desagradecida?

- Mira qué pena -le espetó Rincewind-. Este es un universo duro.

Exploró entre los montones de objetos que rodeaban las paredes, y eligió una pesada cimitarra de hoja curva que, probablemente, había sido la alegría y orgullo de algún pirata. Parecía la clase de arma que causa tanto daño por su peso como por su filo. La levantó con torpeza.

- ¿Crees que Tetis dejaría por ahí un cacharro como ése si le pudiera hacer daño? -le preguntó Dosflores en voz alta.

Rincewind le ignoró, y tomó posición junto a la puerta. Cuando ésta se abrió, unos diez minutos mas tarde, el mago se movió sin titubear y trazó un círculo con la cimitarra a través de la abertura, a la altura aproximada donde debía estar la cabeza del troll. La hoja cortó la nada, y fue a clavarse en el marco de la puerta. Su mismo impulso derribó a Rincewind.

Hubo un suspiro sobre él. Alzó la vista hacia el rostro de Tetis, que meneaba la cabeza con tristeza.

- No me habría hecho daño -dijo el troll-, pero, de todos modos, me siento herido. Profundamente herido.

Pasó sobre el mago, y arrancó la espada de la madera. Sin esfuerzo aparente, dobló la hoja hasta formar un círculo y la lanzó hacia las rocas. La cimitarra trazó un arco plateado hasta que chocó contra una piedra con un ruido metálico, antes de perderse entre las nieblas de la Catarata Periférica.

- Muy profundamente herido -concluyó.

Se agachó junto a la puerta, recogió un saco que había dejado allí y se lo lanzó a Dosflores.

- Es la carcasa de un ciervo, lo que os gusta a los humanos. También hay unas cuantas langostas y un salmón marino. La Circunferencia provee -comentó, como quien no quiere la cosa.

Miró con gesto duro al turista, y luego otra vez al caído Rincewind.

- ¿Qué miráis? -le dijo.

- No, es que... -empezó Dosflores.

- ...comparado con anoche... -siguió Rincewind.

- ...eres muy pequeño -terminó Dosflores.

- Ya veo -respondió el troll, muy despacio-. Ahora, insultos personales.

Se irguió en toda su estatura, que en aquel momento era de un metro veinte.

- Que esté hecho de agua no quiere decir que sea de piedra, ¿sabéis?

- Lo siento -respondió Dosflores, mientras salía de entre las pieles.

- Vosotros estáis hechos de polvo sucio -siguió el troll-, pero yo no hago comentarios sobre cosas que no podéis evitar, ¿verdad? No, señor, no los hago. Cada uno es como le hizo el Creador, y no lo puede evitar. Es lo que siempre digo. Pero, si queréis saberlo, vuestra Luna es bastante más poderosa que las que orbitan alrededor de mi propio mundo.

- ¿La Luna? -se sorprendió Dosflores-. No comprendo...

- ¿Tengo que deletrearlo, o qué? -se enfadó el troll-. ¡Sufro de mareas crónicas!

Una campana tintineó en la oscuridad de la cabaña. Tetis cruzó a zancadas el suelo crujiente, hacia los complicados mecanismos de palancas, cuerdas y campanas, sostenidos por el cordón superior de la Circunferencia.

La campana sonó de nuevo, y luego empezó a tintinear con un extraño ritmo sincopado. El ruido continuó varios minutos. El troll se quedó de pie, con los oídos alerta, y lo escuchó.

Cuando el sonido cesó, se volvió lentamente y les miró con un gesto preocupado.

- Sois más importantes de lo que creía -dijo-. No tendréis que esperar a la flota de recogida. Un volador viene a por vosotros. Eso es lo que dicen desde Krull. -Se encogió de hombros-. Y ni siquiera había comunicado todavía que estabais aquí. Alguien ha estado bebiendo vino de nueces vul otra vez.

Cogió un gran mazo que colgaba de una columna junto a la campana, e hizo sonar el carillón un momento.

- El mensaje pasará de vigilante en vigilante, hasta llegar a Krull -informó-. ¿No es maravilloso?

Llegó surcando el mar a toda velocidad, flotando casi dos metros por encima de él. Pero dejaba un rastro de espuma, como si el poder que lo sostenía en el aire, fuera el que fuese, golpeara las aguas con brutalidad. Rincewind sabía qué poder lo sostenía en el aire. Jamás se le habría ocurrido negar que era un cobarde y un incompetente, que ni siquiera se daba buena maña para fracasar; pero seguía siendo un mago de tercera, conocía uno de los Ocho Grandes Hechizos, la Muerte en persona le recogería cuando muriera, y reconocía la buena magia cuando la veía.

La lente que planeaba hacia la isla tendría unos seis metros de diámetro, y era transparente por completo. Sentados sobre ella había gran número de hombres con túnicas negras, cada uno de ellos, asegurado al disco mediante un arnés de piel que evitaba cualquier accidente. Todos contemplaban las olas con una expresión de dolor y tormento tal que el disco transparente parecía llevar un ribete de gárgolas.

Rincewind suspiró de alivio. Era un sonido tan poco habitual que Dosflores apartó los ojos del disco volante para fijarlos en el mago.

- Desde luego, somos importantes -le explicó Rincewind-. No desperdiciarían toda esa magia por un par de esclavos en potencia.

Sonrió.

- ¿Qué es? -quiso saber el turista.

- Bueno, el disco en sí debe de haber sido creado por el Concentrador Maravilloso de Fresnel -señaló Rincewind con tono de entendido-. Se requieren muchos ingredientes extraños e inestables, como aliento de demonio y cosas por el estilo. Y, para imaginarlo, hace falta que por lo menos ocho magos de cuarto grado trabajen una semana. Además, hay que tener en cuenta a los magos que van sobre él: todos deben de ser hidrófobos muy dotados...

- ¿Quieres decir que odian el agua? -preguntó Dosflores.

- No, con eso no bastaría -negó Rincewind-. El odio es una fuerza de atracción, igual que el amor. En realidad, la aborrecen a muerte, sólo con pensar en ella se les revuelve el estómago. Un hidrófobo realmente bueno tiene que ser entrenado en agua deshidratada desde su nacimiento. Ya sólo eso cuesta una fortuna en magia. Pero son unos excelentes magos climáticos: con sólo verles, las nubes de lluvia se rinden y se van.

- Parece terrible -comentó el troll de agua tras ellos.

- Y todos mueren jóvenes -siguió Rincewind, sin hacerle caso-. No pueden soportarse a ellos mismos.

- A veces creo que un hombre podría viajar por el Mundodisco toda la vida y, aun así, no vería todo lo que hay que ver -suspiró Dosflores-. Y ahora, parece que hay muchos mundos más. Cuando pienso que puedo morir sin haber visto ni una centésima parte de lo que existe, me siento... -hizo una pausa para buscar la palabra adecuada-. Bueno, humilde, sí. Pero también muy furioso, claro.

El volador se detuvo a pocos metros de la parte Eje de la isla, y su parada levantó una lluvia de espuma. Se quedó en el aire, sin dejar de girar lentamente. Una figura encapuchada, de pie junto al pilar grueso que se alzaba en el centro de la lente, les llamó por señas.

- Será mejor que vayáis -recomendó el troll-. No servirá de nada que les hagáis esperar. Ha sido un placer conoceros.

Les dio un húmedo apretón de manos a cada uno. Mientras les acompañaba hacia la lente, dos de los aborrecedores más cercanos les dejaron sitio con una expresión de repugnancia extremada.

La figura encapuchada extendió una mano y dejó caer una escalera de cuerda. En la otra mano llevaba una vara de plata, que tenía ese aire inconfundible de los objetos diseñados para matar gente. La primera impresión de Rincewind se vio reforzada cuando la figura alzó el bastón y apuntó cuidadosamente hacia la playa. Un trozo de roca desapareció, dejando sólo el leve brillo gris de la nada.

- Eso es para que veas que no me da miedo usarla -dijo la figura.

- ¿Que tú tienes miedo? -se asombró Rincewind.

El ser encapuchado gruñó.

- Lo sabemos todo sobre ti, Rincewind el mago. Eres un hombre de gran astucia y recursos. Te ríes en la cara de la Muerte. Tu fingido aspecto de cobardía y estupidez no me engaña.

Pues a Rincewind sí le engañaba.

- Yo... -empezó a decir.

Pero palideció cuando la vara de la nada se volvió hacia él.

- Ya veo que me conoces bien -terminó débilmente.

Se dejó caer sentado en la resbaladiza superficie. Dosflores y él siguieron las instrucciones del comandante encapuchado, y se ataron a los anillos del disco transparente.

- Si haces el menor gesto de lanzar un hechizo -amenazó la oscuridad bajo la capucha-, morirás. Tercer cuadrante reconciliar, noveno cuadrante redoble, ¡avante toda!

Un muro de agua azotó el aire tras Rincewind, y el disco se puso en marcha bruscamente. La temible presencia del troll marino había ejercido el efecto de concentrar al máximo las mentes de los hidrófobos, porque el volador se alzó en un angulo brusco, y no empezó a planear nivelado hasta que estuvo bien lejos, sobre las olas. Rincewind miró hacia abajo, a través de la superficie transparente, y deseó no haberlo hecho.

- Bueno, allá vamos otra vez -comentó Dosflores alegremente.

Se volvió para despedir con un gesto de mano al troll, que ya no era más que una mota al Borde del mundo.

Rincewind le miró.

- ¿Es que nunca te preocupas por nada? -preguntó.

- Todavía estamos vivos, ¿no? -respondió Dosflores-. Y tú mismo dijiste que no se tomarían todas estas molestias por un par de esclavos. Supongo que Tetis exageraba. Seguramente, lo que harán será enviarnos a casa. Cuando hayamos visitado Krull, claro. Y la verdad, me parece una idea fascinante.

- Oh, si -dijo Rincewind con voz hueca-. Fascinante.

Pero he conocido las emociones, y he conocido el aburrimiento, pensaba para sus adentros. Y me quedo con el aburrimiento.

Si alguno de los dos hubiera mirado hacia abajo en aquel momento, habría advertido una extraña ola en forma de V en el agua, muy por debajo de ellos. Su vértice apuntaba directamente hacia la isla de Tetis. Los veinticuatro magos hidrófobos sí miraban, pero para ellos no era más que otro fragmento de lo pavoroso, algo que no se diferenciaba demasiado del resto del horror líquido que les rodeaba. Probablemente, tenían razón.

Algún tiempo antes de que tuvieran lugar estos acontencimientos, el barco pirata en llamas siseaba ya bajo las aguas, y se hundía lentamente hacia el lejano lodo submarino. Era especialmente lejano en ese punto, porque el barco había ido a hundirse sobre la Fosa de Gorunna: una sima en la superficie del Mundodisco que era tan negra, tan profunda y tenía tal fama de maldad, que hasta los krakens acudían allí temerosos, y siempre de dos en dos. En abismos menos famosos por su vileza, los peces entraban con luces naturales sobre sus cabezas y, en líneas generales, se las apañaban bastante bien. En Gorunna, las dejaban apagadas y andaban de puntillas, hasta el punto en que puede andar de puntillas algo que no tiene patas. Además, solían chocar contra cosas. Cosas horribles.

Las aguas que rodeaban el barco cambiaron del verde al púrpura, del púrpura al negro, y del negro a una oscuridad tan absoluta que el mismo negro parecía gris en comparación. La intensa presión ya había reducido a astillas gran parte de la madera.

Descendía trazando espirales entre pólipos de pesadilla y bosques de algas que brillaban con colores tenues y enfermizos. «Cosas» que bajaban hacia el silencio gélido, lo rozaban de cuando en cuando al pasar con tentáculos blandos y fríos.

Algo se alzó del lodo y se lo comió de un bocado.

Tiempo más tarde, los isleños de un pequeño atolón periférico se sorprendieron al encontrar en su pequeña laguna local el cuerpo arrastrado por las rocas de un horrible

monstruo submarino, todo picos, ojos y tentáculos. Más todavía les sorprendió su tamaño, ya que era un poco más grande que su pueblo. Pero su sorpresa fue minúscula comparada con la expresión de asombro absoluto en el rostro del monstruo muerto, que parecía haber sido pisoteado hasta la muerte.

Cerca de allí, en dirección a la Periferia del atolón, un par de botes que pescaban con red las feroces ostras nadadoras -muy abundantes en aquellos mares-, atraparon algo que arrastró ambas barcas durante muchos kilómetros, antes de que un capitán tuviera suficiente presencia de ánimo para ordenar que cortaran las cuerdas.

Pero la sorpresa de los pescadores no fue nada comparada con la de los isleños del último atolón del archipiélago: durante la noche siguiente, les despertó un golpe terrible y el sonido de madera al astillarse,

procedentes ambos de su diminuta selva. Por la mañana, algunos de los más valientes fueron a investigar, y descubrieron que algo había derribado los árboles a su paso desde la playa Eje del atolón hacia la zona Borde. Todo estaba sembrado de lianas rotas, arbustos aplastados y unas cuantas ostras nadadoras más furiosas que nunca.

Ya volaban a suficiente altura para ver la amplia curva de la Periferia, rodeada de nubes algodonosas que ocultaban piadosamente la catarata durante casi todo el tiempo, Desde allí, el mar era de un azul profundo, moteado por las sombras de las nubes, y parecía casi invitador. Rincewind reprimió un escalofrío.

- Disculpa -dijo.

La figura encapuchada dejó de contemplar el brillo distante, y se volvió hacia él, no sin antes alzar la vara en gesto amenazador.

- No quiero usarla -afirmó.

- ¿No? -dudó el mago.

- Bueno, pero... ¿qué es? -quiso saber Dosflores.

La Vara Ajandurah de Negatividad Absoluta -le respondió el mago-. Y me gustaría que dejaras de apuntarme con ella. Se te puede disparar -añadió, mientras señalaba con un gesto de cabeza la punta brillante de la vara-. No creas, me parece muy adulador que gastéis toda esta magia por nosotros, pero tampoco hay que pasarse, ¿verdad?

- ¡Cállate!

La figura se quitó la capucha, que resultó ocultar a una jovencita de color muy extraño: tenía la piel negra. No de ese marrón oscuro de Urabewe, ni del brillante negroazulado de Klatch, la tierra de los monzones, sino de ese negro profundo que sólo puede encontrarse a medianoche, al fondo de una cueva. En cambio, tenía el pelo y las cejas como los rayos de Luna, e idéntico brillo pálido alrededor de los labios. No tendría más de quince años, y estaba muy asustada.

Rincewind no pudo dejar de advertir que la mano con que sostenía la vara temblaba violentamente. No pudo dejar de advertirlo porque es muy difícil ignorar un trozo de muerte repentina que se agita inseguro a metro y medio de tu nariz. Se le ocurrió -muy poco a poco, porque era una idea nueva y desconcertante- que alguien le tenía miedo. Lo contrario era tan habitual que había llegado a considerarlo una especie de ley de la naturaleza.

- ¿Cómo te llamas? -preguntó en el tono más tranquilizador que pudo conseguir.

Quizá la chica tuviera miedo, pero también tenía la vara. Si yo tuviera una vara como ésa, pensó Rincewind, nada me daría miedo. Entonces, por toda la Creación, ¿qué piensa que puedo hacer?

Librodot

- Mi nombre es baladí -respondió ella.

- Un nombre muy bonito -comentó Rincewind-. ¿Adónde nos lleváis, y por qué? No creo que pase nada si nos lo dices.

- Os llevamos a Krull -dijo la chica-. Y no te burles de mí, ejeño. Si lo haces, usaré la vara. Tengo que llevaros vivos, pero nadie dijo que os llevara enteros. Me llamo Marchesa, y soy una maga de quinto nivel. ¿Comprendes?

- Mira, ya que lo sabes todo sobre mí, no ignorarás que nunca pasé de Neófito -dijo Rincewind-. En realidad, ni siquiera soy un mago.

Advirtió la expresión atónita de Dosflores.

- Sólo un mago de tercera -añadió rápidamente.

- No puedes hacer magia porque uno de los Ocho Grandes Hechizos se ha instalado en tu mente de manera indeleble -señaló Marchesa, mientras recuperaba el equilibrio con un movimiento elegante cuando la lente trazó un amplio arco sobre el mar-. Por eso te expulsaron de la Universidad Invisible. Ya lo sabemos.

- ¡Pero antes dijiste que era un mago de gran astucia y recursos! -protestó Dosflores.

- Sí, porque cualquiera que sobreviva a todo lo que él ha sobrevivido (buena parte de lo cual le sucedió por su tendencia a creerse un mago)... bueno, debe de tener alguna especie de magia -replicó Marchesa-. Te lo advierto, Rincewind. Si me haces sospechar siquiera un momento que estás entonando el Gran Hechizo, te mataré de verdad.

Le miró de reojo, nerviosa.

- Entonces, lo mejor que puedes hacer es dejarnos en alguna parte -dijo Rincewind-. Quiero decir, muchas gracias por rescatamos y todo eso. En cuanto nos separemos, podréis seguir con vuestras cosas, y estoy seguro de que...

- Espero que no pretendáis esclavizarnos -intervino Dosflores.

Marchesa le miró con auténtica sorpresa.

- ¡Claro que no! ¿Cómo se os ha ocurrido esa idea? En Krull, vuestras vidas serán ricas, plenas, y confortables... aunque no muy largas.

- Ah, muy bien -suspiró Rincewind.

Krull resultó ser una isla grande, bastante montañosa y con bosques densos, entre cuyos árboles se veían a intervalos edificios blancos de aspecto agradable.

La tierra formaba una suave pendiente que ascendía hacia la Periferia, de manera que el punto más alto de Krull colgaba sobre el Borde. Allí, los krullianos habían construido la ciudad más importante, también llamada Krull. Y, como la mayor parte de los edificios estaban compuestos por material recogido en la Circunferencia, las casas de Krull tenían un aspecto decididamente náutico.

Para decirlo claro, barcos enteros se habían encajado hábilmente para convertirlos en edificios. Veleros, carabelas y bajeles surgían en extraños ángulos entre el caos general de madera. Cabezas pintadas y proas de dragón ejeño recordaban a los ciudadanos de Krull que su buena suerte surgía del mar. Bergantines y galeones prestaban su forma característica a los edificios más grandes. Y así la ciudad se alzaba, hilera tras hilera, entre el océano azul verdoso del Mundodisco y el suave mar de nubes del Borde. Los ocho colores del Arco Periferiris se reflejaban en cada ventana y en las lentes de los muchos telescopios de los astrónomos que habitaban la ciudad.

- Es horrible -dijo un sombrío Rincewind.

La lente se acercaba ahora al borde mismo de la Catarata Periférica. A medida que se acercaba al fin del mundo, la isla no sólo se hacía más alta: también se estrechaba, de manera que la lente permaneció sobre el agua hasta llegar muy cerca de la ciudad. El parapeto que discurría por el precipicio del lado Borde tenía varios puentes transversales que se proyectaban hacia la nada. La lente planeó con suavidad hacia uno de ellos y se posó con la misma lentitud que si fuera un barco atracando en el muelle. Les esperaban cuatro guardias, con el mismo pelo de luna y rostros de noche que Marchesa. No parecían armados, pero cuando Dosflores y Rincewind bajaron al parapeto, les cogieron por los brazos con firmeza de sobra como para quitarles de la cabeza al momento cualquier posible idea de fuga.

Marchesa y los atentos magos hidrófobos quedaron rápidamente atrás cuando los guardias y sus prisioneros se encaminaron a paso ligero por un sendero que discurría entre las casas-barco. El sendero descendía hacia lo que resultó ser una especie de palacio, medio excavado en la misma roca del acantilado. Rincewind advirtió vagamente que les llevaban por unos túneles iluminados, y que atravesaban patios abiertos bajo el cielo lejano. Unos cuantos ancianos, con las túnicas llenas de misteriosos símbolos ocultistas, les dejaron paso y observaron con interés la marcha del sexteto. Rincewind vio en varias ocasiones a hidrófobos -sus arraigadas expresiones de repugnancia ante sus propios fluidos corporales eran inconfundibles- y, de cuando en cuando, hombres que caminaban agotados: sólo podían ser esclavos. Pero no tuvo demasiado tiempo para reflexionar sobre lo que veía antes de que una puerta se abriera ante ellos, y los guardias les empujaran con tanta amabilidad como firmeza hacia el interior de una habitación. Luego, la puerta se cerró de golpe tras ellos.

Rincewind y Dosflores recuperaron el equilibrio y miraron la habitación que les rodeaba.

- ¡Guau! -fue todo lo que consiguió decir el turista tras una pausa, durante la que intentó sin exíto encontrar una palabra más adecuada.

- ¿Esto es una celda de la prisión? -se preguntó Rincewind en voz alta.

- ¿Con tanto oro, y sedas, y todas estas cosas? -añadió Dosflores-. ¡En mi vida he visto nada parecido!

En el centro de la habitación, lujosamente decorada, había una alfombra tan espesa y peluda que Rincewind la tentó con un pie antes de pisarla, por si acaso se trataba de alguna bestia cuyo hábitat fueran los suelos. Y, sobre la alfombra, descansaba una deslumbrante mesa llena de alimentos. La mayoría de los platos se componían de pescado, incluyendo la langosta más grande y mejor presentada que Rincewind pudiera imaginar, pero también vio muchos cuencos y platos llenos de extrañas creaciones que nunca había visto. Extendió la mano con cautela y tomó una especie de fruta púrpura con cristales verdes incrustados.

- Erizos de mar confitados -dijo tras él una voz alegre y cascada-. Una delicia.

Lo dejó caer rápidamente y se dio la vuelta. Un anciano acababa de salir de detrás de las pesadas cortinas. Era alto, delgado y parecía casi benigno, comparado con algunos de los rostros que Rincewind había visto últimamente.

- La crema de pepinos de mar también está muy buená -dijo el rostro en tono conversacional-. Esas cositas verdes son alevines de pez estelar.

- Gracias por avisar -respondió Rincewind con tono débil.

- Pues están buenísimos -comentó Dosflores con la boca llena-. Creía que te gustaba el marisco.

Librodot

- Sí, yo también lo creía -replicó el mago-. ¿Y qué es este vino, ojos de pulpo machacados?

- Uva marina -le corrigió el anciano.

- ¡Estupendo! -exclamó Rincewind.

Y se bebió el vaso de un trago.

- No está mal. Quizá un poco salado -comento.

- La uva marina es un tipo de medusa pequeña -explicó el desconocido-. Y ahora, creo que debería presentarme. Oye, ¿por qué se ha puesto tu amigo de ese color tan raro?

- El choque cultural, supongo -respondió Dosflores-. ¿Cómo has dicho que te llamas?

- No lo he dicho. Soy Garhartra, Maestro de Invitados. Mi agradable trabajo consiste en hacer que vuestra estancia aquí sea lo más grata posible. -Hizo una reverencia-. Si queréis algo, no tenéis más que decirlo.

Dosflores se sentó en un adornado sillón de madreperla, con un vaso de vino aceitoso en la mano y un calamar cristalizado en la otra. Frunció el ceño.

- Creo que me he perdido algo -empezó-. Primero nos dijeron que íbamos a ser esclavos...

- ¡Una patraña! -le interrumpió Garhartra.

- ¿Qué es una patraña? -preguntó Dosflores.

- Los pelos que tenemos alrededor de los ojos, creo -respondió Rincewind desde el otro extremo de la mesa-. ¿Crees que estas galletas estarán hechas de algo realmente nauseabundo?

- ...luego, nos rescataron con un gran coste de magia...

- ¡Están hechas de algas prensadas! -replicó el Maestro de Invitados, algo enfadado.

- ...pero luego nos amenazan, también con un gran coste de magia...

- Sí, ya me imaginaba que serían algas -asintio Rincewind-. Desde luego, saben a algas. O lo sabrían, si hubiera alguien tan masoquista como para comer algas.

- ...y luego nos recogen unos guardias y nos arrojan a este lugar...

- Os empujan amablemente -le corrigió Garhartra.

- ...que resulta ser una habitación increíblemente lujosa, en la que encontramos montones de alimentos y a un hombre que dice que va a dedicar su vida a hacernos felices -concluyó Dosflores-. Aquí hay algo que no me parece demasiado lógico.

- Sí -asintió Rincewind-. Lo que mi amigo quiere decir es, ¿os vais a poner antipáticos de nuevo? ¿Es esto un intermedio para almorzar?

Garhartra alzó las manos, como para infundirles confianza.

- Por favor, por favor -protestó-. Era necesario traeros aquí lo antes posible. No queremos esclavizaros, claro que no. Por favor, estad tranquilos sobre ese punto.

- Bueno, estupendo -se calmó Rincewind.

- Sí, de hecho vais a ser sacrificados -terminó tranquilamente Garhartra.

- ¡¿Sacrificados?! ¿Quieres decir que nos mataréis? -gritó el mago.

- ¿Mataros? ¡Pues claro! ¡Por supuesto! Menudo sacrificio seria si no lo hiciéramos, ¿no? Pero no te preocupes, será comparativamente indoloro.

- ¿Comparativamente? ¿Comparado con qué? -chilló Rincewind.

Cogió una botella alta color verde, llena de uva-medusa marina, y la lanzó con todas sus fuerzas contra el Maestro de Invitados, que alzó la mano como para protegerse.

Hubo un chisporroteo de llamas octarinas entre sus dedos, y de pronto el aire cobró ese tacto espeso y grasiento que delata la presencia de una poderosa descarga mágica. La botella lanzada perdió velocidad y se detuvo en el aire, mientras giraba con suavidad.

Al mismo tiempo, una fuerza invisible levantó a Rincewind y le lanzó contra el otro extremo de la habitación, situándole con torpeza a media altura de la pared. El mago perdió la respiración. Se quedó allí, con la boca abierta de ira y sorpresa.

Garhartra bajó la mano y se la frotó muy despacio contra la túnica.

- No me gusta tener que hacerlo -aseguró.

- Si tú lo dices... -murmuró Rincewind.

- Pero ¿por qué queréis sacrificarnos? -preguntó Dosflores-. ¡Si apenas nos conocéis!

- De eso se trata, ¿no te parece? Es de mala educación sacrificar a un amigo. Además, fuisteis... hummm... especificados. No sé demasiado sobre el dios en cuestión, pero Él fue muy claro sobre ese punto. Mirad, ahora tengo que marcharme. Ya sabéis cómo son estas cosas, hay mucho que organizar.

El Maestro de Invitados abrió la puerta y se volvió para mirarles.

- Por favor, poneos cómodos, y no os preocupéis.

- ¡Pero si no nos has dicho nada concreto! -aulló Dosflores.

- La verdad es que no vale la pena, ¿no? No tenéis necesidad de saber la razón por la que seréis sacrificados mañana, de verdad. Dormid bien. Comparativamente bien, al menos -se despidió Garhartra.

Cerró la puerta. Un breve destello octarino alrededor de las jambas sugería que ahora estaba sellada muy por encima de las habilidades de cualquier cerrajero humano.

Cling, clang, tang, sonaban las campanas que rodeaban la Circunferencia en aquella noche llena de luna y del estrépito rugiente de la Catarata Periférica.

Terton, vigilante de la zona 45, no había oído tal aviso desde la noche en que un kraken gigante fue arrastrado hacia la Valla, cinco años antes. Asomó medio cuerpo fuera de su choza -que estaba construida de troncos arrastrados al lecho marino, a falta de un refugio mejor en aquella zona- e intentó distinguir algo en la oscuridad. En un par de ocasiones, le pareció ver movimiento a lo lejos. Estrictamente hablando, debería remar para ver qué causaba el tintineo. Pero allí, en una oscuridad tan completa, no parecía una idea tan excelente, así que cerró la puerta de golpe, envolvió las campanas -que seguían tintineando como locas- con una manta, e intentó dormirse de nuevo.

No sirvió de nada, porque hasta la cuerda superior de la Valla vibraba ahora, como si algo muy grande y pesado tirase de ella. Tras contemplar el techo un rato, y tratar con todas sus fuerzas de no pensar en enormes tentáculos y en ojos como estanques, Terton apagó la lámpara y entreabrió la puerta.

Algo se acercaba siguiendo la Valla, algo que avanzaba a saltos gigantescos, saltos de metros de largo. Cayó cerca de él y, por un momento, Terton vio algo rectangular, con cientos de patas, cubierto de algas y -aunque no tenía rasgos de los que se pudiera deducir esto- que estaba muy, muy furioso.

La choza quedó reducida a fragmentos cuando el monstruo cargó contra ella, aunque Terton sobrevivió subiéndose a la Circunferencia. Algunas semanas más tarde le salvó una flota de recogida. Luego, robó una lente (había desarrollado la hidrofobia hasta un grado increíble), huyó de Krull y, tras muchas aventuras, llegó al Gran Nef, una zona del Mundodisco tan seca que la lluvia cae de abajo arriba. De todos modos, el lugar le pareció incómodamente húmedo.

- ¿Has probado con la puerta?

- Sí -respondió Dosflores-, y está igual de cerrada que la última vez que preguntaste. De todos modos, aún nos queda la ventana.

- Una excelente ruta de escape -murmuró Rincewind desde su puesto, a media altura de la pared-. Dices que queda sobre el Borde. Un simple pasito adelante y caemos al espacio. Quizá nos congelemos, o choquemos contra otro mundo a una velocidad increíble, o vayamos a parar al corazón de un sol ardiente. ¿Te parece bien?

- Vale la pena intentarlo -fue la única respuesta de Dosflores-. ¿Quieres una galleta de algas?

- ¡No!

- ¿Cuándo piensas bajar?

Rincewind bufó. En parte, era un bufido de vergüenza. El hechizo de Garhartra era la Turbación de Gravedad Personal de Atavarr, poco usado y difícil de dominar. El resultado práctico era que, hasta que se desvaneciese, el cuerpo de Rincewind estaría convencido de que «abajo» quedaba en un ángulo de noventa grados con respecto a esa dirección, tal y como suelen concebirla la mayoría de los habitantes del disco. De hecho, estaba de pie sobre la pared.

Mientras, la botella lanzada pendía en el aire, a pocos metros de distancia. En su caso, el tiempo se había... bueno, no se había detenido en realidad, pero sí había aminorado su marcha según otros muchos parámetros. Hasta aquel momento, había tardado varias horas en desplazarse cinco centímetros, al menos según el punto de vista de Dosflores y Rincewind. El cristal reflejó la luz de la luna. Rincewind suspiró y trató de ponerse cómodo en la pared.

- ¿Por qué no te preocupas nunca? -exigió saber, con tono quisquilloso-. Mañana por la mañana nos sacrificarán a un dios u otro, y tú sigues ahí sentado, pegándote un atracón de canapés.

- Supongo que se nos ocurrirá algo -respondió Dosflores.

- ¡Es que ni siquiera sabemos por qué nos van a matar! -siguió el mago.

«Te gustaría ,¿eh?»

- ¿Has sido tú el que ha dicho eso? -preguntó Rincewind.

- ¿El qué?

«Estás oyendo voces», repitió alguien en la mente del mago.

Rincewind se sentó de lado.

- ¿Quién eres? -quiso saber.

Dosflores le miró con gesto preocupado.

- Soy Dosflores -le dijo-. Piensa bien, tienes que acordarte.

Rincewind se llevó las manos a la cabeza.

- Ha sucedido por fin -gimió-. ¡Me estoy saliendo de mi propia mente!

«Buena idea -aprobó la voz-. Aquí dentro ya estamos bastante apretados.»

El hechizo que sujetaba a Rincewind contra la pared se desvaneció con un ligero «pop». Cayó de lado y aterrizó bruscamente contra el suelo.

«Cuidado, casi me aplastas.»

Rincewind luchó para acodarse sobre el suelo, y se metió la mano en el bolsillo de la túnica. Cuando volvió a sacarla, la ranita verde se sentaba sobre ella. Los ojos del bicho brillaban de manera extraña a la media luz.

- ¿Tú? -se asombró Rincewind.

«Déjame en el suelo y échate hacia atrás.»

La rana parpadeó.

El mago hizo lo que le ordenaban, y apartó al asombrado Dosflores del camino.

La habitación se oscureció. Se oyó un sonido que parecía un viento rugiente. Una brillante nube verde, púrpura y octarina surgió de la nada y trazó rápidas espirales hacia el anfibio del suelo, al tiempo que dejaba escapar pequeños rayos de luz. Pronto, la rana se perdió en un brillo dorado que se extendía hacia arriba, llenando la habitación de una cálida luz amarilla. En el centro de la luz, una forma difusa, más oscura, se movía y cambiaba ante sus propios ojos. Y no dejó de sentirse el agudo gemido mental de un fuerte campo mágico...

Tan repentinamente como había aparecido, el tornado mágico se desvaneció. Y allí, en el lugar donde había estado la rana, había una rana.

- Fantástico -dijo Rincewind.

La rana le miró con gesto de reproche.

- Verdaderamente increíble -insistió Rincewind con amargura-. Una rana transformada en rana por arte de magia. No me lo puedo creer.

- Daos la vuelta -dijo una voz tras ellos.

Era una voz femenina, suave, casi invitadora, la clase de voz con la que te podrías tomar unas copas. Pero venía de un punto donde no debería haber ninguna clase de voz. Los dos consiguieron darse la vuelta sin moverse en realidad, como un par de estatuas girando sobre sus pivotes.

Allí; a la escasa luz del preamanecer, había una mujer de pie. Parecía... era... tenía... para ser exactos, de hecho estaba...

Más tarde, Rincewind y Dosflores no consiguieron ponerse de acuerdo sobre un solo hecho concreto acerca de ella, aparte de que parecía muy bonita (aunque no pudieron determinar qué rasgos concretos de su físico la hacían bella) y de que sus ojos eran verdes. No de ese color verde claro de los ojos normales, no, sino tan verdes como las esmeraldas pulidas, y tan iridiscentes como las libélulas. Y uno de los pocos hechos auténticamente mágicos que Rincewind conocía era que ningún dios o diosa, por desconcertante o volátil que fuera en otros aspectos, podía cambiar el color o la naturaleza de sus ojos...

- D... -empezó a decir.

La diosa alzó una mano.

- Sabes que, si dices mi nombre, tendré que marcharme -susurró-. Estoy segura de que recuerdas que soy la única diosa que sólo acude cuando no la invocan.

- Eh... sí. Creo que sí -graznó el mago, mientras intentaba no mirarla a los ojos-. ¿Eres aquella a quien llaman Dama?

Librodot

- Sí.

- Entonces, ¿eres una diosa? -intervino Dosflores, emocionado-. Siempre he querido conocer a una.

Rincewind se puso tenso, pues esperaba una explosión de ira. En vez de eso, Dama se limitó a sonreír.

- Tu amigo, el mago, debería presentarnos -señaló.

Rincewind carraspeó.

- Eh... sí, claro -dijo-. Éste es Dosflores, Dama, es un turista.

- Le he auxiliado en gran número de ocasiones.

- Y Dosflores, ésta es Dama. Sólo Dama, ¿entiendes? Nada más. No intentes llamarla por otro nombre, ¿vale? -parloteó desesperado, mientras lanzaba al hombrecillo miradas cargadas de sentido que pasaban completamente inadvertidas para Dosflores.

Rincewind temblaba. No era ateo, claro. En el Mundodisco, los dioses trataban a los ateos con mucha severidad. En las pocas ocasiones en que le habían sobrado algunas monedas pequeñas, siempre las había depositado en el cofre de algún templo, convencido de que un hombre necesita todos los amigos que pueda conseguir. Pero, por lo general, no molestaba a los dioses, y esperaba que éstos no le molestaran a él. La vida ya tenía bastantes complicaciones.

Pero, de todos modos, había dos dioses verdaderamente aterradores. El resto de las divinidades no solían ser más que humanos a gran escala, aficionados al vino, a la guerra y a las mujeres fáciles. Pero Sino y Dama daban escalofríos.

En el Distrito de los Dioses, en Ankh-Morpork, Sino tenía un templo pequeño, plúmbeo, de líneas pesadas, en el que adoradores de ojos vacíos y macilentos se reunían en noches oscuras para celebrar unos ritos predestinados y sin demasiado sentido. No existía ningún templo dedicado a Dama, aunque era, sin duda, la diosa con más poder en toda la historia de la Creación. Algunos de los miembros más atrevidos del Gremio de Jugadores probaron en cierta ocasión una forma de adoración, en los sótanos más profundos del edificio de su asociación, y en menos de una semana todos murieron de penuria, asesinados o simplemente de Muerte. Era la Diosa Cuyo Nombre No Debe Mencionarse. Los que la buscaban, nunca la encontraban, pero se sabía que acudía en auxilio de los más necesitados. Aunque claro, a veces no lo hacía. Así era ella. No le gustaba el tintineo de los rosarios, pero sí el sonido de los dados. Nadie sabía cómo era, aunque a veces, un hombre que se jugaba la vida a las cartas recogía su mano y, al alzar la vista, se encontraba mirándola frente a frente. Pero claro, a veces no sucedía. Entre todos los dioses, era a la vez la más cortejada y la más aborrecida.

- En el lugar del que vengo, no tenemos dioses -señaló Dosflores.

- Sí que los tenéis -le corrigió Dama-. Todo el mundo tiene dioses. Lo que pasa es que no creeis que sean dioses.

Rincewind meneó la cabeza mentalmente.

- Mirad -intervino-, no quisiera parecer impaciente, pero dentro de unos minutos, unas personas van a cruzar esa puerta para sacarnos de aquí y matarnos.

- Si -asintió Dama.

- Supongo que no nos explicarás por qué -dijo Dosflores.

- ¿Por qué no? -siguió Dama-. Los krullianos van a lanzar una nave de bronce por el Borde del Mundodisco. Su objetivo fundamental es averiguar el sexo de A'Tuin, la Tortuga del Mundo.

- ¡Qué tontería! -exclamó Rincewind.

- No, no. Piénsalo bien. Es posible que un día A'Tuin se encuentre con otro miembro de la especie chelys galactica, en algún lugar de la vasta noche en que nos movemos. ¿Pelearán? ¿Se aparearán? Con un poco de imaginación, comprenderás que el sexo de Gran A'Tuin puede ser muy importante. Al menos, eso dicen los krullianos.

Rincewind trató de no pensar en Tortugas del Mundo apareándose. No le resultó nada fácil.

- Así que -siguió la diosa-, piensan lanzar esta nave al espacio, con dos viajeros a bordo. Será el momento culminante de décadas de investigación.

Además, resultará muy peligroso para los viajeros. Así que, para reducir los riesgos, el Archiastrónomo de Krull ha hecho un trato con Sino: le sacrificará dos hombres cuando llegue la hora del lanzamiento. A cambio, Sino ha prometido sonreír a la nave espacial. Un acuerdo limpio, ¿no?

- Y nosotros somos los sacrificios -señaló Rincewind.

- Sí.

- Creí que Sino no hacía esa clase de tratos. Creí que Sino era implacable -dijo el mago.

- Por lo general, sí. Pero vosotros dos sois un par de espinas en su costado desde hace tiempo. Especificó que los sacrificios debíais ser vosotros. Os permitió escapar de los piratas. Os permitió llegar a la Circunferencia. A veces, Sino puede ser un dios muy desagradable.

Hubo una pausa. La rana suspiró y se metió debajo de la mesa.

- Pero tú puedes ayudarnos -intervino Dosflores.

- Me divertís -asintió Dama-. Tengo una vena sentimental. Si fuerais jugadores, lo sabríais. Así que, por un tiempo, me introduje en la mente de una rana, y vosotros me rescatasteis amablemente, porque a ninguno nos gusta que muera una criatura indefensa y patética.

- Gracias -dijo Rincewind.

- Toda la mente de Sino está volcada contra vosotros -siguió Dama-. Pero yo sólo puedo daros una oportunidad. Sólo una pequeña oportunidad. El resto depende de vosotros.

Y desapareció.

- ¡Guau! -exclamó Rincewind tras un momento-. Es la primera vez que veo a una diosa.

La puerta se abrió de golpe. Garhartra entró. Sostenía una vara ante él. A su lado había dos guardias, armados de manera más convencional: con espadas.

- ¡Ah! -dijo en tono coloquial-. Ya veo que estáis preparados.

«Preparados», dijo una voz en la mente de Rincewind.

La botella que el mago lanzara ocho horas antes había estado hasta entonces suspendida en el aire, aprisionada por la magia en su propio campo temporal. Pero, a lo largo de todas esas horas, la fuerza magica original se había ido debilitando, hasta que el total restante ya no bastó para anular el poderoso campo de normalidad del Universo. Cuando llegó ese momento, la Realidad volvió a su sitio en cuestión de microsegundos. El signo visible de esto fue que la botella completó de repente la última parte de su parábola, y se estrelló contra la sien del Maestro de Invitados, duchando a los guardias con cristales y vino de medusa.

Rincewind agarró a Dosflores por el brazo, pegó una patada en la entrepierna al guardia más cercano y arrastró al asombrado turista hacia el pasillo. Antes de que el noqueado Garhartra terminara de caer al suelo, sus dos invitados corrían ya por baldosas lejanas.

Rincewind dobló una esquina y se encontró en un balcón que recorría los cuatro muros del patio interior. Bajo ellos, la mayor parte del patio estaba ocupado por un estanque ornamental, donde unos cuantos terraplenes tomaban el sol entre los lirios.

Y, ante el mago, había un par de guardias muy sorprendidos. Llevaban las inconfundibles túnicas color azul oscuro y negro que les delataban como hidrófobos entrenados. Uno de ellos, más rápido que su compañero, alzó una mano y empezó a entonar las primeras palabras de un hechizo.

Hubo un breve chasquido junto a Rincewind:

Dosflores había escupido. El hidrófobo gritó y dejó caer la mano, como si le hubieran golpeado.

El otro no tuvo tiempo de moverse antes de que Rincewind estuviera sobre él, haciendo girar salvajemente los puños. Un golpe afortunado, con toda la fuerza del pánico, le derribó del balcón hacia el estanque, donde sucedió algo muy extraño: el agua se desplazó de inmediato, como si hubiera caído allí un gran globo invisible, y el aullante hidrófobo quedó flotando en el aire, suspendido sobre su propio campo de repulsión.

Dosflores contempló sorprendido el espectáculo, hasta que Rincewind le tocó el hombro y le señaló un pasillo de aspecto conveniente. Bajaron raudos por él, mientras el hidrófobo restante se retorcía en el suelo y se agarraba la mano húmeda.

Durante unos momentos, oyeron un griterío a sus espaldas, pero se desviaron por otro pasillo que atravesaba el primero, llegaron a otro patio, y pronto dejaron muy atrás los sonidos de la persecución. Por fin, Rincewind eligió una puerta que parecía segura, echó un vistazo a su alrededor, descubrió con alivio que no había nadie en aquella habitación, arrastró a Dosflores al interior y cerró de golpe tras él. Luego se apoyó contra la puerta, jadeando desesperado.

- Estamos completamente extraviados en el palacio de una isla de la que no tenemos la menor esperanza de salir -dijo con voz entrecortada-. Y lo que es más... ¡eh! -terminó de pronto, cuando el contenido de la habitación se filtró por sus maltratados nervios ópticos.

Dosflores ya estaba mirando las paredes.

Porque lo más extraño de aquella habitación era que contenía todo el Universo.

La Muerte estaba sentada en su jardín, y pasaba una amoladora por el filo de su guadaña. Ya estaba tan afilada que cualquier brisa pasajera se dividía limpiamente en dos céfiros al tocarla, aunque era raro que una brisa osara entrar en el silencioso jardín de la Muerte. Este se encontraba en una elevada plataforma, desde donde se divisaban las complejas dimensiones del Mundodisco. Y, más allá, sólo estaban las escarpadas montañas, tan elevadas como gélidas, de la Eternidad.

¡Fsss! siguió silbando la piedra.

La Muerte tarareaba un salmo de difuntos, mientras llevaba el ritmo con un pie huesudo sobre las baldosas heladas.

Alguien se acercó por el bosquecillo sombrío donde crecían manzanos nocturnos, y el ligero olor dulzón de los lirios aplastados llegó hasta la Muerte. Ésta alzó la vista, furiosa, y se

encontró mirando frente a frente unos ojos tan negros como el interior de un gato, unos ojos llenos de estrellas lejanas, estrellas que no estaban entre las familiares constelaciones del Universo temporal.

Muerte y Sino se miraron. La Muerte sonrió. No tenía otra alternativa, claro, ya que estaba hecha de huesos implacables. La piedra de afilar siguió entonando su canto rítmico a lo largo de la hoja, mientras ella continuaba con su tarea.

- Tengo un trabajo para ti -dijo Sino.

Sus palabras se cruzaron con la hoja de la guadaña, y se dividieron de inmediato en dos jirones de consonantes y vocales.

- Ya tengo trabajo de sobra para hoy -dijo la Muerte, con una voz tan pesada como el neutronio-. La peste blanca se arrastra en estos momentos sobre Pseudópolis, y tengo que rescatar a muchos ciudadanos de su garra. Hacía siglos que no se veía nada parecido. Debo patrullar las calles. Es mi deber.

- Me refiero al asunto del pequeño vagabundo y el mago tramposo -dijo Sino con suavidad, mientras se sentaba junto a la forma envuelta en su túnica negra que era la Muerte, y contemplaba la joya distante y multifacetada del Universo del Mundodisco, tal como se divisaba desde su ventajoso punto de vista extradimensional.

La canción de la guadaña cesó.

- Morirán en unas pocas horas -siguió Sino-. Es su destino.

La Muerte se removió inquieta, y la amoladora empezó a moverse de nuevo.

- Creí que te gustaría -señaló Sino.

La Muerte se encogió de hombros, un gesto particularmente expresivo en alguien cuya forma visible es un esqueleto.

- Cierto. Una vez les perseguí con denuedo -dijo-. Pero, por fin se me ocurrió que tarde o temprano todos los hombres deben morir. Al final, todo muere. «Pueden retrasarme, pero no evitarme», me dije. «¿Por qué preocuparse?»

- A mí tampoco se me puede evitar -señaló Sino.

- Eso dicen -replicó la Muerte, todavía sonriendo.

- ¡Ya basta! -gritó Sino, al tiempo que se ponía en pie de un salto-. ¡Morirán!

Desapareció en una llamarada de fuego azul.

La Muerte asintió para sí misma y siguió con su trabajo. Unos minutos más tarde, consideró que el filo de la guadaña ya era satisfactorio. Se levantó, situó la hoja cerca de la vela que ardía en un extremo del banco y, con dos rápidos golpes, dividió la llama en tres mechas brillantes. La Muerte sonrió.

Poco más tarde, ensilló su corcel blanco, que vivía en un establo tras la casita de la Muerte. El animal le dedicó un relincho amistoso. Aunque tenía los ojos color escarlata, y los flancos como seda aceitosa, seguía siendo un caballo de carne y hueso y, con toda probabilidad, estaba mejor cuidado que la mayoría de las bestias de carga del Mundodisco. La Muerte no era un ama cruel. Pesaba muy poco y, aunque a veces cabalgaba con las alforjas llenas a rebosar, el contenido de éstas no tenía peso.

- ¡Todos esos mundos...! -exclamó Dosflores-. ¡Es fantástico!

Rincewind gruñó, y siguió vagando por la habitación llena de estrellas. Dosflores se volvió hacia un complicado astrolabio, en el centro del cual se encontraba todo el sistema Gran A'Tuin-Elefantes-Mundodisco, labrado en latón e incrustado de piedras preciosas. A su alrededor giraban todas las estrellas y planetas, suspendidos de finos hilos de plata.

- ¡Fantástico! -repitió.

De los muros que le rodeaban pendían las constelaciones, hechas de pequeñas perlas fosforescentes sobre grandes tapices de terciopelo negro. Así, la habitación y sus ocupantes tenían la impresión de flotar en el golfo interestelar. Varios atriles sostenían enormes diagramas y dibujos de Gran A'Tuin, visto desde diversos puntos de la Circunferencia. Allí aparecían, meticulosamente señalados a escala, todos los cráteres y marcas. Dosflores los contempló con una mirada soñadora en los ojos.

Rincewind estaba más que preocupado. Lo que más le preocupaba eran los dos trajes que colgaban de sendos soportes, en el centro de la habitación. Los examinó, intranquilo.

Parecían hechos de un fino cuero blanco. Tenían gran número de tiras y boquillas de latón, además de otros añadidos familiares y altamente sospechosos. Las perneras terminaban en unas botas altas de suelas gruesas, y al final de cada manga había un gran guantelete. Lo más extraño de todo eran los dos enormes cascos de cobre que, evidentemente, debían encajar sobre los pesados cuellos metálicos de los trajes. Casi con certeza, estos cascos no serían como protección, pues una espada ligera no tendría la menor dificultad para romperlos, aunque no tocara las ridículas ventanitas de cristal de la parte delantera. Cada casco se coronaba con una cresta de plumas blancas, que no contribuía en absoluto a mejorar su aspecto general.

Rincewind empezaba a tener una ligera sospecha sobre la utilidad de aquellos trajes.

Frente a ellos había una mesa cubierta con mapas estelares y trozos de pergamino llenos de cifras. Desde luego, quienquiera que fuese a llevar esos trajes, se dirigía valientemente a lugares donde no había viajado valientemente ningún hombre -aparte de un marinero sin suerte de cuando en cuando, que en realidad no contaba-. Y lo que sentía ahora no era una ligera sospecha, sino una terrible premonicion.

Se dio la vuelta, y descubrió que Dosflores le miraba con una expresión especulativa.

- No... -empezó a decir Rincewind, apremiante.

Dosflores le ignoró.

- La diosa dijo que iban a enviar a dos hombres sobre el Borde -dijo, con los ojos brillantes-. ¿Recuerdas lo que comentó Tetis, que hacía falta algún tipo de protección? Los krullianos lo han conseguido. Estos trajes son una armadura espacial.

- Pues no parecen nada holgados -se apresuró a señalar el mago.

Agarró al turista por el brazo.

- Venga, vámonos, no tiene sentido que nos quedemos aquí.

- ¿Por qué tienes que asustarte siempre? -preguntó Dosflores, malhumorado.

- Porque mi vida futura acaba de pasar ante mis ojos, y no ha tardado mucho, y si no te mueves ahora mismo te dejaré aquí, porque de un momento a otro vas a sugerir que nos pongamos...

La puerta se abrió.

Dos jóvenes fornidos entraron en la habitación. La única ropa que llevaban era un par de pantalones de lana por barba. Uno de ellos se secaba vigorosamente con una toalla. Los dos saludaron con la cabeza a los evadidos, sin ningún gesto de sorpresa.

Librodot

El más alto de los dos se sentó en uno de los bancos, y se dirigió a Rincewind.

- ¿Tyø yur åtl hø sooten gåtrunen? -preguntó.

Y fue extraño, porque aunque Rincewind se preciaba de conocer la mayoría de los idiomas hablados en la zona occidental del Mundodisco, era la primera vez que alguien se dirigía a él en krulliano, y no entendió ni una palabra. Tampoco entendió nada Dosflores, pero eso no le impidió dar un paso adelante y tomar aliento.

La velocidad de la luz a través de un aura mágica como la que rodeaba el Mundodisco era bastante escasa, no mucho más rápida que la velocidad del sonido en universos más prosaicos. Pero seguía siendo lo más rápido que existía, con la excepción, en algunos casos, de la mente de Rincewind.

Al momento, fue consciente de que el turista se disponía a demostrar su peculiar conocimiento de los idiomas, lo que significaba que iba a hablar muy alto y muy despacio en su propio lenguaje.

El codo de Rincewind salió disparado, quitándole la respiración a Dosflores. Cuando el hombrecillo le miró, dolorido y atónito, Rincewind le miró a los ojos, sacó una lengua imaginaria y se la cortó con unas tijeras igual de imaginarias.

El segundo quelonauta -porque tal era la profesión de los hombres cuyo sino era viajar en breve hacia Gran A'Tuin- alzó la vista de la mesa de los mapas y le miró, asombrado. Su alta frente heroica se frunció con el esfuerzo de encajar una frase.

- ¿Hør yu latruin nør å? -insistió.

Rincewind sonrió, asintió y atrajo a Dosflores hacia sí mismo. Con un silencioso suspiro de alivio, advirtió que el turista se concentraba de repente en el enorme telescopio de latón que descansaba sobre la mesa.

- ¡Sooten å! -ordenó el quelonauta sentado.

Rincewind asintió, sonrió, tomó uno de los grandes cascos de cobre del estante donde reposaban y lo descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza del hombre. El quelonauta se desplomó hacia adelante con un breve gruñido.

El otro quelonauta dio un sorprendido paso antes de que Dosflores le asestara un golpe de aficionado, pero igualmente efectivo, con el telescopio. El hombre se derrumbó sobre su colega.

Rincewind y Dosflores se miraron por encima de la carnicería.

- ¡De acuerdo! -exclamó Rincewind, consciente de que había perdido en alguna especie de concurso, pero sin saber muy bien de qué se trataba-. No te molestes en decirlo. Ahí fuera hay alguien que espera que estos dos salgan con los trajes puestos de un momento a otro. Supongo que pensaron que éramos esclavos. Ayúdame a esconderlos detrás de las cortinas, y después... y después...

- ...será mejor que nos pongamos los trajes -terminó Dosflores, al tiempo que recogía el segundo casco.

- Sí -suspiró Rincewind-. ¿Sabes una cosa? En cuanto vi los trajes, supe que terminaría dentro de uno. No me preguntes cómo lo supe. Supongo que porque era lo peor que podía suceder.

- Bueno, tú mismo dijiste antes que no teníamos manera de escapar -señaló Dosflores.

Su voz se perdía en parte, ya que se estaba poniendo el traje por la cabeza.

- Cualquier cosa antes de que nos sacrifiquen -terminó.

- En cuanto se presente la menor ocasión, saldremos corriendo -le advirtió Rincewind-. Así que no se te ocurra ninguna idea.

Metió un brazo por la manga del traje, e introdujo la cabeza en el casco. Por un momento, reflexionó que, ahí arriba, alguien velaba por él.

- Pues muchas gracias -musitó con amargura.

En los mismos limites de la ciudad y el país de Krull había un gran anfiteatro semicircular, con capacidad para varias decenas de miles de personas (sentadas).

El circo era sólo semicircular, por la muy elegante razón de que daba a la nube marina de la Catarata Periférica. Ahora, todos los asientos estaban ocupados, y la multitud comenzaba a impacientarse. Habían acudido para ver un doble sacrificio y el lanzamiento de una gran nave espacial de bronce. Ninguno de los acontecimientos se había materializado todavía.

El Archiastrónomo hizo un gesto al Maestro de Lanzamientos, para que se acercara a él.

- ¿Y bien?

Dio a las cinco letras todo un léxico de furia y amenaza. El Maestro Controlador de Lanzamientos palideció.

- No hay noticias, señor -dijo-. Pero supongo que a su prominencia le agradará saber que Garhartra se está recuperando -añadió rápidamente, en un golpe de genialidad.

- Es un hecho que no tardará en lamentar -afirmó el Archiastrónomo;

- Si, señor.

- ¿Cuánto tiempo nos queda?

El Maestro de Lanzamientos observó el sol, que ascendía rápidamente.

- Treinta minutos, su prominencia. Después de ese tiempo, Krull quedará lejos de la cola de Gran A'Tuin, y el Viajero Viril se verá condenado a viajar por el golfo de la entrepata. Ya he fijado los controles automáticos para que...

- De acuerdo, de acuerdo -le interrumpió el Archiastrónomo, mientras le despedía con un gesto de mano-. El lanzamiento debe seguir adelante. Pero sigue vigilando las salidas, por supuesto. En cuanto atrapemos a esos malditos, tendré el gran placer de ejecutarlos en persona.

- Sí, señor. Esto...

El Archiastrónomo frunció el ceño.

- ¿Tienes algo más que decir?

El Maestro Controlador de Lanzamientos tragó saliva. Todo aquel asunto era muy injusto para él. Era un mago práctico, no un diplomático, y por eso algunos de los cerebros más avispados habían decidido que le tocaría a él transmitir las noticias.

- Del mar ha surgido un monstruo, y está atacando los barcos del puerto -dijo-. Acaba de llegar un corredor con el aviso.

- ¿Un monstruo grande? -preguntó el Archiastrónomo.

- No demasiado, señor, aunque dicen que es increíblemente feroz.

El gobernante de Krull y de la Circunferencia consideró un momento los hechos, y luego se encogió de hombros.

- El mar está lleno de monstruos -dijo-. Es uno de sus atributos principales. Que se encarguen de él. Y... ¡Maestro Controlador de Lanzamientos!

- ¿Señor?

- Si tengo que sufrir una sola vejación más, recordarás que dos personas iban a ser sacrificadas. Puedo sentirme generoso e incrementar el número.

- Sí, señor.

El Maestro Controlador de Lanzamientos se alejó, aliviado de escapar de la vista del autócrata.

El Viajero Viril, que ya no era la cáscara de bronce negro que surgiera del molde unos días antes, descansaba sobre una torreta de madera en el centro del circo. Frente a la nave, unos raíles discurrían cuesta abajo hacia el Borde, donde ascendían bruscamente por espacio de unos metros.

El difunto Dáctilos Ojosdorados, que había diseñado tanto la plataforma de lanzamiento como el mismo Viajero Viril, había asegurado que este último toque serviría sólo para asegurarse de que la nave no chocaba contra ninguna roca al comenzar el largo descenso.

Se oyó una fanfarria de trompetas en un extremo del circo. Apareció la guardia de honor de los quelonautas, y la multitud les aclamó. Luego, salieron a la luz los dos exploradores vestidos de blanco.

El Archiastrónomo comprendió al momento que algo andaba mal. Por ejemplo, los héroes siempre caminaban de cierta manera. Desde luego, nunca se contoneaban como patos, y eso era exactamente lo que hacía uno de los quelonautas.

El rugido del pueblo de Krull fue ensordecedor. Los quelonautas y sus guardias cruzaron el gran circo, pasando entre los muchos altares que se habían erigido para los diversos magos y los sacerdotes de las diferentes sectas de Krull, con el objetivo de asegurar el éxito del lanzamiento. El Archiastrónomo frunció el ceño. Para cuando el grupo estuvo a medio camino, su mente ya había sacado una conclusión. Y, cuando los quelonautas estuvieron al pie de la escalera que llevaba a la nave -¿y no había algo más que una leve reluctancia en uno de ellos?- el Archiastrónomo se irguió de un salto. Pero su grito se perdió entre el clamor de la multitud. Uno de sus brazos salió disparado hacia adelante y los dedos se extendieron de manera dramática, en la forma tradicionalmente aceptada para lanzar un hechizo. Cualquier lector de labios que pasara por allí con un manual de magia en la mano habría reconocido las primeras palabras de la Maldición Flotante de Vestcake. Y se habría apartado con prudencia.

Pero, de todos modos, las últimas palabras no llegaron a pronunciarse. El Archiastrónomo se volvió atónito cuando oyó la conmoción en los arcos de entrada del circo. Los guardias corrían y lanzaban sus armas desde los altares, o se ocultaban tras los parapetos.

Algo surgió tras ellos, y los espectadores situados más cerca de la entrada dejaron de aplaudir bruscamente y empezaron a apartarse del camino de una manera tan silenciosa como decidida.

El «algo» era una pequeña cúpula de algas que se movía despacio, pero con un propósito siniestro. Un guardia consiguió superar su terror lo suficiente como para interponerse en su camino y arrojarle una lanza, que fue a clavarse entre los hierbajos. La multitud aplaudió..., y luego guardó un silencio mortal cuando la cúpula se abrió y devoró al hombre entero.

El Archiastrónomo dispersó con un brusco movimiento de mano la forma difusa de la famosa Maldición Vestcake, y entonó rápidamente los versos de uno de los hechizos más poderosos de su repertorio: el Enigma de Combustión Infernal.

Un fuego octarino trazó espirales entre sus dedos y alrededor de ellos cuando trazó en el aire la complicada runa del hechizo, y la envió hacia la forma con una estela de humo azulado.

Hubo una explosión muy satisfactoria, y una rafaga de llamas salió disparada hacia el claro cielo de la mañana. Entre las llamas se advertían los restos de algas ardientes. Una nube de humo y vapor ocultó al monstruo durante varios minutos y, cuando se desvaneció, la cúpula había desaparecido por completo.

Pero había un gran circulo de baldosas chamuscadas, sobre las que todavía humeaban los restos de varios kelps y algas negras.

Y, en el centro del círculo, había un cofre de madera completamente normal, aunque un poco grande. Ni siquiera estaba chamuscado. Al otro lado del circo, alguien empezó a reírse, pero el sonido se quebró de inmediato cuando el cofre se alzó sobre lo que parecían docenas de patas, y se volvió hacia el Archiastrónomo. Por supuesto, un cofre de madera completamente normal aunque un poco grande no tiene una cara con la que plantar cara, pero éste estaba plantando cara, sin lugar a dudas. Y, del mismo modo que lo comprendió, el Archiastrónomo fue terriblemente consciente de que este cofre completamente normal estaba, de una manera indescriptible, entrecerrando los ojos.

La caja comenzó a moverse decidida hacia él. El Archiastrónomo sintió un escalofrío.

- ¡Magos! -gritó-. ¿Dónde están mis magos?

Por todo el circo, hombres pálidos asomaron desde detrás de los altares y de debajo de los bancos. Uno de los más valientes, al ver la expresión en el rostro del Archiastrónomo, alzó un brazo trémulo y ensayó un rayo brutal. El rayo silbó hacia el cofre y le dio de lleno, con una lluvia de chispas blancas.

Ésa fue la señal para que cada mago, hechicero y taumaturgo de Krull se pusiera rápidamente en pie y, ante los ojos aterrados de su señor, descargara el primer hechizo que acudió a cada mente desesperada. Los encantamientos surcaban y zumbaban por el aire de la mañana.

Pronto el cofre quedó oculto bajo una creciente nube de partículas mágicas, que lo golpeaban y lo cubrían hasta darle formas muy inquietantes. El caos se fue acrecentando con hechizo sobre hechizo. Llamas, relámpagos y rayos de los ocho colores cayeron sobre la cosa brillante que ocupaba el lugar donde antes estuviera la caja.

Desde las Guerras Mágicas, nunca se había visto tanta magia concentrada en una pequeña zona. El mismo aire ondulaba y brillaba. Hechizo rebotaba contra hechizo, creando hechizos salvajes de existencia corta, cuya breve cuasi vida era tan extraña como incontrolable. Bajo aquella masa, las piedras empezaron a rajarse y a estallar. De hecho, una de las baldosas se transformó en algo que será mejor no describir, algo que se deslizó hacia dimensiones ignotas. También empezaron a manifestarse otros extraños efectos secundarios. Una lluvia de pequeños cubos de plomo surgió de la tormenta y cayó sobre el suelo superpoblado, formas mágicas aparecieron e hicieron gestos obscenos, por un momento existieron triángulos de cuatro lados y círculos cuadrangulados, que pronto se fundieron de nuevo en la aullante torre de magia pura incontrolada que hervía entre las baldosas fundidas y se extendía por todo Krull. Ya no importaba que la mayoría de los magos hubieran dejado de arrojar sus hechizos y huyeran en desbandada; ahora, la cosa se alimentaba de la corriente de partículas octarinas, que siempre era más fuerte cerca del Borde del Mundodisco. Por toda la isla de Krull, la actividad mágica cesó por completo, ya que todo el maná disponible en la zona fue absorbido por la nube, que ya tenía medio kilómetro de altura y trazaba formas que muchas mentes se negaban a aceptar. Los hidrófobos que surcaban el mar sobre sus lentes

Librodot

planeadoras cayeron aullando entre las olas. Las pociones mágicas se transformaron en simple agua sucia en sus viales. Las espadas mágicas se fundieron y cayeron de sus vainas.

Pero nada de esto evitó que la «cosa» en la base de la nube, que ahora brillaba como un espejo bajo la intensidad de la poderosa tormenta que la rodeaba,

siguiera moviéndose con paso seguro hacia el Archiastrónomo.

Rincewind y Dosflores lo contemplaban todo asombrados desde su refugio en la torre de lanzamiento del Viajero Viril. La guardia de honor se había dispersado mucho tiempo antes, dejando tras ellos sus armas dispersas.

- Bien -suspiró por fin Dosflores-, adiós a mi Equipaje.

Suspiró otra vez.

- No creas -señaló Rincewind-. La madera de peral sabio es completamente impermeable a todas las formas de magia conocida. Fue construida por seguirte a cualquier lugar. O sea, que si mueres y vas al Cielo, al menos tendrás un par de calcetines limpios para la otra vida. Pero no tengo intención de morir todavía, así que vámonos de aquí, ¿de acuerdo?

- ¿Adónde? -preguntó Dosflores.

Rincewind recogió un arco y un puñado de flechas.

- A cualquier lugar que no sea éste -respondió.

- ¿Y el Equipaje?

- No te preocupes. Cuando la tormenta haya consumido toda la magia suelta por los alrededores, se desvanecera.

De hecho, ya se estaba desvaneciendo. La nube seguía fluyendo de la zona, pero ahora parecía más tenue, más inofensiva. Mientras Dosflores la miraba, empezó a fluctuar, insegura.

Pronto no fue más que un pálido fantasma. Ahora se podía divisar al Equipaje; era una forma recia entre las llamas casi invisibles. A su alrededor, las piedras se enfriaban rápidamente, y ya comenzaban a rajarse y a crujir.

Dosflores llamó en voz baja a su Equipaje. El cofre se detuvo en su estólida progresión entre las baldosas atormentadas, y pareció escuchar con atención. Luego trazó una complicada pauta con sus docenas de patas, giró en redondo y echó a correr hacia el Viajero Viril. Rincewind lo miró con el ceño fruncido. El Equipaje tenía una naturaleza elemental, ningún cerebro y una actividad homicida hacia cualquiera que amenazarse a su amo. Además, el mago no estaba seguro de que el interior ocupase el mismo tejido espaciotemporal que el exterior.

- ¡No tiene ni un arañazo! -exclamó con alegría Dosflores, cuando la caja se detuvo ante él.

El turista abrió la tapa.

- ¡Es un momento excelente para cambiarte de calzoncillos! -rugió Rincewind-. En menos de un minuto, volverán todos esos guardias y sacerdotes. ¡Y te garantizo que estarán muy, muy furiosos!

- Agua -murmuró Dosflores-. ¡Todo el cofre está lleno de agua!

Rincewind echó un vistazo por encima de su hombro. No había rastro de ropa, de sacas de monedas o de cualquiera de las pertenencias del turista. El cofre estaba lleno de agua.

Librodot

Una ola surgió de la nada y saltó sobre el borde. Cayó sobre las baldosas, pero, en vez de dispersarse, empezó a tomar la forma de un pie. Cuando salió más agua, se vio acompañado por otro pie y por los tobillos de un par de piernas. Cayó más agua, como si quisiera llenar un molde invisible. Y, momentos más tarde, Tetis, el troll marino, estaba en pie ante ellos, parpadeando.

- Vaya -dijo por fin-. Sois vosotros dos. Supongo que no debería sorprenderme.

Echó un vistazo a su alrededor, como si no hubiera advertido sus rostros atónitos.

- Estaba sentado fuera de mi choza, contemplando la puesta de sol, cuando esta cosa surgió de las aguas rugiendo, y me tragó de un bocado -explicó-. Me pareció muy extraño. ¿Dónde estamos?

- En Krull -respondió Rincewind.

Miró con dureza al Equipaje, ahora cerrado, que se las arreglaba para tener una expresion inocente y pulcra. Solía tragarse gente con cierta frecuencia, pero cuando su tapa volvía a abrirse, lo único que había dentro era la ropa limpia de Dosflores. El mago abrió la tapa de golpe. Lo único que había dentro era la ropa limpia de Dosflores. Y estaba completamente seca.

- Vaya, vaya -comentó Tetis.

El troll marino alzó los ojos.

- ¡Eh! -exclamó-. ¿No es ésa la nave que iban a lanzar sobre el Borde? ¡Si que lo es!

Una flecha le pasó a través del pecho, provocándole una pequeña ola. Al parecer, él no lo notó. Rincewind, sí. Los soldados empezaban a agruparse al otro lado del circo, y buen número de ellos cubría las entradas.

Otra flecha se clavó vibrante en la torreta, detrás de Dosflores. Desde esa distancia, los dardos no llegaban con mucha fuerza. Pero sólo sería cuestión de tiempo...

- ¡Deprisa! -gritó Dosflores-. ¡A la nave! ¡No se atreverán a disparar contra ella!

- ¡Estaba seguro de que ibas a sugerirlo! -sollozó Rincewind-. ¡Estaba seguro!

Dirigió una patada contra el Equipaje. El cofre retrocedió unos centímetros, y abrió la tapa, amenazador.

Una lanza trazó un arco en el cielo y fue a clavarse en la madera, junto a la oreja del mago. Este dejó escapar un grito agudo, y subió rápidamente por la escalera detrás de los otros.

Las flechas silbaban a su alrededor mientras salían a la estrecha pasarela que llevaba al interior del Viajero Viril. Dosflores abría la marcha, y corría con lo que según Rincewind se parecía demasiado a un entusiasmo reprimido.

En el centro de la nave había una gran escotilla redonda de bronce, rodeada de aldabas. El turista y el troll se arrodillaron y empezaron a abrirlas.

En el corazón del Viajero Viril había ido cayendo arena fina durante muchas horas, en un cuenco cuidadosamente diseñado. Ahora el cuenco contenía la cantidad exacta de arena necesaria para compensar un contrapeso bien calculado. El contrapeso se meció, y derribó un alfiler de un mecanismo muy complejo. Una cadena comenzó a moverse. Se oyó un chasquido...

- ¿Qué ha sido eso? -preguntó Rincewind con ansiedad.

Y miró hacia abajo.

Librodot

La lluvia de flechas había cesado. La multitud de sacerdotes y soldados se quedó en pie, inmóvil, contemplando la nave sin pestañear. Un hombrecillo preocupado se abrió paso a codazos y empezó a gritar algo.

- ¿Qué ha sido eso? -preguntó Dosflores, muy ajetreado con una tuerca de orejas.

- Me ha parecido oír algo -respondió Rincewind-. Mira, tengo una idea -siguió-. Amenazaremos con estropear este trasto si no nos dejan en paz, ¿de acuerdo? Eso será todo lo que haremos, ¿vale?

- Bien -replicó vagamente Dosflores. Se sentó sobre sus tobillos.

- Ya está -dijo-. Ahora debería despegar.

Varios hombres musculosos subían por la escalera hacia la nave. Rincewind reconoció entre ellos a los dos quelonautas. Y llevaban espadas.

- Eh... -empezó a decir.

La nave sufrió una sacudida. Luego, con infinita lentitud, comenzó a moverse por los raíles.

En ese momento de negro horror, Rincewind vio que Dosflores y el troll habían conseguido abrir la escotilla. Bajo ella, una escalera metálica llevaba a la cabina. El troll desapareció.

- ¡Tenemos que salir de aquí! -chilló Rincewind.

Dosflores le miró con una extraña sonrisa enloquecida en los labios.

- Estrellas -dijo el turista-. Mundos. Todo el jodido cielo lleno de mundos. Lugares que nadie verá jamás. Excepto yo.

Y bajó por la escotilla.

- Estás completamente loco -señaló Rincewind con voz ronca.

Trató de mantener el equilibrio cuando la nave empezó a acelerar. Se dio la vuelta cuando vio que uno de los quelonautas saltaba la distancia que separaba la torre del Viajero, aterrizaba sobre uno de los flancos curvos de la nave, trataba de agarrarse un momento, no encontraba asidero y caía con un alarido.

El Viajero se movía ahora bastante deprisa. Rincewind alcanzó a ver la cabeza de Dosflores al pasar, iluminado por la luz que se reflejaba en la nube marina y el imposible Arco Periferiris, que flotaba más allá del Borde, invitando a los idiotas a que dieran un paso mas...

También vio un grupo de hombres que escalaban desesperados por las laderas menos empinadas de la rampa de lanzamiento. Pusieron un tronco enorme en los raíles, en un último intento por detener la nave antes de que desapareciera sobre el Borde. Las ruedas chocaron contra la madera, pero la nave sólo sufrió un bamboleo momentáneo. Dosflores perdió su asidero en la escalera y cayó dentro de la cabina. La escotilla se cerró de golpe con un chasquido horrible, y docenas de pestillos recuperaron su lugar inicial. Rincewind se lanzó hacia adelante y trató de abrirlos entre sollozos.

La nube marina estaba ya mucho más cerca. Igual que el Borde, que formaba el perímetro rocoso del circo.

Rincewind se levantó. Ahora, sólo podía hacer una cosa, y la hizo. Saltó a ciegas en el momento en que la nave llegaba a la parte superior de los raíles y se elevaba como un salmón hacia el cielo, por encima del Borde.

Pocos segundos más tarde, se oyó el retumbar de cientos de patitas, y el Equipaje saltó por la Periferia del mundo precipitándose hacia el Universo, mientras seguía moviendo las extremidades con decision.

FIN

Rincewind se despertó con un escalofrío. Estaba helado.

Así que es esto, pensó. Cuando mueres, vas a parar a un lugar frío, húmedo y nebuloso. El Hades, donde los espíritus gimientes de los muertos patrullan eternamente por las ciénagas... ¡Eh, un momento!

El Hades no puede ser tan incómodo, ¿verdad? Y desde luego, estaba muy incómodo. Le dolía la espalda en el punto donde una rama se le clavaba, tenía las piernas y los brazos doloridos allí donde las hojas le habían lacerado y, a juzgar por cómo notaba la cabeza, se había pegado un buen golpe en ella. Si esto era el Hades, desde luego que era el infierno... un momento...

Árbol. Se concentró en la palabra que flotaba en su mente, aunque el zumbido que notaba en los oídos y las lucecitas fluctuantes que tenía ante los ojos la convertían en un descubrimiento inesperado. Árbol. Cosa de madera. Eso era. Ramas, hojas, cosas por el estilo. Y Rincewind estaba tendido en él. Árbol. Goteante, húmedo. Nubes a su alrededor. Y también debajo. Vaya, eso si que era extraño.

Estaba vivo, aunque cubierto de arañazos y contusiones, entre las ramas de un árbol espinoso que se proyectaba sobre el espúmeo muro blanco que era la Catarata Periférica. Cuando lo comprendió, la idea alcanzó su mente con un martillazo helado. Se estremeció. El árbol emitió un crujido de advertencia.

Algo azul y borroso pasó junto a él, se sumergió un instante en las aguas rugientes, aleteó de vuelta y se posó en una rama, cerca de la cabeza de Rincewind. Era un pajarillo de plumas verdes y azules. El bicho se tragó el pececito plateado que acababa de pescar en la Catarata, y le miró con curiosidad.

Rincewind comprendió gradualmente que había muchos pájaros similares a su alrededor.

Planeaban, maniobraban y se zambullían con facilidad en la superficie del agua. De cuando en cuando, uno de ellos lanzaba una ráfaga extra de espuma, como si acabara de robar otro bocado condenado a la Catarata. La mayoría de los pájaros estaban posados en el árbol. Eran tan brillantes como piedras preciosas. Rincewind los contemplaba, en trance.

De hecho, era el primer hombre vivo que veía a los pescadores periféricos, esas pequeñas criaturas que, desde mucho tiempo antes, habían evolucionado hacia una forma de vida única hasta por los estándares del Mundodisco. Mucho antes de que los krullianos construyeran la Circunferencia, los pescadores periféricos ya tenían su propio método, muy eficaz, para patrullar el Borde en busca de subsistencia.

La presencia de Rincewind no parecía preocuparles en absoluto. El mago imaginó por un aterrador momento cómo sería su propia vida en adelante, comiendo únicamente pájaros crudos y los pocos peces que pudiera arrebatarles al pasar.

El árbol se movió claramente. Rincewind se estremeció al notar que resbalaba hacia atrás, pero consiguió agarrarse a una rama. Pero, tarde o temprano se dormiría, y...

La escena cambió ligeramente cuando un tinte purpúreo cubrió el cielo. Una figura alta, envuelta en su capa negra, se alzaba en el aire, cerca del árbol. Llevaba una guadaña en la mano. Tenía el rostro oculto bajo las sombras de la capucha.

- He venido por ti -dijo la boca invisible, con un tono tan pesado como el latido del corazón de una ballena.

El tronco del árbol dejó escapar otro crujido de protesta, y un guijarro rebotó contra el casco de Rincewind cuando una de las raíces se desprendió de la roca. La Muerte en persona acudía a recoger las almas de los magos.

- ¿De qué voy a morir? -preguntó Rincewind.

- ¿Cómo dices?

- Bueno, no me he roto nada, ni me he ahogado. Así que, ¿de qué voy a morir? No te puedes morir de Muerte. Tiene que haber una razón -insistió Rincewind.

Para su propia sorpresa, ya no estaba aterrado. Casi por primera vez en su vida, no tenía miedo. Lástima que la experiencia fuera a durar tan poco.

La Muerte pareció llegar a una conclusión.

- Puedes morir de miedo -afirmó la capucha.

La voz seguía teniendo aquel tono sepulcral, pero ahora había un ligero temblor de inseguridad.

- No, qué va -presumió Rincewind.

- No tiene por qué haber una razón concreta -insistió la Muerte-, puedo matarte, y ya está.

- ¡No puedes hacerlo! ¡Sería un asesinato! La figura sombría suspiró y se echó hacia atrás la capucha. En lugar de la sonriente cabeza de la Muerte que Rincewind esperaba ver, se encontró mirando el rostro pálido y ligeramente translúcido de una especie de demonio.

- Ya lo he estropeado todo ¿no? -dijo débilmente.

- ¡No eres la Muerte! ¿Quién eres? -gritó Rincewind.

- Escrófula.

- ¿«Escrófula»?

- La Muerte no podía venir -insistió tozudo el demonio-. Hay una gran epidemia de peste en Pseudópolis. Tenía que ir a patrullar por las calles, así que me envió a mí.

- ¡Nadie se muere de escrófula! Tengo mis derechos, ¡soy un mago!

- ¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Pero ésta iba a ser mi gran oportunidad! -exclamó Escrófula-. Oye, piénsalo de esta manera: si te golpeo con esta guadaña, estarás igual de muerto que si lo hubiera hecho la Muerte en persona. ¿Quién va a enterarse?

- ¡Yo! -rugió Rincewind.

- No te enterarías, estarías muerto -señaló Escrófula con lógica aplastante.

- Vete a la mierda -indicó Rincewind.

- Todo eso está muy bien -siguió el demonio, alzando la guadaña-, pero ¿por qué no intentas mirarlo desde mi punto de vista? Esto significa mucho para mí. Y tienes que admitir

que tu vida no es lo que se dice maravillosa. La reencarnación sólo puede representar una mejora sobre... ¡uy!

Se llevó una mano a la boca, pero Rincewind ya le señalaba con un dedo tembloroso.

- ¡Reencarnación! -exclamó emocionado-. ¡Así que es cierto lo que dicen los místicos!

- ¡No admito nada! -se empecinó Escrófula-. Ha sido un desliz. Ahora, ¿vas a morir por las buenas, o no?

- ¡No! -rugió Rincewind.

- Como quieras -replicó el demonio.

Alzó la guadaña. El instrumento descendió con un silbido profesional, pero Rincewind ya no estaba allí. De hecho, estaba varios metros más abajo, y la distancia se incrementaba por momentos, porque la rama había elegido aquel momento para romperse y enviarle a su viaje interrumpido hacia el golfo interestelar.

- ¡Vuelve aquí! -chilló el demonio.

Rincewind no respondió. Caía hacia el infinito, de bruces hacia unas nubes cada vez más escasas.

Que pronto desaparecieron.

Más abajo, todo el Universo parpadeaba ante Rincewind. Allí estaba Gran A'Tuin, enorme, poderosa, llena de cráteres. También estaba la pequeña Luna del Disco. Alcanzó a ver un brillo lejano que sólo podía ser el Viajero Viril. Y todas aquellas estrellas, con un notable parecido a diamantes empolvados dispersos sobre el terciopelo negro, las estrellas que tentaban y siempre llamaban a los osados hacia ellas...

Toda la Creación estaba esperando que Rincewind cayera.

Y lo hizo.

No parecía tener otra alternativa.

Librodot